José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*



1885-1887 (volumen 4)

Estados Unidos

25

CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

© Centro de Estudios Martianos, 2016 | ISBN 978-959-294-047-5 tomo 25 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Dirección editorial: Aida Matilde Martín Fernández.

Responsable del tomo: Rodolfo Sarracino Magriñat.

Colaboradores: Nataly Armas González, Carmen Baños Martínez, Heidy Bolaños Oliva, María Dornbach, Lázara Español Pérez, David Leyva González, Nancy Machado (Biblioteca Nacional de Panamá), Lourdes Ocampo Andina, Yaliemny Pérez Sardiñas, Adriana Ramos Arias y Mario Santucho.

Edición: Aida Matilde Martín Fernández, Niurka Alfonso Baños y Laura Álvarez Cruz.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Martí*, Eduardo Roca [Choco], 2002. Colección privada.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo

Pablo Gentili

Directora Académica

Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial

Lucas Sablich

Coordinador de Arte

Marcelo Giardino

Arte de Tapa

Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición

Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, narraciones, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, y el cotejo con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra, la cual se completará como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los *Versos libres*—, los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico,

índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un* índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneos de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Este tomo 25 continúa la presentación de las crónicas de Martí para El Partido Liberal *(México) nunca antes publicadas en* Obras Completas, *aunque es cierto que casi todas aparecieron en las páginas de* La Nación *(Buenos Aires). Pero hay modificaciones de forma y contenido en unas y otras que justifican su inclusión, pues permitirán al lector medio, y sobre todo al investigador de la literatura e incluso de la historia, comprobar, mediante la comparación de ambos escritos generalmente redactados con 10 o 15 días de diferencia, la manera en que Martí modificó los textos mediante la eliminación y sustitución de frases, oraciones, adjetivos y hasta*

párrafos completos para lograr mayor precisión y el objetivo periodístico de trasmitir con claridad a los lectores de dos países latinoamericanos, con grados disímiles de conocimiento de la realidad estadounidense, ideas, imágenes e informaciones, siempre dentro de los más altos parámetros estéticos y literarios. Contiene también los textos Desde New York. Fermín Valdés Domínguez, *publicado en* La Lucha; Estudios Críticos por Rafael M. Merchán, *en* La Estrella de Panamá; y La sangre de los inocentes, *en* The New York Herald, *además de las cartas del período. Dada su cercanía en tiempo, se incluyen al inicio del tomo, cuatro documentos publicados en* La República*, de Tegucigalpa, reproducidos por el libro de Ernesto Alvarado García* El amor de Martí a Honduras, *fuente digna de crédito ante la imposibilidad de hallar hasta el momento ejemplares del periódico hondureño. Agrademos al investigador Ricardo Luis Hernández Otero por darnos a conocer estos textos recogidos con anterioridad en las compilaciones de las* Obras Completas *de Martí.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM: Centro de Estudios Martianos.

EJM: José Martí. *Epistolario*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, 5 tomos.

EPL: *El Partido Liberal.*

LN: *La Nación.*

Mf.: Microfilme.

Ms.: Manuscrito.

Nf.: Nota final.

OC: José Martí. *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

Crónicas

1886 (agosto-diciembre) - 1887 (enero-abril)

LOS PROGRESOS DE HONDURAS

Reconocemos a Martí en la *Estrella de Panamá*, que dice:

«Hacemos nuestros, en todas sus partes los siguientes conceptos del *Economista Americano:*

«A la callada, y como sin que se sienta, la fama de la riqueza de Honduras cunde notablemente en los Estados Unidos. Parecerá extraño a muchos lo que vamos diciendo, pero es verdad. Tal vez es hoy Honduras el país americano que más estudian y en el que más confían los capitalistas norteamericanos, y a la verdad tienen razón: las minas de su suelo montuoso, los ganados extensos de sus llanos, sus ópalos y mármoles, sus fibras, todo a flor de tierra y como pidiendo el trabajo del hombre, han de llamar necesariamente la atención de los ánimos emprendedores. En New York solo conocemos tres compañías serias que explotan las minas y fibras del suelo hondureño. Hace pocos días se publicó un folleto descriptivo del país. La casa de Harper[2] tiene en estudio un extenso informe original del Ingeniero A. T. Byrne, que acaba de reconocer, por encargo del Gobierno, gran parte de la región más productiva del país, y de descubrir en él mucha riqueza natural. Y ahora tienen los señores Colton[3] la bondad de enviarnos un excelente mapa de Honduras, de lo más fino y artístico que cabe en su género, donde están señalados sin confusión, y con colores vivos, no solo los límites exactos de los departamentos, los caminos construidos y proyectados, las sendas, las poblaciones nuevas y traficantes, y cuanto es de uso en los mejores mapas, sino todos los depósitos minerales del país, oro, platas, platino, cobre, plomo, carbón, hierro, &. No hemos visto nunca, sea dicho en verdad, un mapa más acabado y pintoresco que este, rico en detalles valiosos y comprobados, que acaban de hacer de Honduras los Señores Colton.

«El Consulado de Honduras en New York ha ido marcando esa alza de crédito, que esas publicaciones revelan. Antes era el Consulado un mero puesto honorario; hoy es ya una oficina de negocios activos, con todas las señales de mucha animación en tiempos próximos.

«¿Cómo no hemos de alegrarnos de que continúen buenos los tiempos para Honduras, tierra inteligente, si las hay, y generosa? Vemos con placer cada una de esas publicaciones que describen su riqueza. En estos tiempos, sin publicidad no hay éxito. Lo que no tiene valor, no se anuncie, porque será en vano. Pero lo que vale, gaste sin miedo en anunciarse, que la recompensa viene de seguida.

«Este mundo va siendo muy grande, y está muy ocupado, y es ya necesario dar muchos golpes a su puerta para que oiga, y salga a abrirla. Deseamos todo bien a Honduras».

La República, Tegucigalpa, 14 de agosto de 1886.

[Ernesto Alvarado García. *El amor de Martí a Honduras*. Tegucigalpa, Ediciones de la Librería «España y América», 1945, pp. 47-48]

VIDA PÚBLICA—INMIGRACIÓN—ANARQUISTAS

CARTAS DE NUEVA YORK

Sumario.—Peligros y garantías de la vida pública. Análisis de los elementos con que se forman los Estados Unidos. Riesgos de la inmigración. Exceso de egoísmo y de amor a la riqueza. Extravagancias y escándalos. Venta y abuso de los puestos públicos. Sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago. Otro aspecto de la inmigración. Orígenes y carácter del anarquismo en los Estados Unidos. Escenas del proceso. El juez[3] es saludado.

New York, agosto 31 de 1886.

Señor Director[4] de *La República:*

No descansa jamás en los Estados Unidos la animación política, y lo mismo que parecería a un observador ligero un abuso maniático de los quehaceres y derechos de la vida pública, resulta ser el juego natural de la circulación en el cuerpo político, y el modo eficaz y único de impedir que prosperen en la sombra los vicios que pudieran corromperlo. Precisamente se está notando aquí que en las épocas de complacencia de la opinión pública, en los tiempos en que el país se ocupaba más en fabricar fortunas que en vigilar a sus mandatarios, se introdujeron en el gobierno de la nación, y en todo el sistema de sufragio en que se basa, arrogancias y corrupciones que hoy permiten decir que no hay pecado público, no hay fraude, no hay cohecho, no hay tiranía, no hay agio, no hay compraventa moral, que no estén convertidos ya en naturaleza de las instituciones, en los Estados Unidos. ¡Las leyes son paja y humo cuando no tienen su raíz en el carácter nacional! No formas, hombres, es lo que precisa: hombres buenos que en el reposo del derecho adquieran con su trabajo propio el bienestar que asegura la paz.

Este pueblo, grande en tamaño y empresas, es culpable de falta de generosidad. Aquí no se palpita, por los dolores humanos con la vehemencia fraternal de nuestros humildes pueblos. Aquí no se siente el suave beneficio de esa comunión perpetua con lo universal. Aquí no se conoce generalmente el gozo y la fuerza que vienen a cada espíritu, y a la nación como el conjunto de ellos, de la saludable simpatía de cada hombre con lo que a los demás aflige e interesa.

Se observa siempre que toda condición trae en sí misma, el defecto que la roe, como si fuera ley que en la naturaleza nada se consiguiese sin lucha y fatiga; y así como las mismas guerras de independencia, con ser santas y esenciales, engendran el militarismo que corrompe desde el nacer las libertades conquistadas por ellas, así sucede que la aglomeración violenta de extranjeros a que debe este país su súbita grandeza, es precisamente la causa del egoísmo que lo afea y corrompe. Muy cuidadosos hemos de ser en nuestros pueblos nacientes con los inmigrantes que traigamos a ellos! Y la verdad es que, a pesar de ser país latino y visto como menor en esta tierra, con más juicio se está salvando de lo riesgoso de la inmigración la República Argentina que los Estados Unidos, lo que se debe en lo político a las prudentes restricciones impuestas al ejercicio de derechos que no pueden sentirse ni usarse bien sino cuando se nace en el propio suelo, y en lo social

a la sabia previsión con que se ha procurado la Argentina, inmigrantes de su raza que en su desenvolvimiento y herencia sigan naturalmente el mismo curso que sigue el país a que se adhieren y dan hijos.

El vicio que se come a los Estados Unidos, y pudre hasta la prensa y el púlpito encargados de guiarlos, reside en ese mismo afán de la riqueza que lleva a sus habitantes a las conquistas más aventuradas. Su fuerza viene del desbordamiento sobre su vasto suelo de legiones de hombres que, libres aquí de los cuidados y pasiones que ocupan el juicio y suelen impedir el éxito en la patria, concentran todas sus facultades en la tarea de abrirse paso en el país nuevo, y adquieren a la vez en esa dura disciplina, el hábito de lo extraordinario, y el de reducir todo su pensamiento y obra al desarrollo de su bienestar. Como que se reconcentran, se agigantan. Crecen los hijos en medio a esta faena, viendo siempre a sus padres preocupados con la creación o sostén de su fortuna, o con la envidia casi feroz de los que la poseen, o con la manera más ruidosa y visible de gozarla, sin que ennoblezcan esta existencia, esos suaves desencantos domésticos y gratas expansiones que hacen fuertes a las almas precisamente con lo que se abren y dan a otras, que es con lo que se acendran y completan.

A esta dureza de la familia y atrofia del espíritu se une, para aumentar el egoísmo, el forzado aislamiento en que los hombres viven en estas ciudades enormes, de mucha faena y de distancias grandes. Lo extremo de la lucha en el día requiere placeres extremos y violentos, para restablecer el equilibrio falso en los espíritus desatentados. La preocupación exclusiva de la fortuna, lleva a santificar a los que la conquistan, y a desdeñar a los que no han logrado asegurarla. Los hombres se matan o se aborrecen cuando se convencen de su impotencia para hacerse ricos, y llegan a creer sin esfuerzo que todo es permitido por lograrlo.

Los unos,[5] se descuelgan del Puente de Brooklyn, sobre el río, a 150 pies de alto, para ganar notoriedad y apuestas. Los otros,[7] por lo mismo, cruzan a nado los rápidos del Niágara, este[8] embutido en un barril, aquel a puro brazo. El Secretario de Justicia[9] del Gabinete de Cleveland, vende su influjo en el Senado a una Compañía de Teléfonos por quinientos mil pesos en acciones, y usa su empleo para entablar innecesariamente a nombre y costo de la nación, una querella de nulidad contra una Compañía enemiga. El Municipio entero de New York, se vende por cuatrocientos mil pesos a una Empresa de Tranvías que requieren su voto para obtener en violación de la ley, el derecho exclusivo de establecer líneas de carros en Broadway, la calle famosa de los negocios y las tiendas. El General de las Milicias de New York, y Presidente de dos o tres de sus corporaciones, está encausado por haber favorecido ilegalmente en los remates de una de ellas a un postor que le pagó la preferencia levantando la hipoteca en que tenía gravada el General una de sus casas. Y ahora mismo ha sido lanzado de su empleo el Comisionado de Obras Públicas de la ciudad que es aquí puesto altísimo, porque el *Mayor* que quiere usar del puesto en su propio beneficio, hizo que le presentasen una carta en que el Comisionado, en pago del influjo necesario para obtener su nombramiento, que le traía ocho mil pesos anuales, se obligó de antemano a dejar mandar en su oficina privadamente, al que le obtendría el oficio, que era negociante en gran escala en los contratos de obras públicas. La ciudad entera está manejada por una traílla de cómplices que con dineros, favores y promesas se hacen dueños de las elecciones, y rigen la ciudad por su capricho e intereses, hasta que sus rivalidades o venganzas intestinas revelan al público su abuso escandaloso, en que les ayuda a mantenerse la gran cantidad de empleos, que es dado repartir en cada una de estas Secciones del Municipio entre los políticos de

esquina y barrio, que en anticipo de esa recompensa cuidan de tener bien preparado el voto que debe asegurar los altos puestos a sus favorecedores. Sin educación, son temibles las Repúblicas.

Se ve, pues, el origen del vicio en el culto exagerado de la riqueza; y se comprende cómo, para que esos defectos no se perpetúen, es fuerza estar ojeando sin cesar en todos los rincones y vías de la vida pública. El interés de uno denuncia por celos el abuso que hace el otro del empleo que le envidia. El apetito del público nervioso excita a la prensa a desenterrar escándalos que se lo estimulen. Y de ese modo vienen, en la obra general, a servir hasta las malas pasiones a la obra de constante vigilancia que es, según frase famosa, el precio de la libertad en las Repúblicas.

No son, sin embargo, esos escándalos, ni la gran exposición que se prepara en San Luis, ni la llegada a New York de una joven que va a echarse por mil pesos del Puente de Brooklyn, ni el llamamiento de la Iglesia Episcopal a la unión de todas las sectas protestantes en su culto atractivo, casi católico, ni la terminación honrosa para México, del caso injusto que lo puso en peligro de guerra, lo que ha habido de más grave en los sucesos de esta última quincena, que ya está viendo desertar a los paseantes de verano de los pueblos de la costa, y enrojecerse y amarillear las hojas con las primeras luces del otoño. Lo más grave ha sido la sentencia a muerte de los siete anarquistas que en los motines de primavera dispararon en Chicago sobre los policías, una bomba que dio muerte instantánea a siete de ellos.

He ahí, otro de los males que, además de ese del egoísmo que va ya apuntado, se han traído de Europa las masas de hombres coléricos que por primera vez, después de generaciones de servidumbre, se sienten dueños de su libertad y se revuelven por fanatismo o por envidia contra el único pueblo de la tierra donde les es dado exhalar sus iras, trabajar en paz, y luchar sin obstáculo, en todo lo que no sea crimen, por el triunfo de sus ideas. ¡Se creyó equivocadamente que el ejercicio de la libertad destruiría en esos hombres la afición a medidas destructoras concebidas con apariencias de justicia en los países donde no se goza de ella. Ah! los siglos van destilándose en los hombres, y cuando se nace, se nace con el mundo entero encima, y lleno de sus amores y sus odios!

Esos siervos e hijos de siervos, concebidos y criados por padres infelices en épocas sin bondad y sin justicia, a la sombra de los látigos y de los tacones vinieron al mundo con un alma aterrada y rencorosa, en que suelen prender para mal las razones con que los pensadores amorosos, pretenden remediar la condición de esas masas temibles y desvalidas. Uno solo de los siete anarquistas, casado con una mulata[20] elocuente e imperiosa, es norteamericano, y hermano de un General: Parsons. De los otros, tres ni entienden siquiera la lengua del país que pretendían echar abajo. Y el mismo que hizo la bomba,[23] no hacía nueve meses que llegó de su pueblo de Alemania.

Alemanes son los seis, y alemanes son la mayor parte de los que defienden aquí la necesidad de derribar a fuego y bayoneta toda la fábrica construida en centenares de siglos por el hombre, y dejarlo sobre la tierra arrasada, viviendo sin más jefe que su instinto; ¡siempre los débiles, incapaces de vencer pacientemente por la razón, deciden acudir a la violencia, único medio que conciben para aliviar sus males! El apetito de destruir carcome a los espíritus que no tienen fuerzas para construir.

El proceso ha revelado la calma y el estudio con que venían disciplinando su ejército de destrucción, y practicando en la sombra de los túneles y en alcobas escondidas las armas y compuestos que debían hacer saltar toda

persona o cosa, que simbolice propiedad o ley. Esos hombres, pálidos como la cal, ante la muerte que les espera, manejaban sin remordimiento, ayudados de sus propias mujeres, los proyectiles de fulmicotón[24] y dinamita que componían y almacenaban para la hora de su guerra.

No hay siquiera en estos hombres la aberración luminosa, que bajo la corteza del criminal enseña el grano de oro del apóstol; ni en sus artículos y discursos se nota aquel calor de humanidad y grito vibrante de justicia de los evangelistas fatigados, de las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal lo echan por tierra, de los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre sin miramiento del bien propio en la faena de aliviarla. No todas las grandes ideas se condensan en apóstoles y en criminales, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas, como las de estos hombres, destructoras. Andan esas dos fuerzas en el seno humano, lo mismo que en el de la tierra,[25] y en la atmósfera. Unos nacen para levantar y construir; otros para deshacer y derribar. Las corrientes de los tiempos dan a la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas, que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad con su justicia, engendran en las almas dañinas o confusas, con lo que tienen de pasión, estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia.

¡Ni una voz, ni la de los trabajadores mismos, se ha levantado, no ya a protestar, a pedir clemencia siquiera por estos hombres que, en fin de cuentas, creían obrar en toda su tarea de crimen para la redención de los trabajadores! ¡Ni una murmuración entre los obreros que leían en las esquinas y en los diarios de la tarde la sentencia terrible, la sentencia que pronunció el jurado de «doce hombres buenos y libres»[26] en la sala misma donde acurrucada en un rincón esperaba temblando la madrecita vieja[27] de uno de los presos, y oían ansiosas, bebiéndose las lágrimas, sus hermanas, sus novias y sus esposas! La viejecita rodó al suelo. A las otras infelices las sacaron al aire desmayadas. Solo la mulata de Parsons, implacable y sombría, ni deja escapar la tormenta del pecho, ni descompone un músculo de su rostro. Parsons, mientras pronunciaban el veredicto de muerte, se entretenía en imitar con los cordones de una cortina que tenía cerca, el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viesen de la plaza, que desde el amanecer estaba llena de gente. En la plaza hubo gran conmoción cuando se vio salir del tribunal, y correr hacia el carruaje que lo esperaba, al cronista de un diario, el primero de todos! Volaba, pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje. «¡El veredicto! el veredicto!» voceaban de todas partes. «¡Culpables!» dijo, ya en marcha. Un *hurrah*[28] ¡mísero hurra! llenó la plaza. Y cuando salió el juez, lo saludaron.

José Martí.

La República, Tegucigalpa, 2 de octubre de 1886.

[Ernesto Alvarado García. *El amor de Martí a Honduras,* Tegucigalpa, Ediciones de la Librería «España y América», 1945, pp. 57-60]

EL TERREMOTO DE CHARLESTON

Nueva York, septiembre 10 de 1886.

Señor Director[2] de *La República:*

Un terremoto ha destrozado la ciudad de Charleston.[3] Ruina es hoy la que ayer era gala de la costa del Atlántico, y por un lado se miraba en el agua serena de sus dos ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía a lo exterior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jazmines. Los blancos vencidos y los negros bien hallados, viven allí, después de la guerra, en lánguida concordia: allí no se caen nunca las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas: allí, a la boca del Atlántico, se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter, en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin a guerra al Sur y al Norte;[4] allí se vive con el color y con la gracia. Las calles van derecho a los dos ríos: borda la población una alameda que corre sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India, en la calle de King se comercia, en la de Meeting ostenta hoteles ricos: viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro a hombro, como estas casas impúdicas y esclavas de las ciudades frías del Norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto a la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de hierba y girasoles, y sus naranjos a la puerta. Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres, que en la mañana tienden en la baranda del colgadizo alto las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo[5] azul o rojo. El polvo de la derrota vela en otros lugares el color crudo del ladrillo de las moradas opulentas. Se vive con valor en el alma y con luz en la mente, en aquel pueblo apacible, de ojos negros.

Y hoy, los ferrocarriles que llegan a sus puertas, se detienen a medio camino sobre sus rieles torcidos,[6] partidos, hundidos, levantados! Las torres están por tierra, la población ha pasado una semana de rodillas: los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente a las ruinas de sus casas, a las paredes caídas, a las rejas lanzadas de su base de piedra, a las columnas rotas! Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche, por el temblor de tierra[7] que sacudió corno nidos de paja sus hogares, viven aún en las plazas y en las calles, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas por sus propias ropas. Ocho millones de pesos rodaron en el polvo en veinticinco segundos.[8] Sesenta han muerto,[9] unos aplastados por las paredes que caían, otros de espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron a la vida.

Estas desdichas, que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos. De allí los terremotos, con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el trabajo de ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación; con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de olas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes

que danza a tumbos ciegos en un rayo de sol! Pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe, pronto a pelea nueva, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos! Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo del sol! pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos de la Naturaleza que ayuda a levantar! Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

Serían las diez de la noche. Trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos: ponía fin a sus rezos en las iglesias la gente devota, que en Charleston, como país de poca ciencia e imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor o al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas: dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: el pueblo se extiende sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa: jamás hubo cerca volcanes ni volcancillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras: de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos, perennemente cubiertos de flores blancas: ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja que amarillean con la arena de la cuenca, esas olas robustas que echa sobre la orilla, oscuras como fauces, el océano, cuando su asiento se desequilibra, quiebra o levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que saca y encorva la ola y la despide como un monte hambriento sobre la playa.

En esa paz sonora de las ciudades del mediodía, empezaba a irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan deprisa. Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido; lámparas y ventanas retemblaron; rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería; sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores; con sus casullas huían los clérigos: sin ropas se lanzaban a las calles las mujeres olvidadas de sus hijos; corrían los hombres desalados por entre las paredes bamboleantes: ¿quién asía por el cinto a la ciudad, y la sacudía en el aire con mano terrible, y la descoyuntaba? Los suelos ondulaban, los muros se partían, las casas se mecían de un lado a otro; la gente casi desnuda besaba la tierra «¡oh, Señor! ¡oh, mi hermoso Señor!» decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba. Ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de los escombros subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus hijos; con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande hermosura: hermanos y maridos llevan a rastras o en brazos a mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horrendos, con las piernas y los brazos rotos; una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra, a quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada que corre de un lado a otro, orando, llamando a grandes voces a Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras a la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en jirones en torno a muchos rostros, y en torno de otros se la ve que vaga, cual buscando su asiento ciega y aturdida.

Ya las llamas son palio, y el incendio sube: pero, quién cuenta en palabras lo que vio entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo; giran las gentes como estudiando la mejor salida; rompen a huir en todas direcciones. La ola de abajo crece y serpentea. Cada cual cree que tiene encima a un tigre. Unos caen de rodillas, otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan al frente: el horror de las bestias aumenta el de los hombres. Los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado a otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras, otros husmean el suelo, a otro, a la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el cuerpo temblante como caña en tormenta: qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra a la batalla?

Entonces, cuando cesó la ola segunda; cuando ya estaban las almas preñadas de miedo; cuando debajo de los escombros salían como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos; cuando hubo que atar a tierra como elefantes bravíos, los caballos trémulos; cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo; cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos que les cortaban la fuga; cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres; cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros,—entonces empezó a levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás exploradas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas. Los pocos bravos que quedaban en pie,—¡muy pocos bravos!—procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas a un tiempo adulando a Dios con las lisonjas más locas del miedo! apagaban el fuego aquellos pocos hombres valerosos; levantaban a los caídos; dejaban caer a los que no tenían ya para qué levantarse; se llevaban a cuestas a los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora: todos los relojes se habían parado al primer estremecimiento.

La madrugada reveló el desastre. Con el claro del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas, los pórticos rebanados como a cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y las torres volcadas, y la más alta espira prendida solo a su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fue calentando los corazones: los muertos fueron llevados al cementerio donde están sin hablar aquel Calhoun, que habló tan bien, y la carne que queda de aquel gran Rutledge, y Pinckney, aquel enviado a Francia que prefería pagar «millones para defenderse antes que un solo centavo de tributo injusto». Los médicos atendían a los enfermos. Un sacerdote confesaba a los temerosos. En persianas y en hojas de puerta acogían los heridos. Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas. Frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros. Humeaban muchas casas. Por las hendiduras de la tierra recién abierta había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja, otros duermen a un niño sobre una almohada, y lo cobijan con un quitasol: huyen aquellos de una pared que está cayendo; cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir! Va besando al muerto el hijo barbado que lo

lleva en brazos, mientras el llanto le corre a hilos. Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

San Michael de sonoras campanas, Saint Phillips de la torre soberbia, el Salón Hiberniano, en que se han dicho discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, la mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado o se está inclinando sobre la tierra. Un hombre manco, de bigote negro y rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo, a un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto:—«¡No ha caído, muchachos, no ha caído!»: lo que no había caído era la casa de Justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez el ardiente Magrath, y juró dar toda su sangre al Sur, y se la dio.

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros a que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared, o en forma de araña han quedado aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques colocados en lo alto de las casas, se filtra por las grietas y las inunda: en el pórtico mismo parecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

Grande fue la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía a las casas: no había comercio ni mercado: un temblor sucedía a otro, aunque cada vez menos violento: la ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes, cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente a los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido a las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevasen con ellas,—que así el hábito llega a convertir en bondad y a dar poesía a los mismos crímenes;—así esas criaturas, concebidas en la miseria por padres a quienes la esclavitud heló el espíritu, aún reconocen poder sobrenatural a la casta que lo poseyó—sobre sus padres;—así es de buena y humilde esa raza que solo los malvados o los necios desdeñan y desfiguran!—pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla.

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejora, para volver a poco aterrados de lo que veían. En veinte millas[23] a lo interior, el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies[24] de ancho a que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, o arena solo, apilada a los bordes como en los hormigueros, o agua y lodo azulado, o montones de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra estuviese el lodo primero, y la arena más a lo hondo.—El agua nueva sabía a azufre y hierro. Un tanque de cien acres[25] lanzó al aire toda su agua en el primer temblor, y la gente coge en su fondo seco los peces muertos. Reventó una esclusa; y sus aguas lo arrollaron todo delante de sí. Los ferrocarriles no podían llegar a Charleston, porque los rieles habían saltado de sus quicios.[26] Una locomotora venía en carrera triunfante a la hora del primer estremecimiento, y dio un salto; y sacudiendo tras sí como un rosario los vagones lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra seguía a poca distancia silbando alegremente: la alzó en peso el terremoto, y la hundió en un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies[27] de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye suspensa las

palabras de ira con que visitan sus cabezas ignorantes pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oírse a millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar lo mayor de esta rotura de la tierra. En Columbia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados. En Abbeville el temblor echó a vuelo las campanas, que ya tocaban a somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah fue tanto el susto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar a pocos metros de la costa una columna de humo. Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos y se amparaba de los árboles, juntándose en lo oscuro de la selva para alabar en coro a Dios e impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, osciló y se agrietó el suelo. Un masón despavorido, que se iniciaba en una logia, huyó a la calle con una cuerda atada a la cintura. Un indio *cherokee*,[28] que venía de poner mano brutal sobre su mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñó su palabra al Señor de no volverla a castigar jamás.

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y pozos, pudieron llevar a Charleston socorros y tiendas de campaña! De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del Oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían en tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas, con trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas, tiendas blancas y azules con listas rojas. Ya habían derribado las paredes que más amenazaban.—Al rededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderíos con apariencia de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados un vocear salvaje. Se abrazaban al encontrarse las mujeres, y el llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo; oraban de rodillas, se separaban consolados.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan y echan a andar y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros, negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el horror primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su encendida raza. Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca. Se vio desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo a su rostro una naturaleza extraña: y era la raza comprimida, era el África de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino. Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejarle la vía libre, si no se ha de estorbar la armonía del Universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, con todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico puede interrumpirse la armonía espiritual del mundo cerrando el paso, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra a aquellos hombres de África un sol negro! Su sangre es un incendio: su pasión, mordida; llama sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos. Posee el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura. Pero hay en él, más que en cualquiera otra raza, tan íntima comunión con la naturaleza,

que parece más apto que los demás hombres, a estremecerse y regocijarse con sus cambios. Hay en su pavor y en su júbilo algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas originales, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león; hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas; y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a las de los rayos del sol. Miserable parodia de esa constitución enérgica son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo solo dejaron acaso vivas para trasmitir a sus descendientes engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza impetuosa y libre. Pero ni la esclavitud, que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza. Así se le vio surgir en estas almas calladas, cuando el peligro mayor de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! Así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en América y enseñados en sus prácticas, ese temor violento e ingenuo, como todo lo de su raza llameante, a los cambios de la naturaleza encandecida[29] que cría en la planta el manzanillo y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la *Biblia.* Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror de los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteado y manso como se vieron ellos. Jesús es de ellos, y le llaman en sus preces «mi dueño Jesús!» «mi dulce Jesús!», «mi Cristo bendito!» A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. «Esto es Sodoma y Gomorra», se decían temblando.

«¡Se va a abrir, se va a abrir el monte Horeb!», y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo. El convencimiento de su expatriación, de la terrible expatriación de razas, les asaltó de súbito por primera vez acaso de sus vidas; y como se ama lo que se ve y lo que nos hace padecer, se prendían en su terror a los blancos y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que se acabase el juicio. Iban, venían, arrastraban en loca carrera a sus hijos; y cuando aparecieron los viejos de su casta, los viejos sagrados para todos los hombres menos para el blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada a la tierra, y repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del rigor e ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal, que los blancos mismos, los mismos blancos cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada a aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en un grupo por el suelo, presa de ese frenesí de raza que tenía aparato religioso.—Verdaderamente se arrastraban. Temblaban en su canto un ansia indecible. Tenían los rostros bañados de lágrimas. «¡Son los angelitos, son los angelitos, que llaman a la puerta!» «Los pájaros tienen sus nidos, ¡Señor! déjanos nuestros nidos!» Y todo el grupo con los rostros en la tierra, repite con una agonía que se posesiona del alma «¡déjanos nuestros nidos!»

En la puerta de una tienda se nota a una negra a quien da fantástica apariencia su mucha edad, sus labios se mueven pero no se la oye hablar: sus labios se mueven y mece su cuerpo, lo mece incesantemente; hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad

visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno: «¡Oh!,[30] déjame ir, Jacob, déjame ir!» La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado a otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia, es el primer «convertido». Las mujeres traen una lámpara, se encuclillan a su rededor, le toman de la mano. Él se estremece, balbucea, entona plegarias: sus músculos se tienden, las manos se le crispan, un paño de dichosa muerte parece irle cubriendo el rostro: allí queda junto a la tienda desmayado. Y otros como él después. Y en cada tienda una escena como esa. Y al alba todavía, ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado. ¡Allá en los barrios viciosos, las bestias que abundan en todas las razas, caen so pretexto de religión, en orgías inmundas!

Ya, después de siete días de miedo y oraciones empieza la gente a habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo a los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación. El corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa. Por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles. Se llena de forasteros la ciudad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe. Propone el municipio levantar un empréstito de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido a tierra. De las Bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos les van socorros ricos en dinero. Ya se pliegan,[32] por falta de ocupantes, muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas. Tiembla aún el suelo como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse a su interior cambiado y reducido que llama a sí la superficie? La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas, que hacia arriba y a los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa. Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expele por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en la planicie costal del Atlántico, baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el movimiento hasta la superficie de las olas? Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos, la planicie pendiente de roca fragmentaria se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, a la masa de gneis que baja, de los montes Allegheny,[33] y resbaló sobre el cimiento granítico que a tres mil pies[34] de hondura la sustenta a la orilla del mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, e hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico,[35] blanda y candente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

Así sencillamente tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebata hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la majestad que conviene a los actos de creación y de dolor de la naturaleza! El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre corno guerrero que escala, por el rayo de sol!

Ya Charleston revive, cuando aún no ha acabado su agonía ni se ha aquietado el suelo bajo sus casas bamboleantes. Ya por sobre las grietas compuestas cruzan triunfantes los ferrocarriles que llegan al puerto cargados de frutos y de mensajes de cariño. Ya en los colgadizos arreglan las enredaderas con sus manos finas las valerosas mujeres que guiaron a sus maridos timoratos a sus casas. Los negros, todavía no bien tranquilos, vuelven humildemente a sus barrios apretados y a sus difíciles trabajos. Y en una de las plazas, bajo una tienda azul duermen, cada uno a un lado de su madre dichosa, los dos lindos gemelos.

JOSÉ MARTÍ

La República, Tegucigalpa, 6 de noviembre de 1886.

[Ernesto Alvarado García. *El amor de Martí a Honduras,* Tegucigalpa, Ediciones de la Librería «España y América», pp. 61-67]

LAS ESCUELAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Nueva York, setiembre 23 de 1886.

Señor Director[2] de *La República:*

Setiembre es un mes animadísimo en la vida norteamericana. A los baños de mar suceden las partidas de caza: a los conciertos acompañados de cañonazos a la orilla de las olas, reemplazan las comedias de Mrs. Langtry,[3] esta inglesa de vaporosa hermosura, de un busto que parece un cáliz de flor, de ojos cambiantes y profundos como las aguas de la mar. Los amores enredados durante el verano en los paseos de la montaña, en los corredores de los hoteles, en los abandonos de la playa, entran ya, apretados por los fríos, a consagrarse en los templos de las poblaciones, elegantes como «una casa de comedias», que es como llaman graciosamente los aragoneses al teatro. Los que en Narragansett Pier y en Bay Harbor enseñaban sin miedo de mañana a tarde los trajes de baño más atrevidos y vistosos, ahora con arreos más honestos vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las fiestas volcánicas del invierno, en las «cenas de *champagne*»,[4] en las meriendas, en los bailes suntuosos, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires del océano y el campo. La política, que ha preparado su campaña en los meses pacíficos de veraneo, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates. Las escuelas cerradas desde junio, abren de nuevo sus puertas generosas, estrechas para los enjambres de niños y niñas que acuden a ellas. Las más conmovedoras son las escuelas de noche, a donde van a fortificarse para la vida los jóvenes de alma fuerte que no se dejan cansar por el trabajo pesado del día: rejuvenece verlos desfilar: no son muchos, pero vale por muchos cada uno de ellos; tienen el rostro luminoso de los edificadores: andan de prisa y pisan firme, como quien no tiene miedo de poner la mano domadora sobre el porvenir.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda. Cubría el cielo un velo plomizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil: asaltaban los hombres a paso premioso las estaciones del ferrocarril elevado, con gabanes al brazo: como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos: muchos se detenían a ver en los cartones de las esquinas los anuncios gigantes de los teatros: las cabezas de negros minstrels,[5] grandes como un hombre; las escenas de ferrocarril, de un drama que pasa en ellos; los terroríficos cuadros de *Teodora* de Sardou,[6] una obra de estufa, a pesar de su fama francesa, una mera tragedia de oropel: otros de los chicuelos, caídas las medias, descabezados los zapatos, harapientos, sin sombrero, desesperados, huían como potros cerreros de los muchachos de más edad que los maestros habían echado a la calle a recoger a los escolares fugitivos. En los escaparates de las tiendas no se ven ya chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja; sino capotes y gorras de goma, camisetas recias, guantes de pieles. Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y revivir los de los hijos del país; y ya se oye en las voces alegres el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad, como pájaros de invierno, las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos. Las escuelas, los teatros, las

elecciones de otoño, elecciones de gobernadores de Estado, de jueces, de corregidores: esas son las grandes fiestas del mes de septiembre. Las escuelas nos interesan: allí se sazonan o se tuercen los hombres.

Las escuelas son muchas, pero no bastan a los que buscan asientos en ellas. En las clases que aquí llaman altas, aunque entre nosotros pasarían por elementales, los asientos sobran, porque acá, después de los catorce años son pocos los niños que van a las escuelas: en las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar; a esa edad ni pueden servirse, ni los padres se atreven aún a servirse de ellos. Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción en Nueva York: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza; y cada año se quedan sin lugar, de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se educa aquí?—¿Debe imitarse ciegamente este sistema?—¿Lo que aparece es?—¿Cuáles son los defectos de esta manera de educar?—¿Qué lecciones pueden sacar nuestros países de los yerros que se cometen en ella?

Gran bendición sería esa asistencia numerosa a las escuelas públicas, si la educación que reciben los niños en ellas se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye: gran bendición sería si las escuelas fuesen aquí, como son en Alemania, casas de razón, donde con juiciosa guía se habitúa al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le ponen delante en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las relaciones directas y armónicas que lo dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto. En eso, en ese desenvolvimiento regular y propio de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero aquí las escuelas, con sus hermosos textos, con sus facilidades grandes, con sus pizarras y sus lápices, con sus gramáticas y geografías, son meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños años sobre años en estériles deletreos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercen todavía los castigos corporales; donde los alumnos repiten en coro sendas lecciones de montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde jamás se enciende, entre maestros y alumnos, aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente, como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse solamente en los sistemas que las dirigen, sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen. La enseñanza es una obra de infinito amor. Las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan sobre ellos sin tocarlos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que solo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se mira la instrucción pública, tan nobles y seductores los textos, tan numerosas y bien retribuidas las profesoras, tan amplios y bien provistos los edificios de las escuelas, se den por resultado general niños torpes y fríos, que después de 6 años de estudios dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer

a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas? Viene del concepto falso de la educación pública; viene de un error esencial en el sistema de educar: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde solo triunfa el rico. Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie. No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo. Todos marchan empujándose, maldiciéndose, abriéndose camino a mordidas y a codazos, arrollándolo todo, todo, por llegar primero. Solo en unos cuantos espíritus finos subsiste, como una paloma en una ruina, el entusiasmo. No es malevolencia, no, sino verdad penosa, que acá ni en los niños siquiera se notan generalmente más deseos que los de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos. ¿Y esto será envidiable? ¿Debe temblarse de esto?

A eso va el hombre hecho; a eso va la mujer; a eso va el niño que nace de ellos. ¿Qué viene de afuera? ¿qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿qué influjo tiene la inmigración en la educación pública? Vienen de afuera generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de su vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos. No tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de la angustia. No tiene aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura espanta. Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla y por la cólera de no ver nunca el cielo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra en este estado de personalidad exaltada y enferma hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto. Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres. Aquí se muere el alma, de falta de empleo.

Tal es aquí el concepto de la vida, y a él se acomodan los conceptos fraccionarios sobre su conducción que se derivan de él. En balde procura el antiguo espíritu puritánico, acorralado con esta constante invasión de hombres ávidos y diversos, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores, que saben que no hay árbol sin raíces, dirigir por la cultura y el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos. En balde los innovadores generosos y los maestros interesados discurren planes para perfeccionar la instrucción pública, y prolongar sus cursos en clases superiores. El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla? ¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten, ni aun con ser mujeres, han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor? ¿Qué vale ordenar reglas, graduar cursos, repartir textos, levantar

edificios, acumular estadística, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida que endurece y agria, o jóvenes descontentas e impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta corno un castigo impuesto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una carga incómoda?

De aquella concepción descarnada de la vida nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella. No solo se ve aquí la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con su trabajo a sus menesteres, sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto. Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos. A eso proveen: a evitar la angustia que ellos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear por la vida con algún éxito. Se engañan en el medio; pero eso intentan. Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero, ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas? Contar sí, eso lo enseñan a torrentes. Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí. Así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias. En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guardan, los modos de fomentar aquellas y extraer estas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana, ¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de Ortografía y definiciones de palabras!—Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá siquiera afrontarse[7] la existencia, la existencia difícil en este pueblo egoísta, que es toda de actos y de hechos? No en vano andan canijos y desorientados por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas.

De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y trabajan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo,[8] de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu; no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestros coléricos en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. La escuela es la raíz de la República. Un pueblo que ha de ser gobernado por todos sus hijos, necesita tener constantemente a estos en capacidad de gobernarlo. Criar un pueblo de egoístas es criar un gobierno despótico. Un pueblo no puede ser libre ni del extranjero ni de sí propio si no enseña a sus hijos en las escuelas, de modo que resulten hombres enérgicos, entusiastas y de juicio libre.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso y buscan el remedio. «¡Pongan al muchacho entero en la escuela!» («¡Put the whole boy to school!») acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la

educación industrial, pero todavía eso no es bastante. El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos. El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ello, o disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aún en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

¡Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes! eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso. Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente desconocimiento de ellas. Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo, de manera que no apague al hombre, y pueda salir al sol todo su oro.

JOSÉ MARTÍ

La República, Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1886.

[Ernesto Alvarado García. *El amor de Martí a Honduras,* Tegucigalpa, Ediciones de la Librería «España América», 1945, pp. 67-71]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

LA MUERTE DEL EXPRESIDENTE ARTHUR

ESTUDIO POLÍTICO

Sumario.—Ojeada sobre la constitución interior de un partido político en los Estados Unidos.—La asociación en política.—Los logreros públicos.—Cómo puede un hombre elevarse por la intriga a la presidencia de los Estados Unidos.—Caudillos rivales.—Blaine[2] y Conkling.[3]—Hayes.[4]—Análisis del carácter de Arthur.—Elección y muerte de Garfield.[5]—Orígenes de la muerte de Garfield.—Transformación de Arthur en el gobierno.—Tentativas vanas de reelección.—La Casa Blanca en su tiempo.—Muere de despecho.—Su persona, su tiempo y su política.—¡Aquí también se sube por cábalas y se piden destinos para ahijados![6]

New York, noviembre 25 de 1886.

Señor Director[7] de *El Partido Liberal:*

Apenas pasa día sin que haya aquí un suceso curioso o extraordinario. En país ninguno trabajan las fuerzas sociales con más claridad e ímpetu. Pugnan el arte y la literatura por hacerse una apariencia americana con retazos europeos. Se divide la iglesia católica con ocasión del considerable crecimiento del partido de trabajadores[8] que sigue a Henry George en su empresa de convertir la tierra en propiedad de la nación. Una joven de veinte años, hermosa y honesta, cruza en un casco ovalado los rápidos del Niágara, el mismo día que un aprendiz de impresor se deja caer al Río Este desde lo alto del Puente de Brooklyn. Llega de Europa asombrado de lo egoísta y hueco de la vida en ella, el joven brahmán hindú, Babu Mohini, que sabe grandemente de filosofía y viene de ser muy celebrado entre los teósofos de Francia, Alemania e Inglaterra donde hay templos de teosofía, cuyos devotos no comen nunca carne, como Babu Mohini. Los veteranos de Brooklyn levantan un monumento al tambor niño, que de los voluntarios de la ciudad fue el primero en morir cuando la guerra del Sur: y al mismo tiempo el Sur consagra el lugar donde nació Jefferson Davis, consagrando en él una suntuosa iglesia[16] con imponentes ceremonias. En una iglesia de Brooklyn se reúne un congreso de mujeres, delegadas por las sociedades amigas del indio en los diversos estados, para proteger lo que queda de gente india y salvarle sus tierras de cultivo y sus derechos de hombre. Un estado más del Oeste concede a la mujer el derecho de sufragio libre. Dos señoras de distinción son nombradas miembros con sueldo de la Junta de Instrucción Pública en la ciudad de New York. La Patti canta. Los estudiantes de una universidad[20] representan en griego ante un teatro repleto de curiosos la magnífica farsa de Aristófanes, *Los acarnios.* Todo New York se agolpa a las puertas de un templo convertido en teatro para admirar ese cuadro que de un suelo levanta el pensamiento a los tiempos perdidos del gran arte. El *Cristo ante Pilato* del húngaro Munckácsy, un Cristo que brilla de su propia luz, sin halo milagroso, ni belleza convencional, ni más divinidad que la natural del alma humana.

Pero en lo visible, el suceso de más significación ha sido la muerte de Chester Allan Arthur, que no hace todavía dos años era presidente de los Estados Unidos.

Solo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes. El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño: y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando le privan de él. Otros mueren, como murieron Greeley[24] y Hancock,[25] de desear la presidencia: Chester Allan Arthur murió de tener que abandonarla. Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder, que era extraño y enfermizo el brillo de sus ojos, que había llanto profundo en su alegría forzada, que los desgajamientos de la caída se le veían en el color del rostro. Él no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Él quiso continuar como propietario en el asiento a que había subido en una hora trágica como sustituto.[26] Él había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar[27] por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de presidente en la inmediata campaña. Blaine le puso en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida. Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías, comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine y no él, era el candidato de su partido para la presidencia. Se le entró por alma y cuerpo como un tósigo aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar lecciones los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que bien entendido, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente. En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan[28] por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que lo encumbra: todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta. Y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla. No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos. Y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza[29] con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que solo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla. Así aconteció que muerto Lincoln,[30] quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la naturaleza la insignia del poder, fue la política del Partido Republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes. El Sur, domado, no inspiraba miedo. El Norte, próspero, solo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo contra quien pelear, pelearon entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo. No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios

respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra. La idea misma que produjo al Partido Republicano, descansó después de haber vencido: con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella. Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los interesados y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo, y meramente ambicioso, en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la república creó a Arthur.

Claro está que en un país de pensamiento, solo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, solo va creciendo al amparo de ellos ante la opinión el que más la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de cautivar para sí la simpatía pública. ¡Hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desvergüenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo![32] Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he aquí que la persona política se condensa y consagra y queda en puesto para las más altas empresas, si los lances de partido, diestramente aprovechados, le llevan hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los presidentes en los Estados Unidos: de un sacerdote protestante;[33] fue buen padre, puesto que en su tiempo y país no reñían como riñen en otros, el[34] ser buen padre y el criar a su hijo para abogado. Y el futuro presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno, la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese sido de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir con el correr del tiempo a ocupar la presidencia. Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan sabor al aprendizaje llano, y apenas barbados, quieren todos empezar en la vida de pontífices! Así anda el mundo, empedrado de Ícaros.[35]—Precisamente se pagó los estudios de abogado con los quinientos pesos que ahorró trabajando como maestro de escuela. Ya titulado se estableció en New York; y como parece que sí hay hombres que enamoran a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.—Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que por pisar estado libre eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur que aullaba y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal superior contra la elocuencia y habilidad de O'Conor:[36] ¡pues hubo lenguas que no se saciaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles. Otro caso vino después a coronar este. Echaron de un tranvía a una pobre negra, y Arthur obtuvo entre grandes celebraciones la decisión que por primera vez autorizó a los negros en New York a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos. Y esa fue la acción superior y generosa que mantuvo a Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida: y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante [y] pulcro de su persona, le abrían las puertas

con facilidad extraordinaria. Pero más que por estas condiciones se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad más dichosa que envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado: y así, haciendo como que obedecía, fue de cumbre en cumbre, tomando rango entre los que mandaban. Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se lo sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y suelto, se vino deslizando desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto: y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en beneficio de la camarilla a que pertenecía, esta no le escatimaba su apoyo, ni se encelaba de verlo ir subiendo entre todos aquellos a quienes se prestaba a servir: tanto que su habilidad suprema fue la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ellos. Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia. ¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera! Pero le[37] iba ayudando su misma pequeñez, porque, por mucho que él desease, no se atrevía a alzar la mira más allá de aquellos de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y estado, siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines,[38] el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando no es en verdad más que el refinamiento del egoísmo. Sin nada que le preocupase más que su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, sino iba sobre firme a lo que le convenía particularmente, y su misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez. Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar la república.[39]

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía. Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente. Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por su moderación caballeresca, el blando modo con que suavizaba su energía, su bondad personal, que fue[40] sincera, y aquellas gracias corteses y llaneza digna que añaden tanto al mérito, y llegan a disimular su ausencia, y a suplirlo. Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irreprochable, nunca dejó

de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha, que no había en el estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfantes a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos. Él, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones, y mantener en oficios lucrativos al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el estado, este sistema, y lo que en otros parecía repugnante por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas, sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido, y le acreditaban en él de jefe de hombres.

La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos compadrazgos y cábalas oscuras. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos. Obsérvase además que, cuando todas las noblezas se han oscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil. Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a esta de modo que resulte aquel favorecido, o no muy dañado. Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna. Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad. Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con un sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza. De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa. Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente.

Y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la república, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud. Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades, y no bien se retiran de ella por noble altivez o pudorosa modestia, los honrados celadores,[42] asaltan sus puestos como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon. Jamás debe apartarse de los cuidados públicos,[43] ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar. No debe abandonarse por descuido lo que deberá reconquistarse luego. Ni una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido. De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres impuros en otros, sucede que estimulan en vez de sofocar esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival que lo más vivo y urgente de la cosa pública. Así fueron surgiendo en el Partido Republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia, y Conkling[44] de New York y Blaine de Maine han venido justando como tremendos enemigos sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres por diputación impalpable y mística, del país que se siente amado con generosidad y defendido con fuerza, pero con todo el luciente arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes solo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí y continúa batallando con pasmoso poder de supervivencia y versatilidad catilinaria. Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque él cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque a pesar de su elegantísima palabra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes; y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no se veía manera de pedir para sí propio. De esa lucha nació a la presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en New York su fortuna política, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente que se lo había ganado con regalos, se vio expulsado de su empleo so pretexto de pureza, por el presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur «para purgar la Aduana de la intriga política que tenía su centro en ella» cedía en realidad al interés de su secretario Sherman,[45] que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de New York, un obstáculo temible para la candidatura a la presidencia que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana se deslució Arthur con indignos provechos, y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres[46] venales para desempeñar su oficio sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso,[47] y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas, entre Arthur, partidario franco que trabajaba al sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dio la razón a Arthur.[48] Y con tanta dignidad llevó su caída, y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling, que cuando en la próxima convención de los republicanos para candidato a la presidencia, Blaine triunfó sobre Conkling, obligando[49] a la convención a elegir a Garfield en vez de Grant ya que no podía hacer recaer la elección en sí propio, ya Arthur había cobrado tamaño suficiente para obtener de Conkling que le permitiera ser designado por la convención como candidato a la

vicepresidencia para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó a las puertas de la delegación de New York un emisario de Garfield, para rogar a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura. Y por ese manejo de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados, y como electos a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros: porque Garfield, escogido para presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendió que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del estado de New York,[50] fortaleza de Conkling. Y Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante en su soberbia permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se enervaron de tal modo que vino a sombrearlas la muerte. Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles como secretario de Estado, empeñó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman por mano de Hayes, empeñó contra Arthur; y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana de New York sin consultar, como es de uso, a los senadores del estado en que se hacía este cambio importante. Presidía Arthur, en el interés de Conkling, el Senado de la República, adonde, en altivo arranque, envió con general asombro Conkling su renuncia, en la vana confianza de que ayudado por Arthur en su estado de New York, la Legislatura lo sacaría de nuevo senador, por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield que se oponían a su candidatura. Pero, también acá, el gobierno puede: la lucha fue tan reñida entre ambas facciones como si pelearan por grandes intereses nacionales: Conkling no fue reelecto: Arthur, el vicepresidente, quedó por enemigo confeso del presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra: y tan estruendoso y amargo fue el combate, que un hombre de espíritu deforme y ambicioso brutal, Guiteau, creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al presidente Garfield,[52] a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar a un senador ¡por no haber pedido parecer a un Senado hostil!,[53] los liberales de la República.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que usualmente falta a este pueblo afanoso de los Estados Unidos. Murió Garfield de la bala de Guiteau: pusieron una estrella en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido:[54] Arthur, sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no solo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vio muchas veces sollozar y estremecerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía el fin seguro, y cercano el instante de entrar a suceder en la presidencia al adversario muerto en consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal. Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas; y les descubre horizontes no soñados[55] e ignoradas alturas. Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuido a interrumpir. Entró en la presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Solo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional. Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno. Y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda: a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero, a Grant, por [cuyo] empeño

consintieron los amigos de Conkling en trabajar por Garfield y por Arthur en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado[56] para quien le pedía el puesto:—¡que también acá, como en todas partes, hay compromisos; y triunfos y componendas, y comercios y ahijados! En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo, no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo, y respetando sin alarde cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y sin perder su natural llaneza revistió de tal decoro su persona y gobierno que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él [al] término de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vio seguro del cariño público, y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encumbramiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito, por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado. Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado en su persona al poder que ejercen. Vio su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado, y se fue poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embelleció, a punto que la creía su natural morada. Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaban a subir de puesto en puesto sin que lo estorbasen ni sintiesen. No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale ilesa, y conoció en sí, amargamente,[57] como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan podres[58] no hay que esperar olores: que los que han ayudado a corresponder por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban;[59] que el que subió por su arte de emplear los puestos públicos a la mayor altura política no podía mantenerse en ella cuando, en su novísima virtud, se negaba a comprometer los puestos nacionales en cambio de votos a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la presidencia. Tan grandes fueron, sea dicho en verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de pedirla: y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido, y la muerte sentada al lado en su carruaje, pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe. Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 19 de diciembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CARTA SOBRE ARTE

EL CRISTO DE MUNKÁCSY

Exhibición en New York del famoso cuadro *Cristo ante Pilato.*—La gente húngara.—La vida de Michael Munkácsy.—De pobrecillo *Miska*[2] a rey de pintores.—Análisis de su arte.—Carácter moderno, nacional y profundo de toda su obra.—Influjo de su esposa.[3]—La fuerza de la idea, en Milton[4] y en Cristo.—Originalidad y encanto de su Cristo.—Descripción del cuadro.—Razones de su popularidad.—El Cristo vivo, racional y fiero.

New York, diciembre 2 de 1886.

Señor Director[5] de *La Nación:*

Iremos hoy adonde va New York, a ver el Cristo del pintor húngaro Michael Munkácsy. *¡Éljen, éljen!*[6]—que quiere decir ¡viva!—gritan pintores, poetas, periodistas, clérigos, políticos, dondequiera aparece Munkácsy, que está ahora de visita en New York,[7] como para ayudar la fama y ganancia de su cuadro. Ayer le dieron un banquete los magnates de la ciudad, y en la pared decía en letras de flores por sobre su cabeza de cabello hirsuto, *Isten-Hozott,*[8] «Dios te trajo a nosotros». Recuerda la suntuosidad de su viaje aquella manera de vivir de Rubens,[9] que todo lo quería de tisú y de oro, y aun en la misma carne femenina gustaba de ver los resplandores y pompa de las joyas. En Washington lo celebran con festejos grandes, manteles de brocado, candelabros de oro, salas colgadas de damasco rojo, riquezas de reyes. Pero más honores que él, recibe en el humilde tabernáculo en que se enseña, su sublime Cristo, de cuya túnica de lienzo blanco, por maravilla secreta del pincel, emerge una luz magna que domina y compendia todas las del contorno, concentra en el reposo el vario movimiento del conjunto, e inviste de seductora majestad un cuerpo escueto por donde cae el lienzo en pliegues desairados.

¡Ah! es preciso batallar para entender bien a los que han batallado: es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebres oscuros, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia, y la victoria del odio: es preciso haber aserrado la madera y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres. Este Michael Munkácsy, casado ahora con una viuda rica que da a su casa de París el encanto de un palacio, era en los primeros años de su vida un pobrecillo *Miska* de la aldea de Munkács. Nació en una fortaleza, en los tiempos en que los rusos devastaban a Hungría, y todo el bello país de selva y viñedos parecía una copa de colores quebrada por el casco de un caballo.

No salía el sol para las almas. La gente moría de hambre. De hambre murió la madre de Munkácsy. Su padre[15] murió preso. Los ladrones, que nacen de la guerra, dieron muerte a lo que quedaba de la casa, y solo a él lo dejaron vivo, junto al cadáver de su tía. El niño no sabía reír. Un tío pobre lo puso de aprendiz de carpintero. Trabajaba doce horas, por un peso a la semana. Unos niños de escuela, apenados de ver aquella cara ávida y triste, le enseñaron a leer y escribir las letras que acariciaba con los ojos.

Sin saber por qué, empezó a pintar en las arcas de la carpintería las escenas heroicas de húngaros y servios, los morriones peludos, las botas ajustadas, los sables corvos. Al fin su tío mejoró de fortuna, y le envió a

recobrar fuerzas a un lugarejo que pareció a *Miska* bóveda celeste, porque allí vio a un pintor de retratos manejar los colores, y se le pusieron en pie en la voluntad todos los héroes de sus arcas, y con tanto fuego rogó al retratista que logró ir con él para aprender a pintar, lo cual hizo tan bien que a los pocos meses vivía de dar lecciones de dibujo, y retrató la familia de un sastre tan a gusto del d. Tijeras que le pagó los retratos en un sobretodo.

Ya en aquel tiempo leía vorazmente, y los tipos heroicos y las épocas tomaban puesto, como invasiones de luz, en su alma que la muerte, la guerra y la orfandad habían vestido, cual una cámara fúnebre, de sombras. Pero la gente de esas tierras de Hungría, de ojo negro y tenaz, adora la naturaleza, la pasión desnuda, el hogar franco, el campo alegre y libre: en música son Liszt, en poesía Petöfi, Kossuth en oratoria: beben el vino fresco de los odres: aman de modo que queman: cuando tocan sus músicas selváticas, tienen de crin de corcel revuelta por la tempestad, y de voz de flor, y de reclamo de paloma: de allí son los gitanos de colores, con sus caravanas felices y pintorescas, sus amoríos que huelen a fruta primeriza, sus vagabundos de cabellos rizados que se enamoran de las reinas.

La vida allí florece y se desborda, se sale de cánones y reglas, y conserva aires regios aun en el vicio y la molicie: parecen príncipes todos aquellos vagabundos, que se disfrazan por capricho de mendigos. La idea ajena molestaba a Munkácsy como un freno: el amor de su raza por la naturaleza le hacía preferir la vida al libro: crear le urgía: tenía aquel apetito de verdad, desconocido de los eruditos, que produce a los grandes hombres: los hombres son como los astros, que unos dan luz de sí, y otros brillan con la que reciben. ¿Con qué había de pintar Munkácsy sino con las tristezas de su alma, con sus recuerdos tétricos, con aquellas tintas propias de quien no ha conocido la alegría? Se ve en el mundo lo que se tiene en sí: el hombre se sobrepone a la naturaleza, y altera con la disposición de la voluntad su armonía y su luz.

Así fue el pobre *Miska* ejercitando su impaciente mano; y como era de aquellos que en sí tienen su ley y su color, con lo que le rebosaba de artista buscó lo pintoresco en el asunto, mas del alma no bien asoleada sacó la tinta lóbrega, fortalecida por su misma superioridad, de la que solo el amor y la gloria, que traen luces, habían de apartarle luego. Pero brillaba en aquel betún oscuro el ojo del gitano.

Y ese hombre audaz, directo, hijo de sí ¿había de entretenerse en vestir momias, en mimar trajes, en agrupar academias? No. La vida está llena de encanto y de aspectos pictóricos: cuando sintió maduras sus fuerzas, aplaudidas ya en exposiciones y concursos, lo que [se] le ocurrió pintar, con gran escándalo del plácido Knaus, fue una nota viva, un cuadro famoso: *El último día de un condenado:* ora el reo de bruces sobre una mesa en cuyo mantel blanco se levanta entre dos cirios el crucifijo: de pie contra la pared sombría gime la pobre esposa: la niña queda entre ellos: el soldado contiene a la puerta del calabozo a la muchedumbre que se asoma. Puso el pintor en aquella obra su piedad de pobre, su color de alma sola, su osadía de hombre nuevo.

Le dio el premio París; y su arte y su existencia misma han crecido con la hermosura y rapidez de las leyendas. Cada cuadro de Munkácsy es un asalto. Fuera, tiene la fama: en su casa, tiene el amor de esposa, que da los bríos para ganarla. Ella mima sus creaciones, vuelve a sus manos la paleta que abandona la impotencia o el despecho; se posa en su hombro, como un colibrí, para decirle al oído, de modo que él no note que la voz viene de afuera, que aquel brazo está alto, que aquel ojo está tibio, que aquel pie un poco brutal denuncia a *Miska*. Ella disipa sus últimas tristezas. Ella suaviza

sus grupos atrevidos.[22] Ella trae al taller el verde y el azul. La sombra no, no puede desvanecerla por completo: que cuando la sombra bautiza un alma, la sal queda clavada sobre la frente, como una rosa de diamantes: hay placer en la sombra. Y el blanco tampoco lo trae; porque este lo saca de sí el pintor con épico atrevimiento.

La fuerza de la idea fue cada día poniendo mayor asombro en este espíritu que ha tomado de sí principalmente, con poca ayuda de libros, los seres palpitantes de sus lienzos; y por esta admiración del poder mental vino a caer en el amor de Milton, demacrado y ciego, como el tipo mejor de la hermosura y pujanza de la idea, y luego subió al amor del Cristo, ante cuya luz triunfante agrupa, para que resalten más su mezquindad y abatimiento, los poderes más temibles y activos de la tierra: el egoísmo y la envidia. Ha acumulado de intento dificultades que parecían insuperables:[23] ha querido hacer triunfar por su propio fulgor la mente humana: ha logrado investir de suprema belleza una figura fea: ha conseguido dominar con una figura en reposo toda la fiereza y brillantez de las pasiones que se la disputan en animado movimiento.

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. Él no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza.

Él ve a Jesús como la encarnación más acabada del poder invencible de la idea. La idea consagra, enciende, adelgaza, sublima, purifica: da una estatura que no se ve, y se siente: limpia el espíritu de escoria, como consume el fuego la maleza: esparce una beldad clara y segura que viene hacia las almas y se sienta en ellas. El Jesús de Munkácsy es el poder de la idea pura.

Ahí está en un sayón, flaco, huesudo: trae las manos atadas, estirado el cuello, la boca comprimida y entreabierta, como para dar paso a las últimas hieles. Se siente que acaban de poner sobre él la mano vil; que la jauría humana que lo cerca ha venido oteándolo como a una fiera; que lo han vejado, golpeado, escupido, traído a rastras, arrancado las vestiduras a pedazos, reducido a la condición más baja y ruin. ¡Y ese instante de humillación suma es precisamente el que el artista elige para hacerle surgir con una majestad que domina a la ley que tiene enfrente, y a la brutalidad que lo persigue, sin ayudarse de un solo gesto, de un músculo visible; de la dignidad del ropaje, de lo elevado de la estatura, del uso exclusivo del color blanco, de la aureola mística de los pintores!

De la cabeza nada más se ayuda, de la mirada augusta bajo el ojo cóncavo, de la mejilla enjuta, de la boca contraída que aún revela la bravura humana, de la serena y adorable frente, honda hacia las sienes poco pobladas de cabellos, y levantada en dosel sobre las cejas.

¡La mirada es el secreto del singular poder de esa figura! La angustia y la aspiración se ven claramente en ella: y la resurrección: y la existencia eterna. Los vientos pueden desnudar los árboles; los hombres pueden derribar los tronos; el fuego de la tierra puede descabezar montañas,—pero se siente, sin estímulo violento y enfermizo de la fantasía, que esa mirada por natural poder continuará encendida!

Todo se postra ante esos ojos que concentran cuanto cabe de amor, anunciación, claridad y altivez, en el espíritu. Él está al pie de las cuatro gradas que llevan al ábside de Pilato;[24] y Pilato parece postrado ante él.

Blanca es la túnica de Pilato, como la suya; pero de la suya brota, sin ardid visible del pincel, una luz que no brota de la del juez cobarde. A su lado se revuelve la cólera, se atreve la insolencia, se discute la ley, se pide a gritos la muerte; pero aquellos ojos curiosos o atrevidos, aquellos rostros frenéticos y descompuestos, aquellas bocas que hablan y que gritan, aquellos brazos, iracundos y levantados, en vez de desviar la fuerza y la luz de su figura fulgurosa, se concentran en ella y la realzan, por el contraste de su energía sublime con las bajas pasiones que lo cercan.

La escena es el pretorio, de austera y vasta arquitectura. Por la entrada del fondo, que acaba de dar paso a la multitud, se ve un rincón de cielo delicioso, que brilla como las alas[25] de las mariposas azules de Muzo.[26]

El gentío alborotado se aprieta a la izquierda del lienzo sobre la figura de Jesús. Ni en el centro quiso ponerla el pintor, para tener esa dificultad más que vencer. Un magnífico soldado echa atrás con su pica a un gañán que vocifera, con los brazos en alto: ¡figura soberana!: todos los pueblos tienen ese hombre bestial, lampiño, boca grande, nariz chata, mucho pómulo, ojo chico y viscoso, frente baja: rebosa en la figura el odio insano de las naturalezas viles hacia las almas que las deslumbran y avergüenzan con su claridad; y sin esfuerzo alguno artificioso, ni violencia en el contraste, resultan en el cuadro en su doble oposición moral y física: el hombre acrisolado que ama y muere, y el bestial que odia y mata.

A la derecha del lienzo está el romano Pilato, en su toga blanca ribeteada del rojo de los patricios: se adivina la lana en lo blando de los pliegues: pasma el relieve de Pilato, que parece vivo en el nicho del ábside: en los ojos se le ve el trastorno de sus pensamientos, el miedo a la muchedumbre, el respeto al acusado, la vacilación que le hace ir levantando una mano de la rodilla, como preguntándose qué ha de hacer con Jesús.

Comparable a la mejor creación artística es el fanático Caifás que con el rostro vuelto hacia el pretor le señala en un gesto imperante el gentío que reclama la muerte; aquella cabeza de la barba blanca increpa y apremia: de aquellos labios están saliendo las palabras, ardientes y duras.

Dos doctores sentados a la izquierda del ábside miran a Jesús como si no acabasen de entenderlo.

Al lado de Caifás clava un viejo los ojos en Pilato, que tiene baja la cabeza. Un rico saduceo, de turbante y barba cana,[27] mira a Jesús de lleno, rico el traje, arrellanado en el banco, en arco el brazo derecho, el izquierdo sobre el muslo: ¡es ese rico odioso de todos los tiempos!: la fortuna le ha henchido de orgullo brutal: la humanidad le parece su escabel: se adora en su bolsa y en su plenitud. Entre él y Caifás discuten el caso jurídico los sacerdotes, este con ojos torvos, aquel con frialdad de leguleyo; otro reclinado en la pared, de pie sobre el banco mira en calma la revuelta escena. Detrás del saduceo, junto mismo a Jesús, otro gañán, de realidad que maravilla, se inclina sobre la baranda en postura violenta para ver de frente el rostro al preso; por encima de la cabeza del gañán, junto al pilar del arco que divide la escena sabiamente, una madre joven, con su niño en brazos, tiene puestos en Jesús sus ojos piadosos, que como toda su figura recuerdan las madonas italianas; allá al fondo, para quebrar la línea de cabezas, se alza entre ellas un beduino barbudo que tiende el brazo brutal hacia Jesús.

Imposible es ver este lienzo gigantesco, sin que asalte la mente, fatigada de tanto arte menor, de tanto arte retacero y sofístico, la memoria de

aquella época de ideales fijos en que los pintores vestían las iglesias y los palacios de composiciones grandiosas.

Aquella luz del Cristo avasalladora, que atrae a él los ojos como el término inevitable de las excursiones por el lienzo; aquel arco robusto y espacioso que en vez de robar efecto al Cristo lo realza y completa; aquella fuerza, novedad y viveza de los grupos; aquella ciencia para destacar sin falsedad del fondo sombrío los colores riquísimos, calientes y pastosos, como los de la vieja escuela de Venecia; aquella concepción armónica y segura, en que ninguno de los tipos secundarios ha perdido en relieve y poder al subyugarse al tipo central y superior; aquella elocuencia de los rostros, que están contando la pasión que los enciende; aquel brío magistral en los detalles, y desdén de ardides, oposiciones y contraluces; aquella gracia, verdad y movimiento, y el punto aquel de cielo que a lo lejos las inflama y corona, enseñan que el pobre *Miska* de la aldea de Munkács que hoy vive en París como un rey de pintores, era uno de aquellos magníficos espíritus, raros en esta edad de apremio y crisis, que pueden pecho a pecho abrazarse a una idea humana, descomponerla en sus elementos, y reproducirla con la intensidad y energía que requieren las obras dignas del aplauso de los siglos.

No en vano ha paseado el cuadro en triunfo a Europa entera.

No en vano dio París al admirable Waltner[28] la medalla de honor por la radiante aguafuerte del *Cristo ante Pilato.*

No en vano, en este siglo cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido condensarse en símbolos, apasiona este cuadro de Munkácsy a los críticos y a las muchedumbres, aunque alguna de sus figuras resulte violenta, aunque cierta parte de él parezca añadida como segundo pensamiento, por efecto de decoración, a la idea principal, aunque ya está perdida la fe en la religión que conmemora. Nunca acude en vano el genio verdadero a la admiración de los hombres, necesitados a pesar suyo de grandeza.

Pero ¿serán solo esa facultad de componer grandiosamente, esa fuerza y fulgor del colorido, esa armoniosa gracia de los grupos, esa pujanza de la obra entera, lo que en este tiempo de creencias rebeldes y temas novísimos asegure tamaña popularidad a ese asunto familiar de una religión vencida?

Algo más hay en ese cuadro que el placer que produce una composición armónica y la simpatía a que mueve el que emprende con ímpetu y corona con esplendor una obra osada.

Es el hombre en el cuadro lo que entusiasma y ata el juicio. Es el triunfo y resurrección de Cristo, pero en la vida y por su fuerza humana. Es la visión de nuestra fuerza propia en la arrogancia y claridad de la virtud.

Es la victoria de la nueva idea, que sabe que de su luz puede sacarse el alma, sin comercio extravagante y sobrenatural con la creación, ese amor sediento y desdén de sí que llevaron al Nazareno a su martirio.

Es el Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo vivo,—el Cristo humano, racional y fiero.

Es la bravura con que el húngaro Munkácsy presintiendo en su intuición artística lo que el estudio corrobora, entendió y realizó que siempre fueron unas las pasiones y sus móviles, y desembarazándose de leyendas y figuras canijas estudió en su propia alma el misterio de la divinidad de nuestra naturaleza, y con el pincel y el espíritu libre, escribió[29] que lo divino está en lo humano!—Pero el cariño por el dulce error es tan potente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso.

La Nación. Buenos Aires, 28 de enero de 1887.
[Mf. en CEM]

EL CRISTO DEL GRAN PINTOR MUNKÁCSY

Sumario.—Estudio sobre el cuadro.—El pintor.—Su vida.—Cómo fue tomando carácter su genio.—La gente de Hungría.—Amor de esposa.[2]—*El último día de un condenado.*—Carácter vigoroso y real de la pintura de Munkácsy.—Espiritualismo realista.—La fuerza de la idea consagrada en pintura.—Milton.[3]—El cuadro famoso.—*Cristo ante Pilato.*—Significación y extraordinaria novedad del Cristo.—Disposición del cuadro.—Color.[4]—Composición.—El Cristo nuevo.

New York, 3 de diciembre de 1886.

Señor Director[5] de *El Partido Liberal:*

Iremos hoy adonde va New York, a ver el *Cristo ante Pilato* del pintor húngaro Michael Munkácsy. *¡Éljen, éljen!,*[6] que quiere decir *¡viva!,*[7] gritan pintores, poetas, clérigos, periodistas y políticos dondequiera se presenta Munkácsy, que está ahora de visita en New York,[8] como para ayudar la fama y ganancia de su cuadro. Ayer le dieron un banquete los magnates de la ciudad, y en la pared decía en letras de flores, por sobre su cabeza de cabello hirsuto, *Isten Hozott,*[9] *¡Dios te trajo a nosotros!* Recuerda la suntuosidad de su viaje aquella manera de vivir en Rubens, que todo lo quería de tisú y de oro, y aun en la misma carne femenina gustaba de ver los resplandores y pompa de las joyas. En Washington lo han recibido con festejos grandes, mesas amanteladas de brocado, salas de damasco rojo, riquezas de reyes. Pero más honores que él alcanza, en el pequeño teatro donde se exhibe su sublime Cristo, de cuya túnica de lienzo blanco, por maravilla secreta del pincel, emerge una luz magna que domina y compendia todas las del contorno, concentra en el reposo el vario movimiento del conjunto e inviste de seductora majestad un cuerpo escueto por donde cae el lienzo en pliegues desairados.

Ah! es preciso batallar para entender bien a los que han batallado. Es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebres oscuros, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio. Es preciso haber aserrado la madera y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres.

Este Michael Munkácsy, casado ahora con una viuda rica que da a su casa de París el encanto de un palacio, era en los primeros años de su vida un pobrecillo *Miska* de la aldea de Munkács. Nació en una fortaleza, en los tiempos en que los rusos devastaban a Hungría, y todo el bello país de selvas y viñedos parecía una copa de colores quebrada por el casco de un caballo. No salía el sol para las almas. La gente moría de hambre. De hambre murió la madre de Munkácsy. Su padre murió preso. Los ladrones, que nacen de la guerra, dieron muerte a lo que quedaba de la casa; y solo a él lo dejaron vivo, junto al cadáver de su tía. El niño no sabía reír. Un tío pobre lo puso de aprendiz de carpintero. Trabajaba doce horas por un peso a la semana. Unos niños de escuela, apenados de ver aquella cara ávida y triste, le enseñaron a leer y escribir las letras que acariciaba con los ojos. Sin saber por qué, empezó a pintar en las arcas de la carpintería las escenas heroicas de húngaros y servios, los morriones peludos, las botas ajustadas, los sables corvos. Al fin su tío mejoró de fortuna y le envió a recobrar fuerzas a un lugarejo que pareció a *Miska* bóveda celeste, porque allí vio a

un pintor de retratos manejar los colores y se le pusieron en pie en la voluntad todos los héroes de sus arcas, y con tanto fuego suplicó al retratista, que logró ir con él para aprender a pintar; lo cual hizo tan bien que a los pocos meses vivía de dar lecciones de dibujo, y retrató la familia de un sastre tan a gusto del don Tijeras, que le pagó los retratos en un sobretodo.

Ya en aquel tiempo leía vorazmente, y los tipos heroicos y las épocas tomaban puesto, como invasiones de luz, en su alma, que la muerte, la guerra y la orfandad habían vestido, cual una cámara fúnebre, de sombras. Pero la gente de esas tierras de Hungría, de ojo tenaz y negro, adora la naturaleza, la pasión desnuda, el hogar franco, el campo alegre y libre: en música son Liszt, en poesía Petöfi, Kossuth en oratoria: beben el vino fresco de los odres: aman de modo que queman: cuando tocan sus músicas selváticas, tienen de crin de corcel revuelta por la tempestad, y de voz de flor, y de reclamo de paloma: de allí son los gitanos de colores, con sus caravanas felices y pintorescas, sus amoríos que huelen a fruta primeriza, sus vagabundos de cabellos rizados que se enamoran de las reinas. La vida allí florece y se desborda, se sale de las reglas y los cánones, y conserva aires regios aun en el vicio y la molicie: parecen príncipes todos aquellos vagabundos, que se disfrazan por capricho de mendigos.

La idea ajena molestaba a Munkácsy como un freno. El amor de su raza a la naturaleza le hacía preferir la vida al libro. Crear le urgía. Tenía aquel apetito de verdad, desconocido de los eruditos, que produce a los grandes hombres. Los hombres son como los astros, que unos dan luz de sí y otros brillan con la que reciben. ¿Con qué había de pintar Munkácsy sino con las tristezas de su alma, con sus recuerdos tétricos, con aquellas tintas propias de quien ha conocido la desgracia? Se ve en el mundo lo que se tiene en sí; el hombre se sobrepone a la naturaleza y altera con la disposición de la voluntad su armonía y su luz. Así fue el pobre *Miska* ejercitando su impaciente mano; y como era de aquellos que en sí tienen su ley y su color, con lo que le rebosaba de artista buscó lo pintoresco[22] en el asunto, mas del alma no bien asoleada sacó la tinte lóbrega, fortalecida por su misma superioridad, de la que solo el amor y la gloria, que traen luces, habían de apartarle luego. Pero brillaba en aquel betún oscuro el ojo del gitano.

Y ese hombre audaz, directo, hijo de sí, había de entretenerse en vestir momias, en mimar trajes, en agrupar academias? ¡No! La vida está llena de encanto y de aspectos pictóricos: cuando sintió maduras sus fuerzas, aplaudido ya en exposiciones y concursos, lo que [se] le ocurrió pintar con gran escándalo del plácido Knaus,[23] fue una nota viva, un cuadro famoso, *El último día de un condenado.* Ora el reo, de bruces sobre una mesa en cuyo mantel blanco se levanta entre dos cirios el crucifijo: de pie contra la pared gime la pobre esposa: la niña queda entre ellos: el soldado contiene a la puerta del calabozo a la muchedumbre que se asoma. Puso el pintor en aquella obra su piedad de pobre, su color de alma sola, su osadía de hombre nuevo.

Le dio el premio París, y su arte, y su existencia misma, han crecido con la hermosura y rapidez de las leyendas. Cada cuadro de Munkácsy es un asalto: su *Milton dictando a sus hijos el* Paraíso perdido,[24] este *Cristo ante Pilato*, su *Cristo en el Calvario*, su *Muerte de Mozart*, donde dicen que se ve subir el alma, aclararse los cuerpos, volar la música. Fuera, tiene la fama: en su casa, tiene el amor de esposa, que da los bríos para ganarla. Ella mima[25] sus creaciones; vuelve a sus manos la paleta que abandona la impotencia o el despecho; se posa en su hombro, como un colibrí, para decirle al oído, de

modo que no note que la voz viene de afuera, que aquel brazo está alto, que aquel ojo está tibio,[26] que aquel pie un poco brutal denuncia a *Miska*. Ella disipa sus últimas tristezas. Ella suaviza sus grupos atrevidos. Ella trae al taller el verde y el azul. La sombra no, no puede desvanecerla por completo: que cuando la sombra bautiza un alma, la sal queda clavada sobre la frente, como una rosa de diamantes: hay placer en la sombra. Y el blanco tampoco lo trae, porque este lo saca de sí el pintor con épico atrevimiento.

La fuerza de la idea fue cada día poniendo mayor asombro en este espíritu que ha tomado de sí principalmente, con poca ayuda de libros, los seres palpitantes de sus lienzos: y por esta admiración del poder mental vino a caer en el amor de Milton, demacrado[27] y ciego, como el tipo mejor de la hermosura y pujanza de la idea, y luego subió al amor del Cristo, ante cuya luz triunfante agrupa, para que resulten más su mezquindad y abatimiento, los poderes más temibles y activos de la tierra: el egoísmo y la envidia. Ha acumulado de intento dificultades que parecían insuperables: ha querido hacer triunfar por su propio fulgor la mente humana: ha logrado investir de suprema belleza una figura fea: ha conseguido dominar con una figura en reposo toda la fiereza y brillantez de las pasiones que se la disputan[28] en animado movimiento.

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. Él no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza[29] humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza.

Él ve a Jesús como la encarnación más acabada del poder invencible de la idea. La idea consagra, enciende, adelgaza, sublima, purifica: da una estatura que no se ve y se siente: limpia el espíritu de escoria, como consume el fuego la maleza: esparce una beldad clara y segura, que viene hacia las almas, y se sienta en ellas. El Jesús de Munkácsy es el poder de la idea pura: ahí está en un sayón, flaco, huesudo: trae las manos atadas, estirado el cuello, la boca comprimida y entreabierta, como para dar paso a las últimas hieles. Se siente que acaban de poner sobre él la mano vil; que la jauría humana que lo cerca ha venido oteándolo como a una fiera; que lo han vejado, golpeado, escupido, traído a[30] rastras, arrancado las vestiduras a pedazos, reducido a la condición más baja y ruin: ¡y ese instante de humillación suma es precisamente el que el artista elige para hacerle surgir con una majestad que domina la ley que tiene en frente y la brutalidad que le persigue, sin ayudarse de un solo gesto, de un músculo visible, de la dignidad del ropaje, de lo elevado de la estatura, del uso exclusivo del color blanco, de la aureola mística de los pintores!

De la cabeza nada más se ayuda, de la mirada augusta bajo el ojo cóncavo, de la mejilla enjuta, de la boca contraída que aún revela la bravura humana, de la serena y adorable frente,[32] honda hacia las sienes poco poblada de cabellos, y levantada en dosel sobre las cejas.

¡La mirada es el secreto del singular poder de esa figura! La angustia y la aspiración se ven claramente en ella; y la resurrección: y la existencia eterna. Los vientos pueden desnudar los árboles: los hombres pueden derribar los tronos: el fuego de la tierra puede descabezar montañas; pero se siente, sin estímulo violento y enfermizo de la fantasía, que esa mirada por natural poder continuará encendida!

Todo se postra ante esos ojos que concentran cuanto cabe de amor, anunciación, claridad y altivez en el espíritu. Él está al pie de las cuatro gradas[33] que llevan al ábside[34] de Pilato;[35] y Pilato parece postrado ante él. Blanca es la túnica de Pilato como la suya: pero de la suya brota, sin ardid visible del pincel, una luz que no brota de la del juez cobarde. A su lado se revuelve la cólera, se atreve la insolencia, se discute la ley, se pide a gritos la muerte; pero aquellos ojos curiosos o atrevidos, aquellos rostros[36] frenéticos y descompuestos,[37] aquellas bocas que hablan y que gritan, aquellos brazos iracundos y levantados en vez de desviar la fuerza y luz de su figura fulgorosa, se concentran en ella y la realzan, por el contraste de su energía sublime con las bajas pasiones que la asedian.

La escena es el pretorio, de austera y vigorosa arquitectura. Por la entrada del fondo, que acaba de dar paso a la multitud, se ve un rincón de cielo delicioso que brilla como las alas de las mariposas azules de Muzo.[38] El gentío alborotado se aprieta a la izquierda del lienzo sobre la figura de Jesús: ni en el centro quiso[39] ponerla el pintor, para tener esa dificultad más que vencer. Un magnífico soldado echa atrás con su lanza a un gañán que vocifera, con los brazos en alto: ¡soberana figura!: todos los pueblos tienen ese hombre bestial, lampiño, boca grande, nariz chata, mucho pómulo, ojo chico y viscoso, frente baja: rebosa en la figura el odio insano de las naturalezas viles hacia las almas que las deslumbran y avergüenzan con su claridad; y sin esfuerzo alguno artificioso ni violencia en el contraste, resultan en el cuadro en su doble oposición moral y física:[40] el hombre acrisolado que ama y muere, y el bestial que odia y mata. A la derecha del lienzo está el romano Pilato, en su toga blanca ribeteada del rojo de los patricios: se adivina la lana en lo blando de los pliegues: pasma el relieve de Pilato, que parece vivo en el nicho del ábside: en los ojos se le ve el trastorno de sus pensamientos, el miedo a la muchedumbre, el respeto al acusado, la vacilación que le hace ir levantando las manos de sus rodillas, como si les preguntase qué ha de hacer con Jesús. Comparable a la mejor creación artística es el fanático Caifás que con el rostro vuelto hacia el romano le señala en un gesto imperante el gentío que reclama la muerte: aquella cabeza de la barba blanca increpa y apremia: de aquellos labios están saliendo las palabras, ardientes y duras. Dos doctores sentados a la izquierda del ábside miran a Jesús como si no supieran qué pensar de él: gran color, gran relieve, grandes ropajes los de los dos doctores. Al lado de Caifás clava un viejo los ojos en Pilato, que tiene baja la cabeza. Un rico saduceo, de turbante y barba cana, mira a Jesús de lleno, como mira el hacendado al ladrón que le salta sus cercas: rico el traje, arrellanado en el banco, en arco el brazo derecho, la mano izquierda pesada sobre el muslo ¡es ese rico odioso de todos los tiempos!: la fortuna le ha henchido de orgullo brutal: la humanidad le parece su escabel:[44] se adora en su bolsa y en su plenitud. Entre él y Caifás discuten el caso jurídico los sacerdotes, este con ojos torvos, aquel con frialdad de leguleyo: otro, reclinado en la pared, de pie sobre el asiento, mira en calma la revuelta escena. Detrás del saduceo, junto mismo a Jesús, otro gañán vulgar, de realidad que maravilla, se inclina sobre la baranda en postura violenta para ver de frente el rostro al preso. Por encima de la cabeza del gañán, junto al pilar del arco que divide la escena sabiamente, una madre joven con su niño en brazos[45] tiene puestos en Jesús los ojos piadosos, que como toda su figura recuerdan las madonas italianas.[46] Allí al fondo,[47] para quebrar la línea de cabezas, se alza entre ellas un hombre barbado que con el brazo tendido denuncia al juez el Cristo.[48]

Imposible es ver este lienzo gigantesco, sin que asalte la mente, fatigada de tanto arte menor, de tanto arte retacero y sofístico, la memoria de aquella época de ideales fijos y florecientes en que los pintores revestían las iglesias y los palacios de composiciones grandiosas. Aquella luz del Cristo avasalladora, que atrae a él los ojos como el término inevitable de las excursiones por el lienzo; aquella sencillez solemne de la arquitectura, y aquel arco robusto y espacioso, que en vez de robar efecto al Cristo, lo realza y completa; aquella novedad, fuerza y viveza de los varios grupos; aquella ciencia para destacar del fondo sombrío los colores riquísimos, calientes y pastosos; aquella concepción armónica y segura, en que ninguno de los tipos secundarios ha perdido en relieve y poder al subyugarse al tipo central y superior; aquella elocuencia de los rostros, que está contando la pasión que los enciende; aquel brío magistral en los detalles, y desdén de ardides, oposiciones y contraluces; aquella gracia, verdad y movimiento, y el punto aquel de cielo que a lo lejos las inflama y corona,—enseñan que el pobre *Miska* de la aldea Munkács,[49] que hoy vive en París como un rey de pintores, era uno de aquellos magníficos espíritus, raros en esta edad de apremio y crisis, que pueden pecho a pecho abrazarse a una idea humana, descomponerla en sus elementos, agruparla en forma visible, y reproducirla con la energía e intensidad que requieren las obras dignas del aplauso de los siglos.

No en vano ha paseado el cuadro en triunfo a Europa entera. No en vano dio París al admirable Waltner[50] la medalla de honor por la radiante aguafuerte del *Cristo ante Pilato.* No en vano en esta época, cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido todavía condensarse en símbolos, apasiona y seduce este cuadro de Munkácsy a la multitud y a los críticos, aunque alguna de sus figuras resulte violenta, como la del gañán que se inclina sobre la baranda; aunque cierta parte de él, las tres figuras en alto que rompen el plano monótono de las cabezas, parezca añadida como segundo pensamiento, por efecto de decoración, a la idea principal; aunque ya está perdida la fe, u oscura y lastimada, en la religión que conmemora. No en vano confía el genio verdadero, en la necesidad involuntaria que tiene el hombre de maravilla y de grandeza.

Pero, ¿serán solo esa facultad de componer grandiosamente, esa fuerza y fulgor del colorido, esa armoniosa gracia de los grupos, esa pujanza y ánimo de la obra entera, lo que en este tiempo de creencias rebeldes y temas novísimos asegure tamaña popularidad a ese asunto familiar de una religión vencida? Algo más hay en ese cuadro que el placer que produce una composición armónica, y la simpatía a que mueve el que emprende con ímpetu y corona con esplendor una obra osada! Es el *hombre* en el cuadro lo que entusiasma y ata el juicio. Es el triunfo y resurrección de Cristo, pero *en la vida y por su fuerza humana*. Es la visión de nuestra fuerza propia, en la arrogancia y claridad de la virtud. Es la victoria de la mera idea, que sabe que de su luz puede sacarse el alma, sin comercio extravagante y sobrenatural con la creación, ese amor sediento y desdén de sí que llevaron al Nazareno a su martirio. Es el Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo[52] vivo,[53] el Cristo humano, racional y fiero. Es la bravura con que el húngaro Munkácsy, presintiendo[54] en su intuición artística lo que el estudio corroboró, entendió y realizó que siempre fueron unas las pasiones y sus móviles, y desembarazándose de leyendas y figuras canijas, estudió en su propia alma el misterio de la divinidad de nuestra naturaleza; y con el pincel

y el espíritu libre, escribió que espíritu divino está en lo humano! Pero el cariño por el dulce error es tan potente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 21 de diciembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

EL MENSAJE DEL PRESIDENTE CLEVELAND

Sumario.—Preliminares de la estación política.—Significación actual de los partidos.—Posición, actitud y disensiones de los demócratas.—Cómo eran los demócratas en la oposición y cómo son en el poder.—Estado de transformación de los partidos.—El partido nuevo.—Los demócratas contra el presidente demócrata.—Necesidad del desinterés en los partidos políticos.—El Mensaje y sus principales recomendaciones.—Estilo, significación política y alcance futuro del Mensaje.—Lo que dice el Mensaje sobre México.—Curiosa lucha contra Cleveland y su partido.

Nueva York, diciembre 8 de 1886.

Señor Director[5] de *El Partido Liberal:*

Con los primeros días de diciembre viene siempre en los Estados Unidos el renuevo de la actividad política. Se reúne el Congreso. El Presidente define su posición en el Mensaje. Los secretarios detallan en sus Memorias el estado de sus departamentos. La prensa de cada partido o de cada fracción de ellos, formula su programa. Se esperan con avidez los primeros actos de los diputados y senadores reunidos en Washington, para deducir de ellos el rumbo que tomarán las cosas públicas. No es aquí uso, como en los parlamentos monárquicos, exhibir la situación de cada grupo político en los discursos de respuesta al mensaje de la Corona. Los representantes, cohibidos por sus compromisos y diferencias, rehuyen las fórmulas precisas y definitivas. Los periódicos, que en su libro de consultas aprenden de cerca por dónde va la opinión, se encargan, aun contra sus simpatías y predilecciones, de revelar lo que está en la mente pública. Hoy, sobre todo, no podría ninguno de los partidos rivales definir su política en un programa fijo, porque la verdad es que cada uno de ellos está fraccionado en bandos enemigos, juntos solo por la necesidad de apoyarse mutuamente para mantener o asaltar el poder.

El Partido Republicano, desacreditado con justicia por su abuso del gobierno, su intolerancia arrogante, su sistema de contribuciones excesivas, su mal reparto del sobrante del Tesoro y de las tierras públicas, su falsificación sistemática del voto, su complicidad en las empresas poderosas, su desdén de los intereses de la mayoría, hubiera quedado sin duda por mucho tiempo fuera de capacidad para restablecerse en el poder: si el Partido Demócrata que le sucede no hubiera demostrado su confusión en los asuntos de resolución urgente, su imprevisión[6] e indiferencia en las cuestiones esenciales que inquietan a la nación, y su afán predominante de apoderarse, a semejanza de los republicanos, de los empleos públicos.

El Partido Demócrata fue traído al gobierno, si no para realizar un programa preciso que sus divisiones internas le impedían ofrecer para gobernar, por lo menos, con espíritu distinto del corruptor, absorbente y temible de los republicanos, para dejar de hacer aquello porque los republicanos se habían atraído la censura de sus mismos amigos y fundadores, para reformar la tarifa de modo que fuese quedando en bases provechosas la producción sin ocasionar un sacudimiento inmediato en las

industrias, ni dejar sin empleo a los trabajadores, para reducir el sobrante innecesario de cien millones de pesos en el Tesoro, a fin de abaratar en esa suma la vida nacional con la rebaja consiguiente de los derechos de importación, facilitar el abaratamiento de los productos de la industria con la entrada libre de las materias primas y la reducción en los salarios, y sacar del alcance de los especuladores y rateros el exceso de las cajas, solicitado con pretextos fútiles para empresas extravagantes o inmorales. El Partido Demócrata fue traído al gobierno para discutir honradamente la conveniencia de continuar acuñando la moneda de plata, que no tiene salida; para impedir la cesión inmotivada de los terrenos nacionales a las compañías pudientes que se adueñan con sus dádivas o su protección del voto de los representantes; para que el gobierno, en suma, dejase de ser, como venía siendo, propiedad exclusiva y verdaderamente escandalosa de las camarillas ricas que, con la ayuda de los secretarios y representantes a quienes corrompen,[7] intimidan o favorecen, se apoderaban a gran prisa de la riqueza nacional, de los encargados de distribuirla y de los métodos y avenidas dispuestas en la constitución política para asegurar al pueblo el conocimiento y manejo de sus intereses y dominios.

Y resulta que después de dos años de goce del poder, con el ejecutivo en sus manos, y con la mayoría en la Cámara de Representantes, el Partido Demócrata no ha reformado la tarifa,[8] no ha discutido con honradez la cuestión de la plata, no ha rebajado el sobrante de cien millones en las cajas públicas, no ha dado muestras de desear la moralidad ofendida por los republicanos en la distribución y ejercicio de los empleos, no ha legislado realmente con espíritu distinto del de los republicanos. Echaron a perder el cuerno, pero no saben hacer la cuchara. En vez de rebajar el sobrante, han tratado los demócratas de distribuír-selo. Han caído en los abusos mismos que vilipendiaban en sus rivales. Y solo han mostrado actividad y cohesión para oponerse a la política de su propio presidente, combatir toda proposición suya que conduzca a los fines para que fueron electos, y forzarlo en pago de la benevolencia de su partido, a que reparta en él como derechos de la victoria, los empleos públicos.

En vano el Presidente, nombrado para purificar el sistema de empleos, como modo principal de tener libre de fraudes el sufragio, y el gobierno de abusos, trata de conciliar con concesiones prudentes la ley que impone el concurso y ascenso en la provisión de los empleos, con el sistema de cambiar por entero de empleados, desde barrenderos hasta ministros, a cada nueva elección, lo cual engendra el vicio de servir a los partidos por el provecho que se espera de ellos, y la creación de una casta traficante en los puestos de la nación, cosas ambas venenosas para las repúblicas.

En vano el presidente Cleveland, atento a la voz del país, a sus ofertas, y a su legítima ambición personal, no cede más que en aquello en que puede aflojar su acción sin deshonra e insiste en solicitar de su partido el cumplimiento de las promesas porque fue elevado al poder: la reforma de la tarifa, la supresión del sobrante, [la] cesación del amone-damiento de la plata, el estudio de la reforma necesaria en la distri-bución de la tierra, y de todos los problemas vivos del país, el miedo de las industrias, que no pueden producir barato, el desasosiego de los trabajadores, a quienes no alcanza la prosperidad, el exceso ofensivo de las acumulaciones de riquezas en las compañías favorecidas por las leyes y dádivas del Congreso, la construcción de una armada vigorosa y obras de defensa sobre las costas, la mejora de la condición de las tribus indias, y el repartimiento efectivo por cabezas libres de la tierra que hoy poseen nominalmente y en común.

En vano han sido derrotados los demócratas, como alarmante anuncio de lo ofendido de la opinión, en muchos distritos electorales descontentos de su incompetencia para concertar en el gobierno las mejoras que parecían serles tan raras cuando disputaban el puesto a los republicanos.

En vano, del puro exceso y verdad de la alarma pública en las cuestiones del trabajo y el abuso de la tierra, se forma a toda prisa, con armonía, elocuencia y determinación formidables, un partido dispuesto a resolverlas sin violencia, pero sin demora.

En vano todo, por lo que hasta hoy parece. Los republicanos, menos visibles ahora que están fuera del poder, tratan de ir zanjando sus diferencias, puesto que no las enconan los apetitos rivales que las nutren cuando el partido disfruta del gobierno. Los demócratas, decididos según se deja ver, a no tratar de paz con el Presidente hasta que este no les ceda en el punto principal de los empleos, no dan señal de avenirse en las cuestiones en que el país aguarda su acción con impaciencia, la tarifa, el sobrante y la plata.

Porque en lo de los empleos, lo cierto es que hay aquí tal descuido de lo que no atañe directamente a la bolsa, que no puede decirse que el país muestre verdadero empeño por la reforma que con celo relativo, aunque meritorio, sostiene Cleveland: siempre los pensadores fueron menos; y son pocos los ojos que ven en las raíces.

Unos a otros se echan en cara los bandos demócratas la causa de las pérdidas recientes en las elecciones del otoño; y mientras los amigos de Cleveland afirman, con razón aparente, que el motivo de la derrota fue la demora del partido en promulgar las reformas para cuya realización vino al gobierno, responden los adversarios del Presidente que los demócratas han sufrido ese fracaso por la lentitud de Cleveland en repartir entre sus sectarios los empleos públicos, ¡como si esta confesión de ese interés no fuera bastante para demostrar lo urgente de poner remedio a ese envilecimiento de la cosa política! «La derrota ha sido porque no se ha reformado la tarifa» dicen los librecambistas. «La derrota, dicen los proteccionistas, ha sido en condenación del empeño de reformar la tarifa».

Pero esas, en verdad, fueron causas menores, aunque verdaderas. Las mayores son otras. Disgustan al país el desconcierto, el egoísmo, la indecisión, la rivalidad excesiva, la estrechez de miras, la falta de alma pública revelados[9] por los demócratas en los dos años que llevan de gobierno. Desencanta a la opinión la semejanza mal disimulada de espíritu y hábitos entre los políticos de oficio, bien sean republicanos o demócratas. Y, más que todo, obra activamente, en proporciones amenazantes para los dos partidos desacreditados, ese espíritu de reforma, sano y súbito como viento de tempestad, que en la historia de los Estados Unidos ocurre periódicamente en cada época crítica, como primavera de la libertad, producto de ella, y válvula de la república. Nótese también que este espíritu saludable viene siempre de la gente de libros, del clero protestante, y de la llaneza de la multitud que vive en la verdad, amasada y curtida por el trabajo. El lucro cría gusanos. Prospera entre los pobres la sinceridad que los avienta.

Está, pues, la política activa de los Estados Unidos distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencia de ideas, y un partido naciente, demasiado nuevo y radical para que su advenimiento al poder pueda ser contado como factor inmediato, aunque ya sientan los partidos viejos en las espaldas el látigo del que les viene dando caza.

Los republicanos no parecen capaces de reunir bajo un programa y jefatura comunes a los amigos de Blaine, que retiene por su magia personal el influjo que a otro menos hábil y elocuente hubiera hecho perder la versatilidad, más la inmoralidad de su política, y los amigos de Edmunds, sectario acérrimo, pero muy prendido al viejo espíritu de libertad pública, honesta e imparcial, que el cinismo brillante de Blaine desdeña y amenaza: y si algo crece y se acerca al predominio en el Partido Republicano, no es Edmunds, que tendió la mano en los funerales de Arthur a Blaine, a quien había ofendido, sino Blaine, que se negó a aceptarla.

Los demócratas, por su parte, sin atender a la visible aprobación con que se acoge la conducta entera y sensata de Cleveland, muéstranse cada día más airados por no haber podido reducirlo a su voluntad, azuzan la oposición al método de empleos y medidas de hacienda con que se encariña, responden a su abrupta honestidad con el desvío y la ofensa, continúan entre sí tan divididos como pudieran enemigos mortales, y solo ven en la popularidad de Cleveland un motivo para acusarlo de que sacrifica el provecho de su partido a su fama propia.

Los georgistas, que así pueden llamarse por ser su caudillo Henry George lo más brillante y visible de toda su reforma, extienden ayudados de las sectas liberales del protestantismo y del clero llano católico, las ideas de legítima democracia, reforma de las condiciones actuales del trabajo, transformación de la tierra en propiedad pública, y conversión de todos los pechos en un tributo único sobre la tierra ocupada, cuyas doctrinas no hallan acogida en las corporaciones poderosas que hoy disponen de casi toda la riqueza productiva, ni en aquella porción del clero protestante y católico que vive cerca de los ricos, y de ellos y parece dispuesta a hacerles del cielo, que interpretan y administran en su pro, un parapeto de defensa.

Este partido nuevo se extiende, como quien echa cimientos, por los municipios de las grandes ciudades; predica activamente por todo el país; se organiza para la acción unánime sobre bases definitivas y precisas; practica las costumbres de paz y respeto de la democracia, y cuenta ya con el auxilio potente de los gremios de trabajadores, a tal punto que todo el país le pone atento oído, y no se hacen menos menciones de Henry George para la presidencia que en las primeras campañas de los amigos del suelo libre, desdeñados al principio, se hacían de los prohombres que luego salvaron en la formidable guerra de la esclavitud al país. Trátase ahora, indudablemente, de ver cómo, atendiendo a tiempo a las reclamaciones justas, se le salva de la guerra social.

En esas condiciones de batalla se ha reunido el Congreso. El Presidente le ha enviado su Mensaje, que tiene aún la tinta fresca; una tinta firme y saliente, que no deja duda sobre lo que dice. El Mensaje es explícito, moderado y sincero. No hay en él generalidades ni pompa. Este Presidente entiende su puesto como lo que es, como un oficio de administración, que debe dar cuenta a los dueños de lo que se administra.

En pueblos nuevos, heterogéneos, y por una u otra materia primitivos, a pesar de su apariencia de civilización, o de su civilización parcial, presidente puede significar lo mismo que caudillo, e indicar que el que lo es, posee en grado culminante, la condición característica de su pueblo, o la de equilibrar y manejar sus varios elementos. En países donde la mayoría de los hombres conoce su interés y es capaz de su derecho, el gobierno no proviene de la necesidad de que lo ejerza una criatura superior por sabiduría, ambición o astucia, sino de [la] imposibilidad material de que todos los hombres gobiernen a una vez, por lo cual se ponen de acuerdo sobre el modo mejor de dirigir sus asuntos, y escogen de entre sus filas los que les parecen más

capaces de entenderlo y ejecutarlo, o les proponen ideas que creen aceptables y útiles.

Es un ladrón el que recibe en depósito una suma para administrarla en beneficio de su dueño, y la administra contra los deseos de él, o en beneficio propio. El voto es un depósito más delicado que otro alguno, pues van con él vida, honor y porvenir a más del interés de los depositantes: y el que usa malamente y contra los votantes el puesto que les debe, y el que administra cosa ajena, es un ladrón.

El Mensaje es sencillo y detallado como una cuenta de fin de año, sin que le falte entereza donde es menester, para asegurar a los administrados de que su caudal está bien defendido, ni aquellas artes naturales del administrador contento de su empleo, que hace cuanto puede para que le conserven en él. Esta afición inevitable que despierta el mando aun donde es más escaso de poder y brillo, se junta en Cleveland al virtuoso deseo de ver vencidos, con su reelección a la presidencia, a los que maliciosa y voluntariamente han desfigurado su persona y desconocido su honradez.

El Mensaje formula de nuevo la política de cordura, previsión y transformación lenta que va vinculada en Cleveland. En las cuestiones sociales, ve que el cielo se cierra y se amontonan las nubes; oye el trueno y quiere parar el rayo. En las cosas de la hacienda, que están en la raíz de la inquietud social, quiere que las industrias se desahoguen de los tributos excesivos que les impiden producir a bajo precio, y acomodar a los trabajadores impacientes, donde no desesperen.

En política, sabe que el país cuida poco de dogmas; teme la creación de una camarilla cínica de gobernantes y empleados, que se repartan sus haberes, y solo mantendrá en el poder al Partido Demócrata si este se muestra capaz de administrarlos desinteresadamente.

Abre el Mensaje con una exposición del estado de las relaciones internacionales: en ella prevé la necesidad de restringir la inmigración china a la vez que de proteger a los chinos que están en el país;[20] alude con cariño a la estatua de la Libertad, que confirma el afecto de Francia; intima que pudiera traer consecuencias desagradables la disputa de las pesquerías canadienses, defendidas en más de su derecho por el gobierno inglés; encomia la importancia de renovar el tratado con las islas Sandwich, por no perder en provecho de otra nación este puesto importante en el Pacífico, que ha venido a ser una factoría americana; no cree mal que, sin color de protección, se dé a la pequeña República de Liberia un buque que no haga mucha falta en los Estados Unidos; reconoce el interés excepcional de estos en Cuba, y cree posible un arreglo amistoso con España, que asegure a los norteamericanos las ventajas que juzga naturales; aboga por el mayor cuidado en la elección y sostenimiento del cuerpo de cónsules, que debe ser inteligente y numeroso; resumiendo con discreta y necesaria modestia la última censurable controversia de los Estados Unidos con México, busca modo airoso de salir del mal paso afirmando con énfasis que, a la vez que es de desear que se lleve por fin a afecto el Tratado de Reciprocidad[26] convenido en 1883, «puesto que la naturaleza nos ha hecho vecinos irrevocables y la cordura y la benevolencia deben hacernos amigos», los Estados Unidos deben protestar, y han protestado contra la ley mexicana que autoriza a los tribunales de aquel país a aplicar en él su código penal a los súbditos extranjeros que fuera de él y en la tierra de su ciudadanía hubiesen cometido contra súbditos mexicanos delitos castigados por la ley de México. Y esa sección internacional comprende recomendaciones varias, tales como las de que se revisen y fijen, para evitar contiendas con tierras

amigas, las leyes de naturalización y extradición, se levante el alto derecho existente sobre las obras de arte extranjeras, y se celebren en simpatía con los acuerdos de la Convención de Berna,[27] tratados de propiedad literaria.

Páginas sabias de la ciencia de la economía parecen casi todas las secciones del Mensaje, en un estilo macizo[28] e inexpugnable, del sobrante del Tesoro, que debe reducirse a los gastos necesarios del gobierno «por que una concesión oportuna suele evitar la acción violenta y desatentada que nace a veces de la demora en la aplicación de la justicia»; de los intereses del trabajador, que entre otras cosas requieren la rebaja de la tarifa «de modo que quede abaratada la existencia sin reducir las oportunidades de trabajo, ni el digno puesto que tiene este en nuestra estimación»;[29] de la necesidad de suspender el amonedamiento de la plata «porque ya no hay bóvedas donde guardar la inmensa suma de plata acuñada que vale menos de lo que hoy representa, y no tiene salida en la circulación»; de la justicia de administrar con más bondad y eficacia las tribus indias, ya mansas, educables y trabajadoras «porque el gobierno no puede libertarse de su responsabilidad hasta que no civilice y disponga a los indios para que, con la paz de sus derechos, puedan cuidar de sí propios»;[30] del deber de poner coto a la acumulación de la tierra en manos codiciosas que la adquieren sin derecho, y no la hacen producir, ni residen en ella, «porque no ha de despertarse el celo justo de los necesitados con ese amontonamiento de riqueza inútil u opresora en compañías avaras y en muchos casos de gente forastera»; de la pensión que debe pagarse a todo veterano inválido «porque el pedir eso no es privilegio de este o aquel amigo del soldado, sino que la nación entera siente que ha de atender en su vejez o en su miseria a los que la defendieron con sus vidas»; de la urgencia de tratar las diferencias entre el trabajo y el capital «con sentimiento verdaderamente americano, que no permite ver siervos en los demás hombres, sino iguales y exige que todos en la república cooperen a su ventura y sosiego, y el capital estime y remunere al trabajo, como a glorioso cuyo contento tiene su mayor seguridad».

Así son todas las frases del Mensaje, espaciosas y sesudas. Son frases cómodas, amplias, bien distribuidas, donde se mueve con majestad el pensamiento. El fieltro del estadista vela la maza del político. No faltan en el documento soberbios desdenes, sendas tundas, marchas triunfales sobre las cabezas de los adversarios malignos. Cada asunto está además tratado de manera que, sin acusar ni ofender a los demócratas hostiles, les pone de manifiesto su injusticia, a la vez que «quita el aire de las velas», como acá se dice con frase expresiva, a los republicanos y georgistas, y a aquellos se sustituye en las reformas que vocean como propias y a estos les sale al paso, reconociendo sin vacilación todo lo que hay en sus demandas de atendible. Porque en política se ha de ser a la vez como Cleveland es en este Mensaje, elefante y mosca.

Ya el Mensaje está leído: la prensa no le encuentra talón: el país lo aplaude sin reserva: los mismos que notaban en Cleveland cierta brusquedad y pesadez, comprenden que la pesadez puede haber sido prudencia, y la brusquedad,[37] indignación.

El río está a la vista, y los demócratas tienen que echar la suerte. Vinieron al poder para gobernar con el espíritu del Mensaje, si no con las leyes precisas que en él se recomiendan. Están en la mitad de su administración. Los republicanos, experimentados, acechan. Los georgistas, entusiastas, adelantan. Si los demócratas, apartados hoy en dos bandos hostiles en la cuestión de la tarifa y en otros dos en la cuestión de empleos, no ajustan con energía sus diferencias, rebajan los impuestos, desisten de sobreponer

su apetito de empleos a la necesidad de moralizar la política, y muestran tamaño nacional en las cuestiones graves, o los partidos se descomponen, al tiempo de las elecciones para la próxima presidencia,—o, a pesar de su historia lamentable, vuelven al poder por los yerros de sus enemigos los republicanos. Los partidos no se conservan a la larga en el gobierno si no tienen las manos limpias de interés, y la raíz en la verdad.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 28 de diciembre de 1886.
[Mf. en CEM]

ESTADOS UNIDOS

El MENSAJE DEL PRESIDENTE

Antecedentes y situación actual de la política.—Aparición de un partido nuevo.[2]—Continúa la lucha abierta entre el Presidente y su partido.—Los demócratas pierden campo.—Los georgistas.—Reunión del Congreso.—Extracto del mensaje de Cleveland.—Más correos al Plata.—Paz con México.—Reducción de los impuestos.—Habilidad política del mensaje.—El porvenir.

New York, diciembre 8 de 1886.

Señor Director[5] de *La Nación:*

Con los primeros días de diciembre viene siempre en los Estados Unidos el renuevo de la actividad política.

Se reúne el Congreso. El Presidente define su posición en el mensaje. Los secretarios detallan en sus memorias el estado de sus departamentos. La prensa de cada partido, o de cada facción de ellos, formula su programa.

Se esperan con avidez los primeros actos de los diputados y senadores reunidos en Washington, para deducir de ellos el rumbo que tomarán las cosas públicas.

No es aquí uso, como en los parlamentos monárquicos, exhibir la situación de cada grupo político en los discursos de respuesta al mensaje de la Corona.

Los representantes, cohibidos por sus compromisos y diferencias, rehuyen las fórmulas precisas y definitivas. Los periódicos, que en su libro de cuentas aprenden de cerca por dónde va la opinión, se encargan, aun contra sus simpatías y predilecciones, de revelar lo que está en la mente pública.

Hoy, sobre todo, no podría ninguno de los dos partidos rivales definir su política en un programa fijo; porque la verdad es que cada uno de ellos está fraccionado en bandos enemigos, juntos solo por la necesidad de apoyarse mutuamente para mantener o asaltar el poder.

El Partido Republicano, desacreditado con justicia por su abuso del gobierno, su intolerancia arrogante, su sistema de contribuciones excesivas, su mal reparto del sobrante del Tesoro y de las tierras públicas, su falsificación sistemática del voto, su complicidad con las empresas poderosas, su desdén de los intereses de la mayoría, hubiera quedado sin duda por mucho tiempo fuera de capacidad para restablecerse en el poder, si el Partido Demócrata que le sucede no hubiera demostrado su confusión en los asuntos de resolución urgente, su imprevisión e indiferencia en las cuestiones esenciales que inquietan a la nación, y su afán predominante de apoderarse, a semejanza de los republicanos, de los empleos públicos.

El Partido Demócrata fue traído al gobierno, si no para realizar un programa preciso que sus divisiones internas le impedían ofrecer, para gobernar por lo menos con espíritu distinto del corruptor, absorbente y temible de los republicanos,—para dejar de hacer aquello por que los republicanos se habían atraído la censura unánime, la censura de sus mismos amigos y fundadores,—para reformar la tarifa de modo que fuese quedando en bases provechosas la producción sin ocasionar un sacudimiento inmediato en las industrias, ni dejar sin empleo a los

trabajadores,—para reducir el sobrante innecesario de cien millones de pesos en el Tesoro, a fin de abaratar en esa suma la vida nacional con la rebaja consiguiente de los derechos de importación, facilitar el abaratamiento de los productos de la industria con la entrada libre de las materias primas y la reducción en los salarios, y sacar del alcance de los especuladores y rateros el exceso de las cajas, solicitado con pretextos fútiles para empresas extravagantes o inmorales.

El Partido Demócrata[6] fue traído al gobierno para discutir honradamente la conveniencia de continuar acuñando la moneda de plata, que no tiene salida; para impedir la cesión inmotivada de los terrenos nacionales a las compañías pudientes que se adueñan con sus dádivas o su protección del voto de los representantes; para que el gobierno en suma dejase de ser, como venía siendo, propiedad exclusiva y verdaderamente escandalosa de las camarillas ricas que con la ayuda de los secretarios y representantes a quienes corrompen, intimidan o favorecen, se apoderaban a gran prisa de la riqueza nacional, de los encargados de distribuirla, y de los métodos y avenidas dispuestas en la constitución política para asegurar al pueblo el conocimiento y manejo de sus intereses y dominios.

Y resulta que después de dos años de goce del poder, con el ejecutivo en sus manos y con la mayoría en la Casa de Representantes,[7] el Partido Demócrata no ha reformado la tarifa, no ha discutido con honradez la cuestión de la plata, no ha rebajado el sobrante de cien millones en las cajas públicas, no ha dado muestras de desear la moralidad ofendida por los republicanos en la distribución y ejercicio de los empleos, no ha legislado realmente con espíritu distinto del de los republicanos.

Acá lo han dicho en una frase gráfica: «pueden echar a perder un cuerno, pero no saben hacer una cuchara».

Destruir sí pueden; pero no construir.

En vez de rebajar el sobrante, han tratado los demócratas de distribuírselo. Han caído en los abusos mismos que vilipendiaban en sus rivales.

Y solo han mostrado actividad y cohesión para oponerse a la política de su propio presidente, combatir toda proposición suya que conduzca a los fines para que fueran electos, y forzarlo, en paga de la benevolencia de su partido, a que reparta en él como derechos de la victoria, los empleos públicos.

En vano el Presidente, nombrado para purificar el sistema de empleos como modo principal de tener libre de fraudes el sufragio, y el gobierno de abusos, trata de conciliar con concesiones prudentes la ley que impone el concurso y ascenso en la provisión de los empleos, con el sistema de cambiar por entero de empleados, desde barrenderos hasta ministros, a cada nueva elección,—lo cual engendra el vicio de servir a los partidos por el provecho que se espera de ellos, y la creación de una casta traficante en los puestos de la nación, cosas ambas venenosas para las repúblicas.

En vano Cleveland, atento a la voz del país, a sus ofertas y a su legítima ambición personal, no cede más que en aquello en que puede aflojar su acción sin deshonra, e insiste en solicitar de su partido el cumplimiento de las promesas por que fue elevado al poder: la reforma de la tarifa; la supresión del sobrante; la cesación del amonedamiento de la plata; el estudio de la reforma necesaria en la distribución de la tierra, y de todos los problemas vivos del país; el miedo de las industrias, que no pueden producir barato; el desasosiego de los trabajadores, a quienes no alcanza la prosperidad; el exceso ofensivo de las acumulaciones de riquezas en las compañías favorecidas por las leyes y dádivas del Congreso; la construcción

de una armada vigorosa y obras de defensa sobre las costas; la mejora de la condición de las tribus indias, y el repartimiento efectivo por cabezas libres de la tierra que hoy poseen nominalmente y en común.

En vano han sido derrotados los demócratas, como alarmante anuncio de lo ofendida de la opinión, en muchos distritos electorales descontentos de su incompetencia, para concertar desde el gobierno las mejoras que parecían serles tan caras cuando disputaban el puesto a los republicanos.

En vano, del puro exceso y verdad de la alarma pública en las cuestiones del trabajo y del abuso de la tierra, se forma a toda prisa, con armonía, elocuencia y determinación formidables, un partido dispuesto a resolverlas sin violencia, pero sin demora.

En vano todo, por lo que hasta hoy parece. Los republicanos, menos visibles ahora que están fuera del poder, tratan de ir zanjando sus diferencias, puesto que no las enconan los apetitos rivales que las nutren cuando el partido disfruta del gobierno.

Los demócratas,—decididos, según se deja ver, a no tratar de paz con el Presidente hasta que este no les ceda en el punto principal de los empleos,—no dan señal de avenirse en las cuestiones en que el país aguarda su acción con impaciencia:—la tarifa, el sobrante y la plata: porque en lo de los empleos, lo cierto es que hay aquí tal descuido de lo que no atañe directamente a la bolsa que no puede decirse que el país muestre verdadero empeño por la reforma que con celo relativo aunque meritorio, sostiene Cleveland:—siempre los pensadores fueron menos.

Unos a otros se echan en cara los demócratas la causa de las pérdidas recientes en las elecciones del otoño; y mientras los amigos de Cleveland afirman, con razón aparente, que el motivo de la derrota fue la demora del partido en promulgar las reformas para cuya realización vino al gobierno, responden los adversarios del Presidente que los demócratas han sufrido ese fracaso por la lentitud de Cleveland en repartir entre sus sectarios los empleos públicos, como si la confesión de ese interés no fuera bastante para demostrar la urgencia de remediar tal envilecimiento de la cosa política!

«La derrota ha sido porque no se ha reformado la tarifa», dicen los librecambistas. «La derrota, dicen los proteccionistas, ha sido en condenación del empeño de reformar la tarifa».

Pero esas, en verdad, fueron causas menores, aunque verdaderas. Las mayores son otras.

Disgustan al país el desconcierto, el egoísmo, la indecisión, la rivalidad excesiva, la estrechez de miras, la falta de alma pública revelados por los demócratas en los dos años que llevan de gobierno.

Desencanta a la opinión la semejanza mal disimulada de espíritu y hábitos entre los políticos de oficio, bien sean republicanos o demócratas.

Y más que todo obra activamente, en proporciones amenazantes para los dos partidos desacreditados, ese espíritu de reforma, sano y súbito como viento de tormenta, que en la historia de los Estados Unidos ocurre periódicamente en cada época crítica, como primavera de libertad, producto de ella, y válvula de la república.

Nótase también que este espíritu saludable viene siempre de la gente de libros,—del clero protestante,—y de la llaneza, de la multitud que vive en la verdad, amasada y curtida por el trabajo.

El lucro cría gusanos. Prospera entre los pobres la sinceridad que los avienta.

Está, pues, la política de los Estados Unidos distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencia de ideas, y un partido naciente demasiado nuevo y radical para que su advenimiento al poder pueda ser contado como factor inmediato, aunque ya sientan los partidos viejos en las espaldas el látigo del que les viene dando caza.

Los republicanos no parecen capaces de reunir bajo un programa y jefatura comunes a los amigos de Blaine,[8] que retiene por su magia personal el influjo que a otro menos hábil y elocuente hubiera hecho perder la versatilidad, más, la inmoralidad de su política,—y los amigos de Edmunds,[9] sectario acérrimo, pero muy prendido al viejo espíritu de libertad pública, honesta e imparcial, que el cinismo brillante de Blaine desdeña y amenaza.

Y si algo crece y se acerca al predominio en el Partido Republicano, no es Edmunds, que tendió la mano en los funerales de Arthur a Blaine, a quien había ofendido, sino Blaine, que no quiso aceptarla.

Los demócratas por su parte, sin atender a la visible aprobación con que se acoge la conducta entera y sensata de Cleveland, muéstranse cada día más airados por no haber podido reducirlo a su voluntad, azuzan la oposición al método de empleos y medidas de hacienda con que se encariña, responden a su abrupta honestidad con el hastío y la ofensa, continúan entre sí tan divididos como pudieran enemigos mortales, y solo ven en la popularidad de Cleveland un motivo para acusarlo de que sacrifica el provecho de su partido a su fama propia.

Los georgistas, que así pueden llamarse por ser su caudillo Henry George, lo más brillante y visible de toda su reforma,—extienden—ayudados de las sectas liberales del protestantismo y del clero llano católico—las ideas de legítima democracia, reforma de las condiciones actuales del trabajo, transformación de la tierra en propiedad pública, y conversión de todos los pechos en un tributo único sobre la tierra ocupada; cuyas doctrinas no hallan acogida en las corporaciones poderosas que hoy disponen de casi toda la riqueza productiva, ni en aquella porción del clero protestante y católico que vive cerca de los ricos, y de ellos, y parece dispuesta a hacerles del cielo un parapeto de defensa.

Este partido nuevo se extiende, como quien echa cimientos, por los municipios de las grandes ciudades; envía representantes a las legislaturas de los estados y al Congreso; predica activamente por todo el país; se organiza para la acción máxima sobre bases precisas, ya con el nombre de Democracia Progresista, ya con el más frecuente de Partido del Trabajo Unido *(United Labor Party);* practica las costumbres de paz y respeto de la democracia, y cuenta ya con el auxilio potente de los gremios de trabajadores, a tal punto que todo el país le pone atento oído, y no se menciona menos a Henry George, como candidato respetable a una de las futuras presidencias, que en las campañas primeras de los amigos «del suelo libre» desdeñados al principio, se mencionó para el mismo empleo a los prohombres que luego salvaron a la Unión a la cabeza del Partido Republicano.

Trátase ahora, indudablemente, de ver cómo, atendiendo a tiempo a las reclamaciones justas, se salva al país de la guerra social.

En esas condiciones de batalla se ha reunido el Congreso.

El Presidente le ha enviado su mensaje, que tiene aún la tinta fresca, una tinta firme y saliente, que no deja duda sobre lo que dice.

El mensaje es explícito, moderado y sincero. No hay en él generalidades ni pompa. Este Presidente entiende su puesto, como lo es, como un oficio de administración, que debe dar cuenta a los dueños de lo que administra.

En pueblos nuevos, heterogéneos, y por una u otra manera primitivos, a pesar de su apariencia de civilización o de su civilización parcial, presidente puede significar lo mismo que caudillo, e indicar que el que lo es posee en grado culminante la condición característica de su pueblo o la de equilibrar y manejar sus varios elementos.

En países donde la mayoría de los hombres conoce su interés y es capaz de su derecho, el gobierno no proviene de la necesidad de que lo ejerza una criatura superior por sabiduría, ambición o astucia, sino de la imposibilidad material de que todos los humanos gobiernen a una vez, por lo cual se ponen de acuerdo sobre el modo mejor de dirigir sus asuntos, y escogen de entre sus filas los que les parecen más capaces de entenderlo y ejecutarlo, o les proponen ideas que creen aceptables y útiles.

Es un ladrón el que recibe en depósito una suma, para administrarla en beneficio de su dueño, y la administra contra los deseos de él, o en beneficio propio.

El voto es un depósito más delicado que otro alguno, pues van con él vida, honor y porvenir, a más del interés de los depositantes; y el que usa malamente y contra los votantes el puesto que les debe, y el que administra cosa ajena, es un ladrón.

El mensaje es sencillo y detallado como una cuenta de fin de año, sin que le falte entereza donde es menester, para asegurar a los administrados de que su caudal está bien defendido, ni aquellas artes naturales del administrador contento de su empleo, que hace cuanto puede para que le conserven en él.

Esta afición inevitable que despierta el mando, aun en donde es más escaso de poder y brillo, se junta en Cleveland al virtuoso deseo de ver vencidos, con su reelección a la presidencia, a los que maliciosa y voluntariamente han desconocido su persona y desfigurado su honradez.

Formula el mensaje de nuevo la política de cordura, previsión y transformación lenta que va vinculada en Cleveland.

En las cuestiones sociales ve que el cielo se cierra y se amontonan las nubes, oye el trueno, y quiere parar el rayo.

En las cosas de la hacienda, que están en la raíz de la inquietud social, quiere que las industrias se desahoguen de los tributos excesivos que les impiden producir a bajo precio y acomodar a los trabajadores impacientes cuando no desesperados.

En política, sabe que el país cuida poco de dogmas, teme la creación de una camarilla cínica de gobernantes y empleados que se repartan sus haberes, y solo mantendrán en el poder al Partido Demócrata si este se muestra capaz de administrarlo desinteresadamente.

Abre el mensaje con una exposición del estado de las relaciones internacionales.

En ella prevé la necesidad de restringir la inmigración china a la vez que de proteger a los chinos que están en el país; alude con cariño a la estatua de la Libertad, que confirma el afecto de Francia; intima que pudiera traer consecuencias desagradables la disputa de las pesquerías canadienses, defendidas en más de su derecho por el gobierno inglés; encomia la importancia de renovar el tratado con las islas de Sandwich, por no perder en provecho de otra nación este puesto en el Pacífico, que ha venido a ser una factoría americana; no cree mal que, sin color de protección, se dé a la pequeña República de Liberia un buque que no haga mucha falta en los

Estados Unidos; aboga por el mayor cuidado en la elección y sostenimiento del cuerpo de cónsules, que debe ser inteligente y numeroso; favorece la extensión de los correos, y la mejora de los que hoy se cruzan con el Río de la Plata, aunque no ha de ser en forma de concesión, ni subvención; reconoce el interés excepcional de los Estados Unidos en Cuba, y cree posible un arreglo amistoso con España, que asegure a los norteamericanos las ventajas que juzga naturales; y resumiendo con discreta y necesaria modestia la última censurable controversia de los Estados Unidos con México, busca sin mucha fortuna modo de salir airoso del mal paso, afirmando con énfasis que, a la vez que es muy de desear que se lleve a afecto el tratado de reciprocidad convenido en 1883, «puesto que la naturaleza nos ha hecho vecinos irrevocables, y la cordura y la benevolencia deben hacernos amigos», los Estados Unidos deben protestar, y han protestado, contra la ley mexicana que autoriza a los tribunales de aquel país a aplicar en él su código penal a los súbditos extranjeros que fuera de él y en la tierra de su ciudadanía, hubiesen cometido contra súbditos mexicanos delitos castigados por la ley de México.

Y en esa sección internacional comprende recomendaciones varias, tales como las de que se revisen y fijen, para evitar contiendas con tierras amigas, las leyes de naturalización y extradición,—se levante el alto derecho existente sobre las obras de arte extranjeras,—y se celebren, en simpatía con los acuerdos de la Convención de Berna,[20] tratados de propiedad literaria.

Páginas sabias de la ciencia de la economía parecen casi todas las secciones en que trata el mensaje, en un estilo macizo e inexpugnable, del sobrante del Tesoro, que debe reducirse a los gastos necesarios del gobierno, «porque una concesión oportuna suele evitar la acción violenta y desatentada, que nace a veces de la demora en la aplicación de la justicia»;—de los intereses del trabajador, que entre otras cosas requieren la rebaja de la tarifa, «de modo que quede abaratada la existencia sin reducir las oportunidades de trabajo, ni el digno puesto que tiene este en nuestra estimación»;—de la necesidad de suspender el amonedamiento de la plata, «porque ya no hay bóveda donde guardar la inmensa suma de plata acuñada que vale menos de lo que representa, y no tiene salida en la circulación»;—de la justicia de administrar con más bondad y eficacia las tribus indias, ya mansas, educables y trabajadoras, «porque el gobierno no puede libertarse de su responsabilidad hasta que no civilice y disponga a los indios para que con la paz de sus derechos puedan cuidar de sí propios»;—del deber de poner coto a la acumulación de la tierra en manos codiciosas que la adquieren sin derecho, y no la hacen producir, ni residen en ella, «porque no es bueno despertar el celo justo de los necesitados con ese amontonamiento de riqueza inútil u opresora en compañías avaras, y en muchos casos de gente forastera»;—de la pensión que debe pagarse a todo veterano inválido, «porque el pedir eso no es privilegio de este o aquel amigo del soldado, sino sentir de la nación, que sabe que ha de atender en la vejez o en la pobreza a los que la defendieron con sus vidas»;—de la urgencia de tratar las diferencias entre el trabajo y el capital, «con sentimiento verdaderamente americano, que no permite ver siervos en los demás hombres, sino iguales, y exige que todos en la República cooperen a su ventura y sosiego, y el capital estime y remunere al trabajo, como a hermano glorioso en cuyo contento tiene su mayor seguridad».

Así son todas las frases del mensaje, espaciosas y sesudas.

Son frases cómodas, amplias, bien distribuidas, donde se mueve con majestad el pensamiento.

El fieltro del estadista vela la maza del político.

No faltan en el documento soberbios desdenes, sendas tundas, marchas triunfales sobre las cabezas de los adversarios malignos.

Cada asunto está además tratado de manera que sin acusar ni defender a los demócratas hostiles, les pone de manifiesto su injusticia, a la vez que, «quita el aire de las velas», como acá se dice con frase expresiva, a los georgistas y republicanos, y a estos se sustituye en las reformas que vocean como propias, y a aquellos les sale al paso, reconociendo todo lo que hay en sus demandas de atendible.

Porque en política se ha de ser a la vez como Cleveland es en este mensaje: elefante y mosca.

Ya el mensaje está leído.

La prensa no le encuentra talón. El país lo aplaude sin reserva. Los mismos que notaban en Cleveland cierta brusquedad y pesadez, comprenden que la pesadez puede haber sido prudencia y la brusquedad, indignación.

El río está a la vista y los demócratas tienen que echar la suerte.

Vinieron al poder para gobernar con el espíritu del mensaje, si no con las leyes precisas que en él se recomiendan.

Están en la mitad de su administración. Los republicanos experimentados, acechan. Los georgistas, entusiastas, adelantan.

Si los demócratas apartados hoy en dos bandos hostiles en la cuestión de la tarifa, y en otros dos, en la cuestión de empleos,[24] no ajustan con energía sus diferencias, rebajan los impuestos, desisten de sobreponer su apetito de empleos a la necesidad de moralizar la política, y muestran tamaño nacional en las cuestiones graves,—o los partidos se descomponen, al tiempo de las elecciones para la próxima presidencia,—o, a pesar de su historia lamentable, vuelven al poder los republicanos por los yerros de sus enemigos.

Los partidos no se conservan en el gobierno si no tienen las manos limpias de interés, y la raíz en la verdad.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 26 de enero de 1887.
[Mf. en CEM]

MUERTE DEL PRESIDENTE ARTHUR[1]

ANÁLISIS DE CARÁCTER

Interioridades e intrigas de la política de los Estados Unidos.—Los caracteres menores en la política.—Blaine, Conkling y Arthur.—La presidencia y la muerte de Garfield.—Gobierno, ambición y muerte de Arthur.

New York, diciembre 15 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Llegan doctores hindúes a convertir a *Buddha* a este país protestante. Va a la penitenciaría otro de los regidores que tomó dinero de una empresa de tranvías para dar su voto en pro de la concesión. Prepárase el fiscal público a perseguir a los demás sobornados, y a los sobornadores.

Cruza el Niágara en un casco de madera una moza del campo, a quien se ve por un real en un museo del Bowery. Atrae gran concurrencia la feria azteca, que es una imperfecta exposición de las artes y costumbres mexicanas.

Se votan cincuenta mil pesos para empezar en las escuelas públicas el ensayo de la educación industrial.

Por primera vez entraron como vocales en la Junta de Instrucción dos mujeres, con un pingüe sueldo, lo que se tiene por muy natural puesto que son mujeres las encargadas de la enseñanza.

Se publica en una revista mensual, *The Century,* la historia nueva de Abraham Lincoln, escrita por sus secretarios J. Nicolay y Hay,—libro sincero, sano y poderoso.

Quiebra por el abandono público una compañía de ópera italiana, y el *Tannhäuser* y el *Lohengrin* llenan de bote en bote el teatro.

Pero, el suceso de más significación ha sido la muerte de Chester Allan Arthur, que no hace todavía dos años era presidente de los Estados Unidos.

Solo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes.

El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.

Otros mueren, como Greeley y Hancock, de desear la presidencia. Arthur murió de tener que abandonarla.

Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder que era extraño y enfermizo el brillo de su mirada, que había llanto profundo en su alegría cortés, que los desgajamientos de la caída se le veían en el livor del rostro.

Él no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Quiso continuar como propietario en el asiento a que había subido en una hora trágica como sustituto.

Él había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de presidente en la inmediata campaña.

Blaine le puso en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida.

Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías, comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine, y no él, era el candidato de su partido para la presidencia.

Se le entró por alma y cuerpo como un tósigo aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta: —y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las Repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos, y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que solo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

Así aconteció que muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la naturaleza la insignia del poder, fue la política del Partido Republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes.

El Sur, domado, no inspiraba miedo. El Norte, próspero, solo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo contra quien combatir, combatieron entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo.

No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra.

La idea misma que produjo al Partido Republicano, descansó después de vencer: con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella.

Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los codiciosos y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo y de mera ambición en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la República creó a Arthur.

Claro está que en un país de pensamiento, solo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que, por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, solo va creciendo al amparo de ellos ante la opinión el que la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de

cautivar para sí la simpatía pública: hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desvergüenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo.

Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he ahí que la persona política se condensa y consagra, y queda en puesto para las más altas empresas, caso de que los lances de partido, diestramente aprovechados, los lleven[20] hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los presidentes de los Estados Unidos: de un sacerdote protestante.

El suyo fue buen padre, puesto que en su tiempo y país no reñían como riñen en otros, el ser padre bueno y criar a su hijo para abogado.

El futuro presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno,—la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese estado de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir Arthur con el correr del tiempo a ocupar la presidencia.

¡Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan sabor al aprendizaje llano, y apenas barbados quieren todos empezar en la vida de pontífices!—¡Así anda el mundo, empedrado de Ícaros!

Precisamente se pagó los estudios de abogado con los «quinientos pesos que ahorró» trabajando como maestro de escuela.

Ya titulado, se estableció en New York; y como parece que sí hay hombres que seducen a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.

Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que por pisar estado libre eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur que aullaba, y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal superior, contra la elocuencia y habilidad de O’Conor[22] ¡pues hubo lenguas que no se secaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles.

Otro caso vino después a coronar este. Echaron de un *tranway*[23] a una pobre negra, y Arthur obtuvo entre grandes celebraciones la decisión que por primera vez autorizó a los negros en New York a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos.

Y esa fue la acción superior y generosa que mantuvo a Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida: y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante y pulcro de su persona, le abrían las puertas con facilidad extraordinaria.

Pero más que por estas condiciones se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad más dichosa que envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado; y haciendo como que obedecía, fue de cumbre en cumbre tomando rango entre los que mandaban.

Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se lo sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y culto, se vino deslizando desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto; y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en pro de la camarilla a que pertenecía, esta no le escatimaba su apoyo, ni se encelaba de verlo ir subiendo entre aquellos a quienes hacía gala de servir: tanto que su habilidad suprema fue la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí, sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ella.

Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia.

¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera!

Le iba ayudando su misma pequeñez, porque por mucho que él desease, no se atrevía a alzar la mira a más allá de aquello de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y estado; siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines, el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando en verdad no es más que el refinamiento del egoísmo.

Sin nada que le preocupase tanto como su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, sino iba sobre firme a lo que le convenía particularmente, y su misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez.

Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar a su república.[24]

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía.

Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente.

Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por moderación caballeresca, el blando modo con que suavizaban su energía, su bondad personal, que fue sincera, y aquellas gracias corteses y llaneza digna que añaden tanto al mérito y llegan a disimular su ausencia y a suplirlo.

Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irreprochable, nunca dejó de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha que no había en el estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfante a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos.

Él, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones y mantener en oficios lucrativos, al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el estado, este sistema; y lo que en otros parecía repugnante por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido, y le acreditaban en él de jefe de hombres.

La virtud no liga a los hombres tan estrechamente, como estos compadrazgos y camareos oscuros. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos.

Obsérvase además que cuando todas las noblezas se han oscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil.

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el sol son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación[25] y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a esta de modo que resulte aquel favorecido, o no muy dañado.

Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad.

Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza.

De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa.

Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente; y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la república, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud.

Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades y no bien se retiran de ella por noble altivez o pudorosa modestia los celadores honrados, asaltan sus puestos, como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa.

Ni una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.[26]

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido.

De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres mismos en otros, sucede que estimulan, en vez de sofocar, esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival, que lo más vivo y urgente de la cosa pública.

Así fueron surgiendo en el Partido Republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia; y Conkling, de New York, y Blaine, de Maine, han venido justando como tremendos enemigos, sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres—por diputación impalpable y mística—del país que se siente amado con generosidad y defendido con pureza, pero con todo el luciente arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes solo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí, y continúa batallando, con pasmoso poder de supervivencia, y versatilidad catilinaria.

Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque, a pesar de su elegantísima palabra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes: y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no hallaba modo de pedir para sí propio.

De esa lucha nació a la presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en New York su fortuna política, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo, desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente que se lo había ganado con regalos, se vio expulsado de su empleo, so pretexto de pureza, por el presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur «para purgar la Aduana de la intriga política de que era centro» cedía en realidad al interés de su secretario Sherman,[27] que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de New York un obstáculo temible para su candidatura a la presidencia que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana, se deslució Arthur con indignos provechos; y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres venales para desempeñar sus oficios; sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso.

Y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas,—entre Arthur, partidario franco que trabajaba al sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dio la razón a Arthur.

Y con santa dignidad llevó su caída; y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling que, cuando en la próxima convención de los republicanos para elegir candidato a la presidencia Blaine triunfó sobre Conkling, obligando a

la convención a elegir a Garfield en vez de Grant, ya que no podía hacer recaer la elección en sí propio, ya Arthur había cobrado tamaños suficientes para obtener de Conkling que le permitiera ser propuesto a la convención como candidato a la vicepresidencia para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó a las puertas de la delegación de New York un emisario de Garfield, rogando a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura.

Por esos manejos de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados y como electos, a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros; porque Garfield, escogido para presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendía que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del estado de New York, fortaleza de Conkling.

Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante en su soberbia permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se enconaron de tal modo que vino a sombrearlas la muerte.

Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles como secretario de Estado, empeñó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman, por mano de Hayes, empeñó contra Arthur; y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana en New York sin consultar, como es de uso, a los senadores del estado en que se hacía este cargo importante. Presidía Arthur en el interés de Conkling el Senado de la República, adonde en altivo arranque envió con general asombro Conkling su renuncia, en la vana confianza de que, ayudado por Arthur en su estado de New York, la legislatura lo sacaría de nuevo senador por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield, que se oponían a su candidatura.

Pero también acá, el gobierno puede: la lucha fue tan reñida entre ambas facciones, como si pelearan por grandes intereses nacionales.

Conkling no fue reelecto: Arthur, el vicepresidente, quedó por enemigo confeso del presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra: tan estruendoso y amargo fue el combate que un hombre de espíritu deforme y ambición brutal, Guiteau,[28] creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al presidente Garfield,[29] a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar, ¡por no haber pedido parecer a un Senado hostil!, las libertades de la república.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que casualmente falta a este pueblo afanoso[30] de los Estados Unidos.

Murió Garfield de la bala de Guiteau: pusieron una estrella de bronce en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido: Arthur, sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no solo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vio muchas veces sollozar, y estremecerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía el fin seguro, y cercano el instante de entrar a suceder en la presidencia al adversario muerto en consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal.

Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas, y les descubre horizontes no soñados e ignoradas alturas.

Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuido a interrumpir.

Entró en la presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Solo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional.

Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno; y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda; a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero; a Grant, por cuyo empeño consintieron los amigos de Conkling en trabajar por Garfield y por Arthur en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado[32] para quien le pedía el puesto:—que también acá, como en todas partes, hay compromisos, y tapujos, y componendas, y comercios, y ahijados.

En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo; y respetando sin alarde cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y sin perder su natural llaneza, revistió de tal decoro su persona y gobierno que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él a la terminación de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vio seguro del cariño público y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encumbramiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado.

Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado en su persona al poder que ejercen. Vio su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado y se fue poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embellecía, a punto que la creía su natural morada.

Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaron a subir de puesto en puesto sin que le estorbasen ni sintiesen.

No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale ilesa, y conoció en sí amargamente, como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan podres[33] no hay que esperar olores; que los que han ayudado a corromper por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban; que el que subió por su arte de emplear los puestos públicos, a la mayor altura política, no podía mantenerse en ella cuando en su novísima virtud se negaba a comprometer los puestos nacionales, en cambio de votos, a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la presidencia.

Tan grandes fueron, sea dicho en verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de pedirla. Y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido y la muerte sentada al lado en su carruaje.

Pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe.

Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

La Nación. Buenos Aires, 4 y 5 de febrero de 1887.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Asuntos varios.—Los indios ciudadanos.—Indecisiones del Congreso.—La plata.—El sobrante anual de cien millones.—Librecambistas y proteccionistas.—Política de mujeres.—La mujer en las elecciones de Massachusetts.—Las mujeres contra las cantinas.—La política de cantinas.—Influjo de las cantinas en el gobierno de la ciudad.—Estudio de baja política.—«El gordito Walsh».—Un jugador alcaide.—Vicios de la política norteamericana.

Nueva York, 22 de diciembre de 1886.

Señor Director[2] de *El Partido Liberal:*

La alegría de Pascuas es acá tan viva que todo lo penetra y hermosea. El Congreso interrumpe sus sesiones: las calles, del alba a media noche son un jubileo: es un lujo de compras, generosidades y regalos: ya contaremos las Pascuas de New York,[3] que son bellas porque en esos días se deja ver la nobleza de las almas, y se sufre de no tener que dar. Los indios son los que estarán contentos estas Pascuas, porque antes de levantar sus sesiones para las fiestas de fin de año los hizo ciudadanos el Congreso,—ciudadanos con tierra propia y voto. Tal como el hombre que teme llegar a hablar de un asunto espinoso e indispensable procura agotar antes toda materia de conversación de menos interés, como para retardar el asunto ingrato, tal el Congreso, incapaz en la situación actual de sus partidos para determinar sobre las cuestiones más vivas y urgentes de la política y economía del país, se entretiene en problemas menores, muy justos en sí, pero tenidos[4] por la opinión como bocados de poco peso con que sus administradores apurados le quieren engañar el hambre.

Se ansía el voto definitivo del Congreso sobre la suspensión del acuñamiento de la moneda de plata, acumulada sin empleo esa cantidad temible en el Tesoro, pero los productores de plata, valiéndose de lo confuso del juicio público sobre esta materia compleja, hallan modo de impedir que el Congreso tome acuerdo alguno en favor o en contra de los consejos que acaba de dar en su Mensaje el Presidente.[5]

No se ansía menos, sino más acaso, la rebaja del exceso anual de cien millones que paga el país por contribuciones innecesarias al Tesoro Nacional; pero como los librecambistas, conducidos por Morrison,[6] proponen un modo de cortar el sobrante que entraña el abandono gradual del sistema de derechos altos, los proteccionistas capitaneados por Randall,[7] presentan planes diversos para suprimir el exceso sin tener que rebajar los derechos subidísimos que se recaudan hoy, o en mero provecho de los fabricantes, so pretexto de favorecer las industrias del país: y Morrison, como en la sesión pasada, ha sido vencido: verdad que solo lo fue por unos cuantos votos, tanto que su mujer,[8] que sabe de política, tan pronto como supo por Morrison la derrota del proyecto, le envió a decir por telegrama: «¡Pues vuelve a presentarlo!»

De la naturaleza humana, saben más las mujeres que los hombres. Precisamente lo que en ellas seduce las incapacita, no para la comprensión

pero sí para el ejercicio constante, de las pascuas públicas; mas ellas saben lo que nosotros no sabemos sobre el mejor modo de vencer al hombre: y bien puede ser que las mismas artes que triunfan en lo privado, empleadas en la política triunfasen en lo público.

El hablar de esto hace pensar en las últimas elecciones de Springfield, en Massachusetts.

Allí hay guerra entre las mujeres del lugar y los cerveceros. Contra la virtud van muchos y vencen; pero en lo general, es necesario, aun para prosperar en el vicio, vestirse de virtuoso. Y eso se acaba de ver en Springfield. La propaganda de las mujeres, que ven que en las cantinas se crían la brutalidad y la desgracia, consiguió que la ley prohibiera el tráfico en bebidas, que era en aquel lugar descarado y excesivo; pero los bebedores, hechos ya a dejar solo en las noches el hogar, sin ver que la casa de noche es muy triste sin su jefe, hallaron manera de reunirse a beber en privado, y con la práctica que acá se tiene de la asociación, estimulada por el vicio que es ingenioso y activo, pronto fundaron sociedades de beber, donde privadamente satisfacen amparados por ley de los clubes, el gusto por los estimulantes que prohíbe satisfacer la ley contra los establecimientos de bebidas. Los clubes, por supuesto, no son más que bebederías disfrazadas. Pero como con este disfraz el vicio no sale tan al rostro de las ciudades pudibundas de Massachusetts, todo el trabajo activo de las mujeres no ha bastado a triunfar de los cerveceros encubiertos con esta apariencia hipócrita.

Era sin embargo, interesante el día de la elección. Estaban llenas de mujeres las cercanías de las casillas. No eran las «blumeristas» ridículas de antaño, ni las «medias azules» de literatura y pretensiones, ni las que abogan por derechos viriles que riñen con el dulce sexo, hecho para menos doloroso e ingrato poder que el del sufragio: las madres eran, las esposas, las hermanas de los mismos que, con la insignia del club bribón clavada en el chaleco, marchaban sobre las urnas a pelear por la botella, como si fuesen de veras a una pelea digna de hombres.

Las casillas parecían una feria. Sedas y casimires alternaban con calicoes y paños pobres. Todas luchaban por «cerrar a sus maridos las puertas del infierno». Junto a cada casilla levantaron al aire libre improvisados fogones donde hervían el té y el café, cerca de la mesita llena de nueces y de emparedados. Las «amigas de la temperancia» ofrecían a cada ciudadano el tentempié y el té o café humeante, mientras a su alrededor mariposeaban todas como tenaces duendes, convenciéndoles de que era vil abandonar en esta campaña honrada a las mujeres, y votar por las «infames bebederías». Los votantes oían a las hadas, saboreaban el tentempié y el café o té aromoso, se iban sobre las urnas y votaban por las bebederías.

Incalculable es en estas ciudades el poder de esa inmunda política de cantina. No se puede en una mera carta de periódico ir hasta las raíces de este mal que está socavando la seguridad de las ciudades. Acá, en las clases obreras, el dinero se va todo de la mano a la boca: ni lo que queda de los gastos de la familia es bastante para el teatro, ni hay baratos en número suficiente para la población, ni lo sórdido burdo de la vida estimula la inteligencia de la gente llana a los entretenimientos del espíritu. El taller rudo y la casa miserable echan al obrero fatigado y torpe a buscar un estimulante en la cervecería. Allí engaña la noche, intima con el cervecero, le toma fiado, y le paga en las elecciones con su voto.

El cervecero no pierde, porque le pagan de arriba los que del voto se aprovechan; lo cual puede acabar en que el dueño de la cervecería se vea

con influjo y lo ejerza en su beneficio, ya para subirse él mismo a un puesto de regidor, donde se hacen negocios excelentes, ya para vender lo que él pueda a un camarada que se obliga a darle parte en las ganancias del puesto a que le encumbra.

Esas cervecerías son la escuela verdadera de la política de la ciudad, y han venido en mal hora a sustituir a aquellas casas de madera casi santas, y parecidas a templos, donde en los primitivos tiempos de la nación se reunían los ciudadanos a debatir las cosas públicas y preparar las elecciones. Crecen en las cervecerías los personajes de los barrios, como los hongos fangosos en los maderos corrompidos; y allí, como en las sociedades elementales, triunfa el más corpulento; porque deslumbra y aporrea a sus comensales, el más dadivoso, porque les satisface y mantiene agradecida la garganta, y el de menos escrúpulos, porque sin ellos se obtiene pronto la bolsa llena, que es acá entre los miserables como en los poderosos el certificado de superioridad y poder.

Así se ve que van subiendo de elección en elección a los puestos más encumbrados de la ciudad, y a veces a los del estado y la república, esos hombres rollizos y brijagos de mano pródiga y llena de sortijas que hablan su propia lengua bestialmente, solo saben del gobierno el modo de escalarlo y vender como granja propia la autoridad que gozan por él.

Así está compuesto de esos héroes de barrio el Ayuntamiento de New York, y el cuerpo entero de empleados de la ciudad, que apenas tiene en puesto de prominencia a un hombre honrado, porque acá todo poder emana del voto, y esos rufianes que disponen de él se coaligan para hacerlo ir por donde a todos conviene para viles fines, y lo niegan a los candidatos que de antemano no se prestan a atraérselo con dinero constante, y a obligarse a cederles parte del poder a que le llevan.

Así se viene a parar en que un pillero de oficio, un propietario de casas de juego, un dueño de un circuito de cervecerías, un rufián acusado de delitos contra la ciudad, un amigo tierno y encubridor solícito de roleteros y ladrones, haya sido nombrado, a petición de jueces y altos políticos, alcaide de la cárcel de Las Tumbas, cuyo nombramiento, que es acá de mucha consideración por su sueldo e importancia política, se ha celebrado con público regocijo en las bebederías y los garitos. Pues ¿no es *Fatty Walsh,* el *Gordito Walsh,* el fiador de todo jugadorzuelo, heridor o ratero que cae preso en su barrio? Pues ¿no son suyas todas las cervecerías? Pues ¿no dispone de miles de votos, y tiene entrada de derecho propio en los tribunales de Justicia, en el Ayuntamiento, en las estaciones de policías? Pues ¿no es uno de los reyes de la ciudad de New York, con su vasallaje de desorejados y gritones, este pez-sol humeante y reluciente, con la camisa toda empedrada como morcilla ornada de diamantes? Pues el alcaide de Las Tumbas es, y lo ha recomendado, a pesar de sus garitos abiertos y sus cervecerías, el Fiscal de la ciudad. ¡En Roma y Grecia no llegó a esta miseria la democracia, porque allí el arte, el teatro y la oratoria tenían constantemente levantado el espíritu público!

No hay que decir que el *Gordito* es generoso, y padre de su barrio, y libra de contribuciones a un frutero italiano, y de cárcel a un chino; dar es sembrar, y no hay jugador que no sea pródigo, ni popularidad en la plebe que se mantenga sin frecuentes dádivas.

Son de ver los festejos con que admira a sus barrianos el *Gordito;* porque dos veces al año les pone barco para que paseen en verano por el río, y les da gran banquete con carneros y toros de una pieza en medio de la plaza, y a cada hombre por silla un barril lleno. ¡El día de la elección, no falta un voto! La cerveza no se paga: el tentempié es homérico; el Gordito mismo,

como mucho senador en día de votos, sirve de beber en mangas de camisa; al caer la noche, la calle es río de espuma, uno que otro puñal duerme en un muerto, el suelo de las cervecerías está alfombrado de votantes, de las cuevas de los chinos sale con brío de fiesta el hedor de opio. Y el Gordito es electo regidor. ¿Y quién sabe? Si en el hombre hubiese capa de cultura ¿por qué no, como otros, diputado, intendente, juez, senador? ¡Y todos los Walsh juntos, cuando se juntan los barrios en las elecciones nacionales, eligen o pesan en la manera de elegir, a los primeros magistrados de la nación! Debía negarse el voto a los hombres que no tuvieran reconocidamente una ocupación honrada. Y debe, sobre todo, cuidarse de reducir la brutalidad y cultivar el espíritu en las repúblicas.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 11 de enero de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Muerte del general Logan.—Su carácter y significación en la política.—Razones del influjo que lo hacía un candidato posible a la presidencia de la república.—Logan como militar, como orador, y como senador.—Era ambicioso y honrado.—Personas de oro y de similor.—Logan y Grant.—La figura pintoresca de Logan.—La esposa.

Nueva York, 27 [de] diciembre de 1886.

Señor Director[4] de *El Partido Liberal:*

La enfermedad de Cleveland, que no parece ligera, el proyecto de conceder en el estado de New York el voto a las mujeres mayores de veintiún años, la creación de una Escuela Normal de indios[6] donde se eduquen maestros de la raza, que los preparen a la ciudadanía; las fieras rivalidades de los moderados y los revolucionarios en el Partido obrero[7] que lucha por fundarse, la suspensión del clérigo católico McGlynn[8] por haberse resistido a abandonar su propaganda activa por los derechos de los pobres, y el gran viaje de anuncio que proyecta Blaine[9] por Europa para mantener viva su popularidad hasta la época de la próxima candidatura, hubieran sido estos días los acontecimientos principales, si no hubiera muerto, casi súbitamente, el general Logan, el rival más temible de Blaine, que le habría arrebatado acaso la candidatura del Partido a la presidencia en 1888. También de Logan se dice que la angustia del deseo le aceleró la muerte.

Logan era aquí prominentísima persona. El mundo no ha de sentirlo, porque no añadió nada al pensamiento humano, ni vivió para el bien de los demás, sino para su elevación y triunfo; pero era su carácter tan terco y agresivo, y tenía en su persona ponderosa y pujante tan marcados los elementos de su pueblo, que sin mérito alguno que pudiera compararse a su tenacidad, a su negra melena, a sus gargantuescos bigotes, llegó a ser candidato de los republicanos a la vicepresidencia, senador permanente, portaestandarte del ejército, y rival temible para los aspirantes en la próxima candidatura del Partido a la presidencia de la República.

Mucho de su influjo era debido acá a un apego tan vivo a los soldados y sus intereses que, como vivía en política de su voto, parecía servidumbre,—y a aquella apariencia suya de león, de que sacaba ventaja, con artes de mujer coqueta, en los instantes decisivos para sus ambiciones o las de sus copartidarios: así se cuenta que cuando en la convención en que fue escogido Garfield[14] para la candidatura se vio irse a los delegados por el lado de Garfield, aquellos graves estadistas determinaron en sesión secreta, como medida de campaña, que Logan apareciese de pronto en la tribuna, agitando la cabeza pintoresca, sacando el busto que en su día no temió a las balas confederadas, revolviendo sus ojos centelleantes, para atraer sobre sí el aplauso y dividir la mente del concurso, que a ojos vistos se concentraba sobre Garfield:—«Y nadie sabe, decía Garfield luego, lo cerca que anduvimos de perder la candidatura». Porque esas artes rudas suelen prender en las impresionables asambleas.

Logan aquella vez no obraba por sí, sino por Grant, ya porque no llega a jefe el que no sabe ocultar sus pretensiones al mando y obedecer o fingir obediencia, ya porque Logan cedía con menos dificultad su ambición en provecho de un soldado. No hay fraternidad más temible en las repúblicas

que la de los militares, por cuanto a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos heroicos que apasionan con justicia a los pueblos, y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizan juntamente. La muerte engrandece cuanto se acerca a ella: y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado.

Logan fue de los que menos la temieron durante la guerra contra el Sur, a la que entró manchado por un impío discurso suyo en la Casa de Representantes, en el cual se había mostrado satisfecho, antes que desdeñoso, de cumplir aquella infame ley que mandaba devolver a los dueños los esclavos fugitivos, «porque era ley»: «¡No me importa, decía, que sea oficio poco limpio!» Y desde entonces le pusieron de apodo «Poco limpio»; pero se quitó el apodo con su bravura.

Grant le quería precisamente porque veía en él su misma falta y su acometimiento ciego. Adelantar sin temor le parecía a Logan suficiente para vencer; y es cierto que pocas veces tuvo que echarse atrás y que su espléndido ímpetu tuvo en un día aciago, magia bastante para reunir sobre el enemigo vencedor a sus tropas deshechas, y desbandarlo. ¡No hay como estos relámpagos del alma y estas divinas furias!

¿Quién recordaba, después de la guerra, que Logan había sido demócrata ferviente, si para defender la unión de su país se convirtió en republicano? Y luego, tan pronto estaba acorralando a los rebeldes, como interrumpía sus combates para ir a perorar en su estado en apoyo de la candidatura de Lincoln, a quien años atrás había perseguido rudamente: «¡Ahora no soy político, ahora soy ciudadano!» ¿A quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln, que lloraba a solas, siendo presidente de la república, porque sus generales iban a fusilar por desertores a unos pobres mozos campesinos que no habían aprendido a amar la guerra? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón.

Era de ver [a] Logan hablando. No fue persona de oro, sino de similor; pero ¿qué importaba, si hacía como de oro? El triunfar no está en ser, sino en lucir. Su principal fuerza fue su contento de sí. El público no le embarazaba, ya porque Logan era sincero en cuanto decía, ya porque siempre entendió él que ese mismo ímpetu suyo agradaba a concursos donde solo se acata el atrevimiento y el éxito. Su oratoria era tonante y turbulenta. Se iba sobre la tribuna, como si hubiese de tomarla por asalto. Se apretaba el cinto como el varón bíblico, desahogábase el pecho, floreaba los ojos, se ahuecaba la melena, y con fragor de artillería vociferaba sus pomposos párrafos, en que las sentencias sin acabar, como caballos de medio cuerpo y crin revuelta, caían en bosques de citas y pámpanos retóricos. Pero solían sacarle en triunfo en la oratoria las condiciones mismas que le favorecían para la guerra y la política, las cuales eran lo genuino y potente de su ambición, que no conoció descanso o límite, lo pintoresco y marcial de su figura, su valor todo y su conformidad con su pueblo en aquella cualidad de atreverse a todo sin miedo, sin respeto, ni derecho, que es nota del carácter norteamericano. Tan fiel era a sus amigos como honrado en el desempeño de sus cargos. No vendió, como Blaine y tantos otros, por dinero o acciones de empresas, los derechos públicos confiados a su custodia; y aunque como general no fue científico, ni como abogado prominente, ni como orador ordenado, ni como político escrupuloso, ni la caridad le movía mucho el ánimo, nunca pudo decirse que fuese su ambición[25] el mero crecimiento de su bolsa, ni que repletó esta a costa de su honor.

Por eso aunque en él solo muere un baladrón de guerra y un candidato posible de los republicanos a la presidencia, la nación honra en él a su

muerte al soldado valeroso y al senador que no vendió su puesto. Por eso muchos de los amigos que se ganó con su empuje y fidelidad acuden con crecidas sumas al alivio de su viuda pobre, que no tuvo nunca más amor ni cuidado que los de favorecer, cuando no dirigir las ambiciones de su compañero. Ella en lo privado le buscaba voluntades: ella le adivinaba los enemigos: ella ponía en boca de su esposo sus propias agudezas y superioridades: ella fortalecía la admiración pública con la que en todo acto y palabra le mostraba. ¡Así se entiende que se ponga el pie en el cielo!— Con el amor de la casa!

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 19 de enero de 1887.
[Mf. en CEM]

MUERTE DEL GENERAL LOGAN

CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

Su carácter, su valor, su oratoria y su significación en la política.—Su esposa.—Los militares en las repúblicas: Grant y Logan.

Nueva York, 3 de enero de 1887.

Señor Director de *La Nación*:

Las fiestas de Pascuas cerraron el Congreso, dejando al indio convertido en ciudadano, y a los librecambistas vencidos en otra tentativa.

El año nuevo empieza alegre, preñado de problemas, resplandeciente de esperanza, aunque se levanta sobre la tumba de un político ambicioso que tuvo fama de héroe y pudo ser presidente de la República—el general Logan.

Logan era aquí prominentísima persona. El mundo no ha de sentirlo porque no añadió nada al pensamiento humano, ni vivió para el bien de los demás, sino para su propio encumbramiento y triunfo; pero era su carácter tan terco y agresivo, y tenía en su persona ponderosa y tonante tan marcados los elementos de su pueblo, que sin mérito alguno que pudiera compararse a su tenacidad, a su negra melena, a sus gargantuescos bigotes, llegó a ser candidato de los republicanos a la vicepresidencia, senador permanente, portaestandarte del ejército, y rival temible para los aspirantes en la próxima candidatura del partido a la presidencia de la república.

Mucho de su influjo era debido a un apego tan vivo a los soldados que parecía a veces servidumbre y a aquella apariencia suya de león de que sacaba ventaja, con artes de mujer coqueta, en los instantes decisivos para sus ambiciones o las de sus copartidarios: así se cuenta que cuando en la convención en que fue escogido Garfield para la candidatura, se vio irse a la concurrencia por el lado de Garfield, aquellos graves estadistas determinaron en sesión secreta, como medida de campaña, que Logan apareciese de pronto en la tribuna, agitando la cabeza pintoresca, sacando el busto que en su día no temió a las balas confederadas, revolviendo sus ojos centelleantes, para atraer sobre sí el aplauso, y dividir la mente del concurso, que a ojos vistas se concentraba sobre Garfield: «¡y nadie sabe, decía Garfield luego, lo cerca que anduvimos de perder la candidatura!»

Logan aquella vez no obraba por sí, sino por Grant, ya porque no llega a jefe el que no sabe ocultar sus pretensiones al mando, y obedecer o fingir obediencia, ya porque Logan cedía con menos dificultad su ambición en provecho de un soldado.

No hay fraternidad más temible en las repúblicas que la de los militares por cuanto a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos heroicos que apasionan con justicia a los pueblos, y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizan justamente.

La muerte engrandece cuanto se acerca a ella: y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado.

Logan fue de los que menos la temieron durante la guerra contra el Sur,[9] a la que entró manchado por un impío discurso suyo en la Casa de Representantes, en el cual se había mostrado satisfecho, antes que desdeñoso, de cumplir aquella infame ley, que mandaba devolver a los

dueños los negros fugitivos, «porque era ley». «¡No me importa, decía, que sea oficio poco limpio!» Y desde entonces le pusieron de apodo «Poco limpio».

Pero se quitó el apodo con su bravura.

Grant le quería precisamente porque veía en él su misma falta de ciencia y su acometimiento ciego. Adelantar sin temor le parecía a Logan suficiente para vencer; y es cierto que pocas veces tuvo que echarse atrás, y que su espléndido ímpetu tuvo en un día aciago magia bastante para reunir sobre el enemigo vencedor a sus tropas deshechas, y desbandarlo.

¡No hay como estos relámpagos del alma, y estas divinas furias!

¿Quién recordaba después de la guerra que Logan había sido demócrata ferviente, si para defender la unión de su país se había convertido en republicano? Y luego, tan pronto estaba acorralando rebeldes, como interrumpía sus combates para ir a perorar en su estado en apoyo de la candidatura de Lincoln, a quien años atrás había perseguido rudamente; ¿a quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln, que lloraba a solas, siendo presidente de la República, porque sus generales iban a fusilar por desertores a unos pobres mozos campesinos que no habían aprendido a amar la guerra? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón.

Era de ver [a] Logan hablando. No fue persona de oro, sino de similor; pero ¿qué importaba, si lucía como de oro? El triunfar no está en ser, sino en lucir. Su principal fuerza fue su contento de sí. El público no le embarazaba, ya porque Logan era sincero en cuanto decía, ya porque siempre entendió él que ese mismo ímpetu suyo agradaba a concursos donde solo se acata el atrevimiento y el éxito.

Su oratoria era tonante y turbulenta. Se iba sobre la tribuna, como si hubiese de tomarla por asalto. Se apretaba el cinto, como el varón bíblico; desahogábase el pecho, floreaba los ojos, se ahuecaba la melena y, con fragor de artillería, vociferaba sus pomposos párrafos, en que las sentencias sin acabar, como caballos de medio cuerpo y crin revuelta, caían en bosques de citas y pámpanos retóricos.

Pero solían sacarle en triunfo en la oratoria las condiciones mismas que le favorecieron para la guerra y la política, las cuales eran lo genuino y potente de su ambición, que no conoció descanso o límite, lo pintoresco y marcial de su figura, su valor loco, y su conformidad con su pueblo en aquella condición de atreverse a todo sin miedo, ni respeto, ni derecho, que es nota del carácter en los norteamericanos. Tan fiel era a sus amigos como honrado en el desempeño de sus cargos. No vendió como Blaine y tantos otros, por dinero o acciones de empresas, los derechos públicos confiados a su custodia, y aunque como general no fue científico, ni como abogado prominente, ni como orador ordenado, ni como político escrupuloso, ni la caridad le movía el ánimo, nunca pudo decirse que puso su ambición en el mero crecimiento de su bolsa, ni que repletó esta a costa de su honor. Por eso muchos de los amigos que se había ganado con su ímpetu y fidelidad acuden con crecidas sumas al alivio de su viuda pobre, que no tuvo nunca más amor ni cuidado que los de favorecer, cuando no dirigir, las ambiciones de su compañero. Ella en lo privado, le buscaba voluntades: ella le adivinaba los enemigos: ella ponía en boca de su esposo sus propias agudezas y superioridades: ella fortalecía la admiración pública con la que en todo acto y palabra le mostraba. ¡Así se entiende que se ponga el pie en el cielo,—con el amor de la casa!

La Nación. Buenos Aires, 24 de febrero de 1887.
[Mf. en CEM]

SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS

Ciudadanos y propietarios.—Adelanto de los indios.—La escuela Ramona.—Cleveland enfermo.—Influjo creciente de la mujer norteamericana.—Mrs. Cleveland.—La recepción de año nuevo.—El historiador George Bancroft.—Bosquejo de su carácter y de su obra.—Cómo trabaja en su ancianidad.—Un tipo de carácter nacional.

New York, 3 de enero de 1887.

Señor Director[4] de *La Nación:*

Dos días antes de la muerte de Logan había decretado el Congreso la ciudadanía de los indios.

Ya son propietarios definidos, a tantos acres por cabeza, de las tierras que hasta ahora habían poseído en común, y como menores sujetos a un guardián. En veinticinco años no podrán vender o gravar sus tierras, para que los especuladores no los engañen; pero ya cada cabeza de familia tiene ciento sesenta acres suyos, ochenta cada mayor de dieciocho años o huérfano, y cuarenta cada menor de dieciocho.

Y todo indio que acepte este arreglo, o entre de propia voluntad en la vida civilizada, queda por la ley investido de la ciudadanía, y podrá votar, como es justo, sobre las contribuciones que paga y el gobierno a que debe obedecer.

Como cada tribu posee según tratados mucha más tierra de la necesaria para el repartimiento que marca la ley, manda esta que lo que reste del común de cada tribu se venda, en virtud de lo que se disponga luego, para emplear el producto en el bien de los indios. ¿Quién que lea osará decir que no es el indio capaz de apreciar el bien que se le concede?

De las escuelas de Hampton y de Carlisle salen convertidos en artesanos y labradores los más fieros comanches y winebagos. Como el irlos colocando en casas de familia es uno de los medios de educación en ambos institutos, se ha visto que los campesinos se encariñan con su inteligencia y lealtad de manera que les cuesta trabajo abandonarlos.

Lo que escriben los indios de las escuelas a sus casas tiene una sabia ingenuidad que recuerda los poemas. Ya hay cinco mil indios educándose voluntariamente en las escuelas públicas.

¿Qué más? En una escuela de Filadelfia en que se educan mezclados indios y blancos, de doce premios que hubo en el último mes, nueve fueron para indios: y ya se sabe que no es acá adonde se ha de venir para caridades vacías ni alarde de sentimiento.

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del tío Tom,* Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora de la vida californiana, *¡Ramona!* Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vio padecer tanto a sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez a la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt:—la escuela Ramona.

Para recibir a una diputación de indios quejosos dejó hace unos días su cuarto de enfermo el presidente Cleveland. El mando le ha llevado los colores del rostro. Padece de obesidad y reumatismo. Padece también de ansia, porque su Partido no da señales de ajustarse a su plan de reformas, ni de apoyarle en la candidatura para el próximo período presidencial contra el aspirante que ofrezca repartir los empleos públicos como despojos de la victoria.

Dijo Cleveland, cuando solicitaba la presidencia, que los magistrados no debían ser reelectos; pero ¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades? Todo hace creer que pone el mayor empeño en ser nuevamente electo candidato, ya por el gozo de vencer con la fuerza de la opinión que lo aplaude la resistencia insidiosa de los enemigos de su propia comunión política, ya porque crea que con el prestigio del poder tiene más encantado y sujeto el cariño de la linda criatura que le tocó por esposa: ¿quién se libra de ser hombre?

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la república, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío ver en las almas.

Una cosa es que la mujer desamparada tenga profesiones en que emplearse con decoro; una cosa es que la mujer aprenda lo que eleva la mente, y la capacita para la completa felicidad, por entender y acompañar en todo al hombre, y otra cosa, que la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer venga a parar en un contrato de intereses y sentidos.

No es que falte a la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores.

Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: a tanto llega la variedad e importancia de su acción que casi todos los diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre «Lo que hacen las mujeres», o «Mujeres distinguidas», o «Las mujeres en el comercio y la política».

Una es venerable de una orden de obreros: otra es una jugadora de cuenta en la Bolsa; otra abre un teatro de comedia nativa, o va a París a comprar a Sardou, su *Teodora* de abalorio: otra, la esposa del secretario de marina,[23] dice esta frase contra sus censores: «yo peleo mejor con los puños que con la lengua». Ayer mismo se publicaba el programa del nuevo partido de los trabajadores, donde se anuncia que debe pedirse en la próxima convención constitucional del estado de New York el voto para todo mayor de veintiún años, sea mujer u hombre.

Pero ninguna de estas damas despierta el cariño mostrado en todas partes a la joven esposa del Presidente, que a la faena ingrata de trabajar como el hombre, prefiere la más útil y difícil de consolarlo.

Tiene los ojos de un azul claro, y los pensamientos. Sale a compras en *Christmas* sin que la conozcan, y entra en las tiendas pobres, «porque le da pena que no venda esa pobre gente». Lleva las manos repletas de chucherías, y se para en la acera a comprar un muñeco de cinco centavos de un caballero vendedor que no es mucho más alto que él.

En público, no hay quien no vuelva la cabeza para mirarla, por la sencilla dignidad con que lleva su alto puesto. En su casa, gusta de amigas jóvenes,

y se sube por sillas y consolas a colgar el gabinete de flores y ciprés en Nochebuena «para que tenga ocasión de alegrarse su marido».

Ayer fue la recepción de año nuevo en la Casa Blanca, y la concurrencia salió prendada de ella. De nadie esquiva la mano, y la da a todos sin miedo, a negros y a blancos. Estaba cercada de bellas mujeres, que la acompañaban en las labores de la recepción, pero como es la más tierna y afectuosa, parecía la más bella.

Hubo en la recepción el largo enojo, la procesión de las tres horas, el dar de manos a todos los que llegan. Rehuye Cleveland las cortesías innecesarias sin ver que toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños. Pero las de año nuevo son ineludibles, y la casa se llena de caballeros pintorescos, de diplomáticos ostentosos, de pretendientes tenaces, de viajeros y admiradores.

Una cabeza blanca había, que se llevó sin embargo todas las miradas. El hombre se siente consagrado en los ancianos.

Era George Bancroft, el autor famoso de la historia de los Estados Unidos.[27] Ya va para el siglo y todos los días monta a caballo. A las cinco se levanta y se sienta a preparar el trabajo del día.

Tiene la capacidad, acaso porque ha vivido feliz en un pueblo hecho, de repartir sus horas, lo que es cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene su vida en compartimientos, como sus datos.

A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina o relee con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve o sol monta a caballo, y vuelve luego a la alegría de la casa o a los goces sociales, a que es dado, hasta las diez de la noche en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente, redondeada en lo alto de las sienes, se levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca cae al labio apretado y lampiño. La barba nívea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable que completa, por sus amigos célebres e históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él fortaleció en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que ojea el carácter norteamericano.

Allí estudió filosofía, lenguas, poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la historia. Asistió como familiar a las tardes filosóficas de Schleiermacher, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.

Creyó en Kant, y en su mundo a priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas a que obedece el hombre, en vez de guiarlas. Conoció a Goethe, estirado, formal, vano, robusto; un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su Fausto a Manfredo. Conoció a Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Goethe con cariño y asombro; y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vio demudarse a Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó hallarse en frente de mujeres inglesas: ¡así ponen las urracas a los ruiseñores! Viajó por las tierras madres. En Inglaterra tuvo a Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de aduana, singularidad perdonable, porque merced a ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne, aquel que bajó al espíritu, y escribió luego

La letra encarnada. Y los que se burlan,—como hay grandísimos bellacos que se burlan,—de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fue un admirable administrador y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que a los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan a ello.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas. ¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? Ha contado su pueblo.

Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus borradores cada día tiene un buen número de páginas.

Seduce lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace perdurables a los caracteres. Mas, ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿Por qué ese anciano, a quien todos saludaban el día de año nuevo, fue aquel mismo ministro de marina que ayudó, con pretexto inicuo, a despojar de California a México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, solo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta. En un mero soldado, la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento. ¡Por eso no seduce el rostro de Bancroft!

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 25 de febrero de 1887.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

México en los Estados Unidos.—Prórroga para la ratificación del Tratado.—El Senado autoriza al ejecutivo para tratar con Nicaragua sobre la construcción del canal.—Tres libros sobre México. *Los aztecas* de Lucien Biart, *The Mexico of today, A study of Mexico*, de Wells.—El libro de Wells.—Necesidad de constante vigilancia.—Importancia del libro en la opinión.—Todo el libro es hostil.—Lo que dice de México.—Los capitales norteamericanos en México.—La República Argentina.—El historiador George Bancroft.—Su aspecto actual.—Su ancianidad.—Sus costumbres.—Su método de trabajo.—Sus amigos en Europa.—Goethe, Byron, Scheleiermacher.—Macaulay.—Espíritu de su obra.

Nueva York, 8 de enero de 1887.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

México ha estado estos días muy presente en los diarios norteamericanos. El Senado ratificará hoy el protocolo levantado entre los gobiernos de México y los Estados Unidos para prorrogar[12] hasta mayo de 1888 el período de ratificación del tratado de reciprocidad, de que los librecambistas son muy enemigos, porque temen que las obligaciones especiales que con él se contrajeran, disminuirían las probabilidades de una rebaja general y equitativa en los derechos de importación.[13] Se ha hablado de México, sin haber por qué, a propósito del informe favorable que es seguro va dar al Senado sobre el canal de Nicaragua, autorizando al gobierno de los Estados Unidos a entrar en negociaciones con el nicaragüense sobre los que este haya de conceder para la construcción del canal. Se han recordado en Washington los malhadados tiempos de la guerra, con motivo de recordar los hechos notables del historiador George Bancroft, que llamó la atención en la Casa Blanca el día de año nuevo, por la ligereza con que ponía a los pies de las damas sus laboriosos ochenta años. La nobleza de la casta mexicana ha sido sacada de relieve en *Teresa Itasca,* novela de una señora MacAlpine, que pinta una mujer llana de nuestras tierras, de mente inculta y poco nutrida, pero de tan natural y poética virtud que sin ser más que una criatura humilde y común, parece al acabarse el libro, un alma superior. Y tres libros se han publicado sobre México. Uno es traducido del francés, con láminas muy ricas, y estimable por su ciencia y juicio: *Los aztecas* de Lucien Biart. Otro, principalmente descriptivo, y sin mucho nuevo, es el *México de hoy, The Mexico of today.* Otro, que yerra voluntariamente, y revela ignorancia y prevención, es *Un estudio de México, A study of Mexico* de David A. Wells.

No hay que esconder que las razas corpulentas y vigorosas miran con cólera, como a un estorbo, a las razas de cuerpo menor y vida difícil que la historia les pone en el camino. Hay que estar perennemente dentro de la raza corpulenta, e irla convenciendo. Acá, entre otras razones principales, se suele desdeñar a México, porque se le envidia, o porque no se le conoce. En los Estados Unidos se crean a la vez, combatiéndose y equilibrándose, un elemento irrespetuoso y rapante, de que hay que temerlo todo, y por el norte y por el sur quiere extender el ala del águila,—y un elemento de humanidad y justicia, que necesariamente viene del ejercicio de la razón, y

sujeta a aquel en sus apetitos y demasías. Dada la dificultad de oponer fuerzas iguales en caso de conflicto a este país pujante y numeroso, es útil irle enfrenando con sus propios elementos y procurar con el sutil ejercicio de una habilidad activa, que aquella parte de justicia y virtud que se cría en el país tenga tal conocimiento y concepto del pueblo mexicano, que con la autoridad y certidumbre de ellos contraste los planes malignos de aquella otra parte brutal de la población, que constantemente se elabora por la seguridad de la fuerza y el espectáculo del éxito: a un informe falso, un informe verídico: a un artículo avieso, un artículo en que se exhibiesen las razones de él, o se denunciaran sus errores. A diarios hostiles, un diario defensor. A libros enemigos, libros justos. Todo en la lengua hostil, con prudencia a la par que viveza. En suma, un estandarte permanente, clavado en el campo que pudiera convertirse en enemigo. ¿No es lástima que la labor menuda de los diarios socave la obra de paz de los gobiernos? En países de opinión, es de arena todo edificio que no se levanta sobre la opinión.

El libro de Wells es la colección de artículos publicados por el autor estos últimos meses, en una notable revista de ciencia amena: *The Popular Science Monthly.* Y precisamente se debe la publicación en forma de libro de estos artículos, al éxito que obtuvieron cuando iban apareciendo en la revista popular; tanto que, aunque el libro mismo de Biart responde al de Wells en los errores de su parte histórica, y México entero le contradice en lo que afirma sobre lo actual, puede decirse que el libro de Wells ha sido saludado como la expresión oportuna del juicio común sobre México, y comienza a ser visto como autoridad muy atendible en cosas mexicanas:—acaso porque la ignorancia y prevención públicas, incapaces de entender nuestros méritos en la historia misma de nuestras luchas y debilidades, estaba involuntariamente dispuesta a recibir con aplauso un libro semejante. Tal disposición pública arguye en favor de la necesidad urgente de tratar de cambiarla.

A los tiempos el decir, y a los prudentes el penetrar, si será o no saludable tratar de llevar a México mucho capital del Norte, o si valdrá más, en vista de lo azaroso e impaciente del capital norteamericano, crear, como lo ha hecho patrióticamente la Argentina, el crédito doméstico, y sobre un erario de papel moneda, aceptado por acuerdo común en la nación decidida a crecer, levantar un pueblo sólido y grandioso, sin más base cierta en un principio, que el consentimiento unánime de tomar como moneda real la moneda de papel.[18]—Tal riqueza se desarrolló por esta disposición patriótica, ayudada del trabajo adentro y la natural confianza afuera, que hoy el papel es oro, y la República Argentina crece con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra. Los tiempos y los prudentes analizarán los caracteres peculiares del capital norteamericano,—su inquietud, su hábito de crecimiento inmoderado y súbito, su costumbre de servirse de las leyes y de los legisladores, el peligro que pudiera haber en ir acercando empresas lentas por naturaleza a capitales pocos enseñados y dispuestos a la lentitud.

Pero lo que en eso haya de cierto del lado mexicano, y la razón que aquí puedan tener los capitalistas para negar sus cajas a las empresas de México, no bastan a explicar la publicación de un libro en que México aparece desprovisto, no solo de su visible capacidad de adelantar, sino de su riqueza natural y su hermosura histórica! Y poco fuera que el escritor negase a México la solidez necesaria para inspirar confianza a los capitalistas de los Estados Unidos, si eso no lo dedujese ¡con una historia hecha de naipes! De insinuaciones o afirmaciones respecto a las raíces del

carácter del país que fortificarán, en vez de desvanecer, el concepto injusto, el temible concepto de pueblo incapaz y débil, en que mucha gente norteamericana tiene a México. No explica nuestros males, ni quiere entender que debemos padecer de ellos por razones históricas, y aún padecemos menos de lo que debiéramos. No se para a considerar con cuanta dificultad ha de ir creciendo en un territorio desigual y vastísimo una minoría educada a lo universitario y europeo, que adelanta, armada solo de libros y alteza de espíritu, contra una raza negada a vivir, estancada, petrificada. No mira la lucha religiosa, que la dominación de España le dejó a México clavada en el costado.

No atiende a que, medidos con los obstáculos que ha tenido que domar el adelanto de México, contra los extraños y ¡ay! contra los propios, corre parejas con el de cualquier otro pueblo rápido de nuestros tiempos. ¡Solo quiere saber que el camino a Acapulco es un «camino de pájaros», que vale menos a sus ojos, después de haber pasado por él los héroes de la independencia, que cuando lo hollaban las mulas cargadas con los tesoros que el indio infeliz mandaba a la corona de España![20]

Dice cosas que parecen ciertas; pero dejando en silencio ominoso las causas que las justifican o atenúan. Donde ve un hecho desfavorable que nada dice en desfavor si se le analiza, cuenta el hecho desnudo:—«En cuanto a facilidades de comunicación, muchas partes de la República están más atrasadas que ningún país de la Europa Oriental o Central en el siglo quince». «Hay cientos de millas cuadradas en la parte meridional de México, en Michoacán y Guerrero sobre todo, que solo se ven en el mapa por la nota de “Terreno desconocido”»:—pues ¿qué tiempo ha habido aún, con tanta lucha interna irremediable, con el conflicto[21] entre las prácticas rancias de la colonia y las aspiraciones sublimes de los constituyentes, para revivir la raza nativa, que sería lo más cuerdo y posible, ni para asegurar la paz y grado de riqueza necesarios al desarrollo de la inmigración, que es la que ha de abrir las comarcas nuevas en los países poco poblados, como las abrió y está hoy abriendo en los Estados Unidos?—Apenas hay línea en el libro que no excite a semejantes comentarios:[22] «La falta casi total de caminos, la completa inseguridad de la hacienda y de la vida, la interposición de vastas comarcas estériles y áridas, y la inhospitalidad y casi salvajismo de no pequeña parte de los habitantes», tales son las causas que señala Wells a lo infrecuente de las exploraciones.[23] ¡Inhospitalario México!

Pero, ¿qué mucho? No dice el libro de Wells que «México es uno de los más pobres y miserables países del globo, susceptible de mejorar su actual condición»,—nótese bien, y nótese la autoridad que se concede al libro —«pero[24] incapaz de llegar a ser una nación rica, poderosa y enteramente culta?» Que no tiene ríos, que no tiene pozos, que solo Arabia es más árida que México, que los instrumentos y artefactos de los aztecas, aquellos que fueron codicia de los conquistadores y pasmo de los joyeros y lapidarios de Madrid, aquellos que Prescott[25] mismo describe con enamorada pluma, no son mejores, sino en algunos sentidos más bajos, que las cabezas de arcos y lanzas que elaboran hoy con arte infantil los indios de las orillas del Columbia y el Culebra! ¿Y aquellas curiosísimas fundiciones, aquellos platos, pescados y figuras de metales diversos, aquellos peces de oro con lengua movible de plata, aquellos juguetes ingeniosos que no pudieron imitar los plateros de España, y se vendían en el hermoso mercado[26] que pinta Cortés[27] a Carlos V,[28] con sus calles limpísimas, sus jueces como en Grecia, sus gremios inspectores; y aquel lindo bullicio de «las sesenta mil ánimas?»[29]—Así pretende probar el libro aviesamente que de Río Grande[30] abajo, ni la tierra da flores, ni los hombres caracteres. Bien se alcanza que

un pueblo desdeñoso, inquieto y acometedor, no leerá esa clase de libros en vano!

Más duraderos son, aunque no tan artísticos ni levantados como los de Motley,[31] los libros famosos de ese anciano a quien todo el mundo se detenía a saludar en la Casa Blanca el día del año nuevo, de George Bancroft,[32] el autor de la *Historia de los Estados Unidos,* que ahora poda y revisa, y de la *Historia de la Constitución,* que acaso enseña más, y tiene puesto de derecho en toda biblioteca de hombre público.

Parecía Bancroft el día de año nuevo la viva encarnación del Tiempo. Es hombre de singular energía y salud. Va para el siglo, y todos los días pasea a caballo. A las cinco se levanta, y comienza a disponer el trabajo cuotidiano. Como vive feliz en un pueblo hecho, tiene la capacidad de distribuir con método sus horas, cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene la vida en compartimientos, como sus datos. A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina o relee con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve o sol monta a caballo, y vuelve luego a la alegría de la casa o a los goces sociales, a que es muy dado, hasta las diez de la noche, en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente no muy espaciosa y redondeada en lo alto de las sienes, se le levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca le cae al labio raso. La barba nívea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable, por sus amigos célebres e históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él confirmó en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que afea el carácter norteamericano. Allí estudió filosofía, lenguas y poetas. Dante,[33] Milton[34] y Bacon[35] eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren[36] se apasionó de la Historia. Asistió como familiar a las tardes filosóficas de Schleiermacher, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.[37] Creyó en Kant[38] y en su mundo a priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas, a que obedece el hombre en vez de guiarlas.

Conoció a Goethe, estirado, formal, vano, robusto, un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su Fausto a Manfredo. Conoció a Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Goethe con cariño y asombro, y le aseguró que no había leído a *Fausto.* Vio demudarse a Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó verse enfrente de mujeres inglesas: ¡así pone las urracas a los ruiseñores! Viajó por las tierras madres.

En Inglaterra tuvo a Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de Aduanas, singularidad perdonable, porque merced a ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne,[39] aquel que bajó al espíritu, y escribió luego *La letra encarnada.*[40] Y los que se burlan,—como hay grandísimos bellacos que se burlan,—de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fue un admirable administrador, y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que a los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto, les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan en sí grandeza y trascendencia.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas.

¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? Ha contado su pueblo. Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus cuadernos borradores, cada día tiene aparte un buen número de páginas. Interesa lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace a los caracteres perdurables. Mas ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿por qué ese anciano fue aquel mismo ministro de Marina que ayudó con pretexto inicuo a despojar de California a México?[41] La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, solo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña, se le ve la rapacidad de la casta. En un mero soldado la rapiña puede ser natural, pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 28 de enero de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El cisma de los católicos en New York.[1]—Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo[2] en sus opiniones políticas.—Compatibilidad del catolicismo y el gobierno republicano.—Obediencia absoluta en el dogma, y libertad absoluta en la política.—Historia del cisma.—La Iglesia Católica en New York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento.—Los irlandeses: el catolicismo irlandés: el *Sogarth Aroon.*[3]— Elementos puros e impuros del catolicismo.[4]—Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico.—La Iglesia, la política y la prensa.—Tratos entre la Iglesia y la política.—El Padre McGlynn.[5]—El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma de las clases[6] pobres.—Revista del movimiento.—Carácter religioso del movimiento obrero.—McGlynn favorece las doctrinas de George,[7] que son las de los católicos de Irlanda.—El Arzobispo suspende al padre[8] McGlynn, y el Papa[9] le ordena ir a Roma.—El Papa lo degrada.—Santidad del Padre McGlynn.—Rebelión de su parroquia.—Gran *meeting*[10] de los católicos en Cooper Union[11] contra el abuso de autoridad del Arzobispo.—Los católicos apoyan a McGlynn, y reclaman el respeto a su absoluta libertad política.

Nueva York, 16 de enero de 1887.

Señor Director[12] de *El Partido Liberal:*

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés, a la lucha empeñada entre las autoridades de la iglesia católica y el pueblo católico de New York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina[13] católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en New York, la iglesia mala queda castigada sin merced, y la iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro, y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor[14] en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado. ¡Ah! la religión, falsa siempre como dogma[15] a la luz de un alto juicio, es eternamente

verdadera como poesía: ¿qué son en suma los dogmas religiosos, sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables de certidumbre, cautivan tan dulcemente a las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Oh! si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la naturaleza! Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y a las manos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas que pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos a todos confundidos en una portentosa y común poesía?

Acabo de verlos, de sentarme a su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su protesta: yo me regocijaba de su unión. ¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses; para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas; para qué estaban allí, los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura, perseguido por el Arzobispo de su iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en Cooper Union, la Unión de Cooper, la sala de reuniones de la escuela gratuita, que aquel gran viejo[16] levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen a vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era! Era en la sala baja de Cooper Union.[17] Llovía afuera y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las espaciosas galerías. ¡Al fin, les habían echado de su Iglesia a su *Sogarth Aroon*, al «cura de los pobres», al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la iglesia, al padre McGlynn! Lo han echado de su casa y de su templo, su mismo sucesor lo expulsa de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará[18] ahora con el espíritu del odio?[19] Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la iglesia de Irlanda con autorización del Papa, lo que predica a su diócesis el obispo[20] de Meade, lo que puso a los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes;[21] porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria,—su Arzobispo le quita su curato, y el Papa le ordena ir disciplinado a Roma!

Cuando por creer a Cleveland[22] honrado, lo defendió en sus elecciones el padre McGlynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo a mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en New York la iglesia, en tratos y en complicidades! Pero lo mismo

que pareció bien al Arzobispo en el padre McGlynn cuando defendía al candidato arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del padre McGlynn puede alarmar a los ricos protestantes, que se atrincheran en la iglesia y se valen de ella[23] para oponerse a la justicia de los pobres que la levantaron!

La iglesia católica vino a los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su patria. La religión católica ha venido a ser la patria para los irlandeses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario[24] del Papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, cuando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que «las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel»; sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que con el arpa de oro bordada en su estandarte verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, a los príncipes de quienes habían recibido donaciones. Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al herirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiosamente por su libertad. El cura irlandés fue la almohada,[25] la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fue acumulando en el irlandés este amor al cura; y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle [el] cariño a su *Sogarth Aroon,* su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era su consejero y lo que les quedaba de la patria. Con el cura,[26] la iglesia. Con los hijos educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses.[27] Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrarse por campo tan productivo los espíritus audaces y despóticos, cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; y desdeñando a la gente humilde, a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó[28] reales la iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste

de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres, manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida. ¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos de la religión que los tostó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar su exceso injusto de bienes de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la iglesia católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos.[29] Y traficó en votos. La democracia era el partido vencido[30] cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fue de partidos vencidos el parecer liberales, a él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino a ser formidable el elemento católico en el partido democrático,[31] y a triunfar este en la ciudad de New York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses. Pronto midieron y cambiaron fuerzas la iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir al goce de los puestos públicos. La iglesia católica comenzó a tener representantes interesados y sumisos en los ayuntamientos, asambleas y consejos de los gobernadores, y a vender su influjo sobre el sufragio a cambio de donaciones de terreno y de leyes amigas; y sintiéndose capaz de elegir los legisladores, o impedir que fuesen electos, quiso que hiciesen las leyes para el beneficio exclusivo de la iglesia, y en nombre de la libertad fue proponiendo poco a poco todos los medios de sustituirse a ella.

Todo lo osó la iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por la necesidad que estos tienen del voto católico. En el barrio de los palacios[32] alzó una catedral de mármol,[33] rodeada de edificios de beneficencia, donde los viera y alabara todo el mundo,—¡no como los que ha mantenido el padre McGlynn, que están en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia! Comenzaron a verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo a la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como una manzana nueva, a convertir a la fe en el Arzobispo [a] las familias ricas. Hubo hospitales y asilos deslumbrantes. Los candidatos de más empuje solicitaban el apoyo o la neutralidad de la iglesia. ¡Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan o disimulan sus creencias, coquetean con el palacio arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques a las libertades públicas, por miedo los unos de verse abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar a un aliado valioso en la lucha para la conservación de sus privilegios! Se usó la amable influencia del *Sogarth Aroon* para llevar el voto irlandés por donde convenía a la autoridad arzobispal, confabulada para sacar ventaja de las leyes con los que, como ella, comercian con el voto. Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la iglesia en los Estados Unidos, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servicio de las camarillas políticas, por lo temido de las aspiraciones de las masas de obreros, por lo desordenado y

tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos.

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que interesan y confunden al linaje humano, que el ejercicio libre de la razón va a ahorrar a los hombres mucho tiempo de miseria y de duda, y que el fin del siglo diecinueve dejará en el cenit el sol que alboreó a fines del dieciocho entre caños de sangre, nubes de palabras y ruido de cabezas. Los hombres parecen determinados a conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad y honra comunes. Tambalean, conmueven y destruyen, como todos los cuerpos gigantescos al levantarse de la tierra. Los extravía y suele cegarles el exceso de luz. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la majestad humana. Se conocen repúblicas falsas, que cernidas en un tamiz solo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre, ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos! Todo lo que atormenta o empequeñece al hombre está siendo llamado a proceso, y ha de sometérsele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes. Pero lo que quiera permanecer ha de conciliarse con el espíritu de libertad, o de darse por muerto. Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio. Así la iglesia católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos e impuros, sale a juicio por esclavizadora y tiránica cuando los espíritus generosos del país deciden ponerse a la cabeza de los desdichados, para ayudar a mejorar la servidumbre de cuerpo y espíritu en que viven. Todas las autoridades se coaligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campaña para las elecciones de corregidor de New York en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima a las masas obreras, y a los hombres piadosos que sufren de sus males. Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana. Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando!—En esa campaña se vio la maravilla de que un partido político nuevo,[34] que apenas cuenta tres años de disensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes o serviles, sin castas cómplices, y estuviese a punto de vencer, porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino un ímpetu de redención, pedida en vano a los partidos ofrecedores y parleros.[35]

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, y reimprimió su libro *El Progreso y la Pobreza*,[36] que ha

cundido por la cristiandad como una *Biblia.* Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada a inquirir las causas de la pobreza creciente a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la de que la tierra debe pertenecer a la nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias: —Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos a la nación caerá sobre los que reciban de ella manera de pagarlos, la vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar a sus hijos.

No solo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación del libro de George. Solo Darwin[37] en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad. Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía; y dondequiera que se habla inglés, con ímpetu soberano se imprime en los pensamientos la idea amante de George. Él es de los que nacen padres de hombres: allí donde ve un infeliz, siente la bofetada en la mejilla! En torno suyo se agruparon los gremios de obreros:—¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.—Cuando los obreros de New York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos,—todos irlandeses, alemanes y húngaros,—todos, republicanos y demócratas, designaron a George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de New York, la primera muestra de su voluntad y poder.

No era un partido que se formaba, sino una iglesia que crecía. Semejante fervor solo se ha visto en los movimientos religiosos. Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El hablar no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubieran descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban en la luz. «¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!» dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria: y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos e influjo, pidieron auxilio a los poderes aliados a ellos para administrar la ley en el común beneficio. La iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo que depone a un sacerdote por haber apoyado la política de las clases llanas, ordena en carta circular a sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados a vencerlas. ¡Solo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn!

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser el ejemplo de los curas, puede favorecer una política, ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer lo mismo que hace el Arzobispo? ¿Y de qué parte estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar el derecho de los infelices, o de los

que, desafiando la ira de los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligencia y virtud, dan con el pie a la púrpura y van silenciosamente a sentarse entre los que padecen?

Dicen que hay santidad igual a la del padre McGlynn, pero no mayor: que en su espíritu excelso es tal la mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta a comprender que aquel que triunfó de su cuerpo fuese solamente un hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto a un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre la ambición, el despotismo y el interés que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene[38] la energía indomable de los que no sirven a los hombres, sino al hombre!

Cuanto sofoca o debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohiba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aún para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmente desde la cátedra sagrada a los que venden la ley en pago del voto que les pone en condición de dictarla, o el que sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia a su Arzobispo en materias eclesiásticas; pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas ¿cómo ha de deber el párroco obediencia absoluta a su Arzobispo, si las materias no pertenecen a la administración del templo ni al ejercicio del culto a que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser en New York mala doctrina católica la nacionalización de la tierra, que hoy mismo promulga todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria?

Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al padre McGlynn que no asistiese a una reunión pública en que se iba a tratar la cuestión de la tierra, y el Padre lo desatendió en aquella en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderlo, lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, a él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! Porque desatendió a su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, a él, a la virtud humanada, en castigo a Roma! Y porque en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error por que[39] se le condena, el Papa, a él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

Aquí fue donde se vio el espectáculo hermoso. Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación o apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su alianza, aletean satisfechos[40] en la sombra en torno del palacio arzobispal; pero la parroquia en masa ha desertado [de] los bancos de la iglesia, ha vestido de siemprevivas el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse a disolver una junta de los feligreses para expresar cariño a su *Sogarth Aroon* ardientemente amado.—«¡Por él, por él, estaremos contra el Arzobispo y contra el Papa!»—«¡Nadie nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!»—«Hemos levantado este templo con nuestro dinero: ¿quién[41] ha de atreverse a echarnos de nuestro templo?»[42]

«¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?»—«¿Por qué nos le maltratan, porque se opuso a que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?»—«¡Él nos quiere católicos, pero también nos quiere hombres!» Mujeres eran las más entusiastas de la junta. Una mujer redactó la protesta que llevó la comisión de la junta al Arzobispo. Artesanos fornidos sollozaban, con los rostros ocultos en las manos. El Padre, humilde y enfermo, a nadie ha visto, ni con nadie ha hablado, y padece en la casa pobre de una hermana.[43]

Pero los católicos de New York se alzan coléricos contra el Arzobispo, preparan juntas colosales; oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de obispos y vicarios que[44] el arzobispado tiene en gloria: y con toda la intensidad del alma irlandesa recaban su derecho a pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los tratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos a cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios y el gobierno de su casa «el Arzobispo de New York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermediario que andan buscando los naturalistas en los senos de África», y recuerdan que hubo en Irlanda un arzobispo que murió de vergüenza y abandono por haber condenado la resistencia justa de los católicos irlandeses a la corona protestante de Inglaterra. «¡Sobre nuestras conciencias, Dios; pero nadie venga a segarnos el pensamiento, ni a quitarnos el derecho de gobernar a nuestro entender nuestra república!»—«En las cosas del dogma, la iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra iglesia». —«¡Arzobispo, manos fuera!»[45]

Nunca, ni en la campaña de George en el otoño, hubo entusiasmo mayor. Retumbaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política.

«¿Conque a nuestro consuelo, al que fue honor por su sabiduría en la propaganda y es estrella por su caridad en New York; conque a ese santo padre McGlynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra amorosa toda la razón y hermosura de la fe; conque al que en nuestras manos vertió toda su fortuna, y nos devolvía en limosnas el sueldo que le dábamos y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y sufre,—y ese otro obispo Ducey[46] que se llevó bajo su capa al Canadá a un banquero ladrón, goza de toda la confianza de la iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele a nuestro Papa a ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compungido a los funerales de ese

católico liberticida, de ese Jaime McMaster,[47] que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando a los pueblos libres y ayudando con su palabra venenosa a los dueños de esclavos y a los monarcas?»—«¡Líbrenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer a los sacerdotes que atentan a nuestra libertad de ciudadanos y de abandonar a nuestro *Sogarth Aroon*, por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!»

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la república ha revelado! ¿Conque la iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleriza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase como se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh,[48] Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿Acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre?

JOSÉ MARTÍ[49]

El Partido Liberal. México, 9 de febrero de 1887.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE JOSÉ MARTÍ

Cisma Católico en Nueva York.[1]—Gran movimiento popular.—Como nació y por qué[2] prospera.—El catolicismo en Nueva York.—Expulsión del padre McGlynn.[3]—La gran reunión de Cooper Union.[4]

New York, enero 31 de 1887.

Señor Director[5] de *La Nación*:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés a la lucha empeñada entre las autoridades de la iglesia y el pueblo católico de New York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas, una iglesia que en estos pueblos poderosos ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano.

¡Sí, es la verdad!: los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas.

De la controversia encendida en New York, la iglesia mala queda castigada sin merced, y la iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin riesgo de la libertad, la poesía y virtud de la iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propiedad degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza, sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe.

Se entiende que se puede ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro, y echan a volar con sus alas de plata encendida el evangelio! La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen. ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión despótica lo había apagado. ¡Ah! La religión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía: ¿Qué son, en suma, los dogmas religiosos sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables de certidumbre, cautivan tan dulcemente a las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Ah! Si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos la naturaleza!

Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y a las manos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas, que

pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos a todos confundidos en una portentosa y común poesía?

Acabo de verlos, de sentarme a su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su cisma: yo me regocijaba de su unión.

¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses; para qué estaban allí, aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas; para qué estaban allí, los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura perseguido por el Arzobispo[6] de su iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en Cooper Union, la Unión de Cooper, la sala de reuniones de la universidad gratuita que aquel gran viejo[7] levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen a vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era!

Era en la sala baja de Cooper Union.[8] Llovía afuera, y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las vastas galerías.

¡Al fin, les habían echado de su iglesia a su *Sogarth Aroon,*[9] al «cura de los pobres»,[10] al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su paga, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la iglesia, al padre McGlynn! Lo han echado de su casa y de su templo: su mismo sucesor lo expulsa brutalmente de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará ahora con el espíritu del odio?[11]

Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la iglesia de Irlanda, con autorización del Papa,[12] lo que predica a su diócesis el Obispo[13] de Meade, lo que puso a los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes;[14] porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria,—su Arzobispo le quita su curato, y el Papa le ordena ir disciplinado a Roma!

Cuando por creer a Cleveland[15] honrado, lo defendió en sus elecciones el Padre McGlynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo a mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en New York la iglesia,—en tratos y en complicidades, pero lo mismo que pareció bien al Arzobispo en el padre McGlynn cuando defendía al candidato arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del padre McGlynn puede alarmar a los ricos protestantes, que se atrincheran en la iglesia y se valen de ella,[16] para oponerse a la justicia de los pobres que la levantaron!

La iglesia católica vino a los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su

independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su libertad.

La religión católica ha venido a ser la patria para los irlandeses, pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario[17] del Papa Pío VII ponía a los pies del rey protestante de Inglaterra Jorge III, cuando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que «las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel»; sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que, con el arpa de oro bordada en su estandarte verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia, y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos con el influjo de la fe a los príncipes, de quienes habían recibido donaciones.

Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al herirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiosamente por la patria. El cura irlandés fue la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fue acumulando en el irlandés este amor al cura, y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa de cerezo, que arrancarle el cariño a su *Sogarth Aroon*,[18] su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes irlandeses llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era su consejero, y lo que les quedaba de la patria. Con el cura,[19] la iglesia. Con los hijos, educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses.[20] Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos estados:—los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrarse por campo tan productivo los espíritus audaces y despóticos cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; y desdeñando a la gente humilde a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de engrandecimiento repentino y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los poderosos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus puede refrenar la marcha temible de los pobres, teniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que se verá satisfecha su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida.

Así se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos[21] de la religión que los tostó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar sus bienes de fortuna. ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la iglesia católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos.

La democracia era el partido vencido.[22] Cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fue de partidos vencidos el parecer liberales, a él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino a ser formidable el elemento católico en el partido de la democracia, y a triunfar este en la ciudad de New York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses.

Pronto midieron y cambiaron fuerzas la iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir a los puestos públicos.

La iglesia católica comenzó a tener representantes interesados y sumisos en los ayuntamientos y asambleas y a vender su influjo en las elecciones a cambio de concesiones de tierra y de leyes amigas, a que se obligaron de antemano los que habían de ser socorridos con el considerable número de votos de que dispone el culto.

Todo lo osó la iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por el apoyo con que les ayuda a la conservación de sus privilegios, y entre los políticos por la necesidad que estos tienen del voto católico. En el barrio de los palacios[23] alzó una catedral de mármol,[24] rodeada de edificios de beneficencia, donde los viera y alabara todo el mundo. Comenzaron a verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo a la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como una manzana nueva, a convertir a la fe en el Arzobispo [a] las familias ricas.

Hubo hospitales, seminarios, asilos. Los candidatos más seguros buscaban el apoyo o la neutralidad de la iglesia. Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan sus creencias, coquetean con el palacio arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques a las libertades públicas, por miedo los unos de ser abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar a un aliado valioso en la contienda inmediata e irremediable para el mantenimiento de los privilegios.

Sintiéndose capaz de elegir a los legisladores, o impedir por lo menos que fuesen electos, quiso la iglesia que en pago de su influjo hiciesen las leyes para su exclusivo beneficio, y en nombre de la libertad fue proponiendo poco a poco todos los medios de sustituirse a ella.

Se usó la amable influencia del *Sogarth Aroon* para conducir al voto irlandés conforme a los dictados de la autoridad arzobispal, confabulada para ganancias de poder y bienes con los que, como ella, comercian con el voto público.

De este modo creció en proporciones enormes la fuerza de la iglesia, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servidumbre de las camarillas políticas, por la perversión y venalidad de las asambleas, por lo temido del influjo de la gente obrera, por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco que conocían en este pueblo nuevo los métodos de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa del culto y la catedral de mármol, por la magia y triunfo que siguen siempre al éxito, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la iglesia sobre las clases llanas como el

valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos.

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que agitan y confunden al linaje humano,—que el ejercicio libre de la razón va a ahorrar a los hombres mucha angustia y miseria,—y que el fin del siglo diecinueve va a dejar en el cenit el sol que alboreó a fines del dieciocho, entre nubes de palabras, caños de sangre y ruido de cabezas.

Los hombres parecen determinados a conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad común. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la divinidad del ser humano. Existen falsas repúblicas, que cernidas en un tamiz solo producirían el alma de un lacayo: pero allí donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone la misma naturaleza humana, no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre, ni autoridad más majestuosa que la de sus pensamientos.

Todo lo que atormenta o empequeñece al hombre está siendo llamado a proceso, y ha de sometérsele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes.

Pero lo que quiera permanecer, ha de conciliarse con el espíritu de libertad, o de darse por muerto. Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio.

Así la iglesia católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos e impuros, sale a juicio por esclavizadora y tiránica cuando los espíritus generosos del país deciden ponerse a la cabeza de los desdichados, para evitar que truequen en ira su derecho y ayudarlos a salir de tiranía. Todas las autoridades se coaligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campaña para las elecciones de corregidor de New York, en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima a las masas obreras, y a los hombres piadosos que sufren de sus males.

Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana. Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando. En esa campaña se vio la maravilla de que un partido político nuevo,[25] que apenas cuenta tres años de disensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes o serviles, sin castas cómplices, y estuviese a punto de vencer,—porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino el ímpetu de redención pedida en vano a los políticos ofrecedores y parleros.

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, y reimprimió su libro *El Progreso y la Pobreza*,[26] donde vuelve a resplandecer el amor del Nazareno, puesto en la lengua estadística de nuestros días. En la obra, destinada a inquirir las causas del aumento de la pobreza a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial, deducida de un monte de hechos, la de que la tierra debe pertenecer a la nación. De allí deriva el libro todas las reformas que juzga necesarias:—

Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie ocupe la tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra.

Así el peso de los tributos a la nación caerá solo sobre los que reciben de ella manera de pagarlos; la vida sin tributos será barata y fácil; y el pobre tendrá casa y espacio donde cultivar su mente, entender los deberes públicos, y ver de día y amar a sus hijos.

No solo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro. Solo Darwin[27] en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos en las ciencias físicas una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad.

Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía: así, en todos los países donde se habla inglés, penetra con ímpetu misterioso la idea amante de George.

Su economía soporta ataques. Sus soluciones novísimas dejan suspenso el ánimo; pero a quién no enamoran lo sano de su lógica, lo robusto y raizal de su lenguaje, y su piedad profunda y ardorosa. Su argumento parece un hacha que florece. Él es de los que nacen padres de hombres. Allí donde ve un infeliz, allí siente la bofetada en la mejilla. En torno suyo se agruparon los trabajadores: ¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.

Cuando los obreros de New York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos,—todos, irlandeses, alemanes y húngaros,—todos, republicanos y demócratas, designaron a George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de la ciudad, la primera muestra de su unión y poder. No era un partido que se levantaba: era una iglesia que crecía. Semejante fervor solo se ha visto en los movimientos religiosos.

Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El perorar continuo no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubiesen descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban por los caminos de la luz.

«¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!» dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas. Pero apenas formaron los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas. Los dejó solos la prensa. Las castas[28] superiores les negaron su ayuda. Los republicanos y demócratas denunciaron como enemigos de la patria a unos hombres que, en virtud del derecho público, se reunían para pedir honradez en el manejo de la ciudad, respeto al espíritu de la constitución, y estudio de las causas de la desigualdad y la injusticia en las relaciones sociales.

Los demócratas, amenazados de cerca con la pérdida de sus empleos, pidieron auxilio a los poderes aliados a ellos para disponer de la ley en mutuo beneficio. La iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo, que quita a un noble varón la cura de almas porque apoya el levantamiento legal de las clases infelices, ordena en carta circular a los párrocos que ayuden la política y voten el candidato de la gentualla

demócrata que tiene corrompido el gobierno de la ciudad, y venden al mejor postor sus intereses.

Solo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a los humildes,—el padre McGlynn.

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser modelo de curas, puede favorecer una política ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer por sí lo que no es pecado cuando se lo manda hacer el Arzobispo? Y ¿de qué lado estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar a los que padecen, o de los que, desafiando a los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligencia y virtud, dan con el pie a la púrpura y van silenciosamente a sentarse entre los que padecen?

Dicen que hay santidad igual a la del padre McGlynn, pero no mayor: que en su espíritu excelso es tal la mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta a comprender que aquel que triunfó de su cuerpo fuese solamente hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto a un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre el interés, la ambición y el despotismo que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene la energía indomable de los que no sirven a los hombres, sino al hombre.

Cuanto sofoca o debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohíba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres, ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre,[29] ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aún para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias?

¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmente desde la cátedra sagrada a los que venden las leyes en pago del voto que les permite ejercitarlas, o el que, sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia a su arzobispo en materias eclesiásticas, pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas, ¿cómo ha de deber el párroco absoluta obediencia a su arzobispo, si las materias no pertenecen a la administración del templo ni al ejercicio del culto a que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser infalible en sistemas de tributación fiscal y en puntos de política interior un arzobispo, cuando aun para los católicos el pontífice mismo solo es infalible cuando habla en cosas de dogma desde la cátedra a la iglesia entera, y no a porciones de ella? Ni ¿cómo ha de ser en New York mala doctrina católica la nacionalización de la tierra, que hoy mismo promulga con la sanción papal todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su arzobispo, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del Señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados de su patria? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria?

¡Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al padre McGlynn que no

asistiese a una reunión pública en que se iba a tratar la cuestión de la tierra, —y el Padre lo desatendió—en aquello en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderla,—lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, a él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! ¡Porque desatendió a su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, a él, a la virtud humanada, en castigo a Roma! ¡Y porque en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error por que[30] se le condena, el Papa, a él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

¡Aquí fue donde se vio el espectáculo hermoso! Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación o apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su amistad o impedir el advenimiento del partido nuevo, aletean satisfechos en la sombra en torno del palacio del Arzobispo; pero la parroquia en masa ha desertado [de] los bancos de la iglesia, ha vestido de siemprevivas el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse a disolver una junta de los feligreses para expresar cariño a su *Sogarth Aroon* ardientemente amado.—«¡Por él, por él estaremos, contra el Arzobispo y contra el Papa!» «¡Nadie nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!» «Hemos levantado este templo con nuestro dinero: ¿quién ha de atreverse a echarnos de nuestro templo?» «¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?» «¿Por qué nos le maltratan, porque se opuso a que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?» «¡Él nos quiere católicos, pero también nos quiere hombres!»

Mujeres eran las más entusiastas en la junta. Se vio llorar a ojos que nunca lloran. Artesanos fornidos sollozaban con los rostros ocultos en las manos.

El Padre, humilde y enfermo, a nadie ha visto, ni con nadie ha hablado y padece en la casa pobre de una hermana.[31] Pero los católicos de New York se alzan coléricos contra el Arzobispo, se juntan en reuniones colosales, oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de vicarios y obispos que el arzobispado tiene en gloria, y con toda la intensidad del alma irlandesa, recaban su derecho a pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los contratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos a cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios, «el Arzobispo de New York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermediario, que andan buscando los naturalistas en los senos de África», y recuerdan que ha habido arzobispo en Irlanda que murió de vergüenza y abandono por haber condenado la resistencia justa de los católicos irlandeses a la corona protestante de Inglaterra. «¡Sobre nuestras conciencias Dios; pero nadie venga a segarnos el pensamiento, ni a quitarnos el derecho de gobernar a nuestro entender nuestra república!»

«En las cosas del dogma, la iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra iglesia!» «Arzobispo: ¡manos fuera!»[32]

Nunca, ni en la campaña de George en el otoño, hubo entusiasmo mayor.

Retemblaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política: «¿Conque a nuestro consuelo, al que fue por su sabiduría en la propaganda

y es estrella por su caridad en New York; conque a ese santo padre McGlynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra toda la razón y hermosura de la fe; conque al que en nuestras manos vertió[33] toda su fortuna, y nos volvía a dar lo que le dábamos, y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y donde llora,—y ese otro obispo Ducey[34] que se llevó bajo su capa al Canadá a un banquero ladrón goza de toda la confianza de la iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele a nuestro Papa a ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compun-gido a los funerales de ese católico liberticida, de ese Jaime McMaster,[35] que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando a los pueblos libres, y ayudando con su palabra venenosa a los dueños de esclavos y a los monarcas?»

«¡Líbrenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer a los sacerdotes que atentan a nuestra libertad de ciudadanos, y de abandonar a nuestro *Sogarth Aroon*, por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!»

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la república ha revelado! ¿Conque la Iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleriza? ¿Conque en los confesionarios exige a los creyentes que voten por el favorito del arzobispado? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos, a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada a los que siguen lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre libre y católico?

¡Véase cómo se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh,[36] Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando en su fuga al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn sufre y espera?

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 14 de abril de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—New York en enero.[1]—Se habla de guerra con el Cana-dá.—Continúa el cisma católico.—Un sacerdote[2] niega al Papa[3] autoridad para coartarle sus derechos políticos.—Los proteccionistas y librecambistas y el sobrante.—Pensiones a los soldados y viudas de la guerra de México.—El Senado se llena de ricos. Unión definitiva del Sur y el Norte.—Lecciones que se deben aprender de los Estados Unidos.—Causas de la unión real de las dos secciones hostiles.—Cleveland[4] y su influjo en la paz con el Sur.—El Sur nuevo.—El orador Grady.[5]—La huelga del carbón.[6]—Adelanto en la legalidad de los trabajos políticos del partido obrero.[7]—El obrero en los Estados Unidos.—Historia de esta gran huelga.—Los espías matan a un niño obrero.—A sus funerales asisten en paz 10 000 huelguistas.

New York, 2 de febrero de 1887.

Sr. Director[8] de *El Partido Liberal:*

Variadísimos son, como propio de país de tanto cuerpo, los sucesos que han atraído la atención en estos últimos días del torvo enero. Precipita la ira este tiempo sombrío. Parece que la luz incuba el alma, como el calor de la madre a los polluelos; y allí donde no hay luz, salen las almas malhumoradas y canijas, como pollos que ha calentado mal la madre, y faltan en los actos y pensamientos aquella generosidad y buenahombría que quitan veneno a las más recias contiendas.

En las ciudades, sobre todo, se agravan estos males. Se vive mucho fuera de la casa. Llega el hombre a su hogar, sea rico o pobre, como el transeúnte a su fonda, o la fiera a su cubil. Traen de fuera el barro hasta la garganta y toda la hiel movida con el contacto del animal humano. Pierde el trabajo su decoro y hermosura por la prisa y fin mercenario con que se le hace y por la brutalidad usual del trato. La casa, comida por la vanidad, desecada por la escasez general de espíritu, suele ser poco amena, o pierde por lo menos aquel dulce poder de hacer olvidar, que hace el hogar tan bello, y da a la que reina en él tanto encanto y prestigio. En los inviernos fangosos, como este, estos trabajos se enconan con la áspera ventisca, la pedrea de granizo, la triste sábana de nieve, los odiosos lodazales. No hay mujer que parezca bella, ni hombre que parezca joven, en una de estas mañanas coléricas, criminales, negruzcas, dolorosas.

En Washington hablan de guerra con los ingleses, porque el Canadá trata mal a los pescadores americanos, para compeler a los Estados Unidos a que les devuelva los privilegios de que gozó en el territorio de estos, merced a un tratado injusto, ya extinto.[9] Pero ni los Estados Unidos, que no van a sangre por fruslerías, ni Inglaterra, que tiene cosas más graves a que atender, piensan de veras en guerra semejante: lo más será que los Estados Unidos cierren sus puertos de tierra y mar a los productos canadienses,[10] hasta que el Canadá, necesitado de ambas vías, reconozca a los buques norteamericanos el derecho de pescar y traficar en las aguas canadienses como en propio dominio, derecho que les viene desde que eran colonias y ayudaron como tales a Inglaterra a sacar por las armas el Canadá del poder de Francia.

En New York y en toda la costa de Jersey,[11] están de punta los espíritus y hay una huelga imponente de los trabajadores.

En la iglesia hay guerra; y el sacerdote McGlynn, con aplauso de la mayoría católica, niega hoy en un documento público el poder de autoridad alguna de la iglesia, ni siquiera del Sumo Pontífice, a impedirle el ejercicio de su derecho de ciudadano americano a opinar y votar libremente, como entienda que es mejor para el gobierno y alivio de su pueblo. ¡La iglesia, para las almas! ¡Ni la eternidad ni el dulce Jesús mandan que los irlandeses voten por ese cervecero, o por aquel muñidor!

La guerra no acaba en la Casa de Representantes,[12] porque ahora, como el año pasado, unos quieren abolir los impuestos internos para que el Congreso se vea obligado a mantener, en ayuda de los proteccionistas, la tarifa alta,—y otros, en ayuda de los librecambistas, se resisten a toda rebaja que no sea en los derechos de importación, para que así caiga el Congreso sobre los impuestos interiores, ya que el país no parece gustar de estar pagando cada año por tributos excesivos cien millones más de lo que el gobierno necesita, para cuyos cien millones de sobrantes siempre hay multitud de proyectos y solicitudes,—tales como la ley que concede una pensión mensual de ocho pesos a todos los soldados que sirvieron sesenta días en la mala guerra contra México,[13] o a sus viudas que hayan cumplido sesenta y dos años: con lo que se sienta el precedente ilegal de que todo el que sirve al país como soldado, tiene derecho—aun cuando no pierda la salud o la integridad del cuerpo—a una pensión vitalicia.

En el Senado hay guerra también; porque los senadores de peso están siendo poco a poco echados de sus curules por los millonarios búfagos y resoplantes, dueños de haciendas, ferrocarriles y minas, quienes hallan sin dificultad legislaturas viles que los prefieren por su caudal a los ancianos ilustres que han criado a sus manos a la patria. El dinero se come a los pueblos como la gangrena. Hay que desarrollar a la vez en las naciones, si han de perdurar, la capacidad de acumular fortuna, y la de moderar sus malos efectos con el cultivo de las gracias del espíritu.

Solo en el Sur, donde ríe el sol, no hay guerra. Allí, desde que acabó la esclavitud comenzó la prosperidad. El Sur, desde que perdió sus esclavos, se ha hecho inventor, económico, industrial. La poesía de la vida en las tierras calientes hace grato y ameno el trabajo. El negro, que en el Norte crece a orador, a pedagogo y a político, en el Sur va a la escuela, estudia la ley, y se convierte en agricultor y en artesano. Tanto, que por sobre la muchedumbre de hechos menores que distraen al observador ligero de las grandes corrientes que con ellos se forman y alimentan, puede decirse que los dos sucesos capitales hoy en los Estados Unidos, las dos transformaciones gigantescas que realmente interesan el ánimo y merecen atención universal son—la unión sincera y definitiva de las dos secciones que pasmaron al mundo hace un cuarto de siglo por el fragor de sus combates[14]—y la reaparición del espíritu puritánico, que parecía acorralado o extinguido en el partido nuevo en que se amasan los trabajadores, con todos los desajustes, choques y quebrantos de los cuerpos enormes que buscan acomodación y encaje.

Esas sí son lecciones que conviene estudiar en esta tierra, sin regatear un ápice su majestad histórica. No la educación pública, falsa y dura en la práctica y rudimentaria y errada en la letra. No la manera de vivir, podrida por un egoísmo odioso. No el espíritu libre, anhelado con más fervor en nuestras tierras, y sentido con más intención[15] y hermosura:—sino el modo con que la práctica de la libertad evita, aun en los pueblos brutales, la guerra,—y el arte sublime, el arte de la justicia, el arte del respeto al

vencido, por el que dos pueblos enemigos, diversos en orígenes, antecedentes, costumbres y clima, se confunden por propia voluntad en un pueblo único, y se cambian las banderas de pelear y las coronas de sus muertos.

Y para esto, ninguno ha tenido que esconder ese amor a sus glorias que es el caudal de las naciones y como su cemento: ¡cada soldado muerto es una raíz! Se ha de permitir que todos los cultos salgan a la luz, para que los sanee el aire y depure; mientras que, si se les compele a no salir del corazón, adquieren allí fuerza de templo y color de bandera, y acumulándose la actividad comprimida, estalla al fin en guerras. No puede suprimirse ningún factor humano. Por su órbita andan los astros, y por su órbita anda el hombre. Como se calcula un eclipse, se puede calcular la vida.

Ni el Sur ni el Norte han necesitado para unirse con sinceridad, olvidar a sus muertos: ¿qué puede florecer sobre la ingratitud? Han hecho algo mejor que olvidarlos: los han llorado juntos. Ni agravia al Sur el que New York exhiba, durante dos años, en panoramas concurridos, la batalla[16] en que Grant[17] le tomó a Vicksburg, y aquella otra[18] en la que la *Merrimac* fue vencida por el *Monitor*.[19] Ni se ofende el Norte porque cuatro estados del Sur,[20] cuatro miembros vivos de la Unión, acuerden ayudar con pensiones vitalicias la vejez de los soldados que pelearon contra ella.

El Sur resucita. Sus jóvenes, nacidos entre negros libres, se asombran de cómo pudieron sus padres vivir en ociosidad, persiguiendo con perros o marcando a latigazos a los negros esclavos. De la esclavitud solo conservan la poesía,—la fidelidad del siervo, la caridad de la casa solariega, los gozos épicos del patriarcado. El Norte sale al encuentro del noble vencido que no le guarda rencor. Y como el orador es el hombre divino, todo eso abejea y mariposea, y se le siente en el agua que corre y en el aire que pasa, pero no culmina hasta que un georgiano de palabra galopante viene a un banquete de norteños acérrimos, el banquete en que celebran los *yankees*[21] cada año el desembarque de los peregrinos,[22] y en párrafos que resplandecen como círculos de oro, recoge esos deseos de amor y trabajo, y anuncia a la república unida que el Sur de antes ha muerto, y ha nacido otro. Todo el Sur lo secunda y alaba: y ya ha habido en el Norte quien hablase de elegir al georgiano Grady, famoso por un solo discurso,[23] candidato a la vicepresidencia de la república.

¡Grande es la palabra, cuando cabalga en la razón! Penetra entonces más que la más larga espada. Ni la belleza del día se oscurece por los delitos que se cometen a su luz; ni decrece el poder de la palabra por el abuso que se hace de ella. Para el oro, hay similor y hay palabra buena, y palabra falsa.

En Washington vive, sin embargo, un hombre de apariencia burda a quien se debe contar entre los causantes de ese feliz estado de cariño entre los dos pueblos hostiles. El hombre es tosco, se olvida de los nombres y las caras, recibe de pie, suele andar malhumorado, no da pronto con las ideas que necesita, y es corto de palabras, salvo cuando ve que se le oponen por malicia a su voluntad honrada. Para comer, prefiere carne, y sin aliños.[24]—Para beber, preferirá cerveza. Lo que es sincero llega hasta su almohada. Contra lo que no es sincero, bufa. Lo que él es, le viene de sí, que es lo que constituye los caracteres históricos:—a diferencia de la mayor parte de los hombres que vienen a ser, en cuanto saben y hacen, como esos papeles azucarados en que se quedan prendidas las moscas. Llevan encima las ideas que pasan, y van tan en ellos que parecen suyas. Pero solo son fecundas, solo mueven a los hombres, las ideas directas y vivas que sugiere a los espíritus originales la contemplación de ellos, o la humanidad que

traen concentrada en sí, y se revela y obra, al reconocerse en la contienda humana.

Cleveland da muchas vueltas en torno de una idea, y tarda en dar con ella; pero una vez que ha dado, antes le arrancan una libra de carne que arrancársela.[25] Así creyó él que era tiempo de devolver al Sur proscrito su asiento en los consejos públicos. Y se vio lo que se ha visto siempre: que un acto de generosidad y de justicia trae a los brazos a aquellos a quienes la aspereza subleva, o mantiene apartados. Todo el Sur ha venido a ofrecerse en paz al Norte, en agradecimiento de haber sido llamado sin miedo a sus consejos.

Menos huelgas habría o durarían menos, si los que las favorecen por su injusticia no agravaran las razones de ellas con sus aires altivos, o con alardes de fuerza que enconan la herida de los que ya están cansados de ver ejercitada sobre ellos la fuerza ajena, y entran en el conocimiento y voluntad de la propia.

Todo el invierno ha sido para los trabajadores una campaña; mas ha de decirse, en razón que la de este año ha mostrado gran adelanto de su parte en la inteligencia de la ley, y en la eficacia de ir a la raíz de los males, en vez de andar por las ramas de ellos.

No es esta o aquella huelga particular lo que importa; sino la condición social que a todas las engendra. Esta condición debe ser, primero, puesta en[26] claro; y después, si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada. Cámbiesela[27] en acuerdo con las razones concretas de ella, poniendo el remedio donde está el mal; y no conforme a teorías abstrusas y sistemas sentimentales, tan perniciosos en su aplicación como respetables por su origen. No se debe poner mano ligera en los asuntos en que va envuelta la vida de los hombres. La vida humana es una ciencia, y hay que estudiar en la raíz y en los datos especiales cada aspecto de ella. No basta ser generoso para ser reformador. Es indispensable no ser ignorante. El generoso azuza, pero solo el sabio resuelve. El mejor sabio es el que conoce los hechos.

Los trabajadores serán vencidos probablemente en las varias huelgas en que ahora están empeñados. Pero, vencidos o triunfantes, la importancia de estas huelgas reside en que por ellas se ve cómo cuarenta mil hombres, cuarenta mil cabezas de familia, están dispuestos a abandonar su trabajo por todo un mes en lo crudo del invierno, para ayudar a un grupo de acarreadores de carbón o de cargadores de muelle, a obtener un salario que baste al menos para pagarse el pan, el techo y el carbón y no andar desnudos.

Se oyen de estos estados pompas y maravillas. Se dice que un albañil gana tres pesos al día, sin contar con que apenas trabaja seis meses al año, lo cual le deja su peso y medio diario, que es lo que necesita para no caer al suelo. Se dice por los filósofos amables, y por los caballeros que saben griego y latín, que no hay obrero mejor vestido y calzado que el americano, y que esta es Jauja, y hacen muy mal en enojarse, en vez de estar agradecidos a su eximia fortuna. ¡Ah! Así como los jueces debieran vivir un mes, como penados en los presidios y cárceles, para conocer las causas reales y profundas del crimen y dictar después sentencias justas, así los que deseen hablar con juicio sobre la condición de los obreros deben apearse a ellos, y conocer de cerca su miseria.

Véase esta huelga[28] de los acarreadores de carbón. Trabajan rudamente, en la nieve y la lluvia. La compañía no les asegura el trabajo; sino llamarlos a él cuando los necesite: mas, sí les obliga a estar en los muelles a su

disposición, de modo que el acarreador no sabe de cierto si tendrá al fin del día jornal que llevar a su casa, ni cuánto llevará, pero no puede alejarse del muelle, ni ayudarse con trabajo alguno. Por el que hace, le pagaban veintidós centavos por hora. Lo usual es que empleen a cada acarreador tres o cuatro horas, que le producen ochenta centavos,—para el sostén en invierno de toda una familia! El carbón, lo tienen que comprar. El tugurio en que viven, lo han de alquilar de la misma compañía, que recobra por su cuenta seis u ocho pesos al mes, del obrero a quien paga veinticinco o treinta. Así la compañía ha doblado el valor de sus acciones, y no contenta con esto, al mismo tiempo que aumentaba en cincuenta centavos el precio de la tonelada de carbón, rebajó a los acarreadores dos centavos y medio en la paga por hora. Los acarreadores solicitaron que se les retuviese siquiera,—ya que no se les da trabajo fijo, ya que se les fuerza a trabajar de noche sin sobrepaga—al mismo precio de antes. La compañía se negó a tratar con ellos; y so pretexto o con razón, de temer de ellos violencia, alquiló a unos gañanes que tiene aquí adiestrados para esos oficios una agencia famosa de espías, la agencia de Pinkerton:[29] Es todo un cuerpo de policías voluntarios.

Los obreros de las industrias relacionadas con la del carbón se declararon enseguida en huelga, para obligar así a la compañía a mantener sus jornales. Paleadores, boteros, cargadores de muelle, todos en pleno enero, renunciaron [a] su jornal para que no rebajasen injustamente el de sus compañeros. Aflige entrar en aquellas chozas. Como no hay ahorros, ¿qué carbón ha de haber, ni qué comida caliente? Las mujeres, lo sufren en silencio. Los hijos pequeños, desocupados por la huelga, cometen la primera violencia de ella, lanzando más bolas de nieve sobre la patrulla de espías. Los espías cargan sobre los niños y matan de un balazo a uno de ellos. Contra la ley, los espías van armados, pero son pocos. Los huelguistas son muchos. ¿Qué han hecho? ¿Se han encendido en furia? ¿Han[30] devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes los cercados que guardan las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado el funeral del niño infeliz, y dejado sobre su féretro una corona de flores pobres «¡A nuestro compañero!» Junto a la tumba rompió en sollozos la madre del niño asesinado. Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios, a sus tugurios sin comida caliente, y sin carbón, siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones[31] a 67 el año pasado; y este año las cotiza a 135.

José Martí

El Partido Liberal. México, 17 de febrero de 1887.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE JOSÉ MARTÍ

UN MES DE VIDA NORTEAMERICANA[1]

Aspecto airado de los acontecimientos.—El carácter en invierno.—Rumores vanos de guerra con el Canadá.—Crece el cisma católico.—El Senado y los representantes.—La paz definitiva en el Sur.—Causas de la paz.—Cleveland,[2] sus modos y su influjo.—Gran discurso del sudista Grady.[3]—El Sur nuevo.—Lo que hay que aprender de los Estados Unidos.—Las huelgas.—La gran huelga de los carboneros.[4]—Continúa condensándose el partido obrero.[5]—Escenas dolorosas de la huelga.

Nueva York, febrero 2 de 1887.

Señor Director[6] de *La Nación:*

Todo ha sido debates, diferencias y cóleras en este mes de enero. Acaso los únicos sucesos amables fueron la sesión pública de la excelente escuela de indios de Carlisle,[7] en que se están fundiendo las dos civilizaciones con cierto color poémico,—y la exhibición de *El dorador*[8] de Rembrandt,[9] un burgués de verdad majestuoso. Precipita la ira este tiempo sombrío. Parece que la luz incuba el alma, como el calor de la madre a los polluelos: y allí donde no hay luz salen las almas malhumoradas y canijas, como pollos que ha calentado mal la madre, y faltan en los actos y pensamientos aquella generosidad y buenahombría que quitan veneno a las más recias contiendas.

En las ciudades, sobre todo, se agravan estos males. Se vive mucho fuera de la casa. Llega el hombre a su hogar, sea rico o pobre, como el transeúnte a su fonda, o la fiera a su cubil. Trae de afuera el barro hasta la garganta, y toda la hiel movida con el contacto del animal humano. Pierde el trabajo su decoro y hermosura, por la prisa y fin mercenario con que se le hace, y por la brutalidad usual del trato. La casa, comida por la vanidad, desecada por la escasez general de espíritu, suele ser poco amena, o pierde por lo menos aquel dulce poder de hacer olvidar, que hace el hogar tan bello, y da a la que reina en él tanto encanto y prestigio.

En los inviernos fangosos, como este, estos trabajos se enconan con la áspera ventisca, la pedrea de granizo, la triste sábana de nieve, los odiosos lodazales. No hay mujer que parezca bella, ni hombre que parezca joven, en una de estas mañanas coléricas, criminales, dolorosas, negruzcas.

En Washington, hablan de guerra contra los ingleses, porque el Canadá continúa tratando mal a los barcos de pesca norteamericanos, para compeler con estas modificaciones a los Estados Unidos a que renueve el tratado de Halifax, en que Norteamérica cedió torpemente el derecho de dominio que la Gran Bretaña le reconoció sobre las aguas canadienses, por haberla ayudado, cuando eran colonias, a sacar el territorio del poder de Francia.

Ahora los canadienses, para forzar a los norteamericanos a que les abran como antes los puertos, les niegan el derecho que siempre tuvieron de pescar y traficar en sus costas, y aun llegan hasta resistirse a venderles la carnada, para que en las aguas propias de los Estados Unidos puedan seguir la pesca. El Congreso de Washington propone que se les cierren los puertos de mar y de tierra, y un senador ya dijo anteayer que debía suspenderse

toda especie de relaciones con el Canadá. Pero de esto no pasará, y acabará en arreglo. Porque los Estados Unidos no van a sangre por escasa razón, e Inglaterra tiene a la puerta y dentro de casa lobos más fieros.

En New York, y en toda la costa de Jersey[10] hay grandes huelgas, ciegas y desatentadas como todas; y tan justas en principio como crudas en métodos, y deslucidas a veces por agresiones y violencias.

El cisma sigue en la iglesia católica. Diez mil católicos han vuelto a reunirse en el hipódromo de Madison[11] para declarar su resistencia a recibir dictado alguno de la iglesia sobre sus opiniones económicas y políticas. Y el padre McGlynn,[12] que se ha hecho persona nacional, afirma en un documento público que la iglesia no prohíbe enseñar que la tierra es propiedad común, y que ni el Arzobispo,[13] ni la propaganda, ni el Papa,[14] tienen derecho a coartar los actos de ciudadano de un sacerdote, en materias que no estén expresamente condenadas por la iglesia: «Así es, dice, como nuestra iglesia se ha hecho odiosa, y ha llegado a parecer enemiga de la libertad. El Papa no tiene derecho sobre mí como ciudadano. No voy a Roma».

En la Casa de Representantes[15] continúan riñendo proteccionistas y librecambistas, por reformar cada uno conforme a su credo la torpe tarifa que produce al país desasosiego y miseria, y al gobierno cien millones de pesos más de lo que necesita.

En el Senado hay guerra también, porque los senadores de peso están siendo poco a poco echados de sus curules por los millonarios búfagos y resoplantes, dueños de haciendas, ferrocarriles y minas, quienes hallan sin dificultad legislaturas viles que los prefieren por su caudal a los ancianos ilustres que han criado a sus manos a la patria.

Solo en el Sur, donde ríe el sol, no hay guerra. Allí, desde que acabó la esclavitud, comenzó la prosperidad. El Sur, desde que perdió sus esclavos, se ha hecho inventor, económico, industrial.

La poesía de la vida en las tierras calientes hace grato y ameno el trabajo. El negro, que en el Norte crece a orador, a pedagogo y a político, en el Sur va a la escuela, estudia la ley, y se convierte en agricultor y artesano. Tanto, que, por sobre la muchedumbre de hechos menores que distraen al observador ligero de las grandes corrientes que con ellos se forman y alimentan, puede decirse que los dos sucesos capitales hoy en los Estados Unidos, las dos transformaciones gigantescas que realmente interesan el ánimo y merecen atención universal, son la unión sincera y definitiva de las dos secciones que pasmaron al mundo hace un cuarto de siglo por el fragor de sus combates,[16]—y la reaparición del espíritu puritánico, que parecía acorralado o extinguido en el partido nuevo en que se amasan los trabajadores, con todos los desajustes, choques y quebrantos de los cuerpos colosales que buscan acomodación y encaje.

Esas sí son lecciones que conviene estudiar en esta tierra, sin regatear un ápice a su majestad histórica. No la educación pública, falsa y dura en la práctica y rudimentaria y errada en la letra. No la manera de vivir, podrida por un egoísmo odioso. No el espíritu libre, anhelado con más fervor en nuestras tierras, y sentido con más intensidad y hermosura;—sino el modo en que la práctica de la libertad evita, aun en los pueblos brutales, la guerra,—y el arte sublime, el arte de la justicia, el arte del respeto al vencido, por el que dos pueblos enemigos, diversos en orígenes, antecedentes, costumbres y clima, se confunden por propia voluntad en un pueblo único, y se cambian las banderas de pelear y las coronas de sus muertos.

Y para esto ninguno ha tenido que esconder ese amor a sus glorias que es el caudal más seguro de las naciones, y como su cemento; ¡cada soldado muerto es una raíz!

Se ha de permitir que todos los cultos salgan a la luz, para que los sanee el aire y depure, mientras que, si se les compele a no salir del corazón, adquieren allí fuerza de templo y color de bandera, y acumulándose la actividad comprimida, estalla al fin en guerras. No puede suprimirse ningún factor humano. Por su órbita andan los astros, y por su órbita anda el hombre. Como se calcula un eclipse, se puede calcular la vida.

Ni el Sur ni el Norte han necesitado para unirse con sinceridad olvidar a sus muertos. ¿Qué puede florecer sobre la ingratitud? Han hecho algo mejor que olvidarlos: los han honrado juntos!

Ni agravia al Sur que New York exhiba durante dos años en panoramas la batalla[17] en que Grant[18] le tomó a Vicksburg, y aquella otra[19] en que la *Merrimac* fue vencida por el *Monitor.*[20] Ni ofende al Norte porque cuatro estados del Sur,[21] cuatro miembros vivos de la Unión, acuerden ayudar con pensiones vitalicias la vejez de los soldados que pelearon contra ella.

El Sur resucita. Sus jóvenes, nacidos entre negros libres, se asombran de cómo pudieron sus padres vivir en ociosidad, persiguiendo con perros o marcando a latigazos a los negros esclavos. El Norte sale al encuentro del noble vencido que no le guarda rencor.

Y como el orador es el hombre divino, todo eso abejea y mariposea, y se le siente en el agua que corre y el aire que pasa; pero no culmina hasta que un georgiano de palabra galopante viene a un banquete de norteños acérrimos, el banquete en que celebran los *yankees*[22] cada año el desembarque de los peregrinos,[23] y en párrafos que resplandecían como círculos de oro recoge esos deseos de amor y trabajo, y anuncia a la República unida que el Sur de antes ha muerto, y ha nacido otro. Todo el Sur lo secunda y alaba: y ya ha habido en el Norte quien hablase de elegir al georgiano Grady, famoso por un solo discurso,[24] candidato a la vicepresidencia de la república.

¡Grande es la palabra cuando cabalga en la razón! Penetra entonces más que la más larga espada. Ni la belleza del día se oscurece por los delitos que se cometen a su luz; ni decrece el poder de la palabra por el abuso que se hace de ella. Para el oro hay similor; y hay palabra buena, y palabra falsa.

En Washington vive, sin embargo,[25] un hombre de apariencia burda a quien se debe contar entre los causantes de ese feliz estado de cariño. El hombre es tosco, se olvida de los apellidos y las caras, recibe de pie, suele andar malhumorado, no da de prisa con las ideas que necesita, y es corto de palabras, salvo cuando se le oponen por malicia a su voluntad honrada. Para comer, prefiere carne, y sin aliños. Para beber, preferirá cerveza.

Lo que es sincero llega hasta su almohada. Contra lo que no es sincero, bufa.

Lo que él es, le viene de sí, que es lo que constituye los hombres históricos; a diferencia de la mayor parte de los hombres, que vienen a ser, en cuanto saben y hacen, como esos papeles azucarados en que se quedan prendidas las moscas. Llevan encima las ideas que pasan, y van tan en ellos que parecen suyas; pero solo son fecundas, solo mueven a los hombres, las ideas directas y vivas que sugiere a los espíritus originales la contemplación de ellos, o la humanidad que traen concentrada en sí, y se revela y obra, al reconocerse en la contienda humana.

Cleveland da muchas vueltas en torno de una idea, y tarda en dar con ella; pero, una vez que ha dado, antes le arrancan una libra de carne que arrancársela.[26]

Así creyó él que era tiempo de devolver al Sur proscrito su asiento en los consejos públicos. Y se vio lo que se ha visto siempre: que un acto de generosidad y de justicia trae a los brazos a aquellos a quienes la aspereza subleva, o mantiene apartados. Todo el Sur ha venido a ofrecerse en paz al Norte, en agradecimiento de haber sido llamado sin miedo a sus consejos. Y los que ven hondo, observan que es mayor el bienestar nacional.

Menos huelgas habría o durarían menos, si los que las provocan por su injusticia no agravaran las razones de ellas con sus aires altivos, o con alardes de fuerza que enconan la herida de los que ya están cansados de ver ejercitada sobre ellos la fuerza ajena, y entran en el conocimiento y voluntad de su fuerza propia.

Todo el invierno ha sido para los trabajadores una campaña; mas ha de decirse en razón que la de este año ha mostrado gran adelanto de su parte en la inteligencia de la ley, y en la eficacia de ir a la raíz de los males en vez de andar por las ramas de ellos.

No es esta o aquella huelga particular lo que importa, sino la condición social que a todas las engendra.

Esta condición debe ser, primero, puesta en claro, y después si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada. Cámbiesela en acuerdo con las razones concretas de ella, poniendo el remedio donde está el mal, y no conforme a teorías abstrusas o sistemas sentimentales, tan perniciosos en su aplicación como respetables por su origen.

No se debe poner mano ligera en las cosas en que va envuelta la vida de los hombres. La vida humana es una ciencia; y hay que estudiar en la raíz y en los datos especiales cada aspecto de ella. No basta ser generoso para ser reformador. Es indispensable no ser ignorante. El generoso azuza; pero solo el sabio resuelve. El mejor sabio es el que conoce los hechos.

Los trabajadores serán vencidos probablemente en las varias huelgas en que ahora están empeñados.

Pero, vencidos o triunfantes, la importancia de estas huelgas reside en que por ellas se ve cómo cuarenta mil hombres, cuarenta mil cabezas de familia, están dispuestos a abandonar su trabajo por todo un mes en lo crudo del invierno, para ayudar a un grupo de acarreadores de carbón, o de cargadores de muelle, a obtener un salario que baste al menos para pagarse el pan, el techo y el carbón, y no andar desnudos.

Se oyen de estos estados, pompas y maravillas. Se dice que un albañil gana tres pesos al día, sin contar con que apenas trabaja seis meses al año, lo cual lo deja en peso y medio diario, que es lo que necesita para no caerse al suelo. Se dice por los filósofos amables, y por los caballeros que saben griego y latín, que no hay obrero mejor vestido y calzado que el americano, y que esta es Jauja y hacen muy mal en enojarse, en vez de estar agradecidos a su eximia fortuna.

¡Ah! Así como los jueces debieran vivir un mes como penados en los presidios y cárceles para conocer las causas reales y hondas del crimen y dictar sentencias justas, así los que deseen hablar con juicio sobre la condición de los obreros deben apearse a ellos, y conocer de cerca su miseria.

Véase esta huelga del carbón.[27] Trabajan rudamente en la nieve y en la lluvia. La compañía no les asegura el trabajo, sino el llamarlos a él cuando los necesite; mas sí les obliga a estar en los muelles a su disposición, de

modo que el acarreador no sabe de cierto si tendrá al fin del día jornal que llevar a la casa, ni cuánto llevará; pero no puede alejarse del muelle, ni ayudarse con trabajo alguno. Por el que hace le pagaban veintidós centavos y medio por hora. Lo usual es que empleen a cada acarreador tres o cuatro horas, que montan unos ochenta centavos, para el sostén en invierno de toda una familia!

El carbón, lo tienen que comprar. El tugurio en que viven, lo han de alquilar a la misma compañía, que recobra en renta seis u ocho pesos al mes del obrero a quien paga veinticinco o treinta. Así la compañía ha doblado el valor de sus acciones; y no contenta con esto, al mismo tiempo que aumentó en cincuenta centavos el precio de la tonelada de carbón, rebajó a los acarreadores dos centavos y medio en la paga por hora.

Los acarreadores solicitaron que se les retuviese siquiera,—ya que no se les da trabajo fijo, ya que se les fuerza a trabajar de noche sin sobrepaga,—al mismo precio de antes. La compañía se negó a tratar con ellos; y so pretexto, o con razón, de temer de ellos violencia, alquiló a unos gañanes que tiene aquí adiestrados para esos oficios una agencia famosa de espías, la agencia de Pinkerton.[28]

Los obreros de las industrias relacionadas con la del carbón, se declararon enseguida en huelga, para obligar así a la compañía a mantener sus jornales. Paleadores, boteros, cargadores de muelle, todos, en pleno enero, renunciaron a su jornal para que no rebajasen injustamente el de sus compañeros. Aflige entrar en aquellas chozas. Como no hay ahorros, ¿qué carbón ha de haber, ni qué comida caliente? Las mujeres lo sufren en silencio. Sus hijos pequeños, desocupados por la huelga, cometen la primera violencia de ella, disparando unas bolas de nieve sobre los espías.

Los mercenarios cargan sobre los niños, y matan de un balazo a uno de ellos. ¿Qué han hecho los huelguistas? ¿Se han encendido en furia? ¿Han devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes la tablazón que guarda las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado en sus funerales al niño infeliz y han dejado sobre su féretro una corona de flores pobres: *¡A nuestro compañero!* Junto a la tumba rompió en sollozos la madre del niño asesinado. Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios sin comida caliente, y sin carbón, siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones a 67 el año pasado, y este año las cotiza a 135.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de abril de 1887.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Novedades de New York.—El nuevo descubrimiento de Edison.[1]—Descubre el modo de elaborar los alimentos con sustancias químicas.—Edison.—Emerson[2] y Edison.—Viaje extraordinario de un velocipedista.—Stevens.[3]—Sus viajes en Asia.—Las huelgas.—Fin de la huelga del carbón.[4]—Significación de la huelga. Continúa el movimiento de transformación nacional.—De la guerra de clases.—Chauncey[5] Depew y Grant.[6]—Los mutualistas buscan jefe.—El aniversario[7] de Abraham Lincoln.

Nueva York, 14 de febrero de 1887.

Señor Director[8] de *El Partido Liberal:*

Cuentan de Lincoln que la noche misma en que él y sus más íntimos amigos aguardaban con afán las noticias de su reelección a la presidencia, se sacó del bolsillo un libro de anécdotas vulgares, y las leía de tiempo en tiempo en alta voz, con gran sorpresa y cólera de sus ministros: así se aliviaba aquella grande y afligida mente de la pesadumbre de su ansiedad y melancolía. Todo lo decía en apólogos, como quien hubiese leído mucho la *Biblia;* y manejaba el cuento con la misma gracia y firmeza con que en sus mocedades blandió el hacha. Cuestión a la que echaba encima un cuento, ya quedaba hendida y como para no volver a levantarse. Pero él no decía cuentos únicamente para convencer con caridad y prontitud, de modo que no se discutiese sin medida, ni quedara enojado el vencido, al ver que su vencedor era la gracia; sino que abría ese escape a sus preocupaciones y amarguras, y como que cobraba fuerzas de esos regocijados entremeses, tanto que cuando viajaba como candidato a su primera presidencia, y le seguían pueblos y honores, se estuvo una noche entera «a ver quién cuenta más» con un famoso chascarrillero de un pueblo infeliz, ya asombrado de que el presidente de la República fuera a ser «aquel compadre de las piernas largas».

Así Nueva York, como Lincoln, distrae sus alarmas y pesares con bailes, fiestas extrañas y novedades estupendas. Huelgas de un lado, acres y amenazadoras: miedos de guerra, reales o fingidos: proyectos de obras de defensa, ejércitos y armadas, planes de milicia que ya llevan en la entraña el huevo venenoso del ejército permanente, como si la riqueza hubiera de corromper las repúblicas, y por el exceso y abuso de ella vinieran estas a parar en los mismos vicios y tiranías contra las que, con fuerza de universo moral, se levantaron. Y de otro lado, los *snow shoers,* los andadores en el hielo del Canadá, con sus vestidos pintorescos y viriles, hechos de frazadas de colores;—Wagner,[9] que parece aquí vivo, triunfante y colérico como una quimera, y rey del teatro de ópera, de donde la italiana huye vencida;—Bishop,[10] un prestidigitador impune, que dice que lee la mente y solo alcanza, con mucho vendarse los ojos y ser llevado de la mano a descubrir el paradero de una aguja o adivinar las cifras de un billete de banco;[11]—Stevens, un velocipedista que acaba de circunrodar el mundo, y vuelve de los bambúes y las pagodas cargado de condecoraciones y leyendas;—y qué más!, Edison, que en sus ratos perdidos se entretiene en dibujar en la pared a salivazos de tabaco los Estados Unidos, y ahora anuncia que ha

descubierto la manera de fabricar los alimentos todos, el chocolate y la almendra, el plátano y la carne, el trigo generoso y el vino cordial, sin más que descomponer la tierra y el agua y combinar sus elementos.

El misterio, es verdad, chispea en los ojos de Edison, su mirada se escapa, como la de los felinos. Parece que lleva escrito en la pupila un cuento de Edgar Poe[12] o una estrofa de Charles Baudelaire.[13] Un silfo de alas verdes, ribeteadas de plata, danza en aquella niña de ojo claro, se mofa, se harta, enseña su vientre hendido y luminoso como el de los cocuyos, centellea. Pasa el toro al torero, cuya mirada es sanguinosa y turbia. La medicina pasa al médico, que ya por serlo cura, y con su sonrisa suele abatir la fiebre. La electricidad, profunda y traviesa, ha pasado a este hombre extraño, de cara pálida y ojos relucientes. Se adquiere fuerza y apariencia sobrenaturales del comercio con la naturaleza. Y se adquiere además una ardiente y batalladora fe en el espíritu, como en su viaje a la gota de sangre adquirió Pasteur,[14] y en el suyo a las entrañas de la luz ha adquirido Edison. Dicen que ve por todas partes cuerpos sin forma, que el silencio tiene para él mágicas voces, que la ciencia de este mundo le ha llevado hasta el dintel de otro más bello, al que desde esta ribera oscura solicita y enamora. El mundo despierta una sed que solo la muerte apaga. El hombre que conoce bien en el mundo cae en la muerte, como un trabajador cansado cae en los brazos de su esposa.

Tortura la ciencia, y pone al alma en el anhelo y la fatiga de hallar la unidad esencial, en donde, como la montaña en su cúspide, todo parece recogerse y condensarse. Emerson, el veedor, dijo lo mismo que Edison, el mecánico. Este, trabajando en el detalle, para en lo mismo que aquel, admirando el conjunto. El Universo es lo universo. Y lo universo, lo uni-vario, es lo vario en lo uno. La naturaleza «llena de sorpresas» es toda una. Lo que hace un puñado de tierra hace al hombre y hace al astro. Los elementos de una estrella enfriada están en un grano de trigo. Lo que nos mantiene sobre la tierra está en la tierra. ¿No dijo Newton[15] que las propiedades de los alimentos están en el suelo que pisamos, y en el aire que nos rodea, solo que eluden nuestras garras? Humphrey Davy, Faraday,[16] Liebig[17] estuvieron, dice Edison, a punto de acelerar la transformación de las sustancias primas en alimentos sápidos y nutritivos; como él, Edison, los transforma. Quien ha estudiado los orígenes de la vida animal, quien ha visto cuán poco desemejantes son el hombre y los animales rayanos en su primer estado de existencia, no se asombra de oír decir a Edison que puede hacer plátanos y chocolate de las mismas sustancias primas, sin más que variar su combinación ligeramente. «Con tierra de *New Jersey* y agua, dice, he hecho una botella de Chateau d'Yquem».[18] Son asombrosos los fenómenos del anamorfismo:[19] no hay fin para el número de cosas diversas que pueden hacerse, combinando elementos semejantes. La analogía de muchos compuestos orgánicos y ciertos grupos de simples, pasma a los químicos. El peso atómico de los compuestos es igual al peso atómico de los ingredientes. La ley del isomorfismo[20] enseña que hay ciertos grupos de sustancias compuestas de tal modo que uno de sus elementos puede ser sustituido por otro de proporciones equivalentes sin alterar el carácter cristalino de la materia. «¡Ea,[21] pues!» concluye Edison: «ya no habrá que ir por dulces a los países finos, ni por cacao a Soconusco, ni por vinos a Francia». Él puede hacer en un día una papa, una calabaza, una espiga de trigo; un solomillo lo puede sacar de la tierra en unas cuantas horas.

La diferencia estará en que no habrá fibra. La química celosa ha robado sus retortas a la naturaleza. «De aquí a tres años—dice Edison—Nueva York no comerá carne ni hortaliza. Yo las haré más barato que la tierra». ¡Tal

parece que la naturaleza, luego que los atrae a sus brazos, trastorna a sus amantes!

Stevens, el velocipedista, acaba de llegar de los países donde la naturaleza es fragante y perezosa, y lleva en los brazos lianas y serpientes. Un periódico de New York, el *Outing*, algo como «Al Aire Libre» le pagó el viaje en velocípedo alrededor de la tierra.[22] En abril del ochenta y cinco salió de New York en un vapor de Europa, y en enero del ochenta y siete llegó a San Francisco en un vapor de Asia. Europa, ya está vista, y no tiene romance, o su romance está aladrado, pasado de sazón, echado a podre, como la comida de moda en los hoteles. El romance está en los países de túnicas de seda, de mujeres embozadas, de cabellos vivaces, de paramentos joyantes y vistosos, de vinos perfumados, de apólogos que saben a nuez fresca. Donde Haydée mira, donde embriaga el *hashish,*[23] donde cantan el *Rubaiyyat,*[24] el poema bordado de rosas, está el romance. Como por ruinas pasó Stevens por los pueblos europeos, llagados todos, como una enorme Capua. Recorrió en velocípedo los caminos de Turquía, de esa rosa comida de gusanos. Cruzó a Persia; penetró en Afganistán. En China quiso entrar, pero a las cien leguas lo detuvieron a pedradas en Kingan-Toy, y ya llevaba magullado el casco hindú de que se armó para el viaje, cuando pudo asilarse en el *yamen,*[25] que ampara como antaño nuestros templos, a los que se acogen a su guarda.

Por todas partes halló Stevens *clubs*[26] de velocipedistas. De los países de ojos negros ha traído recuerdos dominantes. Celebra la sencillez y bondad turcas. Lugar hubo donde el gobernador le tributó honores de Estado, y congregó a la población para verle partir «volando sobre su rueda y pedir a Alá que fuese siempre con él la maravilla». Halló a los chinos desconfiados y silenciosos, como quienes han padecido de la gente extraña. Ellos, como nuestros indios, jamás dicen llanamente al extranjero lo que le falta de camino, ni cuál es su vía, ni qué tiempo le auguran. El blanco los estrujó en agraz: agraz es para ellos el blanco. Un miedo rencoroso inspiran sus respuestas.—«¿Falta mucho para llegar?»—«Una subidita y una bajadita».[27] Y faltan leguas.[28]—«¿Lloverá hoy?»—«¡El cielo sabrá eso!» Da pena ver las razas espantadas.

Mientras la mocedad elegante festeja con banquetes la vuelta del osado Stevens,[29] y en los teatros resucitan con pompa de vestidos las comedias viejas, y lo florido de las damas acude a los bailes famosos con que es uso cerrar aquí la estación de las nieves, reúnense en una vasta sala fría los delegados de los obreros, anuncian que la compañía carbonera ha accedido a pagar al tipo antiguo a sus empleados, y dan por terminada la heroica, la angustiosa, la temible huelga. Han vencido, sí, pero perdieron $ 1 200 000 de salarios. Sesenta mil hombres han estado sin trabajar cinco semanas, porque una compañía de carbón quiso rebajar injustamente la paga, y una empresa de vapores intentó en otra parte reducir la de sus muelles. «Una ofensa a uno es una ofensa a[30] todos», es el lema de los Caballeros del Trabajo.[31] «¡Pues hasta que no traten con justicia a nuestros hermanos, no trabajaremos!»

Y un gremio tras otro, se mantuvieron en la huelga, compeliendo a las dos compañías a obrar en justicia.

De paso no se puede decir todo[32] lo que estas huelgas enseñan. Esta ha enseñado más que otras, porque revela que, aunque la organización de los obreros no es aún tan completa como pudiera, lo es ya bastante para inducir que si en un caso sencillo se muestra tanta hermandad, pudiese el trabajo entero de la nación dejar a una vez sus talleres algún día, y retar a las industrias productoras a fatal desafío, cuando llegue aquel caso grave o

combinación de casos que ha de producirse de este estado de guerra enconado y silencioso. Y si por los medios legales no se acude a las causas del mal, si no se abarata la vida con una tarifa amplia, si no se suprimen los tributos innecesarios que repletan inútilmente el tesoro, si no se atiende a contener los daños públicos que evidentemente nacen de la acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas, prosperará esta nación de obreros en la sombra, y acabará por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios.

Lo más temible de esta lucha es que, mientras los prudentes la afrontan y los demagogos la precipitan, aquellos que se consideran por su enorme fortuna como los magnates del país, se[33] concilian para defender sus privilegios y andan buscando jefe. ¿Dónde está ya aquel respeto del americano por su ciudadanía, aquella fe inquebrantable en el ejercicio del libre albedrío, aquel orgullo de ver levantarse de la humildad a sus apóstoles y a sus cabezas? Fingen aún esas ideas, pero ya las abominan. La guerra[34] que aseguró la Unión y el crédito, creó una generación de agiotistas venturosos, sin práctica ni fe en una libertad oscurecida por la arrogancia del triunfo y sin respeto por las instituciones trocadas en comercio por los encargados de conservarla. Creó esta generación tribunales serviles y senados de millonarios, y ha llegado a hacer de la Casa de Representantes,[35] de las fuentes de las[36] leyes, un mercado abierto donde estas se venden y se compran, un cónclave inicuo de agentes de poderosos solicitantes o de empresas ricas. Y esta generación ahora se niega, cuando el país se siente vendido y vuelve en sí, a abandonar esta vida de robos disfrazados, a devolver lo que ha adquirido ilegalmente, a permitir que la nación se limpie de ellos y se reconstituya. ¡Es gran desdicha que la abnegación sea tan escasa y tan grande aquí el amor a la riqueza, que los reformadores no estén saliendo de entre las filas mismas de los pudientes e ilustrados, sino de los humildes y mal vistos, con lo que tienen los ciudadanos viciosos el derecho aparente de considerar como ambición de los pobres lo que es nada menos que la necesidad de la conciencia, el clamor del hombre, y la salvación de la república! ¡Grande fue aquel Wendell Phillips que no temió cuando la guerra de la esclavitud defender a los humildes, habiendo nacido entre los altos!

Ayer mismo se congregaron en un comedor suntuoso los prohombres del partido de los magnates, el Partido Republicano. Ostensiblemente se reunieron para celebrar el aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln;[37] de aquel que ya tenía fama gloriosa y era aclamado entre los padres de los hombres, cuando apenas había ganado lo preciso para comprar una casa de madera y ponerse zapatos ásperos y medias de lana. Pero el objeto verdadero de la fiesta era ir buscando el jefe nuevo, que ha de juntar en un programa vivo, para la defensa de los privilegios logrados, a las huestes republicanas que andan hoy inseguras tras de unos y otros jefes, sin llegar a concertar sus voluntades sobre alguno. Ven que la tierra se mueve, y quieren ponerle freno. Ven que la nación les interroga ya colérica, y quieren con sus antiguas glorias parapetarse y deslumbrarla. Una figura enérgica y poco amable viene surgiendo, como si se sintiera evocada, entre estos políticos acaudalados y medrosos: la de Chauncey Depew,[38] el abogado de los Vanderbilt, el que pronunció el discurso oficial de inauguración en la fiesta de la Estatua de la Libertad,[39] el que tiene el ingenio bastante agudo para comprender por donde se vienen los miedos de los ricos, y ponerse a su cabeza. Conduce los tiempos el que penetra sus necesidades, y se determina a reflejarlas. Así empiezan a recogerse en torno a Chauncey Depew aquellos elementos mismos de autoridad y soberbia que creían

hallar en Grant su natural encarnación, y lo tuvieron siempre en el pavés para la presidencia. Bien poco hablaron por cierto los políticos anoche de aquella excelsa virtud del «Honrado Abe»,[40] que aprendió a escribir con trozos de carbón sobre las cercas de madera, y hubo muchas veces de recurrir a sus amigos para que le sacaran de empeño su caballo,—el caballo en que había recorrido año tras año su comarca pobre, estudiando a la solana por el camino los clásicos y el Euclides.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 5 de marzo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR
DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Historia del último Congreso.[1] El Congreso cierra sus sesiones.—Ojeada general sobre la política.—Fuerzas nuevas en la política norteamericana.—Recomposición social.—Causas palpables del descontento.—Los partidos antiguos y el partido de los trabajadores.[2]—Programa impuesto al Congreso por la opinión.—Lo que ha hecho el Congreso, y por qué lo ha hecho.—Razones de lo que ha dejado de hacer.—Dejó de hacer lo más importante.—Atacó los monopolios, pero no alteró las condiciones económicas.—El sobrante.—La tarifa.—Librecambistas y proteccionistas.—Resumen de las leyes más importantes votadas por el Congreso.—Compromisos y rencores de los Representantes.—Los Representantes contra Cleveland.[3]—Fallo de la opinión sobre la obra débil e incompleta del Congreso.

Nueva York, 8 de marzo de 1887.

Señor Director[4] de *El Partido Liberal:*

Cuarenta y nueve Congresos han tenido los Estados Unidos, desde aquel de Philadelphia,[5] elocuente y bendito, de donde aun se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Patrick Henry, el cuerdo Washington,[6] el previsor Dickinson,[7] el elegante Lee.[8] Hoy mismo ha cerrado sus sesiones el último Congreso; pero de él, desigual e interesado, no puede decirse lo que Chatham[9] dijo del que declaró a Norteamérica libre: que «por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, resplandecía como único el Congreso de Philadelphia».

Los hombres son como los tiempos en que viven y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o su grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece, cuando nos la amenazan, cuando nos la invaden, cuando nos la torturan, cuando nos la azotan, cuando nos la niegan, se ve a los hombres brillar y sublimarse, la palabra magnífica retumba, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por los siglos, y se dicen palabras que se alzan triunfantes en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y empequeñecen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruines intentos, en intereses impuros, en rencillas de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea, que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los combates de la mera razón no le deslumbran ni estimulan tanto como aquellos que la pasión alegra y magnifica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierve ahora una humanidad nueva. Lo que ha venido juntándose, durante el siglo, estalla en fermento. Ya los hombres se entienden en Babel.[10] Tal como de varios retratos superpuestos va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas de diversos individuos de edad, ocupación o vida análogas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa, que flaqueará acaso por falta de levadura de bondad, razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid*[11] escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula, aquilata y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que la desean, los que se quejan de falta de ella, las clases desacomodadas, suelen pedirla mal, o tomarla por su mano; pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia, y los que quisieran resistirles, o aplazar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones, y el palo se cierne sobre sus cabezas, buscando el lugar por donde quedará mejor muerta la hipocresía.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justo; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura. Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador, que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestas el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros si no le alivian el peso, para poder andar sin tanta sed y sudores por la vida. Los acaudalados, los que viven a su sombra, los que esperan llegar a serlo, en vez de pedir que se alteren las leyes conforme a justicia, sobornan a los legisladores para que se les acuerden en su exclusivo beneficio, y les pongan atadas a los pies, como esclavas negras, las libertades públicas: ¡hay hombres para tales cosas, para pervertir y vender las libertades públicas! Otros, fatigados ya de su combate propio, solo ansían que un invierno benigno les lleve al fin la vida, y no aman ya más patria que la muerte. Otros, criados a pechos puritanos, creen que ese vuelco social se hará sin sangre ni sacudimiento, y que «Dios volverá a marchar»,[12] como en los días de la guerra del Sur,[13] pero sin más armas que la ley. Mas en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas. Los antiguos partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus conveniencias, rencores y apetitos, que a este elemento nuevo que amenaza su existencia o ha de alterar, por lo menos, profundamente su constitución y su forma. Aquí, como en todas partes, se ha dejado crecer la miseria, y la miseria, que es enérgica, levanta su partido. Los que temen su acción, se agruparán frente a ella, bien sean republicanos o demócratas! ¡No se ha sabido aquí evitar el odioso conflicto! La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su simpatía si les revela la importancia del peligro; y el Congreso, compuesto principalmente

de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que todos ven aumentarse en la sombra, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los capitalistas, a los bancos, a los poderes que protegieron su elección, que podrían impedírsela y que poseen y dispensan la fortuna.

El Congreso que acaba de terminar no ha hablado con franqueza un solo día, ni ha previsto, ni ha obrado con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya temen. Lo que no ha hecho era precisamente lo que la República le pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz,—en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a criminales merodeos, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una comarca ambiciosa,—y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de industriales, mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastrero, y los ánimos en la exasperación y descontento que preceden a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, crecen la indignación[14] y el malestar conforme se van viendo en peligro los derechos privados y las libertades nacionales; pero la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estas violaciones y descuidos lastima el interés y acorta los recursos de vida de los menesterosos, o les priva de ellos.

Se disfruta aquí de tanta libertad, que solo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros naturalizados, por los manejos egoístas de los políticos de oficio; y por el abandono de los ciudadanos, absortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercitarla. Las violaciones del espíritu y letra de la República, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio que la sustenta, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos de sus libertades, más no bastante visibles para que se levanten unánime y ardientemente a defenderlas estas masas, formadas de extranjeros que jamás las gozaron en tal plenitud; y de hijos del país que en su mayor parte ni las entienden ni las aman.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la lanza del arado. En las bestezuelas[15] de los circos se piensa forzosamente al verlos copiar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna, como cebo de lores hambrientos y entregarse voluntariamente al adulterio inevitable, a cambio de un título, al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja en caballos de sangre que no los respetan. Pero esa cruda vanidad, ese desdén de los infortunados, esa injuriosa arrogancia de los enriquecidos son poco conocidas todavía de aquellos a quienes pudieran lastimar, aunque perceptibles para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia iglesia; de ese fervor creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a los que predican el nuevo evangelio; de esa aparición portentosa de setenta mil votantes compactos en New York cuando las elecciones de Henry George en el otoño;

de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más asentadas y populosas; del triunfo de los diputados de los obreros en comarcas nunca disputadas antes a los demócratas o republicanos; del desarrollo súbito de una asociación de trabajadores,[16] organizada como una nación dentro de otra, dueña ya de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la iglesia católica misma, que no osa oponérsele, porque se suicida; la causa de todos esos sucesos que acaban de culminar en la formación de una nueva organización política, el Partido del Trabajo Unido, el *United Labor Party,* está en que el trabajo falta, en que la vida encarece, en que las grandes compañías, enriquecidas por el goce exclusivo de los derechos y terrenos públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado, en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas, que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria!

¿Qué ha hecho el Senado, donde ya los millonarios, los grandes mineros, los grandes ferrocarrileros, los grandes terratenientes componen mayoría, aunque los senadores son aquí electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles, o solo tiene una parte pequeñísima de ellos? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta, resulta ser el senador la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, lo eligen? ¡Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes,[17] electos de manera que aunque el país los nombra por sí, no hay elección sin que la mayoría de votos sea comprada, y no se ha alzado en la Casa aquella voz robusta y generosa, aquella nota de tenor de Lincoln,[18] que deben marcar siempre en los congresos las horas de peligro de la patria? Pasa con las ideas lo que con las desdichas: se las siente venir, vagas y ciertas. Cuando un problema requiere una solución, acude la solución de todas partes, ocurre a todos, más o menos confusa, y los cuerdos no deben desdeñarla. Así las fieras, cuando husmean el peligro, cambian de asilo y buscan como por instinto el más seguro y apartado. Así se ve en el aire que, cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, se arremolinan en círculos cada vez más estrechos, y descienden, y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato, ya que no la cura definitiva, de los desasosiegos[19] nacionales. ¿A qué cien millones de más en el Tesoro, y tanto pan de menos en las casas? ¿A qué seguir pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años que se vive en paz? ¿A qué agravar la entrada de frutos indispensables para la vida, porque en un rincón del país se empeñen en producirles unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué mantener con esas cargas innecesariamente cara la existencia? ¿A qué impedir so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que les permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo es cierto, no se logrará con eso. Ha de idearse un sistema de justicia en que el que trabaje más, no sea el que coma menos. El trabajador debe ganar lo necesario para cubrir las necesidades de su casa, y tener a mano

un fondo modesto de reserva, para cuando el trabajo falte, para cuando los dientes de una rueda le lleven un brazo, para cuando entre en su casa la muerte. Los representantes que administran la hacienda del país, han de ser hombres honrados. Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso. Los señores de afuera no deben poseer tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las tierras públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo! Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas de decoro y seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, despejar la primera causa de él, poniendo a las industrias, con la rebaja de la tarifa, en capacidad de elaborar a precios humildes los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes vivan sin sobresalto y sin ahogo.

¿Qué menos, siendo tan clara la necesidad, que acudir a ella? ¿qué menos que estudiarla? Acosado de cerca el Congreso por la reconvención unánime, no ha podido desatender, ni las probabilidades de reelección de sus miembros, que dependen de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de estas con espanto. Lo menos eficaz y urgente es lo que ha hecho el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene, en su mero advenimiento a la vida pública, ese partido nuevo de los trabajadores, cuyo triunfo depende solo de la solidez de su organización. En los acuerdos del Congreso, como en los de las legislaturas, en los mensajes de los gobernadores y en los discursos de los candidatos, se ve el afán de satisfacer al partido terrible!

Más que entre republicanos y demócratas, el Congreso está dividido entre proteccionistas y librecambistas. En los asuntos menores, los miembros votaban con su partido, y para desacreditar al contrario; pero en la reforma de la tarifa, en el empleo del sobrante, en la ley del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían, y los librecambistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o republicanos. El Congreso no se determinó a afrontar la censura nacional, empleando, como quería, el sobrante en enormes fortificaciones, en una armada temible, en pensiones vergonzosas que ya recibieron paga cuando defendían la patria y no quedaron inválidos en su servicio. Votó leyes que devuelven al dominio público cincuenta millones de acres[20] de tierras mal dadas. Dispuso el examen de las concesiones pendientes. Satisfizo el clamor popular sujetando la administración de los ferrocarriles, que son vías públicas en tierra pública, a la investigación e imperio de una Junta del Estado.[21] Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió, en beneficio de los obreros americanos, que se traigan de afuera obreros por contrata, ni que se trabaje para contratistas en las prisiones. Fijó el orden de sucesión a la presidencia entre sus secretarios, en caso de que falten el presidente y vicepresidente. Estableció el recuento de los votos de los electores presidenciales en sesión pública de la Casa de Representantes y el Senado. Por complacer a los productores del azúcar nacional, desechó una nueva tentativa para realizar el tratado con México.[22] Rechazó el proyecto de subvencionar con $ 500 000 anuales el servicio de correos a las Repúblicas del Plata.[23] Se desatendió de varios planes para traer a los pueblos hispanoamericanos a un congreso en Washington, que ninguno de ellos desea, ni aun los[24] que se han manchado ofreciéndoles tierra propia, o

ayuda para hacerse de tierra hermana, a cambio de una protección negada siempre, u otorgada como una limosna!

Todo eso ha hecho el Congreso pero no ha devuelto al país en obras útiles el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las colosales obras de fortificación que se proyectan, bien para dar empleo a las empresas del hierro, hoy sin trabajo, bien para defender las costas de enemigos soñados o invisibles. No ha levantado las contribuciones de guerra. No ha rebajado los artículos indispensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener el trabajo que necesita para «tener el lobo lejos de la puerta».

Encarnizadas eran las discusiones cuando los republicanos vencidos se regocijaban en mostrar la confusión reinante entre los demócratas, que no han sabido realizar en dos años de gobierno el programa nacional y prudente por el que fueron llamados al poder. Rebosaban los discursos de los demócratas energía y rencor cuando, mordiendo mal el freno que les tiene puesta la opinión pública, intentaban derrotar la ley de examen y ascenso en el servicio de empleos públicos, que Cleveland defiende, y cierra el paso a los que trabajan en la política por los provechos y puestos que vienen de ella. De un lado se ha mantenido el Presidente cediendo solo para facilitar el camino a los que le ceden. De otro lado se han mantenido sus enemigos en su propia casa demócrata, probando en vano la fuerza de sus puños sobre una cabeza que no se deja abatir sino por lo que estima ser razón. En esa batalla íntima y odiosa de los partidarios interesados contra su caudillo justo y patriótico, las palabras han sido afiladas, y el odio tan vivo que parecían estar de frente dos enemigos mortales. Pero jamás tuvieron esa animación, elocuencia y viveza las grandes cuestiones públicas. Cada representante tiene su interés, y su obligación con las empresas o industrias que le ayudaron a ser elegido. Si vota con la patria, vota contra su interés. Las discusiones eran breves, malhumoradas y confusas. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así, imaginando fortificaciones gigantescas y armada*s* o ejércitos permanentes y armadas invencibles, acaba, frente al Presidente que honró con su malquerencia, el Congreso electo por la nación desasosegada para administrar modestamente la riqueza pública, sustituir los intereses patrios a las parcialidades políticas, e impedir con leyes justas la ira de la miseria.

José Martí

El Partido Liberal. Nueva York, 23 de marzo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—La muerte del gran predicador, Henry Ward Beecher.[1]—El pastor protestante.—Bosquejo de su vida.—Sus mayores.—Influjo de la naturaleza en su caracter.—Su educación; difícil juventud, pastorado en el Oeste, entrada en Brooklyn.—Su ardiente campaña contra la esclavitud.—Su vida épica.—Su triunfo en Inglaterra.—Su proceso escandaloso.—Sus últimos años.—Estudio sobre la formación, elementos y caracteres de su oratoria.—Su generosa Teología.—Su significación en su pueblo y en la Iglesia.—Su mayor grandeza.

Nueva York, 13 de marzo de 1887.

Señor Director[2] de *El Partido Liberal:*

Parece que la libertad, dicha del mundo, puede renovar la muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis; de cada nuevo hervor sale más bello el mundo: el ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva: en vano frunce la razón meticulosa el ceño, y recatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíticos y atormentados. ¿A qué, sino a desconfiar de la eficacia de la existencia, han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea, florece la fe en la armonía del universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo, e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella: siempre fue el cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos de sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que las crearon. Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo: la entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florescencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la naturaleza. Las religiones se funden en la religión: surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias, que se vienen abajo: ya no cabe en los templos, ni en estos ni en aquellos, el hombre crecido: la salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura, y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir.[3] En él, como criatura de su época, la fe en Cristo, heredada de su pueblo, ya se dilataba con la grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que se deshacen a la aurora, tenía los bordes orlados con los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y pueblo, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas a la primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema, y la muerte una casa

de rosas. En la puerta de su casa no han puesto, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses le bordaron, para cubrir su féretro, un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales han oficiado todas las sectas, excepto la católica. A su iglesia,[4] la iglesia que llamó a su púlpito a los perseguidos y rescató a los esclavos, la han vestido de rosas del pavimento al techo, y parece, cuando se entra en el enflorado recinto, que la iglesia canta.

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos: viven,[5] en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella: lo que flota, les empuja y pervade: no es aire solo lo que les pesa sobre los hombros,[6] sino pensamiento: esas son las grandes bodas del hombre,—sus bodas con la patria. ¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuese más liberal que las rivales; porque los hombres subidos ya a la libertad entera, no han de bajar hasta una de sus gradas. Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo por padres[7] en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpitó, culminó como ella, y en su naturaleza robusta, nodriza de aquella palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo: clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y tendieron las alas sus victorias.

Él era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y empuje, arrancándoles sonidos siniestros: mas, sin los vientos ¿qué fuera de las arpas? Él era sano, caminador, laborioso, astuto, fuerte; él había levantado en el Oeste su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la naturaleza una elocuencia familiar, amena y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la pertinacia y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura; él usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él perteneció en su estado nativo[8] al bando de colonos hostiles a la esclavitud y trajo al púlpito de Brooklyn, cuando por la abundancia de su palabra lo llamaron, aquella ira local que fue nacional luego; él puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía; él vio crecer los tiempos, a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos, en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su congregación con la novedad, llaneza y gracejo de sus sermones. Arremetió contra la esclavitud con todo su ímpetu y descomedimiento campesinos. Cedió su púlpito a los abolicionistas apedreados por las turbas. Su oratoria batallante y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación; y cuando Inglaterra ayudaba a los estados rebeldes,[9] a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra, la hizo reír, llorar, avergonzarse, celebrar en él la justicia de su pueblo. Allí

debió morir, puesto que ya no podía prestar a su patria un servicio mayor! Luego bajó la cuesta de la vida, acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer[10] de un amigo.[11] Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un Hércules. Jamás recobró la altura que tenía antes de su pecado, porque todo se puede fingir, menos la estimación de sí propio, pero en su pasmosa energía, o en su sincero arrepentimiento, halló fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado.

Mas desde que quedó resuelto el gran problema en que se confundió con su república, solo fue lo que con su naturaleza bullente, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido en un país donde la fe no es asustadiza, y la originalidad es rara. Fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar; era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro: defendía, con pujanza de león, la dignidad humana: se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involun-tariamente: solo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje; traía a su púlpito a sus adversarios, a un cardenal, a un ateo. Apenaba verle luchar entre sus hipócritas reticencias de pastor y el concepto filosófico del mundo que se enseñoreaba de su mente. No se atrevió, acobardado por la ancianidad, a defender a los pobres como había defendido a los negros.

Pero introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas[12] hostiles que con sus[13] comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria, que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora, anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del universo.

Henry Ward venía de antepasados vigorosos:—de una partera puritana,[14] que sacó al mundo mucho hijo de peregrino cuando aún no se había podrido la madera de *La Flor de Mayo;*[15]—de jayanes que bebían la sidra a barril alzado, como los catalanes beben el vino en sus porrones; de un herrero[16] que a la sombra de un roble, hacía las mejores azadas de la comarca; de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo, con los seminaristas que se hospedaban en su casa, sobre la religión y la política;—del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza exaltada, nomádica y agresiva de aquella familia de puritanos menestrales.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los nombres gloriosos de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria *La edad de la razón*, de Tomás Paine:[17] todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadernaban sobre las cabezas las *Biblias.* Lyman, que empezó en el seminario de despensero, salió de él pastor elocuente. Componía sus sermones vagando por el campo; y luego, en el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas en el ejercicio y discreción del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus abuelos y de lo agitado y directo de su propia vida. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus feligreses en apotegmas y epigramas; y tan estremecido quedaba del choque, que le conocían por «el pastor del violín» porque calmaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trenzadillo en la sala de su

casa, la casa de un pastor de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón, cardada e hilada por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que envió a pedir a un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas cartas bellas, que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet,[18] la que había de escribir *La cabaña del tío Tom*, quería que le hiciesen una muñeca. Allá adentro, en la sala, discutían los pastores, envueltos en el humo de sus pipas. Ornaba las ventanas la penetrante madreselva; mecían sus copas compasadamente los álamos y *maples*,[19] guardianes de la casa. Como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar majestuoso que bordeaba los lagos vecinos; y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje. En monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos, se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas.

Durante el invierno, leía el pastor, rodeado de sus hijos, [a] los patriarcas de la lengua: Milton,[20] austero como su San Juan; Shakespeare,[21] que pensaba en guirnaldas de flores; la *Biblia,* fragante como una selva nueva. O bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell.[22] En el comedor oscuro ardía perenne-mente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra,[23] iba creciendo el niño, rebelde a reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía más que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia «le parecía que iba a una cueva donde no entraba nunca el sol»; pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí el cuerpo mismo del Señor, y otras le inundara de alegría la belleza del mundo. Para las palabras, no tenía el niño memoria: su ingenio se mostraba solo en sus réplicas, cómicas y sesudas. Se iba por los caminos recogiendo flores: volvía de sus excursiones por el bosque cargado de la bellota misteriosa, de piñones,[24] de semillas: gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y de una descendiente de escoceses románticos, que se embebecía en las músicas de la naturaleza; que comparaba sus semejanzas y colores; que observaba la sabiduría de sus cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la misma destrucción; que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad, con la primavera, que desata las alas, con[25] el estío, que atormenta y enciende, con el otoño, el himno de la tierra?

«¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?»—decía una vez Beecher:[26]—«Si me enviáis las notas de la oropéndola que trinaba en el ramaje de mis árboles el último junio, o las burbujas tornasoladas de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces yo también, amigos míos, podré enviaros mi plegaria».[27] Esa era su oratoria. Él la improvisaba, porque conocía la naturaleza. Por la fuerza de su lenguaje amó luego a los clásicos; de su abolengo de puritano le vino su ímpetu de reformador; pero el amor fogoso a la libertad, la salud y la alegría, y la abundancia y color de su elocuencia, le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su

madre, que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta, y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario: jamás aprendió el griego: supo mal sus latines: era el primero en los ejercicios corporales, en correr, en nadar, en luchar, en tirar a la pelota: también era el primero contra las brutalidades del colegio, el manteo, la bebida, el juego, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores eran sus amigos, pastor lo hicieron a él; estas carreras heredadas malogran [a] los hombres: la cogulla para aquel mozo indómito hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio, y la astucia que enseña cuán prudente es entrar por un camino hecho. El bosque se come a los exploradores. Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, en lo que dio prueba de nobleza: «Me casaré con ella,[28] aunque no tengamos para vivir más que la punta noroeste de una mazorca»: y juntos se fueron [a] la aldea,[29] donde derribó él los árboles de que hizo su casa, ayudado por sus feligreses y vecinos. Él era el pastor, el sacristán, el apagaluces. Su parroquia era de ganapanes: recibía, como su padre, trescientos pesos al año. Pero, luego en una ciudad de más viso, la angustia fue mayor: allí a su mujer la envejecía la ira: el Oeste rudo la sacaba de juicio: ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia,—cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla!

Al fin, lo oyó predicar un día un viajero, y lo llamaron de Brooklyn. ¡Brooklyn, del Este! Allá los pastores son gente de mucho libro: no dicen chistes en el púlpito, no cantan a voz en cuello con su congregación: usan zapatos finos y sombreros de copa: ¿qué va a hacer allá el pastor de rostro bermejo y cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue cambiarles el guardarropa, porque el que llevaban era para reír: ella, unas mangas abullonadas, y saya de vuelos: él, una levita flotante y locuaz, el sombrero risueño y caído sobre la oreja, el cuello a la Byron.[30]

Para reír también era la oratoria del pastor. ¡Qué ademanes, qué chascarrillos, qué transiciones súbitas, qué hablar de las costumbres de las ardillas y de los amores de los pájaros! Pues no discurría sobre política en el púlpito! el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre, y cuidar de que no se menoscabe la libertad. Unos períodos parecían arrullos: otros columnas de humo perfumado: de pronto un manotazo en los faldones, o un círculo dibujado en el aire con el brazo. Y qué herejías! Él no creía en la caída de Adán: el hombre estaba cayendo siempre: la divinidad se estaba revelando sin cesar: cada nido es una nueva revelación de la divinidad: los domingos deben ser alegres. Zumbaba el encono alrededor del púlpito. «¡Por Dios, sáquenme al hijo del Este!»,[31] decía Lyman Beecher: «allí se sabe demasiado».

Ah! sí! pero allí no se tiene la altivez pujante de los que se crían alejados de las ciudades populosas. Él traía su religión oreada por la vida. Él venía del Oeste domador, que abatía la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia

misma de su iglesia pobre le inspiró una elocuencia sincera y graciosa. Hacía tiempo que no se oían en los púlpitos acentos humanos. Le decían payaso, profanador,[32] hereje. Él hacía reír. Él se dejaba aplaudir: ¡culpable pastor! que se atrevía a arrancar aplausos! Él no tomaba jamás sus textos del Viejo Testamento,[33] henchido de iras, sino que predicaba sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la naturaleza. En lógica, cojeaba. Su latín, era un entuerto. Su sintaxis, toda talones. Por los dogmas, pasaba como escaldado. Pero en aquella iglesia cantaban las aves, como en la primavera, los ojos solían llorar sin dolor, y los hombres experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyeran exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud? Ellos le habían admirado cuando, afrontando la cólera pública, cedió su púlpito al evangelista de la abolición, a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse, les dijo él, con el pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejó, armados de garrotes. El púlpito crecía: de la nación entera venían a oír aquella palabra famosa: «¡Siga al gentío!» decían los policías a quienes les preguntaban por la iglesia. Allí solía encresparse la elocuencia del pastor, y subir, como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir[34] solía, como el garrote de sus feligreses. Pero era en lo común su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco boscaje, por cuyos árboles de escasa altura trepan cuajadas de flores las enredaderas, ya la roja campánula, ya la blanca nochebuena, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero, pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas del valle, argentando la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose con las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla, y volviendo de ellos más retozona y traviesa. Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No tenía la palabra nueva, el giro abrupto, la concreción montuosa de los creadores. Él era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y rica. Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza: fuerza en la cantidad y los matices de la palabra, fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡A todo se tocase, menos [a] ella! Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la naturaleza: aquellos ojos azules centellaban, y se veía en el fondo el mar: aquel predicador de gestos burdos producía sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hendiendo el aire, y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita; y se buscarían en él en vano, a pesar de su amor a la naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau,[35] y aquella lengua raizal de Emerson.[36] No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel

Hawthorne; pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a este en que todos se reúnen, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel, Nathaniel Ward: «la propiedad[37] es la impiedad del mundo». La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún[38] cuño nuevo, ningún ingrediente desconocido u olvidado, ningún injerto brioso. No ilustraba su asunto con anécdotas, como Lincoln,[39] sino con símiles. La imagen era la forma natural de su pensamiento. El hombre era su libro. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que él decía de Burns:[40] «Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sino educado sin ayuda ni cultivo exterior». Él, como Burns, pedía «una chispa del fuego de la naturaleza: esa era toda la ciencia que él deseaba».

Grande era la iglesia de Plymouth en aquellos días en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Norte herido en sus derechos a protestar al fin contra la esclavitud: un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher: no se salía sin llorar un solo domingo de su iglesia: exhibía en su púlpito a una niña esclava de diez años, y despertaba el horror de la nación: con las joyas que llevaban puestas libertaban al[41] otro día sus feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks[42] golpeó brutalmente en el Senado con el puño de su bastón al elocuente abolicionista Sumner,[43] los magnates de New York no invitaron a Beecher a protestar con ellos en su reunión solemne; pero Beecher fue a ella; lo vieron, lo echaron sobre la tribuna, abandonada por los magnates medrosos, y halló en aquel instante de soberbia emoción palabras históricas que todavía flamean, tal como lloran las que dijo cuando voló la luz de Lincoln!

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, el saludarlo por las calles, el llenarle el púlpito de lirios, el recibirlo en triunfo las ciudades, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra?[44] Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban a los confederados. La Unión corría peligro, aquella Unión mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde,[45] con tal causa, halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellos arranques portentosos! Para eso se han hecho los montes, para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las deshacía con un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos momentos húmedos los ojos. ¡Cómo les[46] movía con alusiones a sus propias desdichas las entrañas! ¡Con qué fortuna, de un revés del discurso, echaba a tierra una interrupción insolente! Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus chistes, sus argumentos, sus cóleras, sus lágrimas; ellos: cercando su tribuna, frenéticos, enseñándole los puños, vociferando,—mas siempre al fin domados! Era invencible, porque llevaba la patria por coraza.

¡Ah, cuán fácil es lo enorme! ¡cuán poco pesan las tareas grandiosas!

Vinieron luego los días del triunfo, cuando él, que defendió a la Unión en Inglaterra, fue llamado a proclamarla en nombre de Dios sobre aquellas mismas murallas de Sumter[47] que por primera vez la vieron abatida. Vinieron los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había ayudado a levantar a la nación contra el Sur esclavista, pidió luego en vano, con palabras que cayeron al suelo con las alas rotas, que los vencidos entraran en la Unión con su derecho pleno de hijos. Vinieron luego los días del escándalo, cuando a él, al pastor adorado, lo acusó el orador celoso a

quien alzó a la fama y casó con una de sus feligresas,[48] de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la mujer ajena.

Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida. Sentaron al pastor en el banquillo. Fue su proceso la befa nacional. Que se había insinuado en el alma de su oveja: que no había dejado el hombre a la puerta, como debe el pastor cuando va de visita a las casas, que le había bebido la mente con místicos hechizos: que había caído sobre Dánae,[49] merced a las vestiduras divinas. El jurado era un teatro: se oyeron cosas que daban vergüenza de vivir: cien mil pesos pedía Tilton,[50] el orador celoso, por su honra: la esposa del pastor se sentó siempre a su lado, con adorable fortaleza. Protestó Beecher ante Dios en escena dramática, de su inocencia: complacíase su acusador en darle vueltas por el lodo, como a su presa un perro envenenado. El tribunal, ni absolvió ni condenó a Beecher, que declarado por su iglesia exento de culpa, ni entonces, ni luego, abatió la cabeza. Un diario[51] implacable ha estado en vano exigiéndole confesión con amenazas dantescas. Beecher, regocijado y rubicundo, era el primero en las juntas políticas, en las reformas, en las campañas de elecciones, en las reuniones de teatro, en los festines. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien en privado creía culpable.

Hurto o no hurto, su pecado será siempre menor que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel y a su hijo[52] soldado. Grande ha sido, porque la naturaleza le ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era, amigo del hombre y ciclópeo. Grande ha sido, porque creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la elegancia, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Y cuando salió de su iglesia para no volver a ella jamás, a la hora en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, iba de la mano de dos niños.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. Nueva York, 2 de abril de 1887.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE JOSÉ MARTÍ

HENRY WARD BEECHER[1]

Bosquejo de la vida del famoso orador

Su carácter.—Sus ascendientes.—Infancia y juventud.—Vida de un pastor protestante.—Albores de su fama.—Campaña contra la esclavitud.—Su religión peculiar.—Amor a la naturaleza.—Influjo en la patria y en el cristianismo.—Su vida épica.—Viaje a Inglaterra.—Triunfos.—Proceso escandaloso.—Su oratoria.

Nueva York, marzo 13 de 1887.

Señor Director[2] de *La Nación:*

Parece que la libertad, dicha del mundo, puede transformar la misma muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis: de cada nuevo hervor sale más bello el mundo: el ejercicio de la libertad lleva a una religión universal y gozosa: en vano frunce la razón desconfiada el ceño, y, recatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíticos y atormentados.

¿A qué, sino a dudar de la eficacia de la vida han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea, florece la fe en la armonía del universo.

El hombre crece tanto que ya se sale de su mundo, e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la alegría de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía, y la religión, que es una parte de ella: siempre fue el cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, según viviesen en paz, en gozos de sentido, o en esclavitud y tormento las naciones que las crearon: cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo. La entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florescencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la naturaleza. Las religiones se funden en la religión: surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias, que se vienen abajo: ya no cabe en los templos, ¡ni en estos ni en aquellos!, el hombre crecido. La salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre, ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir.[3] En él, como criatura de su época, la fe en Cristo heredada de su pueblo ya se coloreaba con la nueva y grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que se deshacen a la aurora, tenía los bordes rizados por los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y nación, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas en la primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema, y la muerte una

casa de rosas. En la puerta de su casa no pusieron, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses bordaron para cubrir su féretro un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales han oficiado ministros de todas las sectas, excepto la católica. Y a su iglesia,[4] la iglesia que abrió a su púlpito a los perseguidos y a los esclavos, la han vestido de rosas del pavimento al techo, y parece, cuando se entra en el enflorado recinto, que aquella iglesia canta.

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas, porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña. Los hombres son productos, expresiones, reflejos: viven en lo que coinciden con su época, o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota les empuja y pervade: no es aire solo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento: esas son las grandes bodas del hombre; ¡sus bodas con la patria!

¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuera más liberal que sus rivales; porque los hombres, subidos ya a la libertad entera, no necesitan de una de sus gradas.

Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo por padres[5] en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpitó, culminó como esta, y en su naturaleza robusta, nodriza de su palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo, clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y sus victorias. Él pudo ser la maravilla: un hombre libre que vive en una época grandiosa.

Él era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y empuje, arrancándoles siniestros sonidos: mas, sin los vientos ¿qué fuera de las arpas?

Él era sano, caminador, laborioso, astuto, fuerte; él había levantado su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la naturaleza una poesía familiar, amena y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la osadía y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura;[6] él usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él perteneció en su estado nativo[7] al bando de colonos que se oponía a la esclavitud, y trajo al púlpito de Brooklyn, cuando por la abundancia de su palabra lo llamaron, aquella ira local que fue nacional luego. Él puso al servicio de la ardiente campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria vulgar y pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía. Él vio crecer los tiempos a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos, en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su iglesia con la novedad, franqueza y gracejo de sus sermones; arremetió contra la esclavitud con su brío y descomedimiento campesinos; cedió su púlpito a los abolicionistas, apedreados por la turba; su oratoria agresiva y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación. Y

cuando Inglaterra favorecía a los rebeldes,[8] a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra, la hizo reír, llorar, avergonzarse, seguirlo entusiasmada por las calles, proclamar con él la justicia de su pueblo: allí debió morir, puesto que ya no podía prestar a su patria servicio mayor! Luego bajó la cuesta de la vida acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer[9] de un amigo,[10] con una de las ovejas de su propio rebaño. Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un héroe. Jamás recobró la altura que tenía antes del pecado: porque todo se puede fingir menos la estimación de sí propio. En su asombrosa energía, o en su sincero arrepentimiento, halló fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado!

Pero desde que quedó resuelto el gran problema en que se confundió con la nación, solo fue lo que con su naturaleza sana y brillante, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido en un país donde la fe no es asustadiza, gusta el atrevimiento, y la originalidad es rara.

Fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas: retumban y purifican, como el viento: elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar. Era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro. Defendía, con pujanza de león, la dignidad humana: se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involuntariamente. De los dogmas solo dejó en pie los indispensables para que no lo expulsaran por hereje de su iglesia. No estableció un credo, sino la práctica de tratarse entre sí como hermanas las religiones. Abrió el campo, con este cónclave de dogmas, para el combate que la iglesia autoritaria viene a dar en su propia casa de América al libre pensamiento. Brindó su púlpito a los adversarios de su teología amorosa, a un cardenal, a un ateo. No dijo cuanto puede decir un hombre; pero dijo mucho más de lo que puede decir un pastor. Apenaba verle luchar entre su hipocresía de sacerdote y el concepto filosófico del mundo, enseñoreado de su espíritu indómito.

Acobardado a la caída de su existencia por el interés, no se atrevió a amparar a los pobres como había amparado a los negros. Pero introdujo en el culto cristiano la libertad, gracia y amor de la naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas hostiles que con sus comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora, anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del universo.

Henry Ward Beecher venía de antepasados fuertes: de una comadrona puritana,[11] que sacó al mundo mucho hijo de peregrino, cuando aún no se había podrido la madera de la *Flor de Mayo;*[12]—de jayanes que bebían la sidra a barril alzado, como los catalanes beben el vino de sus porrones;—de un herrero[13] que a la sombra de un roble hacía las mejores azadas de la comarca;[14]—de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo con los estudiantes que se hospedaban en su casa sobre la religión y la política; —del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza agresiva, exaltada, nomádica de esta familia de menestrales puritanos.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los grandes nombres de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria *La edad de la razón*, de Tomás Paine;[15] todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadernaban las *Biblias* sobre las cabezas.

Lyman, que empezó en el seminario de despensero, salió pastor elocuente. Ya en él bullía la palabra de su hijo. Componía sus sermones vagando por el campo, y luego, con el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas en el ejercicio y discreción del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus antepasados, y de su vida trabajosa y directa. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus feligreses en apotegmas y epigramas. Y tan estremecido quedaba del choque que le conocían por el «pastor del violín», porque aquietaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trenzadillo en la sala de su casa, la casa de un pastor de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón, cardada e hilada por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que envió a pedir a un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas unas cartas que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet,[16] la que había de escribir *La cabaña del tío Tom*, quería que le hiciesen una muñeca. Allá adentro, en la sala, discutían los pastores envueltos en el humo de sus pipas. Ornaba las ventanas la penetrante madreselva. Mecían sus copas compasadamente los álamos y *maples,*[17] guardianes de la casa. Como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas, sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar imponente que bordeaba dos lagos vecinos, y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje. En monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas. Durante el invierno leía el pastor, rodeado de sus hijos, a los pa-triarcas de la lengua, a Milton,[18] austero como su San Juan, Shakespeare,[19] que pensaba en guirnaldas de flores, la *Biblia,* fragante como una selva nueva; o bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell.[20] Ardía en el comedor oscuro peren-nemente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra,[21] iba creciendo el niño rebelde a la reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía con seducción más poderosa que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia, «le parecía que iba a una cueva, donde no entraba nunca el sol», pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí vivo el cuerpo del Señor, y otras le inundara de alegría la salud del mundo. Para las palabras no tenía el niño memoria: su ingenio se mostraba solo en sus réplicas, cómicas y sesudas.

Se iba por el valle recogiendo flores; volvía tarde del bosque, cargado de semillas; gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y una descendiente romántica de héroes escoceses, que se embebecía en las músicas de la naturaleza, que comparaba sus semejanzas y colores, que observaba la sabiduría de los cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la misma destrucción, que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad, con la primavera, que desata las alas, con el estío, que atormenta y enciende, con el otoño, el himno de la tierra?

«¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?» decía una vez Beecher: «Si me enviáis los acentos de la oropéndola que trinaba en el ramaje de mis árboles el último junio, o los globos tornasolados de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces, amigos míos, os enviaré mi plegaria». Esa era su oratoria. Él la improvisaba, porque conocía la naturaleza. Por el vigor de su lenguaje amó luego a los clásicos ingleses; de su abolengo puritano le vino su ímpetu de reformador; de su vitalidad irrepresible surgía su indómito interés en la cosa pública; pero el amor fogoso a la libertad y la alegría, la abundancia y color de su elocuencia le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su madre que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario: jamás aprendió griego: supo mal sus latines: era el primero en los ejercicios corporales: era el primero contra los manteos, el juego, la bebida, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores los amigos, pastor lo hicieron a él: ¡estas carreras heredadas malogran [a] los hombres! La cogulla para aquel mozo libre hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio, y la astucia que enseña cuán conveniente es entrar por un camino hecho:—los hombres gozan en abandonar a quien se decide a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, con lo que dio prueba de nobleza: «Me casaré con ella,[22] aunque no tengamos para vivir más que la punta norte de una mazorca!» Y juntos se fueron a la aldea,[23] donde derribó él los árboles con que hizo su casa, ayudado de los feligreses y vecinos. Él era el pastor, el sacristán, el apagaluces: su parroquia era de ganapanes: recibía al año, como su padre, trescientos pesos.

Pero luego, en una ciudad más populosa, fue mayor la angustia: allí su mujer envejecía de ira: el Oeste grosero la ponía fuera de juicio: ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya acudían a oír de los lugares a la redonda; aquel temido abogado de los colonos que se resistían a permitir que la esclavitud pudriese la comarca; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en envidiar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerlos llorar con sus memorias domésticas; aquel fornido predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas eclesiásticos, cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa, cuidaba el caballo, la vaca y el cerdo, pintaba las paredes, como su madre había pintado la alfombra, y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla.

Al fin, lo oyó hablar un día un viajero, lo llamaron de Brooklyn, a ser pastor de la iglesia de Plymouth. ¡Brooklyn, en el Este! Allí los pastores son gente de mucho libro: no dicen chistes en el púlpito: no cantan a voz en cuello con la congregación: usan zapatos finos y sombrero de copa: ¿qué va a hacer en Brooklyn aquel mozo del rostro bermejo y la cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue rehacerles el guardarropa, porque la que llevaban daba risa. Daba risa también la oratoria del pastor. ¡Aquellos manotazos, aquellos chascarrillos, aquellos temas políticos en la casa apergaminada del Señor!

«¡Por Dios, sáquenme a mi hijo del Este: ahí se sabe demasiado!»

Sí: pero allí no se tiene esa altivez pujante y dichosa ignorancia de los que se crían alejados de las ciudades populosas. Él traía su religión hermoseada por el trato franco, saneada por la vida, y aromada por la

naturaleza: él venía del Oeste domador, que abatía la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia misma de su público pobre le inspiró una elocuencia sincera y profunda: ¡hacía tiempo que no se oían en la tribuna sacerdotal acentos humanos! Beecher comenzó a discutir, como en el Oeste, los asuntos políticos en la iglesia: pues ¿pueden amar a Dios los hombres esclavos?: lo primero que debe guardar el sacerdote es la libertad! Le decían payaso, profanador, hereje. Hacía reír. Se dejaba aplaudir. Jamás citaba el Viejo Testamento.[24] A Jesús lo alababa como padre. No creía en la caída de Adán. Los domingos debían ser alegres. Cristo se está constantemente revelando al mundo. Predicaba, con abundancia de símiles amenos, el amor de Dios, la limpieza de la patria y la dignidad del hombre. Su lógica era gafa; su latín, un entuerto; su sintaxis, toda talones; por los dogmas pasaba como escaldado. Pero en aquella iglesia cantaban los pájaros, como en la primavera, solían los ojos llorar sin dolor, y se experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyesen exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud?

Ellos lo habían admirado cuando, desafiando la cólera pública, cedió su púlpito al evangelista de la abolición,[25] a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse, les dijo él, a la mejor obra divina, al pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejaba, armados de garrotes.

El púlpito crecía. De la nación entera venían a oír, con pasmo los unos, con burla los más, aquella palabra denodada y ferviente. «Siga al gentío», decían los policías a los que preguntaban por la iglesia. Allí solía encresparse la elocuencia del pastor, y subir como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir solía, como el garrote de sus feligreses.

Pero era en lo común su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco boscaje por cuyos árboles de escasa altura suben cuajadas de flores las enredaderas, ya la roja campánula, ya el blanco jazmín, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero; pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas por el llano, argentando las arenas, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose con las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla y volviendo de ellos más retozona y traviesa. Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas. Mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No tenía la palabra nueva, el giro abrupto, la concepción dogmática de los creadores. Él era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y abundosa.

Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza: fuerza en la cantidad, matices y persistencia de la palabra: fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡A todo se tocase, menos a ella! Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la naturaleza: aquellos ojos azules centelleaban, y se veía el mar tras ellos: aquel predicador de ademanes burdos, producía entonces sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hendiendo el

aire, y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles; pero solía debilitar la frase, por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita, y se buscaría en él en vano, a pesar de su amor a la naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau,[26] y aquella lengua raizal de Emerson.[27]

No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel Hawthorne;[28] pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en el amor esencial al hombre el fundamento de todos los credos, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel, Nathaniel Ward: «la propiedad es la impiedad mayor del mundo».

La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún cuño nuevo, ingrediente desconocido u olvidado, injertos briosos. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que decía él de Robert Burns: «Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sin cultivo ni ayuda exterior». Él, como Burns, pedía «una chispa del fuego de la naturaleza: eso era toda la sabiduría que deseaba».

Famosa era la iglesia de Plymouth en aquel tiempo en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Norte, herido en sus derechos, a protestar al fin contra la esclavitud. Un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher. No se salía sin llorar un solo domingo de su plática. Exhibía en el púlpito a una niña esclava de diez años, y agitaba el horror de la nación. Con las joyas que llevaban puestas libertaban otro día los feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks[29] golpeó brutalmente en el Senado con el puño de su bastón al elocuente Sumner,[30] los magnates neoyorquinos, temerosos de Beecher no lo invitaron a protestar con ellos en su reunión: y Beecher fue, lo vieron, lo echaron sobre la tribuna, donde los magnates lo dejaron solo, y él dijo cosas que todavía llamean tal como lloran aquellas con que describió a Lincoln.[31]

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, de llevarlo de ciudad en ciudad, el tenerlo en lo más caro de su corazón, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra?[32] Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban celosamente a los confederados. La Unión corría peligro grave, aquella Unión mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde,[33] con tal causa, halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellas arremetidas portentosas! Para eso se han hecho los montes: ¡para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las deshacía en un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos instantes húmedos los ojos.

¡Cómo les movía con alusiones a sus propias desdichas las entrañas! ¡Con qué bravura, de un revés de la palabra derribada una interrupción insolente!

Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus argumentos, sus plegarias, sus chascarrillos, sus cifras; ellos, rodeando su tribuna, coléricos, enseñándole los puños, vociferando, mas siempre al fin domados! Esgrimía,[34] aporreaba, fulminaba. Era invencible, porque llevaba la patria por coraza:—¡Ah! ¡Cuán fácil es lo enorme! ¡cuán poco pesan las tareas grandiosas!

Vinieron luego los días del triunfo, cuando él que había defendido la justicia de la Unión en Inglaterra la proclamó en nombre del Dios vencedor,

sobre los muros dormidos del fuerte de Sumter[35] donde por primera vez fue abatida su bandera. Vinieron luego los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había combatido sin cansancio a los estados rebeldes, pidió en vano, con voz que se perdió en el cielo, que todos los ojos se cerrasen a la culpa, y los hijos equivocados volvieran a ser recibidos en la patria con amor. Vinieron luego los días del escándalo, cuando el hombre elocuente a quien apadrinó y casó en su iglesia le acusó más por celos de fama que de mujer, de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la carne ajena. ¡Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si se les llenase de nuevo la copa vacía de la vida! Sentaron al pastor en el banquillo: fue el proceso la befa nacional. Su esposa, con adorable fortaleza, no se apartó un instante de su lado. El tribunal, ni lo absolvió ni lo condenó. Su iglesia lo declaró exento de culpa. El anciano no abatió entonces, ni después ha abatido la cabeza. Él, siempre en banquetes, en juntas, en reformas, en elecciones, en protestas, en atrevimientos. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien cree culpable en privado.

Hurtó, o no hurtó; pero su pecado será siempre menos que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó a su pueblo sin miedo cuando lo creyó malvado o cobarde, y para extirpar la esclavitud del hombre, en su país hizo a su lengua torre de fortaleza, a su casa cuartel, y a su hijo[36] soldado. Grande ha sido, porque la creación lo ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que empequeñece y estrecha, nunca la puso de antifaz para sus intereses, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa de la libertad, se reflejó en él como era: amigo del hombre, colosal y astuto. Grande ha sido, porque criado a los pechos venenosos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la alegría, el orden de la libertad, y la belleza de la muerte. Y la postrera vez que se le dio en su templo no iba del brazo de dos magnates de la tierra, sino que, al tiempo en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, salió el pastor acariciando las lindas cabezas de dos niños pobres y gozosos.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 26 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE JOSÉ MARTÍ

MOVIMIENTO SOCIAL Y POLÍTICO DE LOS ESTADOS UNIDOS[1]

Historia del último Congreso.—Ojeada sobre la situación social y política.—Una humanidad nueva.—Significación y alcance del partido nuevo.—El Partido del Trabajo Unido.[2]—Los trabajadores, los políticos y los advenedizos.—La opinión y el Congreso.—Actos del Senado y de la Casa de Representantes.[3]—El Congreso desatiende la opinión.—Peligros del problema social y modo de evitarlos.—El Congreso ante el partido nuevo.—Resumen de los actos del Congreso.—Medidas que la opinión le ha pedido en vano.—Proteccionistas y librecambistas.—El Congreso, las empresas y el pueblo.—Medidas que interesan a los países hispanoamericanos.—La opinión censura al Congreso.—Cleveland[4] va venciendo a sus partidarios.

New York, marzo 15 de 1887.

Señor Director[5] de *La Nación:*

Cuarenta y nueve Congresos han tenido ya los Estados Unidos, desde aquel de Philadelphia,[6] elocuente y bendito, de donde se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Henry,[7] el cuerdo Washington,[8] el previsor Dickinson,[9] el elegante Lee.[10] Ahora ha acabado sus tareas el último Congreso; pero de él, indeciso e interesado no puede decirse lo que el conde de Chatham[11] dijo del que hizo a la América del Norte libre: que «por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, brillaba sin rival, el Congreso de Philadelphia».

Los hombres son como los tiempos en que viven, y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece; cuando nos la amenazan, cuando nos la invaden, cuando nos la azotan, cuando nos la torturan, se ve a los hombres resplandecer y sublimarse, la palabra se inflama y centellea, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por las edades, y se dicen frases que se levantan en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y reducen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruines intentos, en intereses impuros, en rencores de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea,—que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los combates de la mera razón no le deslumbran ni estimulan tanto como aquellos que la pasión alegra y magnifica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierve ahora una humanidad nueva: lo que ha venido amalgamándose durante el siglo, ya fermenta: ya los hombres se entienden en Babel.[12]

Tal como de los retratos superpuestos de un grupo de individuos de sexo, edad y vida análogos, va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa,—que estallará acaso por falta de levadura de bondad,—razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid*[13] escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan, y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que se quejan de falta de ella, la clase desacomodada, suele pedirla mal, o tomarla por su mano, pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia; y los que quisieran resistirles, o retardar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justiciero; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura.

Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador, que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestas el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida.

Los acaudalados, los que esperan serlo, los que prosperan a su sombra, no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas. Hay hombres para tales cosas: para pervertir y vender las libertades públicas!

Otros, fatigados de la batalla por la vida, esperan con ansia que un invierno benigno se los lleve, sin fuerzas ya para sufrir por el dolor humano; los más, habituados al ejercicio pacífico de su derecho, confían en que ese vuelco social se hará sin sangre, y que «Dios volverá a marchar»,[14] como en los días de la guerra del Sur,[15] pero sin más armas que la ley. Mas en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.

Los partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus apetitos y rencores, que a este elemento nuevo que amenaza su existencia. La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su clientela, si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna.

Este último Congreso no ha hablado con grandeza un solo día, ni obró con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya teme. Lo que no ha hecho era precisamente lo que la República pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz, en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista, que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una industria ambiciosa, y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de empresarios mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastrero, y los ánimos en la exasperación y el desasosiego que precede a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, si bien se ve crecer la indignación y el malestar conforme se ven[16] peligrando los derechos privados y las libertades nacionales, la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estos abusos y abandono lastima el interés o priva a los menesterosos de medios de subsistencia.

Se disfruta aquí de tanta libertad que solo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros, por el manejo interesado de los políticos de oficio, y por el descuido de los ciudadanos, absortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercitarla. Las violaciones del espíritu y letra de la República, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos; más no bastante visibles para que se levanten a defender las libertades abatidas estas masas compuestas de extranjeros naturalizados, que jamás las gozaron tan completas, y de hijos del país que en su mayor parte ni las aman ni entienden su eficacia; un vaso de cerveza y una mujer vendida parecen a estos mozos de ahora la más gustosa de las libertades.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la esteva del arado. En las bestezuelas de los circos se piensa forzosamente al verlos remedar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna como cebo de lores hambrientos, y entregarse fríamente al adulterio inevitable a cambio de un título; al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja en caballos de sangre que no los respetan.

Pero esa cruda arrogancia de los enriquecidos es poco conocida aun de aquellos a quienes pudiera lastimar, aunque perceptible para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia iglesia; del fervor religioso y creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a esos nuevos cruzados; de la aparición de setenta mil votantes compactos en New York cuando las elecciones de George[17] en el otoño; de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más acaudaladas y famosas; del triunfo de los diputados de los obreros, o de sus favorecidos en comarcas no disputadas antes a los republicanos y demócratas; del crecimiento pasmoso de una asociación de trabajadores,[18] dueña hoy de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la Iglesia misma, que no osa ponérsele de frente porque ve que se suicida; la causa de todos

esos sucesos, que acaban de culminar en la formación de un nuevo partido, el Partido del Trabajo Unido, en la fogosa convención de Cincinnati,—está en que el trabajo falta,—en que la vida encarece,—en que las compañías, enriquecidas por las concesiones de los derechos y bienes públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado,—en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria.

¿Qué ha hecho para atajar esos males el Senado, donde los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría, aunque los senadores son electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? Los senadores compran las legislaturas!

¿Que ha hecho la Casa de los Representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vota por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?

A las ideas se las siente venir, como a las desdichas.

Cuando un problema impone una solución, viene esta de todas partes más o menos confusa, y ocurre vagamente a todos. Los cuerdos no deben desdeñar el instinto público. Así las fieras cuando husmean el peligro, cambian de asilo, y buscan el más seguro y apartado. Así se ve en el aire, que cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, recógense en remolinos densos y estrechos, y bajan y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato de los desasosiegos nacionales. ¿A qué cien millones de más en el tesoro, y tanta angustia, tanta desigualdad, tanta tirantez en la existencia de los más meritorios, tanto pan de menos en las casas? ¿A qué estar pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años que se vive en paz? ¿A qué gravar la entrada de frutos indispensables para la vida del país, porque en un rincón de él se empeñen en producir los mismos frutos unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué impedir, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que las permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo, es cierto, no se logrará con eso. Los representantes han de ser hombres honrados.

Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso.

Los señores de afuera no pueden comprar tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las propiedades públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo.

Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas que requieren el decoro y la seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, quitarle la principal razón, poniendo a las industrias, con la rebaja de los aranceles, en capacidad de elaborar los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes puedan vivir con desahogo.

Acosado de cerca el Congreso por la reconvención unánime, no ha podido desatender ni sus probabilidades de reelección, dependiente de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de estas con mal disimulado espanto. Lo más remoto, lo menos eficaz, eso ha hecho el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene desde su aparición, en este país de trabajo, el partido nuevo de los trabajadores. ¿Quién se le opondrá cuando, suavizadas las esquinas después de los choques inevitables en las agrupaciones nacientes, adelante organizado y compacto? En las decisiones del Congreso se ve el mismo afán de aquietar con dádivas y halagos el partido temible, a quien cortejan los candidatos en sus cartas, las legislaturas en sus proyectos, y en sus mensajes los gobernadores.

Más que entre republicanos y demócratas, el Congreso estaba dividido entre proteccionistas y librecambistas.

En los asuntos menores, cada miembro votaba con el partido; pero en los proyectos de reforma de los aranceles, de empleo del sobrante, de las leyes del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían y los librecambistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o republicanos.

El Congreso no se decidió a afrontar la censura nacional, empleando, como quería, el sobrante en enormes fortificaciones, en armada temible, en pensiones vergonzosas a los soldados que ya recibieron paga cuando defendían la patria, y no quedaron inválidos en su servicio. Votó leyes que devuelven al dominio público cincuenta millones de acres[19] de tierras mal dadas. Decretó el examen de las concesiones de tierra pendientes a los ferrocarriles. Satisfizo el clamor popular sujetando el manejo de los ferrocarriles al examen e imperio de una junta del Estado.[20] Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió en beneficio de los obreros americanos, que se trajesen de afuera trabajadores por contrata, y que en las prisiones públicas trabajasen los penados, para contratistas. Dictó medidas prudentes, tales como la que establece por orden fijo la sucesión de la presidencia entre sus secretarios, caso de que faltasen el presidente y vicepresidente, y la que, para evitar fraudes como el inicuo de Tilden,[21] dispone el recuento de los votos de los electores presidenciales en sesión pública del Senado y la Casa de Representantes. Aprobó la concesión de garantía oficial al canal de Nicaragua. Repelió un plan para llevar a efecto el tratado de reciprocidad con México.[22] Desatendió el proyecto, compuesto a las claras para favorecer a determinada compañía de vapores, de subvencionar con medio millón de pesos anuales el servicio de correos al Río de la Plata.[23] Desechó varios planes, pueriles todos e indiscretos, para traer a las repúblicas hispanoamericanas a un congreso en Washington, que ninguna de ellas desea, ni aun las que a cambio de una protección concedida como limosna, cuando no negada, se han manchado ofreciendo a los Estados Unidos pedazos de la tierra nacional, o ayuda contra sus repúblicas hermanas. ¡Para todo hay en este mundo imbéciles y viles!

Todo eso ha hecho el Congreso; pero no ha devuelto al país en obras de utilidad legítima el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las gigantescas obras de defensa que proyecta contra enemigos soñados o

invisibles. No ha levantado las contribuciones de guerra. No ha rebajado los derechos de los artículos indispensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener sin miseria y humillaciones el trabajo que requiere para su sustento.

Cuando trataban ambos partidos de deslucir a sus contrarios, para ir cada uno con mejor historia a las nuevas elecciones; cuando los republicanos, disciplinados en la oposición, echaban en cara a los demócratas, que componen la mayoría, su incapacidad para resolver las cuestiones vivas, que ellos tampoco durante su gobierno resolvieron; cuando los demócratas airados contra Cleveland, porque no los reconoce como dueños y les reparte los empleos públicos, acusaban a su Presidente de terco y desleal, porque es virtuoso, o le clavaban con un voto enemigo la daga en el costado; cuando, vencidos los representantes por la opinión unánime, acataban mordiendo los vetos justos y sesudos que el Presidente ha opuesto a sus inexcusables despilfarros, a sus abusos de poder constitucional en pro del partido o de amigos personales, a sus proyectos demagógicos de pensiones, que hubieran costado lo mismo que cuesta a los pueblos monárquicos su ejército permanente, entonces sí era vivísima la esgrima de los debates del Congreso, y la frase era ardiente, y fluía la elocuencia enemiga y bastarda. Pero cuando como lacayos sumisos tenían que obedecer a las corporaciones que los pagan, o los sobornan, o los ayudan a mantenerse en sus puestos; cuando en las cuestiones vitales del país, turbado por el exceso de poder de las empresas, habían de votar por abatírselo y preferían comer su pan a darlo a su pueblo; cuando azuzados por el clamor público sacaban a debate las leyes vivas que han de reformar la hacienda y devolver el sosiego a los espíritus, entonces las discusiones eran breves, veladas y confusas. Si votaban por la patria, votaban contra su interés. Son siervos, a quienes se manda con látigo de oro. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así acaba el Congreso, bajo la censura pública. En vez de alejar, facilitando el trabajo y abaratando la vida, el problema social, lo ha agravado. Y el Presidente, seguro de que obra bien limpiando los establos,[24] ni baja la cabeza, ni se aturde porque se la golpeen, porque está decidido a ser honrado.

Los mismos que lo abominan lo respetan. «Haz lo que debas, y suceda lo que quiera», dice él, como la casa de Borgoña. ¡Y ya dicen los mismos que le injurian que votarán por él si el partido, como parece inevitable, lo declara otra vez su candidato!

Bien dice el árabe: «Señor: hazme ir por el camino recto».

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 4 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Un remate de cuadros en New York.[1]—Venta de la famosa galería de Stewart.[2]—Ha sido una fiesta pública.—Carácter de la galería.—Precios enormes de cuadros célebres.—La escena del remate.—El rematador.—El público.—Los cuadros preferidos.—Los pintores de gracia y los de fuerza.—Daubigny,[3] Jacque.[4]—Zamacois[5] y Madrazo,[6] Michetti,[7] Nittis,[8] Aranda,[9] Boldini.[10]—Rápido esbozo de cuadros de Gérôme,[11] Bouguereau,[12] de Knaus,[13] de Munkácsy,[14] del retrato de Humboldt.[15]—*Les bufones*[16] de Zamacois.—*La Marquesa*[17] de Madrazo.—Los cuadros de animales.—*Los gatos*[18] de Lambert.[19]—*Las Vacas*[20] de Troyon.[21]—La célebre *Feria de Caballos* de Rosa Bonheur se vende en $53 000.—La *Feria de los caballos.—Friedland,*[22] el gran cuadro de Meissonier,[23] obtiene $56 000 en el remate.—Descripción del cuadro.—Napoleón[24] en su hora de gloria.—El grupo de los coraceros.—Defectos y excelencia del arte de Meissonier.—Dos cuadros famosos de Fortuny.[25]—*El encantador de serpientes,* en $13 000.—*La playa de Pórtici,* en $10 000.—Descripción de los cuadros.—Gloria de Fortuny.—El secreto de su color.

Nueva York, 25 de marzo de 1887.

Señor Director[26] de *El Partido Liberal:*

El alma, es verdad, va por la vida, como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, o aspirar el aire vivífico, o aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienes, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: «¿cuándo acabaremos, oh alma?» Todo vivo, que debiera ser un aroma, es un cómplice, y la existencia es más feliz mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Pero también el alma, aun en estos corrales por donde la persiguen, tiene sus días de fiesta, en que se regocija y dilata: algo se sabe entonces de la maravilla que colora el ónix en las entrañas de los montes, y de esos vapores tornasolados que como mariposas que se despiertan lentamente, van desapareciendo de las cumbres cuando las calienta la mañana. ¿Quién que padezca de lo agrio de la vida en esta comunidad sórdida no ha de comparar a esos deleites el de ver, como hambriento, sobre quien cae una lluvia de frutas luminosas y aladas, una colección de cuadros soberbios, de esfuerzos del pincel, de gigantescas acumulaciones espirituales, de las batallas a cuyo fragor nació este siglo, de los tanteos y afanes con que engaña su actividad aún no madura, de la triunfante luz y el aire alegre con que la edad nueva se prepara a reanimar, con los flancos abiertos y encendidos, la dulce religión pagana? ¿No es Fortuny, el vencedor de la luz, el pintor en quien parece haberse reconocido nuestro siglo? él, la gracia

heredada;[27] él,[28] la fuerza discreta; él, la creación indecisa y encogida; él, el consorcio de la libertad y la academia; él, la luz armoniosa y final que corona sus ensayos y dudas, tal como del conocimiento de la naturaleza surge, ahuyentando espantos, la creencia de alas universales a cuyo abrigo crecerán en paz los hombres. Todo es símbolo y síntesis, y hay que ir a buscar la raíz de todo.

Pero ahora no, ahora veamos estas obras famosas del arte moderno, esta galería incompleta y envidiable que acumuló, por vanidad de advenedizo, el odioso Stewart, el rico implacable, que encerró viva a su mujer,[29] privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro.[30] Aquí, en sus inútiles pujos por igualar la frescura de color del maravilloso catalán, están todos esos pintores elegantes y alegres: Álvarez,[31] con sus pompas y dorados; Jiménez Aranda, que no acierta a ligar las tintas claras en el aire libre; Nittis, cuyo cielo anaranjado ya mostraba los fuegos de ocaso de su temprana muerte; Simonetti,[32] leve y gracioso como un paisaje de abanico;[33] Palmaroli,[34] un sombrero de paja; Michetti, un «niño sublime» de la pintura de la luz; Boldini, que pinta con el polvo esmaltado y rebelde de las alas de las mariposas. Zamacois, sabio como su maestro Meissonier y desolado como Larra,[35] salpica con verdes y rojos altivos sus telas que debaten, arrollan y acusan. Y Madrazo pinta mujeres adorables, con una luz cernida por un tamiz de seda.

¿A qué contar, en esa colección desordenada, los cuadros alemanes de peluca y chupa, los paisajes rojizos y sinceros de los norteamericanos, los lienzos de asuntos domésticos que seducen a las almas sencillas, los campos graves y corpulentos de los artistas franceses, los estudios académicos, famosos y exangües? Los cuadros, como los hombres que los crean, se congregan por sus cualidades comunes en grupos: uno u otro, como los magníficos caballos rebeldes en la *Feria* de Rosa Bonheur, levanta sobre el conjunto, con las crines resplandecientes, la cabeza. No veamos lo menor, que ese es entretenimiento grato solo a los menores; y propio de ellos. No digamos, aunque es verdad, que en esta célebre galería de Stewart no había la ligazón y orden que da a las colecciones meritorias valor lógico e histórico. Amontonó sus cuadros Stewart en la época en que, deslumbrados por Fortuny, todos los pintores vivos, los que buscan y crean, pugnaban por encarcelar la luz y remedar el aire; y eso es lo que tuvo de original esta galería afamada, fuera de la posesión feliz de algunas obras de empeño en que los pintores gloriosos de nuestra época campean con su mayor bravura.

En el remate los veremos todos, entre los abejeos de la concurrencia, las ofertas, los chistes, los aplausos, las luces, las cortinas rojas. ¿En cuánto se venderá el *Friedland* de Meissonier, su único lienzo de tamaño heroico? ¿*La Carrera* y el *Pollice verso* de Gérôme se venderán en acuerdo con su fama? ¿Quién comprará la *Feria de caballos*, el cuadro monumental de Rosa Bonheur? ¿Nos entenderán nuestros Fortunys, de sombra mística el uno, el otro de claridad centellante? Todo el señorío de New York, para comprar o curiosear, espera pacientemente a que abran las puertas del salón de Chickering.[36] *El Partido Liberal* está en la concurrencia al lado de Jay Gould,[37] un millonario de cuerpo pequeño y ojos vivaces, que lleva el gabán raído. Son las ocho. La sala está llena. Los catálogos, empastados de rojo, brillan entre los vestidos negros del concurso como manchas de sangre. Un cintillo de luces de gas da sobre el escenario, en cuyo fondo aguardan los cuadros su fortuna, ocultos tras las cortinas encarnadas. Ábrense las cortinas. El remate empieza.

Como neblina tachonada de globos de colores queda en la memoria esa escena que la fama de los cuadros, lo considerable de las sumas y la leyenda del dueño primitivo han contribuido a hacer histórica. Los cuadros aparecían, oían el debate, se desvanecían detrás de la cortina. El rematador era, como suelen ser ellos, de aguda mirada: espejuelos, nariz bermeja, barba rala y comida en los arranques: frac: voz que acude con presteza de urraca donde huele a compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre; y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse sobre una presa nueva, saltar, picotear, a aquella voz. Él sigue el humor del público: que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone a la largueza. No quiere que se hable: «el hablar,[38] señoras y caballeros, déjenmelo a mí». Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: «Sí: ya sabemos que en este país es inútil querer vender maestros antiguos». Su lenguaje es este: aparece el cuadro: «¡Ea! párense ahí».[39] «Buen cuadro, muy buen cuadro». «¿Cuánto me dan?» «¿Cinco mil?» «¿Tres mil?» «¿Dos mil?» «¿He oído mil? ¡Mil gracias!» «Cuadro valioso, muy valioso». «No volverán a ver su igual por el dinero». Él no florea, no explica, no alaba la mercancía. «Eh? oí dos mil pesos? ¡Dos mil!» «Ha costado mucho, ha costado mucho». «No se equivocarán comprando esa pintura».

De tiempo en tiempo dice un chiste, como cuando trajeron tres retratos pomposos de damas a la Du Barry,[40] con un paje negro para realzar su blancura, con mucho pelucón, cota de peto, y gran lujo de flores y de pliegues: «Vaya: no rían tanto: alguno los necesitará para su galería de antepasados». Él sabe que estos ricos newyorquinos prefieren a la gloria verdadera de crearse a sí propios la de aparecer descendientes[41] de algún buscamozas o guardapuertas de monarca. Pero enseguida aparece el retrato de Washington,[42] por Stuart,[43] y las risas se cambian en un aplauso graneado. «¡Mil! ¡Dos mil! ¡Tres mil pesos!» Se va el retrato victorioso seguido de palmadas.

A veces el remate decae. Los cuadros con viejos, niños y animales gustan, lo mismo que los paisajes y marinas, y los de historia y costumbres inglesas. Pero cuando un cuadro notable ocupa el caballete, sostenido a uno y otro lado por dos negros de guante y librea, entonces es de ver cómo el rematador, con su arte sutil, enfrena al público, que susurra como colmena levantada. Descubre a los competidores, dirígese personalmente a ellos, les ruega que no dejen salir el cuadro de la ciudad, se inclina sobre el pupitre como sobre el cuello de un caballo en la carrera, recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, como el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza! Las puestas silban como si fueran balas. La una da en el aire contra la otra. A cada puesta atrevida el público aplaude. «¡Al caer, al caer! ¿Quién da más? Cien pesos más? Pues dado!» Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. A veces, por entre una abertura del cortinaje, se ve a los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet,[44] forcejear con el cuadro en la sombra.

Las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza. La yerba jugosa, el camino solemne, el celaje apretado, los árboles robustos de *El fin de mayo* de Daubigny, obtienen más favor que las nubecillas pizpiretas que

animan el cielo risueño de *Las lavanderas* de Boldini, y el elegante boscaje versallés que asiste al paso alabado de sus damas, cuyos rostros, pulidos como la cuenca de una concha, asoman por entre un polvo de colores. Bajo un cielo rugoso se vienen por la sombra del camino, en la majestad de la espesa arboleda, las ovejas cansadas que sacian la sed en el arroyo pedigüeño con que alivia Jacque, artista potente,[45] su oscuro paisaje; pero esa calma profunda es preferible a *La vuelta del bosque* de Nittis, donde desde sus sillas de alambre, menos frágiles que ellas, ven pasar las alegres de París los carruajes que vuelven del paseo, destacando sus líneas ligeras en el aire rojizo. Pinta Vallés[46] una *Tentación* a lo Casanova,[47] un sacristán, de puro flaco líquido, que ya no halla rincón en su banco donde libertarse de la desenvoltura de tres lozanas mozas: *Una mujer galante* de Simonetti,[48] maestro en aguas y sedas, oye, tendida en un sofá de blancas pieles, el vivo amor de un caballero barbilindo, de quien se burlan, escondidas detrás de una cancela, tres regocijadas curiosas; Michetti, desdeñando esas falsas poesías, pinta en su arrobadora *Mañana de bruma* los campesinos italianos, de vistosos colores, adelantando en la neblina del crepúsculo con sus verdes melones a la cabeza, mientras rompe a lo lejos, sobre el viejo castillo de cantería, una luz cegadora; pero esos cuadros apenas alcanzaron el precio de una *Familia de gatos* de Lambert,[49] que con ese ojo humano que dan a los animales los pintores que atentamente los estudian, persiguen asombrados los revoloteos de dos mariposas, desde su cojín de gatos ricos.

¿Cómo explicar el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales, a no ser por ese cariño del conquistador por todo lo que le ayuda a la conquista, por esa ternura con que ama el labriego su caballo y su vaca, por el amor natural de la mujer al gato, que acaricia, al perro, que acompaña; al viejo amigo del campesino que hala del carro en el verano y en la nieve? Un caballo salvaje, atacado por un león, se vendió en más que la deliciosa *Marquesa* de Madrazo, mujer que sabe de amor, y, empolvada la cabeza, agraciada la barba con el lunar, dormidos ya los ojos, del sueño venidero, consulta con un espejo de mano la sabiduría de sus hechizos.

Una salva de aplausos merecida estalló cuando pusieron en el caballete unas *Vacas* de Troyon, no—como otras suyas—notables solo por la firmeza de la copia, sino porque allí los pacientes animales, en cuyo ojo confuso se ve aún la primitiva fuerza caótica de la creación, campean con natural beldad en el valle sereno donde dos altos chopos quebrantando la monótona llanura, realzan[50] la majestad del horizonte. Pero ni *La fiesta de niños*[51] de Knaus, con tanto rostro menudo que parece moldeado cuidadosamente sobre una manzana;—ni la *Carrera* y el *Pollice Verso* de Gérôme, más célebres que dignos de serlo, puesto que en ellos no iguala al interés del tema la decocción[52] y sabiduría de la pintura;—ni *La vuelta de la vendimia* de Bouguereau, grupo frío de labriegos de Italia, donde no pudo este fecundo artista lucir los nácares y gracias de la carne, que él anima con una luz de aurora;—ni el retrato de Humboldt que hizo Schreyer—,[53]donde su cuerpo débil sostenido de la cabeza inefable y gloriosa, destácase desde su asiento en la colina, en el argentado ambiente, en cuyo fondo alzan la cana cumbre los volcanes;—ni la solidez y relieve soberanos de *La visita*[54] *al recién nacido* de Munckácsy, donde la madre, pálida aún del admirable dolor, sonríe desde su sitial de convaleciente a las curiosas amigas que le saludan aquella joya labrada en sus entrañas;—ni los *Bufones* de Zamacois, verde uno, blanco otro, otro rojo, otros en todo el fuego de la luz, otros en un rincón sombrío y el cuadro entero salpicado de enanos, piernas colgantes y jorobas, hecho a una luz que acusa y quema, como el infierno de aquellas

tremendas almas,—arrancaron aplausos tan ardientes como el grandioso rincón de bosque vivo por donde los lujosos caballos de Rosa Bonheur van a *La Feria*. Se ven, se ven aquellos duros lomos, aquellas ancas altas y macizas, aquellas cabezas pujantes y fogosas. Uno negro, normando, se encabrita y flagela con las crines erizadas el rostro del jinete de blusa que lo doma: a paso travieso sigue un *pony*[55] peludo por entre sus mayores, con la mordida en la mirada. Un mozo va arrogante, como si supiese que el animal que monta es el más bello. Por el recodo vienen alazanes, retintos, bayos, ruanos. Del otro lado se entran en el bosque los que abrían la magnífica cuadrilla. Un chalán vigoroso, en lo mejor del lienzo, sujeta con ambos brazos desnudos el paso triunfante de dos sementales blancos. Llevan la cola anudada como para que se vea el dibujo rico. La carne recia hincha la piel tendida. La luz cae en las ancas.

Sobre ese cuadro sí fue la batalla viva. «¡Cuarenta mil pesos!»[56] dijo una voz vibrante. Ruidos de aplausos acogían las ofertas, que iban de mil en mil. «¡Cincuenta mil!», «¡Cincuenta y tres mil!» En cincuenta y tres mil pesos lo compró el mayor de los Vanderbilt,[57] para regalarlo al museo de New York,[58] donde servirá de modelo permanente esa obra fresca y pura.

«¡Cuarenta y cinco mil pesos!» «¡Cincuenta mil!» «¡Sesenta mil!» «¡Sesenta y seis mil!» ¿Qué cuadro es ese que obtiene el mayor precio alcanzado en los Estados Unidos por cuadro alguno? No lo compró, como se creía, el gobierno francés, celoso de que esté en manos extrañas esa obra eminente del arte de Francia. Es el *Friedland* de Meissonier, su cuadro querido, su Napoleón en gloria, no cuando—como en aquel otro cuadro suyo *1814*[59]—volvía de Rusia con el águila muerta a la grupa de su caballo, sino cuando la fiereza de una criminal ambición no había deslucido aún en su rostro de vencedor la gracia olímpica: desde[60] lo alto de un cerro, rodeado de sus generales y su guardia, con los cuerpos de ejército por horizonte, saluda Napoleón a los coraceros que en heroico desfile, alzándose sobre los estribos y con los aceros fuera de la vaina, van jurando, a galope tendido, morir por su emperador. Acá la furia e ímpetu de la carrera, el choque de ferralla de vainas y corazas, la yerba arremolinada bajo la caballería, el plumeo de los cascos relampagueantes, la locura de los caballos y de las espadas: los caballos flamean, los hombres juran; no hay un músculo en paz, ni en caballos ni en hombres: un[61] corneta, vestido de amarillo, alza el clarín por sobre su cabeza, mientras exhala en una voz el alma: en[62] el fondo del grupo, como un bosque de mástiles, se cruzan en líneas lejanas los aceros: dos espadas desnudas cortan de arriba abajo el cielo, a la cabeza de la cabalgata. Allá en el cerro, acopiando en los ojos azules cuanto deleite, penetración y misterio caben[63] en el espíritu del hombre, mira aquel Jove nuevo a sus soldados vencedores, sentado firmemente en su orgulloso caballo blanco. Por entre la yerba, pintada hilo a hilo, baja al otro lado del lienzo, a marcha lenta, un grupo de húsares de negro morrión, cota azul con alamares amarillos, y el dolmán rojo al hombro. Un cañón desmontado está tras ellos. El cielo, un cielo claro de victoria, muestra ya en las alturas algunas nubes pardas.

¿No decíais—preguntó Meissonier[64] a los que lo acusaban de impotencia artística—que yo no sé pintar el movimiento? Pues aprended como yo, recopiando la vida hebra por hebra, a pintar al animal y al hombre en el grado mayor de animación de que son capaces; aprended como yo, pintores de polvo de arroz, a componer obras nacionales y macizas. «Sí»—respondió Manet,[65] aquel perseguidor vencido de la luz a quien ha dado Zola[66] cuerpo inmortal en su Claudio de *L'Oeuvre*, «sí, pero en ese cuadro todo es de

hierro, menos las corazas. ¿Cómo has de pintar la vida, tú que jamás has sabido pintar una mujer?»[67]

Ese *Friedland* como todo lo que Meissonier pinta, es un cuadro maravilloso, pero sin epidermis. Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre. Si habéis visto cadáveres desollados, ya conocéis ese color cienoso en que Meissonier logra inspirar asunto y vida, con una paciencia de joyero. Ni en Génova ni en México se trabaja la filigrana con más menudez que la que Meissonier emplea en sus cuadros. Parece el suyo ojo de trilobites, que veía en redondo, con perfección implacable. Pinta pequeño, pero ve grande. La carne le seduce a tal extremo que da su color a las sendas de los jardines y a las paredes de las casas. Pero su composición es graciosa, a despecho de su torvedad y constante estado de ira; su invención es profundamente artística, y lleva los caracteres enérgicos de su persona; y si no acierta a cubrir con un sobrecolor ligado y definitivo las desnudeces de su análisis, acaso para lucir mejor la inimitable fuerza de este, ha sabido pintar como no se pintaron jamás el ojo del caballo, la mirada de Napoleón, y el sonriente y festivo azul del cielo.

¿Quién, sino Fortuny, pudo unir sin trabajo visible la fuerza y la gracia? Dejemos en buen hora al rematador animando a su público para que le compren el *Otoño*[68] concienzudo de Bierstadt,[69] unos lirios coquetuelos de Adrien Moreau, la repulida *Hermanita bondadosa* de Von Bremen,[70] *El hijo pródigo* de Dubufe,[71] sabio y brillante, la deseada *Disputa de límites,* en cuyos rostros animados ha sabido pintar Nicol[72] las pasiones sociales que tienen roídos los cimientos de Inglaterra. Dejemos que las puestas cesen, que el remate acabe, que la concurrencia se reparta por las calles vecinas, con sus catálogos[73] rojos brillando osadamente a la luz eléctrica sobre los vestidos negros. ¿En qué hemos de pensar, después de haberlos visto, sino en *El encantador de serpientes* de Fortuny, un juicio de la vida, y en *La playa de Pórtici*, una tormenta de luz?

Mientras más se estudia *El encantador*, más revela ese extraño poder del genio para crear involuntariamente símbolos profundos de la naturaleza que lo inspira. Sopla el levante, que deja el aire limpio, clara la oscuridad, rastreando por la tierra la humareda: a[74] lo lejos, llanos, cuchillas, tolderío de árabes, montes, horizonte. ¿Cómo pudo obtener estos grados de luces en la sombra, sin los contrastes y blancos de Rembrandt?[75] Al frente del cuadro se desenvuelve en profética paz el drama eterno. ¿A qué encomiar la verdad de la alfombra donde el árabe esbelto está tendido, encantando a la serpiente; los verdes y los rojos del dibujo; la gracia del escorzo y de la perspectiva; la silla de montar caída a los pies del árabe, como su perro? La silla es como él,[76] elegante y fina: ella es la libertad; la vida fiera, en una nube de *hashish;*[77] la carrera que inflama el corazón; la nube de arena en donde resplandece la espingarda; la amiga en el peligro y la almohada en la muerte. Sopla el levante: azotadas las nubes trasponen los montes, enderézase sobre sus anillos, al voto del mago, la mística serpiente: el mancebo la mira sin miedo, como la juventud a lo desconocido: un derviche,[78] envuelta la cabeza en un lienzo rojo que el viento sacude, contempla erguido en su asiento el duelo extraño, con aquella poética curiosidad del árabe por la naturaleza, con el afán del viejo, curtido y desnudo, que quiere saber lo que está al otro lado de la vida! La serpiente se va desenroscando, como cuando las sacerdotisas de Lanuvium[79] le ofrecían en su templo las tortas de harina y miel de las colmenas; como cuando el eslavo la invitaba, temeroso de su poder, a tomar puesto en el festín de sus hogares; como cuando el hindú arrodillado le ofrece la leche

fresca en su escudilla. Nada[80] más que el levante que se lleva el humo, interrumpe la escena. Acaso el encantador le pregunta lo que ha de suceder, como le preguntaban los atenienses:[81] acaso la riñe, la abate cuando intenta erguirse, la castiga, porque ha mordido a alguno de los árabes del toldería. Flota al viento el lienzo rojo que cubre la cabeza del derviche. Reclinado el pico sobre el plumón del pecho, asiste a los encantos una grulla. ¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio está representada la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida? ¡Domémosla de jóvenes, y, luego de bien curtidos y desnudos, volvamos a ti, naturaleza!

¿Y esa *Playa de Pórtici*, el cuadro que dejó sin acabar el único pintor que pobló de aire sus telas? ¿Cómo no había de ser hermoso, si era la prueba de su libertad de artista, y de su propia dicha? Ya aquella no es la vida árabe, que desató a sus ojos las gracias de la luz, y le reveló la elegancia y la sabiduría. Ya tomado del moro el conocimiento de la paz y alegría del mundo, y la dignidad del carácter. Ya la admiración de los coleccionistas le ha dado fama y riqueza. Ya puede pintar a la luz del sol a su mujer[82] y sus hijos.[83] El cuadro es eso: su hogar en la playa, con su mujer, que cose, su cuñada[84] que se ampara los ojos del reflejo, sus hijos que juegan sobre el verde a la sombra de un quitasol encarnado: de un lado un muro blanco, a cuyo abrigo reposa el coche de la casa, sube al centro del cuadro, donde se divisan las callejas del pueblo, por una puerta roja: del otro lado, en ángulo atrevido, baja a romper sus aguas en la playa un mar de ardiente azul, donde se encuentra y acentúa el del cielo. Con la calma del estío radioso vagan por el celaje algunas nubecillas: blanco sobre blanco, marino sobre celeste, parasol rojo y flor amarilla entre hojas verdes. Solo dos puntos negros quiebran aquel enorme lujo claro: el coche dormido al amparo del muro, y del lado del mar la sombra de un bote. Allá[85] en la arena triscan los bañistas, semejantes, bajo el fuego del sol, a hormigas de colores.

Y en la parte no acabada del cuadro, se ve que jamás fue fácil el triunfo, y que aquella tersura del color, que es sutil aire ambiente, aquella gracia tan natural que no parece creada, aquella luz que solo cede en esplendor a la del cielo, eran el producto sabio de una labor terca y robusta, como todo lo que perdura y resplandece. Allí se ve, cortadas impíamente por la mano mortal sus hebras de colores, la carne sana de aquella enérgica pintura. Era una capa puesta sobre otra, un azul en el seno de un amarillo, un verde cimentado sobre un blanco, un cariño de padre cuidadoso en la manera de hacer vivir y palpitar la luz. La noble tristeza de los creadores sombreaba la frente de aquel joven glorioso. Sabe el hombre de partos y agonías, antes de que le dé su primer beso de pasión la aurora!

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, abril 14 de 1887.

[Mf. en CEM]

DESDE NEW YORK

FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ[1]

Los grandes crímenes son útiles, porque demuestran hasta donde puede llegar la nobleza necesaria para perdonarlos. Hace dieciséis años arrancó un niño[2] una rosa que florecía en nuestro cementerio, y, habituados a mirar la muerte sin temor, esperaban otros, paseando entre las tumbas, la hora de estudiarla.[3]

Una cohorte de demagogos poderosos, no menos temibles que los que prosperan al amparo de las libertades, fingió creer, por acaudalar fama política, el rumor de que aquellos adolescentes, culpables solo de la alegría que en la juventud infunden el espacio y la luz, habían puesto la mano en un histórico cadáver.[4] ¡El hierro no se ha calentado todavía a fuego bastante intenso para marcar como fuera debido la frente del primer infame! Por la ola de sangre se vieron impelidos los mismos que para ganarse el favor de la opinión la levantaron: ¿quién sabe dónde va el odio una vez que se le desata? Se llenó nuestra Habana de turbas engañadas y coléricas: temblaron ante ellas los que hubieran podido desarmar su furia con mostrar a sus jefes el ataúd: todavía se estremecen de pavor los que recuerdan las cárceles cercadas, el palacio sitiado, los caballos de los pacificadores muertos a bayonetazos, los toques de corneta, anunciando en el lúgubre silencio las gallardas cabezas que caían: hoy solo quedan de aquel drama tremendo unas hebillas de plata, una corbata de seda envuelta a un hueso, y ocho cráneos[5] despedazados por las balas.

Encoge la prudencia, sujeta la generosidad, contiene el respeto al remordimiento de los culpables y sus cómplices, la fuerza de himno con que saluda esos restos, recobrados con un valor heroico, el alma enamorada de sus mártires. ¡Oh, quién pudiera, en una fiesta pública, para atenuar el crimen con la única reparación comparable a él, ver en silencio, desceñidas las armas y con las cabezas descubiertas, a aquellos mismos mal aconsejados que nos los arrebataron! Esa sí es paz, la que se afirma en el arrepentimiento. Ese sí es olvido, el que empieza en la confesión honrosa de la culpa. ¿A qué el miedo de escribir la verdad en un pueblo donde nadie lo tiene? Nuestra sangre no sabe de miedos, ni en padres ni en hijos. Con el valor sencillo y la palabra[6] franca se cautiva y convence a los que los poseen. Sí: las rodillas dobladas de los que pecaron serían aquí la prueba verdadera del valor. Sí: la historia sería entonces clemente para los que la mancharon. ¡Hasta entonces vagarán, sin consuelo, viendo allá en las alturas preñarse las nubes y aglomerarse la tempestad, aquellas ocho almas!

¿Qué hay en nuestra historia tan bello, desde que cesamos de morir, como ese joven que se acerca refrenando las lágrimas, al ataúd de donde surgió la muerte de sus ocho compañeros, para pedir a un hijo conmovido[7] que no deje ir cargadas con el crimen las cenizas nunca ofendidas de su padre? ¿Qué manos temblaron como las suyas, cuando al abrir el ataúd, abría su propia gloria? ¿Qué trágico sepulturero bajó como él a la fosa donde consumió la tierra a sus amigos, y puso en ellos las manos, y lloró como no se vuelve a llorar, y con los ojos triunfantes miró al cielo, que enviaba sobre los cráneos destrozados su luz vengadora?

Fermín Valdés-Domínguez, pródigo siempre de nobleza, llevaba en los ojos, desde que heló aquel horror su juventud, como la sombra de una culpa involuntaria: la culpa de no haber vindicado a sus amigos. Él narró[8] con

desorden patético aquellas escenas que el mismo que pudo impedirlas, el general Crespo,[9] declaró en un documento publicado en Madrid «solo comparables a la época del terror de la República Francesa por su sangriento colorido».

Él, tan bueno y tan justo, sacudió en días difíciles su ira sobre los que el rumor público acusaba de instigadores de aquella extraordinaria maldad. Él, con la sencillez de la grandeza, alzó la mano en nombre de Dios frente al cadáver que decían profanado por sus condiscípulos, y en un dramático momento, digno de que el pincel lo perpetúe, levantó las sombras de sus amigos inocentes entre el féretro intacto del padre y el primer beso apasionado de su hijo. Él propaló la vindicación, congregó en su casa propia a tímidos y valientes, aceptó en cartas bellas el tributo de un hombre acusado sin justicia, y al fin, símbolo triste y hermoso de nuestra historia, bajó a buscar al seno de la tierra los restos de sus amigos muertos, con los brazos desnudos! ¡Glorioso joven! ¡Ya puede morir, puesto que no ha de prestar a su patria un servicio mayor!

Grande ha sido en Valdés-Domínguez la lealtad a los muertos—¡que tienen pocos amigos!—; grande su arrojo; grande la fuerza que su prueba añade a nuestros derechos olvidados. Pero lo más grande en él, a semejanza de su pueblo, donde no encuentra raíz el odio, es ese acento inefable de perdón que embellece su digna tristeza. ¡Perdón es la palabra, y aquí se trata solo de merecerlo! Ya quiere bálsamos esta tierra triste donde los vencedores cuentan tantas heridas como los vencidos: ya se siente en el aire el tácito acuerdo de los que aprendieron a odiarse en la opresión para estimarse después por sus virtudes comunes en la guerra: ya asoma acaso la hora de marchar juntos a la conquista de toda la justicia. Mueva sus lenguas como un flagelo el aire sobre esas catervas de viciosos que pudren nuestras ciudades, y nos convierten en un bazar inmundo; pero florezca por sobre estas llamas la indulgencia sincera que hermosea el combate, y debilita más a los enemigos que la amenaza estéril o la odiada lisonja.

¿Qué son ya, más que polvo y memoria, aquellos que en un sueño de sangre salieron sin culpa y sin miedo de la vida? Cuatro esqueletos estaban tendidos de sur a norte: cuatro esqueletos estaban tendidos de norte a sur: ¡pero los muertos son las raíces de los pueblos, y, abonada con ellos la tierra, el aire nos los devuelve y nutre de ellos; ellos encienden en el corazón cansado el fuego que se apaga; ellos vigilan, sentados en la sombra, a los que pierden la virtud en ocio cobarde o diversiones viles; en ellos, por decreto supremo de la naturaleza, se juntan los victimarios y las víctimas! ¡Día radioso será para Fermín Valdés-Domínguez, y digno de su carácter y su gloria, cuando al entregar a la patria el mausoleo de los muertos vindicados por su esfuerzo, alcance a ver, en el silencio religioso del gentío, a los mal aconsejados que nos los arrebataron, desceñidas las armas, y con las cabezas descubiertas.

José Martí

La Lucha, 9 de abril de 1887.

EN LOS ESTADOS UNIDOS[1]

Vida popular.—Las mujeres que votan.—Notable suceso.—Candidatos a la presidencia.—Una ovación frenética.—(De nuestro corresponsal).

New York, abril 10 de 1887.

Señor Director[2] de *La Nación*:

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, indómitos nadadores, paseos de Pascua[3] en la Quinta Avenida: ¿qué son esas burbujas de una hora junto a los grandes sucesos, de honda raíz y trascendencia humana, en que se ve alterarse el mundo, perfeccionarse al hombre, dominar en paz definitiva a la libertad? ¿Quién se entretiene en ver gorriones cuando pasan las águilas?

Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes. Catharine Wolfe,[4] soltera sexagenaria, luego de haber ayudado en vida a muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al museo de Nueva York:[5]—los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas, en los países donde se sienten malqueridos, fundan aquí, al seguro de la República, grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, «el camarada de la noche»:—los obreros de Bessemer[6] encienden a una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien pies[7] de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida, para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La democracia triunfante,* de Andrew Carnegie.—Los indios amansados en la escuela de Hampton[8] componen, en su lengua de colores de gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con pintorescos discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los estados en una ventana[9] enflorada para recibirla, el día de emancipación en que la ley de repartimiento de las tierras[10] ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo a ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia:—Charles Dana,[11] el amigo constante de la libertad, imagina publicar un diario de la tarde de a centavo, un *Evening Sun*[12] incisivo y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles,[13] se desborda de los párrafos vivos y robustos como champaña bueno de copas de oro labradas a martillo:—Herndon,[14] el amigo y socio de Lincoln[15] en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va a revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del «Honrado Abraham» es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado a veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro, abierto por un lado de un hachazo, de otra parte vencido por el viento, pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland[16] pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales;—que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt,

fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston;—que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry[17] y la Bernhardt, bonaza y sentada la una, y pensativa y en pie la otra;—pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranan al sol de abril por las calles repletas; a la pelea de los católicos por sacar de una vez la mano de la iglesia de sobre la libertad; al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mando los ideales que les dieron vida; al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo[18] que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos; a la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin rencor los opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras?

Ya cruje, bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza a pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota el decidido propósito, entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en lo vivo de los tiempos con desinterés y previsión, los antiguos partidos, atentos solo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman a sí mismos, de otro «las clases», los «ciudadanos», republicanos o demócratas, los partidarios de la «Ley y el Orden». Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color a la primera elección política en que han votado las mujeres en el estado de Kansas. Así pudiera condensarse:—notable bullicio, febril energía, los modos muy agresivos, el fin puro y confuso, originalidad poca: un instrumento, esta vez, al menos, de las pasiones de los hombres.

La legislatura del estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar la ley de elecciones de modo que favoreciese a su partido, arrollado siempre en Kansas que es como todo el Sur demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio a las mujeres «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que a la vez que excluía a las naturalizadas, demócratas en su mayor parte, se allegaba a las negras, que ven a los republicanos como sus libertadores, y habían de asir con júbilo la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas.[19]

Helen Gongar, una agitadora del estado vecino,[20] fue el alma de la empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos a sus oradoras, aterra con sus denuncias a sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad». «La inmundicia desaparecerá ante mí, como ante el huracán el polvo». ¿Por qué ha de espantar a esta mujer la política? La política tal como se la practica ahora ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor a la patria y franco discurso, lo escarnecen, lo aíslan, lo acorralan: ya no es coraza lo que usa la política, sino corsé flexible: ¡bien está la mujer en este arte de mujeres!

Helen Gongar conoce a sus hombres. «Votadme, les dice, en vuestra legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma concediendo el sufragio a la mujer, y yo os ayudaré en las elecciones a sacar triunfantes los

candidatos republicanos». Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el sufragio a la mujer, pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino.

La Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar a la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada población se creó una junta directora. Comisiones especiales visitaron los salones de beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad:—«¡Publíquense los nombres de los que abandonan de noche su hogar para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías!: queremos casarnos con hombres a quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: publíquense los nombres de los que asisten a las casas de vicio!» «La hacienda, la dejaremos a nuestros hermanos los hombres». Ellas crearon juntas de distrito, de barrio, de calle; ellas fueron casa por casa procurando votos; ellas congregaron en reuniones privadas a las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse a parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro a la mujer, hirieron a sus contendientes en la honra.

El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo», las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las desdeñan? «Las de arriba», las «dueñas» de antes ¿cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden?: así fue que comenzaron a desacreditar a Helen Gongar, a preguntar por sus moralidades, a hacer ascos a la masa de negras que habían acudido con júbilo al registro, a ofrecer a sus criadas favor o dinero en cambio de sus votos, a luchar por el triunfo de los demócratas, de los «dueños» de ayer, contra los republicanos, ayudados de las antiguas esclavas.

Eso echó a volar todas las cortinas de las casas. No quedó fama viva. «¡Vuestras moralidades sí son impuras!», les grita Helen Gongar: «Estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en sus casas, una para el marido que paga las cuentas, y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. «Las de arriba», convencidas por la ira, se inscribieron en el registro, de que al principio se burlaban. Se oía en las ciudades, la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y la hilera de votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan a las negras: ¡son damas y han de ir en carruaje! Las de arriba, que llegan luego en sus coches propios, toman puesto en la hilera, juntas con sus criadas.

—«¡Eh—Atanasia!» grita un negro travieso a su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—«No: por el republicano!»—«Pues mira, no votemos, porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia: a casa!» Y se van de bracero alegremente: pero Atanasia vuelve sola, y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto a una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como maíz por el aire, las votantes. Vota una anciana de ochenta años. —«¿Qué he de hacer, mi señor?», responde a un cronista el lindo viejo que

fuma su pipa en el portal, junto a una silla vacía: «¿qué he de hacer?» repite, mirando a la silla vacía: la mujer fue a elegir, porque el cura le dijo que votara. Estallan los aplausos: es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens,[21] que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no han peleado a lo púgil, sino a lo serpiente. Hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que, en el común triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus querellas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron por aquellos a quienes miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahínco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba a la presidencia del municipio. En Stockton, a poco sale nombrado un ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

Veamos ahora otras elecciones: las que han estado a punto de poner en manos de los obreros las ciudades más populares y ricas: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de George[22] en New York, ya se insinúa en los campos, arrebata falanges enteras a los partidos antiguos decrépitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más importancia e influjo. Es que la ola es honda, y trae ímpetu de raíz! Lo que se ha previsto en estas cartas, sucede.

Los trabajadores, los reformadores que los dirigen o combaten a su lado, están decididos a luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él, en lo que tienen de injusto, las relaciones de los elementos sociales. Lo que les falta para el triunfo, o para estar en disposición de aspirar con probabilidades a él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos; y eso adelanta, porque Powderly,[23] el jefe de los Caballeros del Trabajo,[24] se sacó de sobre el pecho hace pocas noches en una reunión una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró «que esa era la única bandera digna de ser seguida por los libres norteamericanos».

Asombra a los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su grandeza.

Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella, porque ha ayudado a crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la orea de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; ¡pero no la echa abajo! El arte de la libertad consiste en que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta lo que se ha hecho mal se ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí a eso. Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia

activa de diversos cultos impide aquel estado medroso e indeciso a que desciende la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es mortal delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella. Y en cuanto a lo súbito, place a este pueblo ocupado salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, si se la nota reacia a que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han criado el juicio en las instituciones a que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el papado mismo se les pliega, los Caballeros del Trabajo.

Vese adelantar con inesperado favor, entre respetuosos enemigos, la teoría de George sobre [la] devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan al cura McGlynn,[25] el Pedro[26] de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen en ciudad tan populosa como Milwaukee[27] los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante a su candidato. Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, han sido derrotados los candidatos de los obreros en la ciudad soberbia que disputa a Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnati. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes que por miedo a perder el voto anarquista, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperaba ver llegar, como en New York, a se-tenta mil. El candidato para corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, [28] se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba mortífera que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando el motín de la otra primavera.[29] Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se desvanecieron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato obrero. Allí donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se cuentan por docenas de millares, donde se oyen resonar en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre, allí se juntan como por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ella,—la hacienda o la libertad: y allí sucede en principio lo que, si el riesgo se extendiese, sucedería en toda la república mañana!

Eso se vio en New York en el otoño, cuando confundiendo malig-namente la reforma que George capitanea con el programa de los anarquistas, obtuvo Hewitt,[30] el candidato demócrata, al corregimiento que votase por él gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chauncey Depew, que tenía a Grant[31] en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto,[32] se pone en lugar suyo, agrupa a su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso acaba de verse en Chicago, donde legiones de

«ciudadanos», olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marcharon sobre las urnas a votar contra los anarquistas, con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan,[33] el pugilista, visitó en la Casa Blanca a Cleveland. Blaine,[34] que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos *yachts,*[35] el *Coronet* y el *Dauntless,*[36] han cruzado a todas velas el Atlántico en desesperada regata.[37] La Langtry, que vive entre oros y sedas, pinta, a la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su lindo teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro a un colegio africano, y para fundar en el colegio de Columbia[38] una cátedra de hebreo rabínico. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman, que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas», esto es los Estados Unidos, «animen y ayuden a las repúblicas latinas».

Los demócratas acogen en público con grandes festejos a uno de sus candidatos a la presidencia, a Hill,[39] que ahora gobierna el estado de New York, merced al arte menguado de administrar el puesto público en provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Embullen los temibles fuegos de la primavera las casas de los animales, las siembras, los pueblos de aterrados labradores que intentan en vano huir de la ola que los envuelve en su huir.

Pero en New York, nada ha habido comparable a la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura McGlynn cuando les predicaba la otra noche en el Teatro de la Ópera,[40] lleno de bote en bote, sobre «La Cruz de la nueva Cruzada». «El discurso, dice un diario hostil[41] a McGlynn, fue una de esas soberanas oraciones que cambian la faz de los pueblos, y abren época en la historia». Allí predicó el retorno de la propiedad de la tierra a la nación, como era antes uso en el pueblo de sus padres, en Irlanda: allí resplandeció su rostro benigno, como solo el rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo resplandece: allí, con palabras que hendían y lucían como hierro candente, marcaba entre coros de vivas, a esos cegadores de la luz que andan poniendo librea a la dignidad y caperuza a la conciencia.

¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato a Dios es la dicha de todas sus criaturas! ¡Mientras haya algún hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, que he servido veintisiete años en mi iglesia, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico os digo en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiara, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana!

A eso podría reducirse lo que dijo, lo que por las ciudades más populosas, va diciendo: Retemblaba el teatro: No sabía aquel frenético concurso estar sentado: Duraba minutos el ondear de los pañuelos: Parecía ver brillar el horno de Daniel: Como lanzas han quedado clavadas las frases.

McGlynn vestía levita, no sotana. Muchos sacerdotes católicos aplaudían con ardor: uno había, de barba muy blanca, a quien todos besaban la mano. Unas niñitas pusieron a los pies del «amado pastor», del párroco depuesto por el Arzobispo,[42] tres cestos de rosas.

La Nación. Buenos Aires, 21 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Revista de los últimos sucesos.[1]—Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas.—Objeto de la ley que concedió el sufragio a la mujer.—Helen Gongar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la honra.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.—Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.[2]—Victorias y semivictorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota a los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.—La «nueva cruzada» del padre McGlynn.[3]—Ovación a McGlynn en el Teatro de la Ópera.[4]—Espíritu y forma de su cruzada.—«Por la nacionalización de la tierra, y por la conciencia».

Nueva York, 10 de abril de 1887.

Sr. Director[5] de *El Partido Liberal:*

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua[6] en la Quinta Avenida: ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo? Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes:—Catharine Wolfe,[7] soltera sexagenaria, luego de haber ayudado en vida a muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al Museo de New York:[8]—los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas en los países donde se sienten malqueridos, fundan aquí al seguro de la libertad grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que «el camarada de la noche»;—los obreros de Bessemer[9] encienden a una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien metros de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida, para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La democracia triunfante,* de Andrew Carnegie:[10]—los indios amansados en la escuela de Hampton[11] componen, con su lengua de colores y gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los estados en una ventana floreada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras[12] ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo a ciudadano terrateniente[13] y cabeza libre de familia;—Charles Dana,[14] el amigo constante de la libertad, imagina publicar un diario de la tarde a centavo, un *Evening Sun*[15] travieso y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como *champagne*[16] bueno de copas de oro labradas a martillo;—Herndon,[17] el amigo y socio de Lincoln[18] en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va a revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta

naturaleza del «Honrado Abraham» es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado a veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland[19] pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry[20] y la Bernhardt, bonaza y sentada la una, y fogueante y en pie la otra:—pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranan al sol de abril por las calles repletas, a las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mando y los ideales que les dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos, a la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin miramiento ni rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza a pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos políticos antiguos, atentos solo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman a sí mismos, de otro lado «las clases»;—los «ciudadanos», republicanos o demócratas,—los partidarios de la «Ley y el Orden». Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color a la primera elección política en que han votado las mujeres en el estado de Kansas:—notable bullicio, nerviosa energía, los modos muy agresivos, el fin puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez al menos de las pasiones e intereses—de los hombres.

La legislatura del estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar el sufragio de modo que favoreciese a su partido, arrollado siempre en Kansas por la mayoría demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio a las mujeres «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que a la vez que excluía a las naturalizadas, en su mayor parte demócratas, se allegaba a las negras, que ven a los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo, como han asido, la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas. La gente de Kansas, como toda la del Sur, es demócrata.

Helen Gongar, una agitadora del estado vecino,[21] era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio pervertido: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos a sus oradoras, aterra con sus denuncias a sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad». «La inmundicia desaparecerá ante mí, como ante el huracán

el polvo». ¿Por qué ha de espantar a esta mujer la política?: la política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer?: todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor a la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aíslan, lo acorralan, lo expulsan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible: bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce a sus hombres. «Votadme, les dijo, en vuestra legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio a las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones a sacar triunfantes a los candidatos republicanos». De lejos pueden verse estas cosas como maravilla; pero a esta, como a todo lo maravilloso, ha de vérsele de cerca. Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el voto a las mujeres; pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino. La política, que debía ser el arte de salvar a los pueblos ¿no es el arte de los servicios mutuos?

Helen Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar a la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Las juntas visitaron los salones de beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad: la verdad es que de vez en cuando los hombres necesitan sentir en la espalda el hierro encendido: «¡Publíquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonan de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres a quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: publíquense los nombres de los que asisten a las casas de vicios!» «La hacienda la dejaremos a nuestros hermanos los hombres». Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas a las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse a parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro a la mujer, atacaban a sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo», las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las esquivan y desdeñan? «Las de arriba», las «dueñas», ¿cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron a desacreditar a Helen Gongar, a preguntar por sus moralidades, a hacer ascos a la masa de negras que habían acudido con júbilo al registro,[22] a ofrecer a sus criadas favor o dinero en cambio de sus votos, a luchar por el triunfo de los demócratas, los «dueños» de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó a volar todas las cortinas de las casas: no quedó fama viva: «vuestras moralidades sí son impuras!» les grita en un discurso Helen Gongar: «estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se apartaron. Se oía en las ciudades la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y los votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al

rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan a las negras. Son damas y han de ir en carruaje! Las negras ostentan en toda su pompa los trajes de domingo. Las «dueñas», que van llegando en sus carruajes propios, toman puesto detrás de sus criadas en la hilera:—«¡Eh, Atanasia!» grita un negro travieso a su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—No: «¡por el republicano!»—«Pues mira, vámonos a casa porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia!» Y alegremente se van de bracero; pero Atanasia vuelve sola y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto a una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire las votantes. Vota una anciana de ochenta años: «¿qué he de hacer, mi señor?» responde a un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto a una silla vacía: «¿qué he de hacer,—repite mirando a la silla:—«la mujer fue a elegir porque el cura le dijo que votara». Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens,[23] que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no se ha peleado a lo púgil, sino a lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el gozo común por el triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus contiendas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahínco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba a la presidencia del municipio. En Stockton, a poco sale nombrado un ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

Véanse ahora otras elecciones: las que han estado a punto de poner en manos de los trabajadores las ciudades más poderosas de la república: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de Henry George en Nueva York, ya se insinúa en el campo, arrebata falanges enteras a los partidos antiguos decrépitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más riqueza e influjo. Sucede lo que en estas cartas se ha previsto: los trabajadores, los reformadores vehementes que los dirigen o combaten a su lado, están decididos a luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él las relaciones de los elementos sociales. Lo que les falta para el triunfo, o para estar en disposición de aspirar con probabilidades favorables a él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos.

Y eso adelanta, porque Powderly,[24] el jefe[25] de los Caballeros del Trabajo,[26] se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera «digna de ser seguida por los libres norteamericanos».

Asombra a los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su gloria. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella

porque ha ayudado a crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la orea de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; pero no la echa abajo! Ese es el arte secreto de la libertad: que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí a eso. Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso e indeciso a que desciende la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella: un puñetazo les inspira respeto, pero al saludo, le enseñan la espalda. Y en cuanto a lo súbito, place a este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, sí se la nota reacia a que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han creado su juicio en las instituciones a que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les pliega, los Caballeros del Trabajo. Vese adelantar con inesperado favor la teoría de George[27] sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan a McGlynn,[28] el Pedro[29] de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen, ya vencen, en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante a su candidato. Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa a Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnati. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo a perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en New York, a setenta mil. El candidato para corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente,[30] se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera.[31] Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, como cuando se prevee guerra; y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se olvidaron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oyen en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra

los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos, la hacienda o la libertad. Eso se vio en New York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Hewitt,[32] el candidato demócrata al corregimiento, que votase por él, gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chauncey[33] Depew, que tenía a Grant[34] en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa a su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso se ha visto en Chicago, donde legiones de «ciudadanos», olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas a votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan,[35] el pugilista, ha visitado en la Casa Blanca a Cleveland. Blaine,[36] que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos *yachts,*[37] el *Coronet* y el *Dauntless,* han cruzado a toda vela el Atlántico de marzo en una regata famosa.[38] La Langtry, que vive en una casa encantada, pinta a la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro a un colegio africano. Descubre una compañía de ferrocarril que todo un departamento de empleados, ochenta empleados tenían organizada una asociación de robos al camino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman a la presidencia, de John Sherman que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas!», de que «América», esto es los Estados Unidos, «anime y ayude a nuestras repúblicas latinas». Los demócratas acogen en público con grandes festejos a uno de sus candidatos a la presidencia, a Hill,[39] que gobierna ahora el estado de New York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Pero enano queda todo eso ante la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura McGlynn, cuando les predicaba la otra noche sobre «La Cruz de la nueva Cruzada». «El discurso—dice un diario hostil[40] al sacerdote—fue una de esas soberanas oraciones que mudan la faz de los pueblos, y abren época en la historia». Allí predicó, como la cura de la agonía social en estos grandes pueblos, el retorno de la propiedad de la tierra a la nación, tal cual se hacía en la vieja Irlanda; allí resplandeció su rostro benigno como solo el rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo, resplandece allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, a esos cegadores de la luz que andan poniendo librea a la dignidad y caperuza a la conciencia. ¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato a Dios es la dicha de todas sus criaturas! Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiara, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana! En sustancia, eso dijo. Lo mismo va diciendo a enormes asambleas, por las ciudades populosas. Aquella noche retemblaba el teatro. Como lanzas han quedado clavadas las frases. No[41] sabía aquel frenético

concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos. McGlynn vestía levita cerrada, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había, a quien todos besaban la mano, de barba muy blanca. Y tres niñas pusieron a los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el Arzobispo,[42] tres cestos de rosas.

José Martí

El Partido Liberal. México, 30 de abril de 1887.

[Mf. en CEM]

EL ARTE EN NUEVA YORK[1]

Venta de la famosa galería Stewart.[2]—Los mejores cuadros.—Precios enormes.—El espectáculo.

Nueva York, 15 de abril de 1887.

Señor Director[3] de *La Nación:*

El alma, es verdad, va por la vida como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, o aspirar el aire vivífico, o aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienes, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: «¿cuándo acabaremos, oh alma?» Todo vivo, que debiera ser un aroma, es un cómplice; y la existencia es más feliz, mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Pero también el alma, aun en estos corrales donde la persiguen, tiene sus días de fiesta, en que se regocija y dilata: algo se sabe entonces de la maravilla que colora el ónix en las entrañas de los montes, y de esos vapores tornasolados que, como mariposas que se despiertan lentamente, van desapareciendo de las cumbres cuando las calienta la mañana. ¿Quién que padezca de lo agrio de la vida en esta comunidad sórdida no ha de comparar a esos deleites el de ver, como hambriento sobre quien cae lluvia de frutas luminosas y aladas, una colección de cuadros soberbios, de esfuerzos del pincel, de vistosísimas acumulaciones espirituales, de las batallas a cuyo fragor nació este siglo, de los tanteos y afanes con que engaña su actividad aún no madura, de la gloriosa luz y el aire alegre con que la edad nueva se prepara a reanimar, con los flancos abiertos y encendidos, la dulce religión pagana?

¿No es Fortuny,[4] vencedor de la luz, el pintor en quien parece haberse reconocido nuestro siglo?: él, la gracia heredada; él, la fuerza discreta; él, la creación indecisa y encogida; él, el consorcio de la libertad y la academia; él, la luz armoniosa y final que corona sus ensayos y dudas, tal como del conocimiento de la naturaleza surge, ahuyentando espantos, la creencia de alas universales a cuyo abrigo crecerán en paz los hombres. Todo es símbolo y síntesis, y hay que ir a buscar la raíz de todo.

Pero ahora no: ahora veamos estas obras famosas del arte moderno: esta galería incompleta y envidiable que acumuló por vanidad de advenedizo el odioso Stewart, el rico impío que encerró viva a su mujer,[5] privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro.[6] Aquí, en sus inútiles pujos por igualar la frescura de color del maravilloso catalán están todos esos pintores elegantes y alegres: Álvarez,[7] con sus pompas y dorados; Jiménez Aranda,[8] que no acierta a ligar las tintas claras en el aire libre; Nittis,[9] cuyo cielo anaranjado ya mostraba los fuegos de ocaso de su temprana muerte; Simonetti,[10] leve y gracioso como un paisaje de abanico; Palmaroli,[11] un sombrero de paja; Michetti,[12] un «niño sublime» de la pintura

de la luz; Boldini,[13] que pinta con el polvo esmaltado y rebelde de las alas de las mariposas.—Zamacois,[14] sabio como su maestro Meissonier[15] y desolado como Larra,[16] salpica con verdes y rojos altivos sus telas que debaten, arrollan y acusan. Y Madrazo[17] pinta mujeres adorables, con una luz cernida por un tamiz de seda.

¿A qué contar, en esa colección desordenada, los cuadros alemanes de peluca y chupa, los paisajes rojizos y sinceros de los norteamericanos, los lienzos de asuntos domésticos que seducen las almas sencillas, los campos graves y corpulentos de los artistas franceses, los estudios académicos, famosos y exangües? Los cuadros, como los hombres que los crean, se congregan por sus cualidades comunes en grupos: uno u otro, como los magníficos caballos rebeldes en la *Feria*[18] de Rosa Bonheur, levanta sobre el conjunto con las crines resplandecientes la cabeza. No veamos lo menor, que ese es entretenimiento grato solo a los menores, y propio de ellos: no digamos, aunque es verdad, que en esta célebre galería de Stewart no había la ligazón y orden que da a las colecciones meritorias valor lógico e histórico. Amontonó sus cuadros Stewart en la época en que, deslumbrados por Fortuny, todos los pintores vivos, los que buscan y crean, pugnaban por encarcelar la luz y remedar el aire; y eso es lo que tuvo de original esta galería afamada, fuera de la posesión feliz de algunas obras de empeño en que los pintores eminentes de nuestra época campean con su mayor bravura.

En el remate los veremos todos, entre los abejeos de la concurrencia, las ofertas, los chistes, los aplausos, las cortinas rojas. ¿En cuánto se venderá el *Friedland*[19] de Meissonier, su único lienzo de tamaño heroico? La *Carrera* y el *Pollice verso* de Gérôme,[20] ¿se venderán en acuerdo con su fama? ¿Quién comprará la *Feria de caballos,* el cuadro monumental de Rosa Bonheur? ¿Nos entenderán nuestros Fortunys, de sombra mística el uno, el otro de claridad deslumbradora?

Todo el señorío de New York, para comprar o curiosear, espera pacientemente a que abran las puertas del salón de Chickering.[21] *La Nación* está en la concurrencia al lado de Jay Gould,[22] un millonario de cuerpo pequeño y ojos vivaces, que lleva el gabán raído. Son las ocho. La sala está llena. Los catálogos, empastados de rojo, brillan entre los vestidos negros del concurso como manchas de sangre. Un cintillo de luces de gas da sobre el escenario, en cuyo fondo aguardan los cuadros su fortuna, ocultos tras las cortinas encarnadas. Ábrense las cortinas. El remate empieza.

Como neblina tachonada de globos de colores queda en la memoria esa escena que la fama de los cuadros, lo considerable de las sumas y la leyenda del dueño primitivo, han contribuido a hacer histórica. Los cuadros aparecían, oían el debate, se desvanecían detrás de la cortina. El rematador era, como suelen ser ellos, de aguda mirada: espejuelos, nariz bermeja, barba rala y comida en los arranques: frac: voz que acude con viveza de urraca donde huele a compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre, y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse sobre una presa nueva, saltar, picotear, a aquella voz. Él sigue el humor del público, que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone a la largueza; pero no quiere que se hable: «el hablar, señoras y caballeros, déjenmelo a mí». Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: «Sí, ya sabemos que en este país es inútil querer vender maestros antiguos». Su lenguaje es

este: aparece el cuadro: «¡Ea, párense ahí!» «Buen cuadro, muy buen cuadro». «¿Cuánto me dan?» «Cinco mil?» «¿Tres mil?» «¿Dos mil?» «He oído mil?» «¡Mil gracias!» «Cuadro valioso, muy valioso». «No volverán a ver su igual por el dinero». Él no florea, no explica, no alaba la mercancía. «¿Eh? ¿oí dos mil pesos?» «¡Dos mil!» «Ha costado mucho, ha costado mucho». «No se equivocarán comprando esa pintura».

De tiempo en tiempo dice un chiste, como cuando trajeron tres retratos pomposos de damas a la Du Barry,[23] con un paje negro para realzar su blancura, con mucho pelucón, cota de peto y gran lujo de flores y de pliegues: «Vaya, no rían tanto: alguno los necesitará para su galería de antepasados». Él sabe que estos ricos neoyorquinos prefieren a la gloria verdadera de crearse a sí propios la de parecer descendientes de algún buscamozas o guardapuertas de monarca. Pero enseguida aparece el retrato de Washington[24] por Stuart,[25] y las risas se cambian en un aplauso cerrado: «¡Mil! ¡Dos mil! ¡Tres mil pesos!» Se va el retrato ufano seguido de palmadas.

A veces el remate decae. Los cuadros con viejos, niños y animales gustan, lo mismo que los paisajes y marinas, y los de historia y costumbres inglesas. Pero cuando un cuadro notable ocupa el caballete, sostenido a uno y otro lado por dos negros de guante y librea, entonces es de ver cómo el rematador con su arte sutil enfrena al público, que susurra como colmena levantada. Descubre a los competidores, dirígese personalmente a ellos, les ruega que no dejen salir el cuadro de la ciudad, se inclina sobre el pupitre como sobre el cuello de un caballo en la carrera, recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, como el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza.

Las puestas silban como si fueran balas: la una da en el aire contra la otra: a cada puesta atrevida el público aplaude. «¡Al caer, al caer! ¿Quién da más? ¿Cien pesos más? ¡Pues dado!» Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. A veces, por una abertura del cortinaje, se ve a los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet,[26] forcejear con el cuadro en la sombra.

Las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza. La yerba jugosa, el camino solemne, el celaje apretado, los árboles robustos de *El fin de mayo* de Daubigny,[27] obtienen más favor que las nubecillas pizpiretas que animan el cielo risueño de *Las lavanderas* de Boldini,[28] y el elegante boscaje versallés que asiste al paseo alado de sus damas, cuyos rostros, pulidos como la cuenca de una concha, asoman por entre un polvo de colores.

Bajo un cielo rugoso se vienen por 1a sombra del camino, en la majestad de la espesa arboleda, las ovejas cansadas que sacian la sed en el arroyo pedigüeño con que agracia Jacque,[29] artista potente, su oscuro paisaje; pero esa calma profunda es preferible a *La vuelta del bosque* de Nittis, donde desde sus sillas de alambre, menos frágiles que ellas, ven pasar las alegres de París los carruajes que vuelven del paseo, destacando sus líneas ligeras en el aire rojizo. Pinta Vallés[30] una *Tentación* a lo Casanova,[31] un sacristán, de puro flaco líquido, que ya no halla rincón en su banco donde libertarse de la desenvoltura de tres lozanas mozas: *Una mujer galante* de Simonetti oye, tendida en un sofá de blancas pieles, el vivo amor de un caballero barbilindo, de quien se burlan, escondidas detrás de una cancela, tres regocijadas curiosas: Michetti, desdeñando esas falsas poesías, pinta en su

arrobadora *Mañana de bruma* los campesinos italianos, de vivos colores, adelantando en la neblina del crepúsculo con sus verdes melones a la cabeza, mientras rompe a lo lejos sobre la vieja muralla una luz cegadora;—pero esos cuadros apenas alcanzaron el precio de una *Familia de gatos* de Lambert,[32] que con ese ojo humano que dan a los animales los pintores que atentamente los estudian, persiguen absortos los revoloteos de dos mariposas, desde su cojín de gatos ricos.

¿Cómo explicar el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales, a no ser por ese cariño de conquistador a todo lo que le ayuda a la conquista, por esa ternura con que ama el labriego su caballo y su vaca, por el amor natural de la mujer al gato, que acaricia, al perro, que acompaña, al viejo amigo del campesino, que hala del carro en el verano y en la nieve? Un caballo salvaje, atacado por un león, se vendió en más que la deliciosa *Marquesa*[33] de Madrazo, mujer que sabe de amor, y empolvada la cabeza, agraciada la barba con el lunar, dormidos ya los ojos del sueño venidero, consulta con un espejo de mano la sabiduría de sus hechizos.

Una salva de aplausos merecida estalló cuando pusieron en el caballete unas *Vacas*[34] de Troyon,[35] no—como otras suyas—notables solo por la firmeza de la copia, sino porque allí los pacientes animales, en cuyo ojo turbio se ve aún la fuerza caótica de la creación, campean con natural beldad en el valle sereno donde dos altos chopos, quebrando la monótona llanura, realzan la majestad del horizonte.

Pero ni *La fiesta de niños*[36] de Knaus,[37] con tanto rostro menudo que parece moldeado sobre una manzana;—ni la *Carrera* y el *Pollice verso* de Gérôme, más célebres que dignos de serlo, puesto que en ellos no iguala al interés del tema la decisión y sabiduría de la pintura;—ni *La vuelta de la vendimia* de Bouguereau,[38] grupo frío de labriegos de Italia, donde no pudo este fecundo artista lucir los nácares y gracias de la carne, que él anima con una luz de aurora;—ni el retrato de Humboldt[39] que hizo Schreyer,[40] donde su cuerpo, débil sostén de la cabeza inefable y gloriosa, destácase desde su asiento en la colina sobre el argentado ambiente, en cuyo fondo alzan la cana cumbre los volcanes; ni la solidez y relieve soberanos de *La visita al recién nacido* de Munckácsy,[41] donde la madre, pálida aún del admirable dolor, sonríe desde su sitial de convaleciente a las curiosas amigas que le saludan aquella joya labrada en sus entrañas;—ni los *Bufones*[42] de Zamacois, verde uno, blanco otro, otro rojo, otros en todo el fuego de la luz, otros en un rincón sombrío, y el cuadro entero, salpicado de enanos, piernas colgantes y jorobas, hecho a una luz que acusa y quema, como el infierno de aquellas tremendas almas,—arrancaron aplausos tan ardientes como el grandioso rincón de bosque vivo por donde los lujosos caballos de Rosa Bonheur van a la *Feria.*

Se ven, se ven aquellos duros lomos, aquellas ancas altas y macizas, aquellas cabezas pujantes y fogosas. Uno negro, normando, se encabrita y flagela con las crines erizadas el rostro del jinete de blusa que lo doma: a paso travieso lo sigue un *pony*[43] peludo por entre sus mayores, con la mordida en la mirada. Un mozo va arrogante, como si supiese que el animal que monta es el más bello. Por el recodo vienen alazanes, retintos, bayos, ruanos. Del otro lado se entran en el bosque los que abrían la magnífica cuadrilla. Un chalán vigoroso, en lo mejor del lienzo, sujeta con ambos brazos desnudos el paso orgulloso de dos sementales blancos. Llevan la cola anudada, como para que se vea el dibujo rico. La carne recia hinchaba la piel tendida. La luz cae en las ancas.

Sobre ese cuadro sí fue la batalla recia. «¡Cuarenta mil pesos!» dijo una voz vibrante. Ruedos de aplausos acogían las ofertas, que iban de mil en mil. «¡Cincuenta mil!» «¡Cincuenta y tres mil!» En cincuenta y tres mil pesos lo compró el mayor de los Vanderbilt[44] para regalarlo al museo de New York,[45] donde servirá de modelo permanente esa obra fresca y pura.

«¡Cuarenta y cinco mil pesos!» «¡Cincuenta mil!» «¡Sesenta mil!» «¡Sesenta y seis mil!» ¿Qué cuadro es ese que obtiene el mayor precio alcanzado en los Estados Unidos por cuadro alguno? Es el *Friedland* de Meissonier, su cuadro querido, su Napoleón[46] en gloria, no cuando—como en aquel otro cuadro suyo *1814*[47]—volvía de Rusia con el águila muerta a la grupa de su caballo, sino cuando la fiereza de una criminal ambición no había deslucido aún en su rostro de dominador la gracia olímpica. Desde lo alto de un cerro, rodeado de sus generales y su guardia, con los cuerpos de ejército por horizonte, saluda Napoleón a los coraceros que en heroico desfile, alzándose sobre los estribos y con los aceros fuera de la vaina, van jurando, a galope tendido, morir por su emperador. Acá la furia e ímpetu de la carrera, el choque de ferralla de vainas y corazas, la yerba arremolinada bajo la caballería, el plumeo de los cascos relampagueantes, la locura de los caballos y de las espadas: los caballos flamean, los hombres juran: no hay un músculo en paz, ni en caballos ni en hombres: un corneta, vestido de amarillo, alza el clarín por sobre su cabeza, mientras exhala en una voz el alma: en el fondo del grupo, como un bosque de mástiles, se cruzan en líneas lejanas los aceros: dos espadas desnudas cortan de arriba abajo el cielo, a la cabeza de la cabalgata. Allá en el cerro, acopiando en los ojos azules cuanto deleite, penetración y misterio caben en el espíritu del hombre, mira aquel Jove nuevo a sus soldados vencedores, sentado firmemente en su orgulloso caballo blanco. Por entre la yerba, pintada hilo a hilo, baja al otro lado del lienzo, a marcha lenta, un grupo de húsares de negro morrión, cota azul con alamares amarillos, y el dolmán rojo al hombro. Un cañón desmontado está tras ellos. El cielo, un cielo claro de victoria, muestra ya en las alturas algunas nubes pardas.

«¿No[48] decíais—preguntó Meissonier a los que lo acusaban de impotencia artística,—que yo no sé pintar el movimiento? Pues aprended como yo, recopiando la vida hebra por hebra, a pintar al animal y al hombre en el grado mayor de animación de que son capaces: aprended como yo, pintores de polvo de arroz, a componer obras nacionales y macizas».—«Sí» respondió Manet,[49] aquel perseguidor de la luz a quien ha dado Zola[50] cuerpo inmortal en su Claudio de *L'Oeuvre*; «sí, pero en ese cuadro todo es de hierro, menos las corazas. ¿Cómo has de pintar la vida, tú que jamás has sabido pintar una mujer?»

Ese *Friedland*, como todo lo que Meissonier pinta, es un cuadro maravilloso, pero sin epidermis. Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre. Si habéis visto cadáveres desollados, ya conocéis ese color cienoso que Meissonier emplea en sus cuadros. Parece el suyo ojo de trilobites, que veía en redondo, con perfección implacable. Pinta pequeño, pero ve grande. La carne le seduce a tal extremo que da su color a las sendas de sus jardines y a las paredes de las casas. Pero su composición es graciosa, a despecho de su torvedad y constante estado de ira; su invención es profundamente artística, y lleva los caracteres enérgicos de su persona; y si no acierta a cubrir con un sobrecolor ligado y definitivo las desnudeces de su análisis, acaso para lucir mejor la inimitable fuerza de este, ha sabido pintar como no se pintaron jamás el ojo del caballo, la mirada de Napoleón, y el sonriente y festivo azul del cielo.

¿Quién sino Fortuny pudo unir sin trabajo visible la fuerza y la gracia? Dejemos en buen hora al rematador animando a su público para que le compren el *Otoño*[51] concienzudo de Bierdstadt,[52] unos lirios coquetuelos de Adrien Moreau, la repulida *Hermanita bondadosa* de Von[53] Bremen, *El hijo pródigo* de Dubufe,[54] sabio y brillante, la deseada *Disputa de límites* en cuyos rostros iracundos ha sabido pintar Nicol[55] las pasiones sociales que tienen roídos los cimientos de Inglaterra. Dejemos que las puestas cesen, que el remate acabe, que la concurrencia se reparta por las calles vecinas, con sus catálogos rojos brillando osadamente a la luz eléctrica sobre los vestidos negros.

¿En qué hemos de pensar, después de haberlos visto, sino en *El encantador de serpientes* de Fortuny, un juicio de la vida, y en *La playa de Pórtici*, una tormenta de luz?

Mientras más se estudia *El encantador*, más revela ese extraño poder del genio para crear involuntariamente símbolos profundos de la naturaleza que lo inspira. Sopla el levante, que deja el aire limpio, clara la oscuridad, rastreando por la tierra la humareda: a lo lejos, llanos, cuchillas, tolderío de árabes, montes, horizontes. ¿Cómo pudo obtener estos grados de luces en la sombra, sin los contrastes y blancos de Rembrandt?[56] Al frente del cuadro se desenvuelve en profética paz el drama eterno. ¿A qué encomiar la verdad de la alfombra donde el árabe esbelto está tendido, encantando a la serpiente; los verdes y los rojos del dibujo; la gracia del escorzo y de la perspectiva; la silla de montar caída a los pies del árabe, como su perro? La silla es como él, elegante y fina: ella es la libertad; la vida fiera, en una nube de *hashish;*[57] la carrera que inflama el corazón; el turbión de arena en que resplandece la espingarda; la amiga en el peligro y la almohada en la muerte.

Sopla el levante: azotadas las nubes trasponen los montes: enderézase sobre sus anillos, al voto del[58] mago, la mística serpiente: el mancebo la mira sin miedo, como la juventud a lo desconocido: un derviche,[59] envuelta la cabeza en un lienzo rojo que el viento sacude, contempla erguido en su asiento el duelo extraño con aquella poética curiosidad del árabe por la naturaleza, con el afán del viejo, curtido y desnudo, que quiere saber lo que está al otro lado de la vida! La serpiente se va desenroscando, como cuando las sacerdotisas de Lanuvium[60] le ofrecían en su templo las tortas de harina y miel de las colmenas; como cuando el eslavo la invitaba, temeroso de su poder, a tomar puesto en el festín de los hogares; como cuando el hindú arrodillado le ofrece la leche fresca en su escudilla. Nada más que el levante, que se lleva el humo, interrumpe la escena.

Acaso el encantador pregunta a la serpiente lo que ha de suceder, como le preguntaban los atenienses:[61] acaso la riñe, la abate, cuando intenta erguirse, la castiga, porque ha mordido a alguno de los árabes del tolderío. Flota al viento el lienzo rojo que cubre la cabeza del derviche. Reclinado el pico sobre el plumón del pecho asiste a los encantos una grulla. ¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio están representadas la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida?

¡Domémosla de jóvenes, y luego de bien curtidos y desnudos, volvamos a ti, naturaleza!

¿Y esa *Playa de Pórtici,* el cuadro que dejó sin acabar el único pintor que pobló de aire sus telas? ¿Cómo no había de ser hermoso, si era la prueba de su libertad de artista y de su propia dicha? Ya aquella no es la vida de árabe, que desató a sus ojos las gracias de la luz, y le reveló la elegancia y la

sabiduría; ya ha tomado del moro el conocimiento de la paz y alegría del mundo, y la dignidad del carácter; ya[62] la admiración de los coleccionistas le ha dado fama y riqueza; ya puede pintar a la claridad del sol a su mujer[63] y sus hijos.[64]

El cuadro es eso, su hogar en la playa, con su mujer que cose, su cuñada[65] que se ampara los ojos del reflejo, sus hijos que juegan sobre el verde a la sombra de un quitasol encarnado:[66] de un lado un muro blanco, a cuyo abrigo reposa el coche de la gira, sube al centro del cuadro, donde se divisan las callejas del pueblo, por una puerta roja: del otro lado, en ángulo atrevido, baja humedeciendo la orilla un mar de azul ardiente, donde se copia y acentúa el del cielo: con la calma de estío radioso vagan por el celaje algunas nubecillas. Blanco sobre blanco, celeste sobre marino, flor amarilla y parasol rojo entre bojas verdes: solo dos puntos negros quiebran aquel enorme lujo claro,—el coche dormido al amparo del muro, y del lado del mar la sombra de un bote. Allá en la arena triscan los bañistas, semejantes, bajo el fuego del sol, a hormigas de colores.

Y en la parte no acabada del cuadro se ve que jamás fue fácil el triunfo, y que aquella tersura del color, que es sutil aire ambiente, aquella gracia tan natural que no parece creada, aquella luz que solo cede en esplendor a la del cielo, eran el producto sabio de una labor terca y robusta, como todo lo que perdura y resplandece. Allí se ve, cortadas impíamente por la mano mortal sus hebras de colores, la carne sana de aquella enérgica pintura.

Era una capa puesta sobre otra, un azul en el seno de un amarillo, un verde cimentado sobre un blanco, un cariño de padre cuidadoso en la manera de hacer vivir y palpitar la luz. La noble tristeza de los creadores sombreaba la frente de aquel joven glorioso: ¡Sabe el hombre de partos y agonías, antes de que le dé su primer beso de paz en la aurora!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de junio de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR
DE *EL PARTIDO LIBERAL*

El poeta Walt Whitman.[1]—Fiesta literaria en New York.[2]—Vejez patriarcal de Whitman.—Su elogio a Lincoln[3] y el canto a su muerte.[4]—Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman.—Novedad absoluta de su obra poética.—Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético.—La poesía en los pueblos libres.—Sentido religioso de la libertad.—Desnudeces y profundidad del libro prohibido[5] de Whitman.

Nueva York, 19 de abril de 1887.

Señor Director[6] de *El Partido Liberal:*

«Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado». Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años[7] a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Solo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas, emite, a manera de bocanadas de luz este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.—¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines[8] han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen: en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de mero accidente: como el pudín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo: las escuelas filosóficas religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea: los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando[9] su hierro: de modo que cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente,—del hombre que camina,[10] que ama, que pelea, que rema,—del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia, y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone,[11] acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de dogos. Así parece Whitman, con su «persona natural», con su «naturaleza sin freno en original energía»,[12] con sus «miríadas de mancebos hermosos y gigantes»,[13] con su creencia en que «el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte»,[14] con el recuento formidable de pueblos y razas en su «Saludo al mundo»,[15] con su determinación de «callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas»:[16] así parece Whitman, «el que no dice estas poesías por un peso»,[17] el que «está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe»,[18] el que «no tiene cátedra, ni púlpito, ni

escuela»,[19] cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto, poetas de aguamiel, de patrón, de libro, figurines filosóficos o literarios!

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Víctor Hugo; Emerson,[20] cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo;[21] Tennyson,[22] que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra tiernísimos mensajes al «gran viejo»;[23] Robert Buchanan,[24] el inglés de palabra briosa, «¿qué habéis de saber de letras—grita a los norteamericanos—si estáis dejando correr, sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?» La[25] verdad es que su lectura, aunque[26] al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empequeñamiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. Él se crea su gramática y su lógica. Él lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja. «Ese[27] que limpia las suciedades de vuestra casa, ese es mi hermano!»[28] Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

Él no vive en New York, su «Mannahatta[29] querida», su «Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies»[30] a donde se asoma cuando quiere entonar «el canto de lo que ve a la Libertad»: vive, cuidado por «amantes amigos», pues sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan, en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en su carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los «jóvenes forzudos» en sus[31] diversiones viriles, a los «camaradas» que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer «la institución de la camaradería»,[32] a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. Él lo dice en su[33] *Calamus*,[34] el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: «Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor: amantes, continuos amantes es lo único que me satisface».[35] Él es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus *Hojas de yerba:* «Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre: anuncio una raza de ancianos salvajes, y espléndidos».[36]

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes,[37] el sol que lo ve todo, «los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad».[38] Pero ayer vino Whitman del campo para recitar ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, «aquella poderosa estrella muerta del Oeste»,[39] aquel Abraham Lincoln. Todo lo culto de New York[40] asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, hímnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a

veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían acaso entender aquella gracia heroica. La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en épodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes,[41] bordeando de fuego las crestas de las olas, despertando en las selvas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen, los picos cambian besos, se aparejan las ramas, buscan el sol las hojas, exhala todo música: con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las producciones más bellas de la poesía contemporánea es la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes, la luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que *El Cuervo* de Poe.[42] El poeta trae al féretro un gajo de lilas.[43]

Su obra entera es eso:

Ya sobre las tumbas no gimen los sauces: la muerte es «la cosecha,[44] la que abre la puerta, la gran reveladora»:[45] lo que está siendo, fue y volverá a ser: en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes: un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con majestuoso movimiento su puesto definitivo en el espacio: la vida es un himno: la muerte es una forma oculta de la vida: santo es el sudor y el entozoario es santo: los hombres,[46] al pasar, deben besarse en la mejilla: abrásense los vivos en amor inefable: amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, la muerte: el sufrimiento es menos para las almas que el amor posee: la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido: del mismo germen son la miel, la luz y el beso: en la sombra que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas.

Cada estado social trae su expresión a la Literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella puede contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas. No puede haber contradicciones en la naturaleza: la misma aspiración humana a hallar en el amor durante la existencia y en lo ignorado después de la muerte un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes, la lectura que como espontáneo consejo y enseñanza de la naturaleza promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan, la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que

las penurias y fealdades de la existencia no los descorazonen ni acibaren,no solo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de vivir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas: y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales los que deben servirles de meros instrumentos, y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que solo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno,—privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia,—aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable [y] seductora bondad del universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho, oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que solo ve la prisión que la encierra y cree en la oscuridad que aquello es el mundo: la libertad pone alas a la ostra. Y[47] lo que oído en lo interior de la concha parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo para Walt Whitman fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo, porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, «propósitos alados». Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos: «nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!»[48] Se ríe de lo que llaman disolución, y conoce la amplitud del tiempo: él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo: donde uno se degrada, él se degrada: él es la marea, el flujo y reflujo:[49] ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde

partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá[50] a los hombres, después de haberlos amado.—Su deber es crear: el átomo que crea es de esencia divina: el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del universo, entona el *Canto de mí mismo*.[51] De todo teje el canto de sí: de los credos que contienden y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes «ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja».[52] Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría: todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno: sobre todo, debe dejar caer la barba blanca. Pero eso sí, «ya se ha denunciado y tonteado bastante!»: regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores: ¡procreen en vez de querellarse, y añadan al mundo!: ¡créese con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

Él es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la naturaleza. La religión y la vida están en la naturaleza: si[53] hay un enfermo, «idos», dice al médico y al cura,[54] «yo me apegaré a él, abriré las ventanas, lo amaré, le hablaré al oído: ya veréis como sana: vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor». El Creador es «el verdadero amante, el camarada perfecto»:[55] los hombres son «camaradas», y valen más mientras más aman y creen, aunque «todo[56] lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera;»[57] mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que este fue creado, sabe, por lo que el sol y el aire libre le enseñan, que una salida de sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor universal y frenético, oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador, reconoce que el hombre es definitivamente bueno, y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar. «Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza: yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto». Una de las fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas como si fuera a violarlas, cuando solo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza: imbéciles ha habido que cuando celebra[58] en *Calamus,* con las imágenes más ardientes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno a aquellas viles ansias de Virgilio por Cebete[59]s y de Horacio por Giges y Licisco.[60] Y cuando canta en *Los hijos de Adán* el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del *Cantar de los cantares,* tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y

virilidad satisfecha, recuerda al dios del Amazonas[61] que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: «¡mi deber es crear!» «Yo canto al cuerpo eléctrico»,[62] dice en *Los hijos de Adán*; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis, es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar semejanza apropiada a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe hambriento que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino.[63] ¿Y decís que este hombre es brutal? Oíd[64] esta composición, que, como muchas suyas, no tiene más que dos versos: «Mujeres hermosas»: «Las mujeres se sientan o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas: las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes».[65] Y esta otra: «Madre y niño». «Ve el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio! Los estudió largamente, largamente».[66] Él prevé que, como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo dignos del universo; las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que «ya siente mover sus coyunturas»; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como su alma, al sentirse abrazado por el mar. Todo lo que vive le ama: la tierra, la noche, el mar le aman: «¡Penétrame, oh mar, de humedad amorosa!» Paladea el aire: se[67] ofrece a la atmósfera, como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerradura, y cuerpos en su belleza natural: cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo: él es «Walt Whitman», un kosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, sensual, carnoso, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás.[68] Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo, y ansiosa de poseerle lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, libre el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen, en la noche, el sueño y la muerte; en el «canto de lo universal, para beneficio del hombre común; en que es[69] muy dulce morir avanzando», y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque, con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Reúne en una composición del *Calamus* los goces más vivos que debe a la naturaleza y a la patria; pero solo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí, al amigo que ama. Él ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él solo son grandes los útiles. Echa el brazo por sobre el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega, sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que apoyado en la lanza detrás de sus percherones guía su carro sereno por el revuelto Broadway. Él entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores, siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral[70] de una herrería, y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan por sobre sus cabezas los

martillos, y dan cada uno a su turno.[71] Él es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a sus puertas, perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa: en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo: si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor, y volverá a sentarse a la mesa, como si hubiera matado una víbora![72]

Walt Whitman, pues, está satisfecho: ¿qué orgullo le ha de punzar, si sabe que se para en hierba o en flor? ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreselva? ¿cómo no ha de mirar él con tranquilidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la naturaleza? ¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe; y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece: pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante, y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa[73] a un lado, como excrescencia inútil la lamentación romántica: «¡no he de pedirle al cielo que baje a la tierra para hacer mi voluntad!» Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales «porque no se quejan».[74]—La verdad es que ya sobran los acobardadores: urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas:[75] dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja: pues los llagados ¿van por las calles enseñando sus llagas?—Ni las dudas ni la ciencia le mortifican: «Vosotros sois los primeros, dice a los científicos, pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada: ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! a la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda ciencia».[76] Pero donde su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia: ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer? «aquel que cerca de mí muestra un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío».[77] ¡Penetre el sol la tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce. Yo canto la eternidad de la existencia, la dicha de nuestra vida, y la hermosura implacable del Universo. Yo uso zapatos de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol![78]

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? Oh,[79] no! su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes boqueadas.

El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde por la extrañeza y pujanza a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un *continente* fecundo con portentos tales, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados![80] Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata, y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre: trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto, y surge con un claror radioso de la arrogante

paz del hombre redimido: trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje naturaleza: trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan, de los mares y los ríos esclavos. ¿Apareará consonantes Walt Whitman y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres, y sol que en todo impera y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?

¡Oh! no, Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes. En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería; otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes: suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al sol; pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. Él mismo dice cómo habla, «en alaridos proféticos»:[81] «estas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro».[82] Eso es su poesía, índice: el sentido de lo universal pervade el libro y le da, en la confusión superficial una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten: «lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas»: «di tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?» «hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo».[83]

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias. Él no infla tomeguines para que parezcan águilas: él[84] riega águilas, cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas: el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud de un asunto a sus análogos; mas luego, como si solo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito, y guía de cerca con puño de domador la cuadriga encabritada sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento: unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido. Esboza, pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento; poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por repeticiones, atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad a

regla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *«Viva, camarada, libertad, americanos».* Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que con arrobo perceptible y como para dilatar su significación, incrusta en sus versos?: *Ami, exalté,*[85]*accoucher, nonchalant,*[86] *ensemble: ensemble*[87] sobre todo le seduce, porque él ve el cielo de la vida de los pueblos, y de los mundos. Al italiano ha tomado una palabra: *bravura!*

Así celebrando el músculo y el arrojo; invitando a los transeúntes a que pongan en él sin miedo su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite, fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes, señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanas se extienden, y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y abandonado a los aires purificadores, germine y arome, en sus ondas, desembarazado, triunfante, muerto.

José Martí

El Partido Liberal. México, 17 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

UN POETA

WALT WHITMAN[1]

Su vida, su obra y su genio.—Una fiesta literaria[2] en Nueva York.

Nueva York, abril 23 de 1887.

Señor Director[3] de *La Nación:*

«Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, la mano en un cayado». Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años,[4] a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Solo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso[5] está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen: en vez de echarse unos en brazos de otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de meros accidentes: como el pudín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo: las escuelas filosóficas, religiosas o literarias encogullan a los hombres, como al lacayo la librea: los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro: de modo que cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente; del hombre que camina,[6] que ama, que pelea, que rema; del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia, y se resisten a reconocer a esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone,[7] acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de dogos. Así parece Whitman con «su persona natural», con su «naturaleza sin freno en original energía»,[8] con «sus miríadas de mancebos hermosos y gigantes»,[9] con su creencia en que «el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte»,[10] con el recuento formidable de pueblos y razas en su «Saludo al mundo»,[11] con su determinación de «callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas»;[12] así parece Whitman, «el que no dice estas poesías por un peso»,[13] el que «está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe»,[14] el que «no tiene cátedra, ni filosofía, ni escuela»,[15] cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto,—poetas de aguamiel, de patrón, de libro,—figurines filosóficos o literarios!

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, un retrato de Víctor Hugo: Emerson,[16] cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro, y se llamó su amigo: Tennyson,[17] que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra tiernísimos mensajes al «gran viejo».

Robert Buchanan,[18] el inglés de palabra briosa, «¡qué habéis de saber de letras,—grita a los norteamericanos,—si estáis dejando correr sin los honores eminentes que le corresponden la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?» La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empequeñecimiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. Él se crea su gramática y su lógica: él lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja: «Ese que limpia las suciedades de vuestra casa, ese es mi hermano».[19] Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

Él no vive en Nueva York, su Mannahatta[20] querida, su Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies,[21] «a donde se asoma cuando quiere entonar un canto de lo que ve a la Libertad»: vive, cuidado por «amantes amigos»,—pues que sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan,—en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en un carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los «jóvenes forzudos» en sus diversiones viriles, a los «camaradas» que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer «la institución de la camaradería»,[22] a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. Él lo dice en su *Calamus,*[23] el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: «Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor: amantes, continuos amantes, es lo único que me satisface».[24]

Él es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus *Hojas de yerba*: «Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre: anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos».[25]

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el sol que lo ve todo, —«los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad».[26] Pero ayer vino Whitman del campo, para recitar ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, «aquella poderosa estrella muerta del Oeste»,[27] aquel Abraham Lincoln.

Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, trenos vibrantes, hímnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían acaso entender aquella gracia heroica.

La vida libre y decorosa del hombre en un continente virgen ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en épodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes, bordeando de fuego las crestas de las olas, despertando en las selvas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen, los picos cambian besos, se aparejan las ramas, buscan el sol las hojas, exhala todo música: con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las más bellas producciones de la poesía contemporánea es la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera, desde un mar al otro. Se ven las nubes, la luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que *El Cuervo* de Poe.[28] El poeta trae al féretro un gajo de lilas.[29]

Su obra entera es eso.—Ya sobre las tumbas no gimen los sauces: la muerte es «la cosecha,[30] la que abre la puerta, la gran reveladora»: lo que está siendo, fue y volverá a ser: en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes: un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con movimiento majestuoso su puesto definitivo en el espacio: la vida es un himno: la muerte es una forma oculta de la vida: santo es el sudor, y el entozoario es santo: los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla: abrásense los vivos en amor inefable: amen la yerba, el mar, el animal, el dolor, la muerte: el sufrimiento es menos para las almas que el amor alegra: la vida no tiene pena para el que entiende a tiempo su sentido: de un mismo germen son la miel, la luz y el beso: en la sombra, que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos, dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas.

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas.

No puede haber contradicciones en la naturaleza: la misma aspiración humana a hallar en el amor durante la existencia y en lo ignorado después de la muerte un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague la armonía final y dichosa de las contradicciones aparentes; la lectura que como espontáneo consejo y enseñanza de la naturaleza promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las deformidades y penurias de la existencia ni los acibaren ni descorazonen,no solo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la

gracia, proveerá a la humanidad, ansiosa de maravilla y poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia[31] de sus credos antiguos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental que creen que toda la fruta acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o aflige, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que la poesía les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales los que deben servirles de meros instrumentos, y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que solo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera[32] de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno,—privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia,—aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos. Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho, oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que solo ve la prisión que la encierra, y cree en la oscuridad que aquello es el mundo: la libertad pone alas a la ostra. Y lo que oído en lo interior de la concha parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo para Walt Whitman fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser: y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo, porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro, y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, «propósitos alados».

Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos: «¡nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!»[33] Se ríe de lo que llaman disolución, y conoce la amplitud del tiempo: él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo: donde uno se degrada, él se degrada: él es la marea, el flujo y reflujo:[34] ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres después de haberlos amado. Su deber es crear:

el átomo que crea es de esencia divina: el acto en que se crea es exquisito y sagrado.

Convencido de la identidad del universo, entona el *Canto de mí mismo*.[35] De todo teje el canto de sí:—de los credos que contienden y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes «ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja».[36] Él se ve como heredero del mundo. Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría: todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno: sobre todo debe dejar caer la barba blanca. Pero eso sí, «ya se ha denunciado y tonteado bastante!». Regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores. Procreen, en vez de querellarse, y añadan al mundo. Créese, con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar.

Él es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas halla justicia y poesía. Mide las religiones sin ira: pero cree que la religión perfecta está en la naturaleza. La religión y la vida están en la naturaleza. Si hay un enfermo, «idos», dice al médico y al cura,[37] «yo me apegaré a él, abriré las ventanas, lo amaré, le hablaré yo al oído: ya veréis como sana: vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor!».

El Creador es el verdadero amante, el camarada perfecto.[38] Todos los hombres son «camaradas», y valen más mientras más aman y creen, aunque «todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera»;[39] mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que este fue creado, sabe por lo que el sol y el aire libre le enseñan, que una salida de sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor frenético y universal, oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador; reconoce que el hombre es definitivamente bueno; y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar.

«Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza: yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto». Una de sus fuentes de originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas, como si fuera a violarlas, cuando solo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza: imbéciles ha habido que cuando celebra en *Calamus* con las imágenes más vehementes de la lengua humana el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno de aquellas viles ansias de Virgilio por Cebete[40] y de Horacio por Giges y Licisco.[41] Y cuando canta en *Los hijos de Adán* el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del *Cantar de los Cantares,* tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad satisfecha, recuerda al

dios del Amazonas[42] que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: «¡mi deber es crear!» «Yo canto al cuerpo eléctrico»,[43] dice en *Los hijos de Adán*; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis, es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar apropiada semejanza a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe ahíto que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino.[44] ¿Y decís que este hombre es brutal?: oíd esta composición, que como muchas suyas no tiene más que dos versos,—«Mujeres hermosas»: «Las mujeres se sientan, o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas: las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes».[45] Y esta otra: «Madre y niño»: «Veo el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme y el niño: silencio! Los estudio largamente, largamente».[46] Él prevé que, como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse con una solemnidad y júbilo dignos del universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que ya siente «mover sus coyunturas»; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrazado por el mar. Todo lo que vive le ama. La tierra, la noche, el mar le aman. «¡Penétrame, oh mar, de humedad amorosa!» Paladea el aire. Se ofrece a la atmósfera, como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerradura, y cuerpos en su belleza natural. Cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo. Él es «Walt Whitman, un kosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, carnoso, sensual, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás».[47] Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y ansiosa de poseerle lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, emancipada el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen, en la noche, el sueño y la muerte: en el «canto de lo universal, para beneficio del hombre común»; en que es muy dulce «morir avanzando», y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Reúne en una composición del *Calamus* los goces más vivos que debe a la naturaleza y a la patria; pero solo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. Él ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él solo son grandes los útiles.

Echa el brazo por sobre el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega, sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que apoyado en la lanza detrás de sus percherones guía su carro sereno por el revuelto Broadway. Él entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería, y ve que

los mancebos, con el torso desnudo, revuelan los martillos por sobre sus cabezas, y golpean cada uno a su turno.[48]

Él es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a su puerta, perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa: en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo: si se lo vienen a atacar, matará al perseguidor, y volverá a sentarse a la mesa, como si hubiera matado una víbora![49]

Walt Whitman, pues, está satisfecho: ¿qué orgullo le ha de punzar, si él sabe que se para en tierra o flor? ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreselva? ¿cómo no ha de mirar él con serenidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la naturaleza? ¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece: pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante, y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado como excrescencia inútil la lamentación romántica: «¡No he de pedirle al cielo que baje a la tierra para hacer mi voluntad!» Y ¿qué majestad no hay en aquella frase, en que dice que ama a los animales porque «no se quejan?»[50] La verdad es que ya sobran los acobardadores: urge ver cómo es el mundo, para no convertir en montes las hormigas: dése fuerza a los hombres en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja: pues los llagados, ¿van por la calle enseñando sus llagas?—Ni las dudas de la ciencia le mortifican. «Vosotros sois los primeros, dice a los científicos: pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada: no es toda mi morada: ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve: y salve al alma, que está por sobre toda ciencia».[51] Pero en aquello en que su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia: ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer?: «aquel que cerca de mí posee un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío».[52] Penetre el sol la tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce: yo canto la eternidad de la existencia, la dicha y sentido de nuestra vida; y la hermosura implacable del universo: yo uso zapatos de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol![53]

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica: ¿Rimas o acentos? ¡Oh,[54] no! Su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que maneja en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes boqueadas. El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde por la pujanza y extrañeza a su cíclica poesía, y a la humanidad nueva congregada sobre un continente fecundo con tales portentos, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados.[55]

Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, o la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión

definitiva, y de la renovación del hombre: trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto, y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido: trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje naturaleza: trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan, y de los mares y los ríos esclavos. ¿Apareará consonantes Walt Whitman, y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres, y sol que en todo impera, y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje? Oh, no: Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra, [cuando] vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes.

En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería: otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo, a la hora en que el humo se pierde en las nubes: suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al sol: pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. Él mismo dice cómo habla, en «alaridos proféticos»:[56] «estas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro».[57] Eso es su poesía: índice. El sentido de lo universal pervade el libro entero, y le da, en la confusión superficial una regularidad grandiosa: pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten: «lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas». «Di tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?» «Hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo».[58]

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias: él no infla tomeguines para que parezcan águilas: él riega águilas cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas, el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la naturaleza. Si desvaría no disuena, porque así vaga la mente, sin orden ni esclavitud, de un asunto a sus análogos: mas luego, quien como si solo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito, y guía de cerca con puño de domador la cuadriga encabritada: sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento: unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido.

Esboza, pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera parecer que procede sin método alguno, sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo

exclusivo pondría en riesgo. Por reproducciones, atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad arregla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el modo mejor de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento, ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *Viva, camarada, americanos, libertad.* Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que con arrobo perceptible y como para dilatar su significación incrusta en sus versos?:[59] *Ami, exalté, nonchalant, accoucher, en masse, ensemble, ensemble*[60] sobre todas le seduce, porque él ve el cielo de la vida, de su pueblo y del mundo. Al italiano ha tomado una palabra: *bravura!*

Así, celebrando el músculo y el arrojo,[61] invitando a los transeúntes a que pongan en él sin miedo su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanas se extienden, y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y abandonado a los aires purificadores, germine y arome, en sus ondas, «desembarazado, triunfante, muerto».

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 26 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Acontecimientos interesantes.—México en los Estados Unidos.—Una reina en Washington.—La reina Kapiolani.—El *kaulukan,*[1] y el tierno *aloha-oé.*[2]—Honores a la reina.—La hermana del Presidente[3] va a dar clases de historia. —Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va a dirigir una escuela en New York y a redactar una revista.—La mujer americana.—La Feria de Vacas[4] en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios.—Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está limitada a los trabajadores descontentos.—La Sociedad contra la Pobreza.—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.— Un discurso de George.[5]—Reunión entusiasta.—«¡Nuestra cruz va marchando!»

New York, 9 de mayo de 1887.

Señor Director[6] de *El Partido Liberal:*

Hay una reina en Washington. La hermana del Presidente empieza a trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Una inmigrante alemana ha estado trabajando de labriego y cantero durante un año en ropas de hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está New York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las «nuevas fuerzas políticas», como las llama el ardiente John Swinton, han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de Sociedad contra la Pobreza.

Se habla a las claras de anexar el Canadá a los Estados Unidos.[7] Dice el *Sun*,[8] de New York, en un artículo lleno de justicia para México, que los capitalistas americanos dejarán perder un excelente negocio si no obtienen las concesiones necesarias para construir por sí las obras del desagüe del valle. Al día siguiente publica el *Sun* una carta, que no puede menos de tener que hacer con el artículo, en que se elogian calurosamente los planes del ingeniero Garay.[9] Los diarios de ayer celebran, con recomendaciones del gobierno mexicano, «la justicia y energía que muestran» las dolorosas ejecuciones de Nogales.[10] El *Herald*[11] de hoy dice que no ha de pensarse en los Estados Unidos tanto como se piensa en la conveniencia de adquirir los estados del norte de México para evitar el problema social con la abundancia de tierras libres que repartir entre los descontentos, «porque toda la tierra buena de esos estados está ya distribuida en vastas concesiones, poseídas en gran parte por especuladores norteamericanos, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera realizarse honradamente, solo añadiría, caso de que añadiese algo, una pobre extensión a la tierra pública de los Estados Unidos». Hay pues que pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus nidos en los árboles del Parque,[12] cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bonalde[13] de *El Cuervo,* de Edgar Poe,[14] el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer[15] extenuada se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, a la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por

los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, «¡porque le gustaba la verdolaga mucho a Edgardo!»

La reina que está en Washington es Kapiolani, esposa de Kalakaua,[16] el monarca de Hawai, con quien están en buenas amistades los ingleses, que saben de tiempo atrás cuán prudente es tener en todos los mares islas propias o amigas: así es que a Inglaterra va Kapiolani ahora, que es la ocasión primera en que deja a su tierra de guerreros y volcanes altos, para acudir a los festejos con que celebran los ingleses el 26 de mayo, el jubileo de la poderosa reina Victoria.[17] Dicen que Kapiolani, sí tiene una majestad, y es la de ser buena y haber fundado en su reino, aunque no sabe de lenguas cultas, un hogar para los leprosos, de los que hay muchos en aquella tórrida isla. No va vestida aquí, como en su país, del *kaulukan* nativo, blanco y suelto como el tipoy[18] poético de las indias payaguaces,[19] sino que lleva vestido de seda negra y gorra, con los cuales se presentó en un banquete de ceremonia que le daban, por parecerle más propio de una reina, «siendo ya tarde para cambiar de vestido, el cumplir en traje humilde su promesa, que el faltar a la hora fija por entretenerse en mudar de traje». Lo que, por supuesto,[20] pareció muy mal a la gente republicana de Washington. Pero con su llaneza y agradecimiento ha cautivado la reina Kapiolani, tan alta de virtud como de estatura, el afecto de la gente sensata; y dicen que va tan contenta de lo que ha visto en Washington, de las fiestas en que la han estado paseando, del banquete solemne dado en su obsequio por la Casa Blanca, que cuando partía el tren donde iba a Boston, lloró como quien deja el lugar en que ha amado, y dijo tiernamente el adiós de los de Hawai, el *aloha-oé,* el «¡te amo!».

Y es verdad que Rosa Elizabeth Cleveland, la hermana del Presidente, la que hace un año apenas dirigía aún las fiestas de la Casa Blanca, viene a New York con el glorioso otoño, que es aquí todo pompa y grandeza, para empezar su trabajo de profesora con una humildad que las iguala.

Pues es historia lo que ella viene a enseñar, mientras su hermano preside la nación libre más populosa del globo, es historia patria; con lo que su lenguaje, que tiene el rojo ígneo y el aroma acre de las hojas poéticas de octubre, y baja en lluvia viva de colores como ellas, y como ellas se arremolina vistosamente al viento, también, como ellas sobre la tierra caerá a guardar el fuego sacro en los corazones: porque ¿de qué vale, ni qué asegura, aprender la vida práctica en un pueblo, si no se habitúa el alma al trato heroico de los que han sabido vivir para conservarlo o morir cuando ha sido preciso, en su defensa? Aquí se aprende, por el caimiento evidente de los caracteres que solo la inmigración mantiene y repara, lo que fuera de aquí no debe olvidarse: un pueblo de patriotas fanáticos o imperfectos, es preferible a un pueblo de[21] egoístas.

Y ¿no es hermoso eso que va a hacerse aquí con tanta sencillez, la hermana en su silla de maestra, enseñando cómo vivió Washington,[22] cómo ordenó Hamilton,[23] cómo aconsejó Franklin,[24] cómo murió John Brown,—el hermano, que también fue maestro de escuela, presidiendo desde la Casa Blanca, la nación?

Ella, por ser mujer, no cree que ha de ser carga. No le parece decoroso vivir de otro, ni de su hermano, cuando puede vivir de sí. Su hermano tendrá su decoro y se enojará acaso de verla ganar su vida; pero ella tiene el suyo. ¿Ni qué falso decoro sería ese de tener a menos que la familia del Presidente, del empleado más alto de la nación, trabajase en el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro en que se sirve mejor

a los hombres y se padece menos de ellos? No. Ella tiene fama merecida de maestra de Historia. Su estudio sobre Juana de Arco ha merecido aplausos franceses. No se puede escribir sobre Carlomagno nada más bello y juicioso que lo que ella ha escrito. Antes de que su hermano fuese Presidente, ella gozaba fama en las escuelas del país, e iba de una en otra durante la estación de las conferencias, explicando con su inspirado lenguaje las bellezas dignas de imitación en los grandes caracteres.

Y como un pan no estorba, ni está en la mente *yankee*[25] perder la oportunidad de colocarse con provecho, no solo viene de maestra de Historia, sino de condueña del colegio en que la va a enseñar; y es justo que le pague su nombre y su fama, sin que esos quehaceres le estorben para escribir, también como dueña,[26] en el *Magazine of American History*, que en manos de hombres fue una quiebra ruidosa, y en las de la mujer que hoy lo dirige, de la señora Lamb,[27] es una de las más prósperas y amenas publicaciones americanas. Sí hay que venir a ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y de la batalla por la vida parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer, los mismos sexos.

Vamos ahora a donde mañana irá todo New York, a la «feria de vacas», en Madison Square. Hay que criar las alas, y que ejercitar las manos. Bien es que Rosa Cleveland enseñe historia en su lenguaje flameante, y es bien que los ricos de New York, los mismos que han regalado en estos días al Museo del Parque Central[28] cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va a ser célebre, de vacas lecheras. *El Partido*[29] irá a verlas despacio, para contar a los agricultores lo mucho que enseñan, pero ya hoy son interesantes, aun cuando en la confusión de los trabajos preparatorios no alegran las pintorescas lecherías los banderines y las luces, las músicas y las lecheras agraciadas, en sus vestidos de alemanas y de suizas, que dicen han de ser cosa de verse. Las veremos. De una de ellas cuentan que es positiva maravilla, con ojos de Lalla Rookh,[30] y manos «hechas a cebar lechones», como las de la Inés de *La Cena*[31] [de] del Alcázar.[32] Pero de esa no hablan los caballeros del queso y la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche a ver cuál vaca da más; si la de Jersey, la Guernesey, la de Holstein o la de Ayrshire: ellos hablan de Mary Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario, que vale veinte mil pesos, y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían los católicos fervorosos que tienen aún las palmas encendidas, por lo mucho que aplaudieron al cura McGlynn,[33] y a los que con elocuencia y fuerza de apóstoles lo acompañan a él y a Henry George, en su «Cruzada contra la pobreza».

Anoche no eran los aplausos en Madison, sino en el teatro más espacioso de New York, en la Academia de Música.[34] Ya esto es religión. La verdad es que se saltaban las lágrimas de gozo. El público no era de ganapanes, sino de gente modesta que quiere hacer bien: ¿a qué hay que añadir que había más mujeres que hombres? En el escenario estaban las coristas, coristas voluntarias, vestidas de blanco. Presidía un anciano elocuente,[35] que ha empleado sus últimas fuerzas en llevar la bandera de los trabajadores, las fuerzas que le quedaron de su empeño glorioso, cuando juró no vivir si no veía libres a los negros esclavos. Todo el teatro estaba en pie cuando las jóvenes vestidas de blanco, a los sones del órgano, prorrumpieron en su

himno al trabajo. El anciano trémulo y Henry George cantaban. Cada estrofa acababa en un conmovedor y vibrante aleluya y una salva de aplausos.

«La pobreza es injusta», decía Henry George, en su discurso[36] salpicado de sabia ironía, de patéticos recuerdos, de familiares abandonos, de aquellas sentidas y profundas palabras en que se revela su ardiente concurso con los dolores humanos. «No queremos quitar a nadie su riqueza, sino crear más riqueza de la que hay. Cada vivo, el negro más infeliz, el niño mísero que nace sin pañales en una casa de vecindad, tiene derecho a la extensión de tierra necesaria para nutrir su vida, puesto que nace».

¿Cómo los ingleses pueden estar adquiriendo para especular millones de acres de tierra en América, y se muere de hambre en América, por falta de tierra en que trabajar, más de un millón de americanos? El producto de lo de todos sea para bien de todos. No queremos repartirnos la tierra; sino libertar de trabas las industrias para vivir barato, imponer sobre la tierra el único tributo, y aplicar a los gastos del Estado y al beneficio de sus habitantes, la renta de las tierras que al Estado pertenecen y él alquila a los que las trabajan. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia. No queremos hacer ricos a todos los hombres, sino congregarlos en buena voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse a los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciarles el hambre. Cuando a esto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.

Llovían los pesos sobre las cestas en que depositaba la colecta la congregación. «¡A mí, a mí la cesta!» decían de todas partes, pobres irlandeses, alemanes bien vestidos, mujeres de holgada apariencia, un viejito que se levantaba sobre su báculo, y tenía a su hijo al lado. Un ejército en marcha parecía, puesta en pie, la enardecida concurrencia, cuando, al acabarse la fiesta solemne, las coristas vestidas de blanco cantaban a los sones del órgano: «¡Nuestra cruz va marchando!»

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 26 de mayo de 1887.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Gran exposición de ganado[1] en New York.—La Feria del ganado y de las lecherías.—El circo de Madison Square.[2] Reminiscencias.—Los ricos protegen la fiesta.—Ricos y ricos.—Enorme riqueza de los Estados Unidos en ganado.—Descripción de la feria.—Aspecto general.—Los periódicos de agricultura.—Los descremadores.—La «cremería». Las mantequeras.—Una madera para terneros.—Cómo se hace la mantequilla. Cómo se hace el queso.—Descripción de los nuevos inventos, de modo que se pueda sacar algún provecho de ellos. —El ganado.—El toro Pedro.—Estudio de cada raza. —Ojeada sobre las razas que faltaban.—Las razas que había.—Caracteres de las vacas Jersey, de las Guerneseys,[3] de las Holstein, de las Ayrshire.—Las Holstein se llevan los premios.—El toro de Holstein.—Condiciones, cría, alimentación y apariencia de una vaca lechera.—Descripción de un tipo, en boca de un lechero.—La hora de la ordeña.—Pedro.

Nueva York, 23 de mayo de 1887.

Sr. Director[4] de *El Partido Liberal:*

A poca distancia de la plaza de Madison,[5] que tiene por el oeste, como gargantilla de brillantes, los hoteles más suntuosos de New York y por el este al amor de encopetada iglesia,[6] sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de Madison Square, adonde, como a aurícula capaz, afluyen en las festividades de gusto popular las grandes concurrencias.

Allí el Hipódromo de Barnum,[7] con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmelenados[8] aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceras y fungen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste a la novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu temible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, ruido como de volcanes iracundos.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran Patricio[9] demostró a su jefe el misterio de la Trinidad,[10] pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erín, van a recibir a Parnell,[11] su abogado sesudo, a quien tiene ahora mismo al morir su amor intenso a Irlanda,—van a desear buen viaje a Davitt,[12] a su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la determinación con llama sobrenatural.

Allí,—cuando como aviones de primavera aún aletean los vítores,—levantan el piso, cúbrenlo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, apriétanse junto a la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, a la embriagadora luz eléctrica, halan el cuerpo mísero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el color, suplicantes y moribundos los ojos, la barba caída al pecho, los andarines competidores, que es cosa que da náusea.[13]

Allí, a diez pesos por cabeza, y de general a bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, a ver cómo se magullan a puñetazos, desnudos de cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria, ladrando vilmente, unos de lana como seda; otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueños, de ojos saltones y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la Feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad,—el *pony*[14] malicioso y velludo,[15] el árabe elegante e inquieto, el feo, enjuto y sufrido *mustang,* el Clydesdale,[16] tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de ancas, el caballo de carruaje hermoso y recio,[17] el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la Feria que contamos ahora, la Feria del Ganado y de las Lecherías, preparada en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar cimientos a la patria!

Eran de compararse, en los días de la Feria, ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar, abestiada la frente con el peinado a modo de vendaje, el traje sin carácter y como el uniforme de sonsera; los labios de mostacho pobre, besuqueando el mango de cuerno del bastón, rematado en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho a disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían como gallos finos entre quiquiriquíes: el cuerpo ágil y proporcionado; el traje obediente y suelto; la mano algo más ancha; el rostro, con cierta marcial hermosura, y ese esplendor, tan grato de ver, que solo la fuerza de la dignidad da al hombre.

Se llegaba a la puerta de la Feria por entre un laberinto de carruajes: porque no hubo esposa que no quisiese parecer buena casera, yendo a ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa;—ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para figurar vestida de lechera normanda;—ni magnate que no tuviese a honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país. El padre[18] de los Vanderbilt de ahora ¿qué era más que lechero, hasta seis años [antes] de morir? Muchos nombres famosos protegían la Feria: Vanderbilt,[19] Pierpont[20] Morgan, Le Grand B. Cannon,[21] Sloan,[22] Iselin,[23] Douglass:[24] ¿cómo no, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de queso, mil doscientos de libras de mantequilla, sin contar con el consumo doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año ganado por veintiún millones, y en carne fresca treinta más.

Y a todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, otro[25] para mejorar la casta lechera, y otro[26] para la res de matazón, sino un criar torpe y revuelto, en que se iban confundiendo sin juicio las razas distintas; y por no afinar a cada

una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaran, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne, y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: «el buey ruin en el cuerno crece!»

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y a pesebre pleno, se ha venido a parar del ganado zancudo y astoso de Texas, del buey caído y lentón de Massachusetts, a estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como corona, y rompen de una paseada el labrantío,[27] a estas Jerseys copiosas, que valen como Eurotas y Mary Ann, de diez a veinte mil pesos! ¿Quién no ha de querer ver esas vacas ilustres, el modo de ordeñarlas, de sacar la crema a la leche, de hacer de ella la preciada mantequilla, de ver cómo se elabora el queso, de comparar, allá al fondo del circo, las castas rivales, desde la Holstein de alzada hasta la Jersey pizpireta?[28]

La Feria lo es de veras. Acá estos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, aereadores[29] de la leche recién ordeñada, vasijas[30] de descremar, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas: allá la pagoda en que [un] *moujik,*[31] vestido de azul y negro, vende *koumys;*[32] más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo, y en torno y al fondo, los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamas. El aire que entra a bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias. Acarician las mujeres en el testuz a las vacas, que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pífano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. *The American Agriculturist,* que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica a la Feria. Un caballerete de arrogantes modales da a cuantos pasan un ejemplar de *The Jersey Bulletin,* donde se publica la genealogía de las damas ilustres de este ganado, y el registro de sus compras y ventas: *The American Dairyman,*[33] *El Lechero Americano,* está en todas manos, recomendando estos o aquellos modos de beneficiar la leche. *El Campesino de New York, The Rural New Yorker,* es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice «voto», en el pecho del monstruo «Fraude», cuyas tres cabezas «Glucosa», «Oleomargarina»[34] y «Semilla de Algodón», representan las sustancias viles con que se envenena la leche, o se imitan con autoridad del Congreso sus productos. Pero el puesto más bello es el de la Orange Judd Co., la noble casa de Broadway que lleva publicado cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina aquellos estantes!: ¡es de hacerse agua los ojos por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil!:[35] y todo está explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen[36] en su estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero,—el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquella la mantequilla, y con la desnatada el queso. Uno, el sueco Laval,[37] enseña su Separador Mecánico, el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema que contiene, lo que se conoce por el lactólitro de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca. Otro el americano Cooley,[38] que ostenta su

«cremería» ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, a la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de modo especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone a criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da a la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley. Otro, Stoddard,[39] encomia sus «refrigeradores», que de uno a otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, sacan la nata toda y dejan las jarras listas para la nueva ordeñadura.

Las mantequeras, donde se bate la crema para hacer la mantequilla, giran que vuelan, movida una al vapor, otra por electricidad, esta a manija, aquella a rueda; las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas, de columpio: unas baten la crema con aspas interiores que le rompen a la mantequilla el grano, lo cual la expone a agriarse y a durar poco: otras, la Stoddard y la Soper, no trabajan por fricción como esas, sino por concusión, dejando que los granos enteros se aglomeren por el movimiento propio y veloz de la crema en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencilla como en la de columpio de Davis,[40] a todas superior porque a sí misma se sirve, y no hay más que balancearla de vez en cuando, mientras se va y viene en las demás faenas. Pero la más curiosa era una de metal, a modo de nevera, donde, dando a la cigüeña de firme, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos o tres minutos. Que se hace es verdad, pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da a la rueda. Y a esto le llama el inventor «la maravilla del mundo», sin ver que más maravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, a cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la vaca, baja la leche [de] una lata fija en un tablón entre dos correderas: «así decía el inventor Small—se nutre el ternero mejor que de la tina,[41] no le quita a la leche la crema, que a él le hace mal, y toma su alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda».

Al rededor de todo esto había puestos de varias invenciones,—ya el «aereador»[42] de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfría la leche recién ordeñada, y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse,—ya jarras ingeniosas para traer la leche a los mercados, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjugarla, y sellos para marcar sus panes, y un papel apergaminado para envolverlos, más propio y económico que el lienzo en que la amortajan ahora. ¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer; desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar la mantequilla en panes o henchir de queso nuevo los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le veía, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está a punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, hasta que esta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende el vapor, o lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por las llaves se deja ir el suero, y a las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oír sería lo que ante estas cosas dijera el pastor que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombro descubrió la mantequilla y vio que era buena, como fue de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitadores campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran a engañar, iguales las corbatas y los ojos en salirse cada cual de su cuenca, registrando en cuclillas los codos

y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos maduros de un buey padre o una vaca lechera. Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada. Pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser, pero sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y a ojos presentes se vio allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no levantaba del suelo mucho más que él: pues ¿qué ciencia hay mayor que la que salta a la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve a lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender?

De pronto rompen las músicas: puéblanse los alrededores del corral: resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de Jersey, a Pedro. ¡Puerilidad será, pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, daba gozo que este triunfador se llamase Pedro! Del narigón lo llevaba el zagal por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. Él, corpulento, impetuoso, duro al palo: ellas, pequeñas, adamadas, mansas, como traídas a tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba; parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el[43] paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno Pedro, como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían a la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecían su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado bien las guirnaldas de flores. Y se fue negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido a paso alegre por sus hembras.

Él fue el premiado entre los Jerseys, por su belleza y el mérito de su progenie, y entre los Holstein lo fue Sir Henry Maplewood, abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas, que son todas ubre; pero sin aquella graciosa majestad y paso vivo con que Pedro, galán de su manada, la enamora y señorea.

No se quiso juntar en esta Feria, como se hubiera podido, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para el yugo, ya para la colodra, sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta[44] dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante a la servidumbre del arado, y acompaña bien al hombre en las tierras calurosas;—ni el Heresford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo de su yugo;—ni el Longhorn, de astas caídas, que se cría en Lancashire y en Irlanda, y en pocos años de mejora dio prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño;—ni el Kiloe[45] torvo y peludo de los escoceses, afilado[46] de cuerno y de testa atopada, pero de carne bien repartida sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho a vivir con el pastor, y dormir junto a él en su cabaña;—ni las mochas de Galloway, gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna,[47] en cuya casta descornada es manso el toro, por lo que el pastor tiene a vergüenza que se la vean en su grey;—ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros,[48] ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo;—ni aquel ganado suizo, parco y huesudo, que vive del aire aromoso más que del yerbón pelado en los desfiladeros de los Alpes;[49]—ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, estrecha[50] de ancas e ijares, cerrada de pecho, bolsuda y dura de ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola,—disputaban en la Feria el premio a esas cuatro

razas, únicas allí reconocidas, que campean hoy como primeras en los establos norteamericanos,—la Jersey, viva y cuidona; la Guernesey, algo más recia; la Ayrshire, la vaca de los pobres; y la Holstein que a todos ha vencido.

Pero a la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa Eurotas, con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalona. Ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave. Ella sabe que es bella. Es vaca de salón, de seda toda; y hasta el color, que del aire se hiere, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros de negras ojeras, con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso, con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos, con su cuello de onda y pie de cierva, con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas amplio, para que la ubre de delicados pezones tenga libre juego, allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mimos los tiene bien ganados; porque hay Jerseys, como Eurotas, que en 341 días dio 7 525 libras de leche y 778 de mantequilla; y la Duquesa de Smithfield, que por sus gracias y altanería merece el nombre, en una semana dio 436 libras de leche y en un año 10 784 libras; y Mrs. Langtry,[51] del color de las rosas de té, estaba dando en la Feria 36 litros diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, Lorenzo’s Beauty, y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vio Jerseys, ha visto Guerneseys, que dan leche de tanta nata, y tan abundosa y amarilla, como aquellas, solo que su lindeza es menor, a pesar de ser su piel más clara: aunque en eso mismo aventajan a las Jerseys, porque no está marcada su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas del buen pasar del gremio, a quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

Las Holstein venían luego, todas negras y blancas, y de mucho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas de sus toros, aunque a la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de raza buena. Catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos.[52] Levántanse del suelo con la pesadumbre visible de su potencia. En el lomo pudieran descansarles camarines como el que llevaba a Lalla Rookh cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.

De Holstein fue el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses, y les sirvió bien en la labor, y los tuvo hartos de leche. Son más huesosos que Jerseys, Guerneseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofo del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne ruin, cuero de excesivo peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado e infecundo, y toda la luz del día entre las costillas; sino ese otro hueso sano y compacto, que atrae la carne a donde debe estar, con su debida proporción

de gorda. Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga a la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Heresford y Devon como res de matanza—aunque su carne no es tan noble, y no hay quien le gane a padre enérgico, ni casta que dé más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. Él es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre: ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas. Lady Fay, la que se llevó por lechera el premio de la Feria, mira con su dulce rostro a los que la contemplan asombrados: su ubre, tamaña como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 [libras] y 5 onzas de leche en un día, y 20 412 en un año. Y el premio de mantequilla también fue de una Holstein, de Clotilde, que viene como Lady Fay de los establos de Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dio dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por última vez el sumiso testuz, el medallón de Guénon,[53] que les crece a pelo vuelta a ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indica, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de vacas pródigas. A Sir Henry Maplewood, que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras[54] de peso, le llega el medallón del pie del muslo a la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las púas del asta cubiertas de bolas de oro: así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban «la fuerza, la paz y la paciencia, favorables a los trabajadores».

Pero hay algo en las fieles Ayrshires que seduce, a pesar de su flaca apariencia, y son toda ella hondonadas y puntas; los ijares voluminosos, el costillaje grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y solo el pecho y el vientre anchos. De color son bermejos, o bermejos y blancos. No se espera de aquel cuerpo breve pezones tan serviciales. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella son cinco galones[55] diarios de buena leche buterácea,[56] y hay muchas que dan al año mil galones;[57] pero a pesar de eso «comen bondadosamente», como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que lo escaso del forraje merme tanto su rendimiento como en las otras castas: ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto a sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha a los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje, como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de Jersey es la vaca barragana.

«Esta es buena, señor, decía un zagal, levantando de una pellizcada la piel de la grupa, dócil y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella. Vaca lechera, así ha de tener por acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos. La color no le hace, que lo mismo da leche la negrota de Holstein, que la Jersey amarilla y esta Ayrshire achocolatada. Mírele la cabeza pequeñita, el cuerno corto y

lustroso, de pie ancho y punta fina, el ojo que parece de señora, quieto y suave, de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso: ¡y lo que come! ¡y lo que bebe! vaca bebedora cómprela el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, a que le queden sueltos los pulmones y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio».

«¿No ve el señor? dos dedos le caben por toda esta abertura del espinazo, que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como deben, bien aparte, para que la ubre crezca sin estorbo, y todo lo de atrás quede holgado, que estas partes son los talleres de la leche, donde todo ha de estar amplio y en juego, y la ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de este abrigo de seda, con el pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la señal que no falla son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza hasta entrarle en la carne por esos agujeros donde cabe el dedo: vaca con eso, y con los medallones en lo de atrás, esa es vaca lechera!»

«Véale cómo me mira, señor, porque la trato bien: y la vaca lo sabe: la mejor no[58] dará toda su leche si no la lleva con mimo el lechero: ¿El comer? Eso que hay que cuidarlo, y dárselo con medida, ni tanto que harte, ni tampoco que falte.—La leche empieza en la yerba. Buen comer—buena colodra y buen ternero. Buen verano, medio invierno: y buen invierno, medio verano. En verano la pongo donde yerba, y que no me coma yerba de agua o con rocío, sino seco, que es como nutre. Cuando se acaba, a establo, a comer pasto cortado y caliente, y cocido si se pudiera: y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses; bien sea de leche, matazón o cría, porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres[59] no tengo para cada vaca, y a establo con acre y medio[60] tengo: y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral, siempre aseado con lo que recojo después todo el abono. Ha de mezclarse la comida, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, porque eso le gusta a la vacada, aunque en el dulce hay que andar con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril a la vaca».

«¿El ternero? Sí, señor, salió blanco, porque la madre vio en mala ocasión pasar a un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea o le suceda cuando está para familia. Ahora a callar, señor, que es la hora de ordeña; y junto a las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni distraerlas con ningún ruido, porque mientras se las exprime sufren y están espantadizas: lo que hago yo es canturrearles, y al son se me están quietas y veo que me agradecen el canto».

Ya cae el crepúsculo: ya los mansos lecheros se acercan a sus vacas: beben los ternerillos de las tinas: vende el quesero a los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean como al apagarse, las luces eléctricas: hablan en un rincón propietarios y empleados sobre el entusiasmo con que New York ha acogido la Feria, sobre la utilidad de poner ante el público estas cosas; sobre los artículos que la prensa diaria seria dedica al ganado, sobre como en los quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en ninguna otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la Feria, pasa Pedro, seguido de una turba de zagales, de un lado a otro del circo. La sombra lo agiganta. Va halando a tierra el palo que lo

guía. Los mozos, a un lado y otro, andan callados, como orgullosos de llevarlo. Las Jerseys todas, a la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor descendía Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, junio 9 de 1887.

[Mf. en CEM]

GRAN EXPOSICIÓN DE GANADO[1]

En Nueva York. La lechería. La agricultura, sus productos, sus auxilia-res.—El toro triunfante. Razas. Modelos. Criadores. Alimentación. Mejoras. Indicaciones. Premios.

Nueva York, mayo 24 de 1887.

Señor Director[2] de *La Nación*:

A poca distancia de la plaza de Madison,[3] que tiene por el oeste, como gargantilla[4] de brillantes, los hoteles más suntuosos de Nueva York, y por el este, al amor de encopetada iglesia,[5] sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de Madison Square,[6] adonde, como aurícula capaz, acuden, en las festividades de gusto popular, las grandes concurrencias.

Allí el hipódromo de Barnum,[7] con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmelenados[8] aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fungen[9] de payasos, cuando no se cansa[10] alguno de que le moleste a su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, un ruido como de volcanes iracundos.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran Patricio[11] demostró a su jefe el misterio de la Trinidad,[12] pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erín,[13] van a Parnell,[14] su abogado sesudo, a quien tiene ahora mismo al morir su amor intenso a Irlanda;—van a desear buen viaje a Davitt,[15] a su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la determinación con brillo sobrenatural.

Allí,—cuando como aviones de primavera aún aletean los vítores,—levantan el piso, cúbrenlo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, apriétanse junto a la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, a la embriagadora luz eléctrica, halan el cuerpo mísero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el color, suplicante y moribundo el ojo, caída la barba al pecho, los andarines competidores, que es cosa que da náusea![16]

Allí, a diez pesos por cabeza, y de general a bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, a ver cómo se magullan a puñetazos, desnudos del cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida, caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria, ladrando vilmente, unos de lana como seda, otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados[17] de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueños, de ojos saltados y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad,—el *pony*[18] malicioso y peludo, el feo, enjuto[19] y sufrido *mustang,* el Clydesdale,[20] tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de

ancas,[21] el caballo de carruaje, hermoso y recio, el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la feria que contamos ahora, la feria del ganado y de las lecherías, preparada en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar cimientos a la patria!

Eran de compararse, en los días de la feria,[22] ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar; abestiada la frente con el peinado a modo de vendaje; el traje sin carácter, y como el uniforme de zoncera; los labios, de mostacho pobre, besuqueando[23] el mango de cuerno de sus bastones, rematados en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho a disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían, como gallos finos entre quiquiriquíes: el cuerpo, ágil y proporcionado; el traje, obediente y suelto; la mano, algo más ancha; el rostro con cierta marcial hermosura, y ese esplendor, tan grato de ver, que solo la fuerza de la dignidad da al hombre!

Se llegaba a la puerta de la feria por entre un laberinto de carruajes, porque no hubo esposa que no quisiese parecer buena casera, yendo a ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa; ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para aparecer vestida de lechera normanda; ni magnate que no tuviese a honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país.

El padre[24] de los Vanderbilt de ahora ¿qué era más que lechero, hasta seis años antes de morir?: y aun después de heredar a su padre, nunca abandonó su hacienda. Muchos nombres famosos protegían la feria del ganado: Vanderbilt,[25] Pierpont Morgan,[26] Le Grand B. Cannon, Appleton,[27] Sloan,[28] Iselin,[29] Douglass.[30] ¿Cómo no, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son de vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de mantequilla, sin contar con la de uso doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año ganado vivo por veintiún millones de pesos, y en carne fresca treinta más.

¡Y a todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, y otro para mejorar la casta lechera, y otro para la res de matazón,—sino una[31] cría torpe y revuelta, en que se iban confundiendo sin juicio las razas distintas; y por no afinar cada una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaban, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: «el buey ruin en el cuerno crece!»

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y a pesebre pleno, se ha venido a parar del ganado zancudo y astoso[32] de Texas,[33] del buey caído y lentón de Massachusetts, a estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como una corona, y rompen de una paseada el labrantío, a estas Jerseys copiosas que valen, como Eurotas y Mary Ann, de diez a veinte mil pesos!

¿Quién no ha de querer ver esas vacas famosas, el modo de ordeñarlas, de sacar la crema a la leche, de hacer esa mantequilla, de ver cómo se

elabora el queso, de comparar, allá al fondo del circo, las castas rivales desde la Holstein de alzada hasta la Jersey pizpireta?

La feria lo es de veras. Acá estos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, aereadores[34] de la leche recién ordeñada, vasijas para recoger la crema, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas; allá la pagoda en que un *moujik,*[35] vestido de azul y negro, vende *koumys:*[36] más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo; y en torno y hacia el fondo los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamas. El aire que entra a bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias: acarician[37] las mujeres en el testuz a las vacas que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados, los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pífano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. *The American Agriculturist,* que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica a la feria: un[38] caballerete de arrogantes modales da a cuantos pasan un ejemplar de *The Jersey Bulletin*, donde se publica la genealogía de todas las familias ilustres de este rico ganado, y el registro de sus compras y ventas. *The American Dairyman,* «El Lechero americano», está en manos de todos, recomendando estos o aquellos modos de beneficiar la leche. «El Campesino de Nueva York», *The Rural New Yorker,* es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice «voto» en el pecho del monstruo «fraude», cuyas tres cabezas, «glucosa», «oleomar-garina» y «semilla de algodón», representan las sustancias viles con que se envenena la leche, y se imitan, con autoridad del Congreso, sus productos. Pero el puesto más bello es el de la Orange Judd Co.,[39] la noble casa de Broadway, que lleva publicado cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina, aquellos estantes!: ¡es de hacerse agua los ojos, por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil!: y todo está explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen en el estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero,—el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquella la mantequilla, y con la desnatada el queso.—Unos, el sueco Laval,[40] enseña su «separador mecánico», el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema que contiene, lo que se conoce por el «lactólitro»[41] de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca:—otro, el americano Cooley,[42] que tiene su «Cremería» ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, a la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de manera especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone a criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da a la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley:—otro americano, Stoddard,[43] encomia un refrigerador parecido, que de uno a otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, saca la nata toda, y deja las jarras listas para la nueva ordeñadura, con la ventaja de que cada jarra tiene un graduador que sin necesidad de destaparla dice por donde va la crema, y esta baja en segundos por un embudo a la tina que la aguarda abajo, sin que sea menester recogerla despacio y a la burda: aunque

también el refrigerador de Cooley tiene su modo propio y automático de separar la nata, que ha de ir seguramente a las mantequeras.

¡Y las mantequeras, giran que vuelan! Las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas y de columpio, movida esta a manija, a rueda aquella: unas baten la crema con aspas interiores, que quiebran a la mantequilla el grano, lo cual la expone a agriarse y durar poco: otras, como la Stoddard y la Soper, no trabajan por fricción como esas, sino por concusión, dejando que el grano entero se aglomere por el movimiento propio y veloz de la leche en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencillo como en la de columpio de Davis,[44] a todas superior porque se sirve a sí misma, y no hay más que empujarla de vez en cuando mientras se anda en las demás faenas.

Pero la más curiosa era una de metal a modo de nevera, donde, dando de firme a la cigüeña, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos o tres minutos. Que se hace, es verdad; pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da a la rueda. ¡Y a esto le llama el inventor «la maravilla del mundo», sin ver que más maravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, a cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la vaca, baja la leche de una lata fija en un tablón entre dos ranuras corredizas: «Así, decía el inventor Small, se nutre el ternero mejor que de la tina, no le quita a la leche la crema, que a él le hace mal, y toma el alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda».

Alrededor de todo esto había puestos de varias invenciones,—ya el «aereador» de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfría la leche recién ordeñada, y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse,—ya jarras ingeniosas para traer la leche a los mercados, y botellas herméticas de vidrio, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjugarla, y batidores en que molerla, y sellos de madera para marcar sus panes, y un papel apergaminado donde envolverlos, más limpio y económico que el lienzo donde la amortajan ahora.

¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer, desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar en panes apetitosos la mantequilla, tan fina como la de Bélgica, o henchir con el queso nuevo, que ha de sazonar a los tres meses, los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le vería, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está a punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, hasta que esta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende el vapor, o lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por las llaves se deja ir el suero, y a las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oír sería lo que ante estas cosas dijera el pastor que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombro descubrió la mantequilla y la halló buena, como fue de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitadores campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran a engañar, iguales las corbatas y los ojos en lo que cada cual se salía de su cuenca, registrando en cuclillas los codos y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos[45] maduros de un buey padre o una vaca lechera. Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada; pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser, pero

sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y a ojos presentes se vio allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no alzaba del suelo mucho más que él: pues ¿qué ciencia hay mejor que la que salta a la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve a lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender?

Este pregona los menjurjes de McDougall,[46] exentos de sustancias venenosas para limpiar de lacras la piel de las ovejas; otro dice que los remedios de «Vet» son más variados y mejores: uno cuenta que a su ganado le va bien con el «Fluido de Little»,[47] que cura fuera y dentro: aquellos contienden sobre si la «turba alemana» *(The German Peat Moss Co.)*, que es muy absorbente y desinfectante, debe preferirse en sus establos a la paja, húmeda y de mal olor, y al aserrín de Newell,[48] que si no vale lo que la turba luego para abono, tampoco daña la vista de los animales y el pavón de los arneses con el amoníaco que exhala, como aquella. ¿Quién no sabe que al animal se le ha de dar el forraje cortado, y caliente y cocido si es posible, para que así le vaya a la carne, a la leche o al trabajo, la fuerza y calor que de otro modo pierde en mascar y digerir la fibra dura?: allí está el *Lion*,[49] el cortador de forraje, que lo aplasta a la vez que lo corta, y se lo da ya a la bestia roto y masticado. Y aquel, el único que aún no hemos visto, prueba en una vaca su «amarra de cadenas», prendida al techo y suelo por dos cadenas cortas, que dejan al animal[50] sujeto por el cuello, aquel grado de mayor libertad que amansa y aprovecha a los cautivos.

De pronto rompen las músicas: puéblanse los alrededores del corral: resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de Jersey, a Pedro:—Puerilidad será; pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, daba gozo que este triunfador se llamase Pedro! Del narigón lo llevaba el zagal, por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. Él, corpulento, impetuoso, duro al palo: ellas[51] pequeñas, adamadas, mansas, como traídas a tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba, parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno Pedro, como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían a la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecía su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado bien las guirnaldas de flores. Y se fue, negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido a paso alegre por sus hembras.

Él fue el premiado entre los Jerseys, por la hermosura y mérito de su progenie; y entre los Holstein lo fue Sir Henry Mapplewood, abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas que son todas ubre, pero sin aquella graciosa majestad y paso vivo con que Pedro, galán de su manada, la mejora y señorea.

No se quiso juntar en esta feria, como pudo ser, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para la colodra, ya para el yugo; sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante a la servidumbre del arado, y acompaña bien al hombre en las tierras calurosas;—ni el Heresford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo de su yugo;—ni el Longhorn,[52] de astas caídas, de allá del Lancashire y de Irlanda, que en pocos años de mejora dio prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño;—ni el Kiloe[53] torvo y peludo de los escoceses, afilado de cuerno y de testa

atopada, pero de carne bien repartida[54] sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho a vivir con el pastor, y a dormir junto a él en su cabaña;—ni las mochas de Galloway,[55] gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna, en cuya casta es manso el toro, por lo que el pastor tiene a vergüenza que se las vean en su majada;—ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros, ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo;—ni aquel ganado suizo parco y huesudo que vive del aire aromoso más que del yerbón escaso en los desfiladeros de los Alpes;—ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, angosta de ancas e ijares, cerrada de pecho, bolsuda, carnosa y dura la ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola,—disputaban en la feria el premio a esas cuatro razas, únicas allí reconocidas, que campean hoy como primeras en los establos norteamericanos,—la Jersey,[56] viva y cuidona; la Guernesey, un poco más recia; la Ayrshire,[57] la vaca de los pobres; y la Holstein, que a todas ha vencido.

Pero a la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa Eurotas, con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece,[58] va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como para que la ubre de delicados pezones tenga libre juego;—ahí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mimos los tiene bien ganados, porque hay Jerseys, como Eurotas, que en 341 días dio 7 525 libras de leche y 778 [de] mantequilla; y la Duquesa de Smithfield,[59] a quien por las gracias y altanería no le va mal el nombre, en una semana dio 436 libras de leche; y en un año 10 784 libras; y Mrs. Langtry,[60] del color de las rosas de té, estaba dan-do en la feria treinta y seis cuartos diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, Lorenzo´s Beauty, y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vio Jerseys, ha visto Guerneseys, que dan leche de tanta nata, y tan copiosa y amarilla, como aquellas, solo que su lindeza es menor, a pesar de lo más claro de su piel; aunque en eso mismo aventajan [a] las Jerseys, porque no es tan saliente su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas de buen pasar del gremio, a quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

Las Holstein[61] venían luego, todas negras y blancas, y de mucho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas[62] de sus toros, aunque a la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de casta buena: catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos: levántanse del suelo con la pesadumbre visible de su potencia: en el lomo pudieran descansarles camarines, como el que llevaba [a] Lalla Rookh[63] cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.

De Holstein fue el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses; y les sirvió en la labor con voluntad, y les dio abundante leche. Son más huesosos que Jerseys, Guerneseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofo del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne de fibra ruin, cuero de harto peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado e infecundo, y toda la luz del día entre las costillas;—sino ese otro hueso sano y compacto que atrae la carne a donde debe estar, con su debida proporción de gordo.

Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga a la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Heresford y Devon como res de matanza—aunque su carne no es tan noble, y no hay quien le gane a padre enérgico, ni casta que dé más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen: dos libras de mantequilla al día da cualquier Holstein. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. Él es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre: ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas.

Lady Fay, la que ganó por lechera el premio de la feria, mira con su dulce rostro a los que la contemplan admirados: su ubre, tamaña como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 libras y cinco onzas de leche en un día, y 20 412 en un año. Y el premio de mantequilla también fue de una Holstein, de Clotilde, que viene como Lady Fay de los establos de Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dio dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por vez última el sumiso testuz, el medallón de Guénon,[64] que les crece a pelo vuelta a ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indica, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de crianzas de riquísima ubre. A Sir Henry Mapplewood, que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras[65] de peso, le llega el medallón del pie del muslo a la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las puntas del asta cubiertas por bolas de oro: así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban «la fuerza, la paz y la paciencia, favorables a los trabajadores».

Pero hay algo en las fieles Ayrshire que seduce, a pesar de su flaca apariencia, y de ser toda ella hondonadas y puntas: los ijares voluminosos, el costillaje grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y solo el pecho y el vientre anchos.

De color son bermejas, o bermejas y blancas. No se espera de cuerpo tan menudo pezones tan pródigos. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella es cinco galones[66] diarios de buena leche buterácea;[67] y hay muchas que dan al año mil galones;[68] pero «comen bondadosamente», como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que por lo pobre del forraje sufran tanto como las de otras castas. Ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da

más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto a sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha a los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje, como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su resistencia y mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de Jersey es la vaca barragana.

«Esta es buena, señor, decía un zagal levantando de una pellizcada la piel de la grupa, flexible y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella. Vaca lechera, así ha de tener acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos. La color[69] no le hace, porque lo mismo da leche la negrota de Holstein, que la amarilla de Jersey, que esta Ayrshire achocolatada. Mírele la cabeza pequeñuela; el cuerno corto, ancho de base y punta fina; el ojo que parece de señora, quieto y suave, y de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso: ¡y lo que come! ¡y lo que bebe!: vaca bebedora cómprela el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, a que le queden bien sueltos los pulmones, y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio».

«¿No ve el señor?: dos dedos le caben en esta abertura del espinazo, que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como deben, bien aparte, para que la ubre tenga donde crecer, y todo lo de atrás quede espacioso, que estas partes son los talleres de la leche, donde ha de estar todo amplio y en juego. La ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de seda, con este pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la gran señal son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza hasta entrarle en la carne, por esos agujeros donde cabe el dedo. Vaca con eso, y los medallones en lo de atrás, esa es vaca lechera!»

«Véala cómo me mira, señor, porque la trato bien, y la vaca lo sabe: la mejor no dará toda su leche si no la lleva con mimo el lechero. ¿El comer? Eso hay que cuidarlo, y dárselo con medida sin tanto que empache, pero fuerte y lleno. La leche empieza en la yerba. Buen comer,—buena colodra y buen ternero. Buen invierno, medio verano; y buen verano, medio invierno. En verano la pongo donde yerba, y que no me coma yerbaje de mucha agua o con rocío, sino seco, que es como nutre: cuando se acaba, a establo, a comer pasto cortado y caliente, y cocido si hay un poder. Y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses, porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres[70] no tengo para cada vaca, y a establo con acre y medio[71] tengo; y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral siempre aseado, con lo que recojo todo el abono. Eso sí, la comida ha de mezclarse, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, que le gusta a la vacada, aunque en lo dulce ha de andarse con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril a la vaca».

«El ternero, sí señor, salió blanco, porque la madre vio en una ocasión pasar a un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea o le suceda cuando está para la familia».

«Ahora a callar, señor, que es la hora de ordeño, y junto a las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni

distraerse con ningún ruido, porque mientras se las exprime, se ve que sufren, y están espantadizas: yo, por mí, lo que hago es canturrearles, y al son se me están quietas, y veo que me agradecen el canto».

Ya cae el crepúsculo: los mansos lecheros se acercan a sus vacas: beben los ternerillos de las tinas: el quesero vende a los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean, como al apagarse, las luces eléctricas: hablan en un rincón empleados del entusiasmo con que Nueva York ha asistido a la feria, de los largos artículos en que la describe la prensa diaria, de como en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquiera otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la feria, pasa Pedro, seguido de una turba de zagales, de un lado a otro del circo: la sombra lo agiganta: va halando a la tierra el palo que lo guía: los mozos, a un lado y otro, van callados como orgullosos de llevarlo: las Jerseys todas, a la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor bajaba Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando, al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de julio de 1887.

[Mf. en CEM]

ESTUDIOS CRÍTICOS

POR RAFAEL M. MERCHÁN[1]

Pocos libros castellanos hemos leído últimamente que puedan compararse por sustanciosos y amenos con la discreta colección de *Estudios críticos* que publicó el año pasado, en Bogotá, el cubano Rafael M. Merchán, y hasta ahora no había prestado a *El Economista*[2] una mano amiga,—como si fuera bien que los rayos del sol se guardaran para lo crudo del invierno.

Están allí tratados interesantísimos asuntos, y todos con moderación y maestría. Ensalza a Miguel A. Caro[3] como crítico, y lo hace con gracia de caballero esgrimidor, que presentara a su contendiente el arma por el puño. A los versistas pobres los castiga como la *Venus* de Díaz[4] a su Cupido fugitivo,—con un ramo de rosas. Con admirable sensatez descubre lo flojo de la trama de la soberbia *Leyenda de los siglos.* Saben a Academia nueva las *Estalacmitas*[5] *del lenguaje,* donde acopia donosamente sanas doctrinas filológicas, con ocasión de haber leído el precioso libro de Rufino J. Cuervo,[6] *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.* En su estudio sobre el tierno Zenea[7] demuestra ingenio sutil y erudición literaria que raya en sabiduría como en todo lo que dice, que es cuanto hay que decir, sobre *La lira helénica; El Dorado*[8] de Liborio Zerda y *Cuba primitiva*[9] de Bachiller y Morales[10] le dan caso para compilar cuanto de veras se sabe sobre América, y para deplorar que fuera segada en flor aquella raza esbelta y primorosa, criada sencillamente a los pechos amables de la naturaleza.

Es todo de oro, y nutrido de ciencia difícil, el estudio en que expurga y asolea la prosa aventajada, y a veces sublime, de *Los siete tratados* de Montalvo.[11] Se ve que tuvo loable miedo de parecer excesivo en la alabanza de su tierra propia; pero ¡con qué filial lealtad ha seguido desde Colombia hospitalaria, en *La Habana intelectual vista desde los Andes*, a aquella pobre tierra de Cuba, que clama en el desierto, como una palma destocada por el rayo!

El estilo sereno, suave y vivo fluye sin amontonamientos ni desmayos, y los párrafos, tersos y jugosos, acaban comúnmente en una idea aguda y feliz que los completa como una joya a una sortija. Nunca aparece allí un asunto tratado fuera de su natural medida; ni el brillo viene de esas imaginaciones de abalorio que traen tan sobrecargada y pomposa a nuestra literatura, sino del juicioso consorcio del pensamiento y el lenguaje, que compiten en claridad, fuerza y pureza. Hay gracia griega y calor vital en esa prosa limpia y rica. Tiene el estilo del cubano Merchán el esplendor y la solidez de la salud. Él no es, no, de aquellos de quienes con desdén justo habla Barbier:[12]

De tous ces baladins qui dansent sur la phrase.[13]

Pero todo eso es forma, que es lo menos. Lo más loable de este libro es su nobleza. Este escritor no anda, como otros, persiguiendo como un Kobold maligno la cocina ajena, para morir, como los Kobolds, con su propio cuchillo en el costado. Merchán no parece ser de los que no concilian el sueño hasta que no han descubierto en Aquiles el talón apetecido,[14] sino de los que, con la satisfacción propia del buen médico, como artista padece de lo feo y como caballero lo excusa y lo cura. Pues, criticar qué es, sino ejercer el criterio? Y todo se junta dichosamente en él para darle puesto de honra entre los juzgadores: la serenidad del ánimo, la viveza de la convicción honrada, la aristocracia intelectual que viene de pensar y de padecer, y esa

superior y elevada indulgencia que se logra solo cuando se reúnen en una misma persona un corazón generoso y una cultura envidiable.—(De *El Economista Americano* de New York.)

La Estrella de Panamá. 9 de junio de 1887.

BLOOD OF THE INNOCENTS[1]

Full Vindication of the Students Shot in Cuba in 1871.—Butchered by Militia.—A Subscription for a Monument to Be Raised in New York.

The city of Havana has in the last few days been the scene of memorable events. *La Lucha*, the enterprising Havana paper to which a large measure of credit is due for the defence of justice to the Cubans, publishes an account of the dramatic incidents which have led to a vindication of the innocence of the eight medical students who were officially murdered sixteen years ago.

These eight students, from sixteen to twenty-one years old, were, after a mock trial held under mob pressure, put to death amid frantic applause, and thirty-one more were sent to the State Prison for the supposed crime of having profaned the sepulchre of Gonzalo Castañon, an ill advised journalist who, in consequence of a dispute with the friends of the revolutionists, had met his death in Key West some months before. The vault showed not a single trace of profanation, and a line made long before in the crystal covering the flower offerings was all that could have been attributed (had it not been full of moisture at the date of the event) to a disrespectful hand.

Only the Cubans guilty

The Spaniards among the students were set at liberty. One of the students shot was not even in the cemetery on the date of the alleged profanation. Only Federico[2] Capdevila, a noble officer of the army, charged with the task of defending the students, had the courage to utter in the trial a few brave words, for which he barely escaped paying with his life at the hands of the mob, ill disposed to countenance any but a sanguinary termination.

It has been said by General Crespo, who was the head of the government and signed the sentence of death while convinced of its infamy, that «to find an appropriate comparison for the proposals made to him by some of the leaders of the mob it was necessary to go back to the darkest days of the French Revolution». It is, indeed, the language of the General that is here used. Thousand of armed men filled the streets day and night, surrounded the prison, packed the corridors of the General’s palace, yelled continuously for the death of the students and succeeded in bringing the government to yield to their demand under the cover of a trial by court martial which held sessions at the point of the bayonets of the lawbreakers.

It was the son of one of the fiercest among these, a boy of sixteen, who had picked a rose in the garden of the cemetery, that was first selected to be shot, and that, too, with the very rifles to the buying of which his own wealthy father had largely contributed. Four of his classmates, who had been playing with a wheelbarrow, followed immediately after. It is said that the unworthy tribunal had compromised with the mob for the death of eight of the prisoners, and that the three additional victims required were chosen by lot. The unfortunate boys met death courageously—not a knee trembled. Some were shot in the head, some in the heart. «The eight corpses», says *La Lucha* in a pathetic description of the affair, «were laid without a name, a cross or a stone, under the earth, four northward, four southward.» *La Lucha* has published the portraits of the unhappy young men.

A Popular Testimonial

But justice has her ways, and through the courage of Fermin Valdes-Dominguez, one of the surviving classmates who was sent to prison, the innocence of his friends has been so fully strikingly demonstrated that the affair is to-day the talk of the island. A subscription to erect a monument to the students is being quickly raised by Spaniards and Cubans alike, in Cuba, in Spain and in New York. The moderation of the Cubans under provocation has lent dignity to their sorrow, and a public atonement for the crime on the part of those who are now regarded as accomplices to it would be a proper offering to those who died unjustly at their hands, as well as an act that could not fail to bring to a better understanding the two hostile sections in which the war for independence left the island divided.

Face to Face

It was a dramatic scene when Valdes-Dominguez, regardless of the danger in which his action might place him, advanced, trembling with emotion, toward the coffin of Castañon, which the latter’s son, accompanied by his friends, was having removed from its temporary vault to be sent to its final place of rest in Spain, and, raising his hand above the untouched coffin solemnly asked the son, a youth of twenty, to declare that the remains of his father had not been disturbed by the students. The son of Castañon publicly acknowledged that no profane hand had touched his father’s remains. Dominguez himself was allowed to open the coffin where lay the man who caused, this time unconsciously, so many deaths.

Young Castañon confirmed in a dignified letter his acknowledgment. Permission from all concerned was accorded to Valdes-Dominguez to recover, if possible, the remains of the students from the secluded spot where they were buried, and after himself working incessantly for two days with his bare arms, aided by a friend and the negro gravediggers, at last discovered all that was left on earth of his dead friends—eight skeletons lying side by side, the skulls and ribs bent by the missiles of the shooting party. A silk cravat, some collar buttons and a few silver buckles were all that could be found to identify the victims of this historic crime.

These pathetic scenes and their bearing on the affairs of the country are at present occupying public attention in the Island of Cuba. The joy of the Cubans at this triumphant vindication of the students has not been marred by any excesses on their part or disrespect from those who in darker days were the authors of the evil deed. Words of peace are spoken over the remains of those who fell victims to the furies of war, and the just acknowledgment of the blamelessness of the innocent, is likely to contribute more to the general good than even punishment of the guilty.

The New York Herald. Nueva York, 9 de abril de 1887.

LA SANGRE DE LOS INOCENTES
[Traducción]

Completa vindicación de los estudiantes[1] fusilados en Cuba en 1871.—Asesinados por la milicia.—Se llevará a cabo en Nueva York una suscripción para erigirles un monumento.

La ciudad de La Habana ha sido en estos últimos días escenario de memorables acontecimientos. *La Lucha,* el emprendedor periódico habanero al que tanto crédito se debe por hacerle justicia a los cubanos, publica un relato[2] de los dramáticos incidentes que han llevado a vindicar la inocencia de los ocho estudiantes de medicina que fueron oficialmente asesinados hace dieciséis años.

Estos ocho estudiantes, de dieciséis a veintiún años de edad, después de una farsa judicial, celebrada bajo la presión de las turbas, fueron muertos en medio de frenéticos aplausos y otros treinta y uno fueron enviados a presidio por el supuesto crimen de haber profanado el sepulcro de Gonzalo Castañón, un periodista mal aconsejado que, a consecuencia de una disputa con partidarios de los revolucionarios, fue muerto en Cayo Hueso algunos meses antes. La bóveda no mostraba la más ligera huella de profanación, y una raya hecha mucho antes en el cristal que cubre las ofrendas florales fue todo lo que pudo ser atribuido a una mano irrespetuosa, si no hubiera estado cubierta por el moho el día de los hechos.

Solo los cubanos culpables

Los españoles que había entre los estudiantes fueron puestos en libertad. Uno[3] de los estudiantes fusilados ni siquiera estaba en el cementerio en la fecha de la alegada profanación. Tan solo Federico Capdevila, un noble oficial del ejército, encargado de la defensa de los estudiantes, tuvo el coraje de pronunciar en el juicio unas pocas y valientes palabras, por las que escasamente escapó de pagar con su vida a manos de la turba, poco dispuesta a aceptar algo que no fuera un final sangriento.

El general Crespo,[4] que estaba a la cabeza del gobierno y que firmó la sentencia de muerte estando convencido de la infamia, ha dicho que «para hallar una comparación apropiada a las proposiciones que le hicieron algunos de los dirigentes de los amotinados sería necesario retroceder a los días más negros de la Revolución Francesa». Son, ciertamente, las palabras del general las que usamos aquí. Miles de hombres armados llenaban las calles día y noche, rodeaban la prisión, colmaban los corredores del palacio de gobierno, gritaban continuamente pidiendo la muerte de los estudiantes y lograron que el gobierno cediera a sus demandas encubierto por un juicio en consejo de guerra que celebró sus sesiones amenazado por las bayonetas de los quebrantadores de la ley.

El hijo[5] de uno de los más impetuosos de entre estos, un muchacho de dieciséis años, que había cogido una flor en el jardín del cementerio, fue el primero escogido para ser fusilado, y ello, por añadidura, con los mismos rifles a cuya compra su acaudalado padre había contribuido generosamente. Cuatro de sus condiscípulos que habían estado jugando con una carretilla, le siguieron inmediatamente. Se ha dicho que el indigno tribunal se había comprometido con las turbas a dar muerte a ocho de los prisioneros y que las otras tres víctimas requeridas fueron escogidas mediante sorteo. Los

infelices muchachos encararon la muerte valientemente—ni una rodilla flaqueó. Unos recibieron las balas en la cabeza, otros en el corazón. «Los ocho cadáveres», dice *La Lucha* en una patética descripción del hecho, «fueron enterrados, sin un nombre, una cruz o una lápida, cuatro de sur a norte, cuatro de norte a sur». *La Lucha* ha publicado los retratos de los infelices jóvenes.

Un testimonio popular

La justicia tiene sus modos y mediante el valor de Fermín Valdés-Domínguez, uno de los estudiantes supervivientes que fue enviado a prisión, la inocencia de sus amigos ha sido demostrada tan completa y notablemente que el asunto constituye hoy el tema de conversación de la Isla. Una colecta para erigir un monumento se está llevando a cabo rápidamente por españoles y cubanos, por igual, en Cuba, en España y en Nueva York. La moderación de los cubanos ante la provocación le ha conferido dignidad a su pena, y un acto de pública contrición por parte de aquellos que son ahora considerados como cómplices del crimen, sería una ofrenda apropiada a los que murieron injustamente a sus manos y, al propio tiempo, un acto que no podría dejar de conducir a un mejor entendimiento de las dos secciones hostiles en que la guerra por la independencia dejó dividida a la Isla.

Cara a cara

Fue una escena dramática aquella en que Valdés-Domínguez, indiferente al peligro que su acción podía acarrearle, avanzó, trémulo de emoción, hacia el féretro de Castañón, cuyo hijo,[6] acompañado por sus amigos, hacía extraer de su bóveda temporal para ser trasladado a su definitivo lugar de reposo en España y, levantando su mano sobre el sarcófago intacto, conjuró solemnemente al hijo, un joven de veinte años, a que declarara que los restos de su padre no habían sido profanados por los estudiantes. El hijo de Castañón declaró públicamente que ninguna mano impía había tocado los restos de su padre. Al propio Domínguez le fue permitido abrir el sarcófago en que yacía el hombre que causó, esta vez inconscientemente, tantas muertes.

El joven Castañón confirmó en una carta digna su declaración. Todos los interesados dieron permiso a Valdés-Domínguez para recuperar, si ello fuere posible, los restos de los estudiantes del apartado lugar en que habían sido enterrados y, después de trabajar incesantemente durante dos días con sus propias manos, ayudado por un amigo y por los negros sepultureros descubrió al fin todo lo que quedaba en la tierra de sus amigos muertos—ocho esqueletos tendidos uno junto a otro, los cráneos y las costillas quebradas por los proyectiles del pelotón de fusilamiento. Una corbata de seda, algunos botones de cuello y unas hebillas de plata fue todo lo que pudo encontrar para identificar las víctimas de este crimen histórico.

Estas patéticas escenas y su influencia en los asuntos del país ocupan actualmente la atención pública en la isla de Cuba. La alegría de los cubanos por esta vindicación triunfante de los estudiantes no ha sido ensombrecida por ningún exceso de su parte o por alguna irreverencia de aquellos que en días más oscuros fueron los autores del nefando hecho. Palabras de paz son pronunciadas sobre los restos de quienes cayeron víctimas de las furias de la guerra, y el justo reconocimiento de la

inculpabilidad de los inocentes es probable que contribuya más al bien general que el mismo castigo de los culpables.

Cartas

1886 (diciembre) - 1887 (enero-mayo)

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 3 de diciembre de 1886].

Mi hermano[2] cariñoso.

Unas líneas pª acompañar la carta.[3]

La suya me llegó, y la leí más de una vez. Le estimo muchísimo los dos libros de Guillermo Prieto,[4] que leeré con gozo, y como manjar de regalo,—y ayudaré a hacerlos[5] conocidos en las otras tierras de América. Yo mismo, impaciente, fui a buscarlos a casa de Alvarado.

Déjeme decirle que me ha extrañado no ver publicadas dos de las cartas que envié últimamente, antes de la estatua,[6] que ha tenido la fortuna de gustarle, sobre enseñanza industrial en las escuelas primarias,—y otra, que siguió a la de la estatua, con una descripción de la incompleta Exposición Mexicana que aquí llaman Feria Azteca.[7] ¿No las recibió,—o iban con pecado? La de la feria la sentiría, porque puse en ella cariño. Estos pobres mexicanos no van bien tratados por la compañía. Los he visto dormir en camarines de cuatro literas de pino blanco, sobre un colchón de paja, muy expuestos al frío. De comer les dan[8] una verdadera bazofia. Es inicuo que les paguen sus sueldos a razón de México, cuando ellos tienen que gastar aquí a razón de como aquí se vive. Yo no decía esto en la carta; pero ¿no habría modo de influir de allá para que se aliviase su suerte en la larga peregrinación que van a emprender por comarcas inclementes? A las *tortilleras* las invitó un día a almorzar una señora de[9] mi amistad; y las pobrecillas vinieron al almuerzo con un regalo de obra de plumas. Y no se ría de mí si le digo que se me saltaron las lágrimas al oír tocar el jarabe.

Adiós, que ya no veo. Le envío a *Lola,*[10] mañana, una fotografía del cuadro de Munkácsy—[11] de que habla mi carta.

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York] Dicbre 9.—[1886].

Hermano[2] querido.

Va otra carta,[3] sobre cosas políticas. Creo que fue el 3 o 4 cuando envié la última, pero el Mensaje del Presidente[4] es de mucho interés, y las cosas de los diarios han de servirse calientes; así es que la adelanto algunos días.

Notará que en mis cartas hablo poco de México, y de sus relaciones y asuntos particulares de interés en este país; pero estoy seguro de que V. no lo habrá achacado a descuido, sino a respeto; puesto que el periódico[5] tiene peso oficial, y ha de tener en eso su política fija y quien la trate; y yo no me he de meter por campo ajeno, por más que en todo lo de México goce yo y sangre como de cosa muy mía. Hoy le envío, porque tiene algo sobre México, el último número de *El Economista*[6]—donde, salvo en este nº escribo a escondidas, porque aunque el periódico es serio y circula mucho, no me da espacio para distribuir mis pensamientos con cierta seriedad y amplitud que parecen esperar de mí los que me hacen la merced de leerme.

Perdone la prosa, y reciba un abrazo. Ya le fue a *Lola*[7] la fotografía.[8]

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 27 de diciembre de 1886].

Mi hermano[2] querido.

Allá va la carta[3] de la semana, entre los ruidos de la oficina. No me diga egoísta, ni que pienso mucho en mí ¿pero no le dio lástima leer mi mísera carta sobre Arthur,[4] que me crucifijó el caballero corrector de modo que yo mismo apenas entendí frase? Y yo la escribí con mucho eslabón y esmero; pero ¿cómo me han de perdonar los lectores, si en aquel guirigay no quedó idea completa? Léale en secreto las líneas al caballero corrector; pero de veras ruéguele que tenga piedad de mí.

Con mi carta sobre Pascuas[5] le escribí más de mí. Ya el año nuevo viene: yo compraré el día primero una flor, pensando en *Lola*.[6] A Vd. alma ejemplar, lo que queda de fiel y de sano en su hermano

J. Martí

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 8 de enero de 1887].

Mi hermano[2] querido.

Desde el primero de año a acá esta es la primera carta que escribo. No sé cómo salir de mi tristeza. Papá[3] está ya tan malo que esperan que viva poco. ¡Y yo, que no he tenido tiempo de pagarle mi deuda, vivo! No puede V. imaginar cómo he aprendido en la vida a venerar y amar al noble anciano, a quien no amé bastante mientras no supe entenderlo. Cuanto tengo de bueno, trae su raíz de él. Me agobia ver que muere sin que yo pueda servirlo y honrarlo. Perdóneme que le haya hablado de mi pena antes de desearle un año venturoso: ¿cuál no lo será en su casa, donde la tiene natural toda nobleza? No me quite nunca en ella mi puesto de huésped, que es una de las dulces propiedades de mi vida.

Le mando una carta pª *El P.*[4] que por su asunto acaso ojeará[5] V. antes de darla.[6] No digo allí con mucho lo que me ocurre decir sobre esa materia, y considero de veras urgente. Me extraña que no haya ocurrido ya ahí la necesidad de tener aquí constantemente empeñada una campaña de propaganda activa y discreta en beneficio de México, en la lengua del país, ya publicando de vez en cuando artículos pensados y de tiro seguro en las revistas y diarios de importancia, para compensar lo mucho falso y maligno que se publica, que es todo leña para la hoguera de mañana,—ya manteniendo un periódico destinado abiertamente a defender al país, en inglés, de los cargos que se le hagan sin justicia, a desmentir errores, y a explicar sus recursos y empresas,—ya creando una revista de carácter general aparente, que pudiera atraerse la ayuda de otros gobiernos por semejantes razones, y en la cual ocupasen puesto principal las cosas de México,—ya esta-bleciendo, como va a hacer la República Argentina aquí mismo, una Oficina de Propaganda, que sirviese de centro de información gratuito a todos los que la deseasen sobre México y sus cosas, que tuviese géneros de muestras y libros de consulta, y que se encargase de desmentir todo lo falso que respecto a ese país se propalase en este, con mal para hoy, e incalculable y creciente peligro para mañana. Yo le ruego que se fije en lo que digo en las páginas 6 y 7. No se me esconde la sutileza y dificultad de esos encargos; pero también veo que se mantiene, si no aumenta con lo que el orgullo de raza y los manejos interesados lo enconan, el concepto ofensivo y desdeñoso en que la mayoría de esta gente, ignorante y acometedora, tiene a México, como a todos nuestros países. Ya[7] V. calcula lo que eso influye en los conflictos venideros. A este rinoceronte hay que buscarle las axilas. El libro[8] de que hablo en la carta se ha recibido aquí con desusada aprobación y crédito.

Distribuyo ahora mi trabajo de manera que cada sábado saldrá de aquí mi carta para Vd.—Y no me diga pesado: pero no le da lástima ver que todo mi afán por encajar con arte ideas esenciales y útiles se pierde por increíbles descuidos del caballero encargado de la corrección? Yo no uso palabra en que [no] procure poner especial significación y peso, de lo que viene que cuando la palabra queda cambiada o incomprensible, o la puntuación alterada, parece artificioso y finchado lo que de otro modo pudiera parecer sincero y artístico. ¡Dios me guarde si me han de juzgar por aquel pecado de Arthur![9]

Veo en las cosas de México un espíritu conciliador de que presagio beneficios, por más que la paz sea tan difícil en nuestros países desiguales y

nuevos. No es V. el que me dirá intruso porque quiera a México con toda mi alma, y haya pasado años escribiendo de él sin cuidarme de hacer llegar a manos de V. siquiera lo que escribía. Ahora mismo acabo de corregir las pruebas de un artículo: «México en nuestros días»;[10]—y en días pasados, en mi carta a la República Argentina,[11] respondí lo que era debido a un diputado que en la discusión sobre las oficinas de Propaganda en el extranjero, ofendió—sin razón a México en un alarde oratorio, y causó—con él cierta sensación en la Cámara.[12]

Yo le escribo como si me hubiera V. escrito: y es que dejando correr la pluma para Vd. me vuelven al alma los verdores de nuestra sabrosa Alameda.[13]—No le digo un pequeño deseo que[14] tengo—pequeño, puesto que lo expreso—hasta no ver letra de Vd. a aquel que solía venir, hace meses que no lo veo.[15] ¡Escríbame, que la pena viene recia, y voy a necesitar su carta pronto!

Bese la mano a *Lola*[16] y a los niños.[17] Para Manuel,[18] tan pronto haya cómo mandarla, tengo una Geografía nueva, con láminas hermosas, y muchas de México. Para *Lola,* el agradecimiento que sentían por la reina de la fiesta los caballeros heridos en el torneo.

Para V., todo

J. MARTÍ

Sr. M/Mercado

de JM[19]

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 16 de enero de 1887].

Mi hermano[2] querido

Empezó bien el año, pues que me trajo carta suya. Con estas líneas va la[3] de *El Partido.*[4] Se cruzaron nuestros mutuos deseos de año nuevo. ¿No se sienten algunas veces acompañados de mí, como si anduviera yo paseándome cerca de Vds., con mi calva creciente y mi levita negra? V. es para mí como la flor de unos árboles que vi en el camino de Veracruz—unos árboles secos y retostados, que no tenían más que una flor.

Mi anciano[5] está menos grave. Me dicen de La Habana que ha comenzado a restablecerse de la que se creyó que sería su última postración. De él heredo[6] sin duda este poder de resurrección moral, que me permite sacar limpios el pensamiento y el carácter de este mar de agonías: un mar que solo conoce un lado de la marea. Día ha de llegar en que pueda yo dar un salto a México, y con una taza de café de Uruapan quedará sometida la mala fortuna. Todo viene, créamelo V., de la inquietud del alma; y de haberme faltado aquella única fuente de fuerza que necesito yo para la vida. Por todo eso acaso haya sabido yo entender *El Cristo* de M[7] de la manera que, por fortuna mía, le pareció agradable. Va en paquete registrado una fotografía del cuadro, sin que me explique cómo pudo extraviarse la anterior. Y va otro artículo, distinto del que V. leyó, sobre el hermoso Cristo.[8]

Salude en mi nombre de año nuevo a Pablo Macedo,[9] a quien pronto escribo, a Peza,[10] Peón[11] y Villada,[12] y al maravilloso Guillermo Prieto.[13] Solo acabo por no perder el correo de hoy. Y por no dar rienda a la pena.

Bese la mano a *Lola*.[14] A Manuel[15] le irá pronto su libro.[16] A V., todo el cariño de

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A JOSÉ GARCÍA HERNÁNDEZ

[Nueva York, febrero de 1887].

Mi querido José:

No hubiera querido recibir de otras manos la noticia de la muerte de mi padre.[1] En la carta de Vd. he sentido su último calor. Si ya Vd. no fuera hermano mío, por la ternura con que me quiso a mi padre lo sería. Vd. entendió su santidad, e hizo en la tierra por premiarla. Él lo quería a Vd. como a un hijo preferido. Es de hijo el sollozo con que Vd. me ha anunciado su muerte. Yo no lo he visto a Vd. nunca; pero ya me parece que lo he conocido toda mi vida!

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra, de ellos. ¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y padecer. Yo, con toda mi costumbre de las palabras, y con toda mi ternura, no podría pintarlo mejor que como Vd. me lo pinta: «un ángel con canas». ¡Ah José! Solo se saben ver en los demás las condiciones que se tienen en sí. Trastornos horrendos y alejamientos grandes suele traer la vida, pero nunca dejaré de ver a Vd. dando un beso en la frente de mi padre, y reemplazando al hijo ausente.

Este dolor, José, me tiene muy confuso el pensamiento. ¡No he podido pagar a mi padre mi deuda en la vida! Ya ¿dónde se la podré pagar? No es que haya muerto lo que me entristece, sino que haya muerto antes de que yo pudiera pregonar la hermosura silenciosa de su carácter, y darle pruebas públicas y grandes de mi veneración y mi cariño. Pero ¿qué falta le hice, si lo tenía a Vd.? Juntos, José, Vd. y yo, iremos a visitarlo algún día.

MARTÍ

[*Obras completas de José Martí.* Habana, Edición especial de La Prensa, 1918, vol. IV, pp. 89-90]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 14 de febrero de 1887].[2]

No extrañe, hermano mío,[3] lo descompuesto de mi carta de hoy,[4] ni que no le escriba. Recibí hace dos días la noticia de la muerte de mi padre.—[5]

[Ms. en CEM]

A NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

New York, 24 de febrero 1887.

Sr. Nicolás Domínguez Cowan
México
Mi muy querido Nicolás:

¿Con que no han llegado a manos de V. dos números de *El Economista Americano* que puse yo mismo, en diciembre, en el correo, y le hubieran dicho que sí recibí las *Pifias*,[1] y me parecieron todo lo que allí digo?[2] Podré, cariñoso amigo mío, de puro avergonzarme de esta pluma, hembra, dejar de escribir una carta u otra, bien porque me coma el afán de hacer, en vez del mero hablar, bien porque me dejen postrado al fin del día trabajos tan grandes en número como incompletos y estériles. Pero ¡dejar de escribir lo justo de la obra de mi amigo! Y de intento lo puse en un número que había de ser leído. Tomé ocasión de las *Pifias* para pagar mi deuda a Andrés Clemente Vázquez.[3] Aquí incluyo un recorte, y por este mismo correo le mando un número del periódico. ¿Cómo no llegaron a sus manos los dos primeros? A México fueron, porque la prensa acusó recibo de ese número. De ese *Economista*—al que no puedo poner mucho asunto porque no me da espacio, para nada—le enviaré los números, conforme vayan saliendo. Bien hace, Nicolás en no enojarse conmigo. Este que calla le tiene muy presente, y le estima en cuanto vale—que sabe que es mucho. Mándeme más de su sabroso y fiero castellano. A V. ahí le sobrarán ahora ocasiones de leer el duro y triste mío. No me habla de *Papasito,*[4] que de seguro es un caballero ejemplar; ni de Mariana,[5] a cuyos pies quedo, y a quien recuerdo siempre con agradecido cariño. ¡Ya no vive aquel anciano de la barba blanca,[6] con cuyas hijas[7] era ella tan buena! Solo este dolor, Nicolás, faltaba a los muchos de su sincero amigo

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 20, pp. 320-321]

A FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ

New York, 28 de febrero de 1887.

Fermín:

Mi padre acaba de morir,[1] y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí bajo su humilde exterior toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiaran en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande; pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra han podido consolarlo.[2] Hace tiempo que no nos escribimos; pero acabo de leer tus cartas en *La Lucha*[3] y la relación de lo que vale más que ellas, el acto tuyo que las provoca,—y no puedo reprimir el deseo de apretarte en mis brazos.

Tú has hecho, con singular elevación, lo que acaso nadie más que tú se hubiera determinado a hacer. Lo has hecho sin pompa y sin odio, como se hacen las cosas verdaderamente grandes. Tu moderación en la justicia te habrá granjeado el respeto de los mismos que quisiesen ofenderte, y enfrenará la lengua de los envidiosos, que ya los has de tener, pues nada los tiene tan implacables como el carácter. Tú has servido bien a la paz de nuestro país, la única paz posible en él sin mentira y deshonra, la que ha de tener por bases la caridad de los vencidos y el sometimiento y la confusión de los malvados. Tú, recabando sin cólera de los matadores la confesión de su crimen, has sembrado para lo futuro con mano más feliz de los que alientan esperanzas infundadas, o pronuncian amenazas que no pueden ir seguidas de la obra, ni preparan a ella con determinación y cordura. Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia, la fuerza incalculable de las víctimas. ¡Oh! si por desdicha hubiésemos estado en guerra, podría decirse, Fermín, que tú solo has vencido a muchos batallones!

De mí no te quiero hablar. ¿Qué ha de ser de mí, puesto que no tengo hoy manera de servir eficazmente a mi patria? Actos como el tuyo son los únicos que me sacan momentáneamente de esta ansiosa agonía, de la que nada se debe decir, porque la lengua se deshonra con la queja. Bien sé yo que en mi tierra hay todas las virtudes que se necesitan para hacerla por fin respetada y dichosa. Crece en lo mismo que parece que desmaya; fortalece su ánimo con la paciencia y con el juicio; y se le ve ganar en bondad y en energía. Allá todo será posible, porque la mayor parte de los cubanos somos buenos. Y tú, Fermín, eres uno de los mejores, pues has podido, en instantes y cosas que turban la vista y desatan la mano, ser justo sin ser vengativo. Eso es lo que te celebro; y en eso es en lo que has servido mejor a tu patria. Feliz tú que has sabido domar la ira, y en una hora trágica y memorable dejar satisfechas las sombras de tus hermanos!

Con lo que le queda de alma lo es tuyo

JOSÉ MARTÍ

[*Epistolario de José Martí.* Arreglado cronológicamente con introducción y notas, por Félix Lizaso, La Habana, Cultural, S.A., t. I, (1862-1891), 1930, pp. 128-130]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 13 de marzo de 1887].

Mi hermano[2] queridísimo:

El último momento del correo; ¿por qué no me ha venido en estos días carta suya, que esperaba? Yo sé que su corazón ya me la ha escrito.

Y tengo hoy cosas largas que decirle sobre libros de México, y una idea que deseo realizar.

Luego será. Y ruegue que esa carta[3] me la corrijan con esmero. Es lo primero q. he escrito con sentido desde que murió mi padre.[4]

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 25 de marzo de 1887].

Siempre, mi hermano[2] mejor, sin una hora para vaciar ante V. despacio el alma. Salgo de esa correspondencia que le mando,[3] y que le ruego me haga ver con celo,—y, ciego de un dolor de cabeza, entro a escribir un artículo sobre cosas de mi tierra,[4] y otros que esperan sea un poema. ¿De dónde, sino de cariños como el de V., bien visible en sus líneas sobre papá,[5] sacaría fuerzas, puesto que en mí no las tengo, para este estado febril de violenta maravilla? A veces quisiera ser hoja de árbol, y que los vientos me llevaren, pero costeando mi tierra, y de manera que fuere a caer en México.

J. M.

Sr. M. A. Mercado

J. M.[6]

[Ms. en CEM]

A FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ[1]

[Nueva York] 31 de marzo [1887].

Mi Fermín:

Solo momentos me quedan: son las doce, y acabo de terminar tu artículo:[2] ¿te diré, ya al estribo del correo, el júbilo con[3] que acepté el generoso encargo de escribirlo?: era mi deseo callado, y vino a mí naturalmente pero ¿cómo habré podido decir en mi posición especialísima, escribiendo pa. un diario de La Habana, todo lo que tú mereces? Has de decir al Sr. San Miguel[4] que estimo en lo que vale el encargo que por ti me hace, como todo lo que hace por mi tierra, que creo de trascendencia incalculable. No he puesto mi firma al pie del artículo, no en manera alguna porque lo[5] rehuya si así lo quiere el periódico, sino porque no pareciese imposición de mi nombre, y aprovechamiento impuro de un asunto que está por sobre las personas. Si se desea que lleve mi firma, autorízalo. Yo lo he escrito de manera que el lenguaje no parezca impropio en el periódico. Y dime de veras si he dicho lo que tú esperabas y se debía decir.

A tu carta, ya ves que esto no es respuesta. Fue un júbilo. Y no lo creerás, pero me parece que he vuelto a asir la vida. Me quedan minutos. A Consuelo,[6] que me dice Vd., castígala, con un beso en la mano. Ella es la que te tiene tan buen mozo.

Hasta mañana.

Tu hermano

J.M.

[Ms. en CEM]

A FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ[1]

New York, 7 de abril 1887.[2]

Mi buen Fermín:

Una semana hace que ando buscando una hora de sosiego para empezar a vaciar en ti el alma cerrada desde hace muchos años; pero ni en lo alto de la noche la hallo, porque esa es precisamente la hora en que más trabajo. Al fin, rodeado de gente, te escribo estas líneas, porque la resurrección en que me siento, y en que no eres tú la menor parte, me tiene el alma encendida, y ganosa de decirte todo lo que la preocupa o entristece.

De ti quisiera hablarte largamente, pero no donde la gente extraña me vea, como me los están viendo ahora, los pensamientos. De ti y de tus proyectos.[3] Pero no me digas que vas a salir ahora de Cuba, donde, por grande que la injusticia humana sea, tú no puedes menos de alcanzar lo poco que dos criaturas virtuosas necesitan para llevar con[4] decoro la vida.[5] —Lo de Eusebio,[6] da frío, y casi no cabe en el entendimiento; porque hasta a una serpiente hubieran encantado la nobleza y dulzura con que has embellecido tus últimos actos. Pero me has de decir pronto que tu situación es más tranquila, lo cual te ha de costar poco trabajo, pues ya ves que una hora de virtud da a los hombres más fama y alegría que la posesión costosa, y casi siempre culpable, de la riqueza. Pocos tendrán lo que tú—un corazón ingenuo y una mujercita buena. Sé distinguir entre la celebridad pasajera, de la que con razón desconfías, y aquel afecto de orgullo con que los hombres miran al que ha aumentado con un acto heroico su caudal de grandeza. A ti ya te querrán siempre de este modo. Solo tú hubieras podido destruirlo con dos pecados que no están en ti—la vanidad y la arrogancia. Y eso no será, porque lo que de tus actos ha despertado en mi satisfacción más entrañable ha sido la seductora sencillez de que van marcados todos ellos.—Tal vez, mi Fermín, no dije en mi artículo[7] para *La Lucha* todo lo que tú en justicia esperabas que dijera, y en alguna parte aún he de decir. De mi hijo,[8] cuando lo mereciese, no podría decir yo más que lo que tengo que decir de ti. Pero no me pareció que debía escribir aquel artículo como cosa personal, ya porque la dignidad del asunto así lo imponía, ya por respeto natural y cariñoso al diario que me hacía la merced de acordarse de mí, ya porque los que andan haciéndose de nuestra patria vestido y sombrero, hubieran podido propalar que yo me valía de ese sagrado tema para reaparecer con colores simpáticos en la política de mi país. La verdad es, Fermín, que yo no vivo más que para mi tierra; pero refreno mil veces lo que el amor a ella me manda, para que no parezca que hago por interés mío, o por ganar renombre, lo que me aconseja este amor absorbente que a la vez me sostiene y me consume. ¿Me perdonas, pues, que te haya parecido tibio en la manera de celebrarte, por esta razón egoísta? No espero, por ser grande la diferencia de tono entre lo que yo siento aquí y *La Lucha* puede publicar allá, que el artículo se haya publicado, ni me enojaría con el periódico que harto hizo con pedírmelo, y tiene deberes de propia conservación por cuyo cumplimiento sería yo el último en censurarle, ni lo sentiría siquiera, pues pagada a ti la deuda de escribirlo, otro, sin las trabas mías, hubiera podido decir sin tanto miramiento todo aquello a que tu acción invita.—Lo que sí he de decirte es, que, por razones generales que ocupan ahora sin cesar mi mente, he visto con gozo que la idea dominante en el artículo, fuera de la de hacer resaltar tu hermosa conducta, es la misma que impera en dos bellísimos y trascendentales artículos de fondo de

La Lucha, cuyo autor quisiera conocer, y a quién en mi nombre—por más que esto no pueda importarle mucho,—has de felicitar: los artículos de fondo del 24 y 26 de marzo. Todo yo, si pudiera hacerlo dignamente, estaría en esa campaña. Flota en el aire, como pidiendo molde, un sentimiento vivo que en esos artículos se insinúa y concita,—que allá se desperdicia, o desafía, o no se atiende,—y el cual, como que es el esencial para la prosperidad de mi país, he preparado desde la sombra con tesón, aun en los momentos mismos en que teníamos las manos puestas en la guerra. Aquí muero, Fermín, sin poder dar empleo, más que indirecto e infeliz, a esta actividad ardiente. Yo asiría eso que flota y haría algún bien con ello. Tú no sabes como me aflijo, como me indigno, como tiemblo cuando veo nuestros destinos confusos, comprometidos o mal llevados por el influjo de pasiones que no debieran tener acceso a ellos. Por eso, también, me dejaría sin pesar que el artículo no se hubiese publicado:—porque ya en los dos que te cito se ha percibido y expresado felizmente la lección de los sucesos que se te deben,—y lo que importa en las cosas patrias no es quién las haga, sino que se hagan.

Mi Fermín:—no me gusta el proyecto de mausoleo[9] que, contando justamente con mi discreción, me ha dejado ver en fotografía un buen amigo. Algo de monumental lo recomienda: la figura de la mujer que señala el monumento es intencionada y propia; la palma dibujada en la columna indica el asunto con sencillez laudable; pero no produce el mausoleo en conjunto la impresión de tristeza irrevocable, de esperanza radiante, de juventud tronchada que este, símbolo de nuestra vida, debiera producir, con autoridad majestuosa. El templete, aunque poco solemne, no está mal imaginado; pero la columna acoronada en el remate, ni explica nada con la cruz común que le da cima, ni responde con su carácter bizantino a aquellas pobres vidas nuevas que se llevó en toda su luz, el viento. No me digas entrometido, pero ¿por qué no he de decirte la verdad? ¿pues no estoy yo mismo, y no estamos todos, enterrados con esos huesos que tú sacaste de su primera sepultura? ¡Oh! ¡qué cosas me ocurren, cuando pienso en ti, en el día en que ese u otro cualquier mausoleo, por la virtud pasmosa del martirio,—se levante para señalar sin duda,—a no ser que se guíe mal lo que ahora puede ser guiado,—una era probable de justicia!—Mientras más medito en ello, más me entusiasma el pensar en lo que en Cuba te debemos.

De veras me enoja que esta gente extraña me esté viendo lo que escribo; pero quería hablarte de mí; pero esto será siempre lo último. Y enviarte mi retrato, tan pronto como el destierro lo permita. Y a Consuelo[10] no quiero escribirle hoy, porque el día oscuro y sin pájaros, no es digno de ella: y por rencor creciente por lo de W. con ansias espero carta tuya, así como el folleto, cuya portada me pareció elocuente y oportuna. Yo acá no escribo ahora en periódico en castellano que valga la pena; pero he de publicar tu retrato en alguno, con una historia de estos sucesos, que sea leída y guardada en toda tierra en que se hable español.[11]

Aquí tengo que acabar. Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento,[12] el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba, por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.—Como hijo que se alegra de que sus padres vean la prueba de que no los deshonra, me alegraría yo, pensando más que en mí en aquello para que pudiera servir yo mañana, de ver republicado allí ese juicio.—La descripción de las fiestas de

la estatua,[13] que en el mismo paquete te mando con *La Nación*, no es la que Sarmiento cita. Escribí tres distintas, y no tengo memoria de cuál pudiese parecer mejor.[14]

Adiós, de veras. Pero no sin decirte qué alegría siento cuando pienso en lo interior de tu corazón, y en lo que tú y Consuelo se dirán cuando acaba la luz del día y empieza la del alma. ¿Creerás que ese pensamiento es para mí una verdadera fuente de dicha?

Tu hermano

J. MARTÍ

[EJM, t. I, pp. 373-376: según esta fuente, el texto fue cotejado con una fotocopia del manuscrito original]

A FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ[1]

[Nueva York, 9 de abril de 1887].[2]

Mi Fermín:

Levanto la pluma un momento de mi quehacer del día para mandarte el artículo[3] sobre tus sucesos que escribí para el *Herald,[4]* No deseo —porque la cosa en sí no tiene más importancia que la de su justicia y afecto allí—que digas, ni aun a *La Lucha*, que es mío. Pero a ti tengo gusto en decírtelo. Aproveché con júbilo la ocasión que el excelente corresponsal de *La Lucha*, y leal amigo mío, Trujillo,[5] me dio de escribirlo. Por supuesto medí y pesé cada[6] palabra, porque eso ha de ser naturalmente leído en La Habana, y hubiera sido imprudencia manifiesta provocar desenfreno alguno con fogosidades extemporáneas. La idea que penetra vale más que la palabra ostentosa. Y luego, tú verás que procuro valerme del modo de tratar esos sucesos para impedir que los lenguaraces los lleven a mala parte. En todo pensé al escribir esos[7] párrafos: en no[8] dar pretexto,[9] con la versión de ellos en castellano, a iras que han de tascar de muy mal grado el freno: en que, en consecuencia de la misma celebración, no viniera[10] a padecer de ella *La Lucha* que tanto la merece: y en que tú, para[11] mí lo más caro, te veas fuera de todo peligro, y sin menoscabo de esa prudente alteza que te recomienda tanto a la consideración pública. Tuve un gustazo cuando vi tu nombre en letras inglesas.

Cedí a Trujillo para el *Herald,* el no. de *La Lucha* que trae los[12] retratos. Trujillo me da a leer *La Lucha*. Pero yo quisiera conservar todos aquellos números en[13] que se[14] han publicado grabados sobre este asunto. Equivoqué la fecha de uno, por lo menos, de los artículos que te celebraba en mi carta anterior: el que tan bien me pareció, a más del 24, fue el del 1ro. de abril, el número de los retratos. Ayer pensaba yo si no sería buena idea de *La Lucha* publicar, dando su producto neto al mausoleo, un número ilustrado «In Memoriam», por el estilo de *La Ilustración Española,[15]* que incluyese y perpetuase los grabados, que no cabrán en tu folleto, con algunos más que allá sería fácil hacer, tales como fotografías de algunas de las prendas halladas en la fosa. Tu retrato, los de ellos, los del presidio, la viñeta de tu folleto, la del[16] cristal rayado, darían un interés perdurable a la publicación, distinta en todo de tu libro,[17] y que no podría menos de aumentar el crédito del periódico, a más del dinero del mausoleo. Veo más. Veo que la materia escrita de esta publicación, que habría de ir de mano en mano y ser leída más de una vez, podría dar ocasión para mantener levantada esta cuestión a aquella altura de dignidad y prudencia donde tú y *La Lucha* la han puesto, y de donde no debe caer, por más que habrá sin duda quienes, noblemente o sin nobleza, procuren extraviarla.

No extrañarás el tono del artículo, indispensable—fuera de las razones apuntadas—para que el *Herald* no se opusiese a publicarlo. Las dos palabras borradas, que quitan sentido a la idea, fueron por alguna mala inteligencia añadidas por el periódico.—

Me vuelvo a mis afanes, que hoy son una traducción del portugués, que aprendí como algún día sabrás, y la corrección de un mapa con nombres latinos. No en balde[18] un barbero que me pelaba ayer, viendo como ya el pelo me clarea por donde los curas llevan la corona, me dijo muy solícitamente: «¿Supongo que V. querrá ocultar *la tendencia?*» No la oculto, Fermín, pero sería bueno que un poco de paz viniese a sujetar estos cabellos fugitivos.

Para los de Consuelo[19] escojo una flor de entre las mejores que queden a mi pensamiento.

Un abrazo de tu hermano

J. Martí

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 10 de abril de 1887].

Mi hermano querido:[2]

Me ha hecho falta carta suya, siempre, pero ahora más.

Hoy ya no me queda tiempo más que para un abrazo, y una flor de primavera a Lola.[3]

Su hermano

MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 19 de abril de 1887].

Mi hermano silencioso:[2]

Meses pasan sin que me sea dado tener una hora de regalo, una hora en que escribirle a mis anchas, y todo lo que tiene que decirle el corazón. Hoy me había propuesto hacerlo largamente, e invitarle con el ejemplo a que no me tenga tan privado de su plática, como que a veces me figuro que no le tengo contento con lo que escribo, y deseo preguntarle formalmente si le desagrada, pues tengo por desaprobación su contumaz silencio: otras, como que escribo con mi propia sangre, me parece que V. me lo ha de conocer, y que no es eso. Ya sé que la vida es voraz, y que la política castiga al que duerme; y absorbe a los que ocupa. Pero V., al fin, ve crecer a su lado sus hijos,[3] cuyo encanto aquí siento, y tiene V. el ángel[4] en la casa; de modo que no siempre, como a mí ha de faltarle el sosiego.—

Pero por mucho que desease hoy escribirle, y por interesante y hasta urgente que fuese para mí lo que le tenía que decir, tengo llena de gente[5] la oficina,[6] y apenas me queda libertad para enviarle estos renglones. Aquí le mando mi carta a *El Partido,*[7] en la que hallarán qué leer los poetas, a quienes he tenido en todas las anteriores olvidados. Y sí le ruego que suplique en la imprenta que la corrijan con atención, y tal como va, con sus guiones y comillas; porque las de Beecher[8] y Stewart[9] me vinieron con errores y contrasentidos de importancia. Ya sé que mi mala letra tiene la culpa de esto; pero los caballeros cajistas entenderán que amo a los hombres, como Walt Whitman, y me lo perdonarán.

En paquete separado le mando una carta que acaba de publicar a propósito de mí en Buenos Aires el glorioso y anciano ex presidente Domingo Sarmiento.[10] Ya verá qué enormidades dice; pero yo se la envío con placer, para que vea que su amigo no lo deshonra.[11] Si V. cree que *El Partido* deba reproducirla, para que se vea que tiene en casa gente estimada, envíeme algo más de un ejemplar, porque a mi tierra no la he mandado, y así satisfaría el deseo pueril de que se leyese esa exageración en mi tierra. No me diga orgulloso. Pero endulza mis penas el sentirme amado. Y esa carta a que Sarmiento se refiere me ha traído muchas muestras de cariño de B. Aires, siendo las más curiosas[12] las de los españoles, que hicieron fiesta nacional de mi éxito, y están empeñadísimos en que yo no sea cubano.

Adiós. Pienso muy frecuentemente en su hijo Manuel,[13] de q^n no quiere hablarme. Mis respetos a *Lola,* y a V. este ejemplo de verbosidad de su hermano

J. Martí

[Ms. en CEM]

A DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

[Fragmento de borrador][1]

[Nueva York, abril de 1887].[2]

Debo a V. el conocimiento de mucha palabra gráfica; la confirmación de mis prejuicios atrevidos s/ la causa inevitable de n/ guerras en América; y al salir de su país, q. V. pinta en Facundo,[3] con no más fuerzas q.[4] pinta el[5] de lo[6]

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, primavera de 1887].

Le escribiré? Sí le escribo:—
El cielo torvo se azula;
Bajo la tosca levita
Del destierro, arde e inunda
Con fuegos de primavera
La sangre mi vida ruda:
Celebra en mi alero mismo
Un ave sus nuevas plumas,—
Y yo no creeré?—¡hasta creo
En recibir carta suya!—

[Ms. en CEM]

A FERMÍN VALDÉS-DOMÍNGUEZ[1]

[Nueva York] 11 de mayo [de 1887].

Fermín:

Este vapor te lleva los grabados, que acaso recibas de las mismas manos que esta carta, pues ella y el paquete los entrego a mi buen amigo Trujillo.[2]

Ante todo he de decirte que acabo de tener una gran contrariedad, con la noticia de que el estimabilísimo Sr. Izaguirre[3] perdió las cartas que llevaba pª *La Lucha*, con las cuales iba una mía para ti,[4] en que te explicaba largamente mis dificultades sobre el trabajo[5] que ya hoy te va hecho, y mis determinaciones sobre él, así como la real prisa con que hemos andado—amigo, dibujantes y grabadores—en lo que desde allá te habrá parecido que iba despacio. También allí te decía que Trujillo, conversando sobre el encargo, se había ofrecido bondadosamente, para evitarte giros y pequeñeces de comercio, adelantarme aquí los $132 que cuestan los dos grabados, cuya suma reembolsarías tú ahí al Director[6] de *La Lucha*, por cuya cuenta creyó Trujillo oportuno adelantármelos.—Quedan pagos, pues. Ahora, a las láminas.—

El autor de la cubierta es Demarest,[7] uno[8] de los grabadores en madera de más fama y trabajo en New York. Te van el *cliché*, que se usará para imprimir, y el grabado original de que se ha obtenido, donde verás lo delicado de la labor. En mi carta te contaba los lances por que pasó este dibujo. Tu carta, que debió llegar a mis manos el lunes, llegó, sin causa explicada, el miércoles. Ya en la noche del miércoles tenía vistos a diversos artistas que habían de someterme planes distintos para escoger, sin perder tiempo, el que me pareciese más apropiado. Encargué de esto a varios; a tres casas principales, de diversos sistemas,—a un cubano, que no me presentó dibujo,—y a dos artistas modestos. Vilezas y extravagancias fue lo que me trajeron del sábado al lunes. Pero ya yo el sábado había visto a Demarest, que aunque es el que me pidió más tiempo, desde el principio me pareció, como que trabaja aquí pª las mejores revistas ilustradas, que era el único capaz de hacer algo visible.—Genio, te decía en mi carta, hubiera sido necesario; pero ¿dónde encontrarlo? Acepté al fin, por digno y cuidadoso, el plan de Demarest, y ese es el que te va, con un vivo deseo de que te guste. Costó $42. Trabajó para acabarlo en tpo.[9] todo el domingo, como los de los retratos. Y[10] te envío dos pruebas. Notarás que puso el título del libro a la cabeza, lo que no está mal, y el tuyo al pie: lo cual hizo porque de otro modo le hubiera quedado artísticamente imperfecto, por ser el título muy extenso pª que cupiese bien en la grada de abajo.

Y los retratos? Yo creo que te gustarán. Aquí la dificultad no fue solo encontrar un dibujo agraciado, y un buen reproductor de las oscuras fotografías, sino un sistema, entre los numerosos que hay, que diese un resultado bello y no te costara demasiado caro. Por un grabado en madera, Demarest me pedía $160, y otro grabador $150. El fotograbado, bueno para la obra rápida de los periódicos diarios, y mucho más barato, que los demás sistemas, produce un trabajo demasiado crudo y antiartístico para cosa que merece ser cuidado.—El artotipo[11] me daba 2 000 láminas impresas, con toda la belleza y perfección de la litografía, por[12] $50, pero necesitaba de 15 a 20 días: y tú puedes querer más de 2 000 ejemplares. Después de verlo todo, y hacerme presentar diversas orlas y grupos, decidí ocupar a Farquand y Alexander,[13] los mismos a quienes la Comisión de las fiestas de la Estatua de la Libertad[14] eligió para ilustrar el programa oficial, que era bello. El

procedimiento de estos, el *zinc-tipo*, da como ves un trabajo de mucha delicadeza y dulzura, el modo de agrupar los retratos me satisfizo, y el precio, a pesar de lo premioso y fino de la obra, lo obtuve bajo, por razones de consideración especial, no fue ni el de $64, que me pedían los del fotograbado por su obra dura, ni el de $160 que me pedía el grabador en madera, sino $90.—Y te diré, para que recomiendes la obra, que estos artistas trabajan para los famosos periódicos ilustrados de aquí, el *Century* y el *Harper.*[15]

Pero déjame decirte lo que ya yo sabía, y ambos grabadores me han recomendado. Y es que toda la fineza del trabajo será perdida, si allí no lo mima el prensista, y acuña y registra la página con todo esmero, lo cual no es observación vana ni pretenciosa, porque aquí se le da a esto gran importancia en las imprentas, tanto que tienen un prensista especial para las páginas de ilustraciones, cuyo efecto depende más del modo con que están niveladas y seguras para la prensa, que de la fineza del trabajo artístico. Que te saquen prueba sobre prueba, hasta que salgan como los modelos que te mando, o mejores, pues estas no son más que muestras de primera intención.—

Notarás que los bordes de algunos de los óvalos parecen quebrados. Esa fue idea del artista, para romper la monotonía de una ornamentación que por lo muy relamida hubiera parecido impropia del asunto. Traté de que ambos, el de los retratos y el de la portada, se empapasen de la triste historia.—

Gocé mucho con la carta hermosa que te mandó José Ignacio Rodríguez,[16] y ya le he escrito sobre ella.[17] ¿Pero mereces tú que te hable yo de nada más? Solo las líneas del encargo he recibido de ti desde tu primera carta, de hace más de dos meses. Ocupado estarás, pero más que yo? Más triste que yo? De veras lo he extrañado.

Dile a Consuelo,[18] que me quiere a mi hijo,[19] que hoy recibí de él un diploma de colegio con su nombre impreso, como alumno notable. Tiene ocho años, y me le dan[20] doce. Es toda mi vida. Es bueno.

Tú lo serás, cuando me escribas,

Tu

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 23 de mayo de 1887].

Mi Sr. D. Manuel:[2]

¿Cómo no saludarle, aunque V. no me quiera escribir? Un abrazo, pues, y riegue por el campo esa carta que le envío, que es todo un texto de ganadería[3] y me ha costado mucho estudio, con la intención de despertar la curiosidad por estas cosas serias y pintorescas de cuyo conocimiento y práctica dependen todos los bienes.

No me ha querido decir si Manuel[4] sabe inglés. Y como de veras me tiene mohíno no ver letra suya, aquí acabo en venganza las mías. Nómbreme en su casa, y quiera a su hermano

J. MARTÍ[5]

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

New York 26 de mayo/87.

Sr. Manuel A. Mercado[2]

Mi muy querido amigo.—

Persona de tanto valer como el Sr. Heraclio Martín de la Guardia, cónsul general de Venezuela en México, no puede salir de New York, donde le vivo obligado, sin que yo desee que V. lo conozca, y sirva en cuanto pudiera serle útil, cosa que no le costará trabajo en cuanto conozca sus méritos, lo cual será tan pronto como le vea.

El Sr. la Guardia, persona de mucha consideración en su país, es, como V. sin duda sabe, uno de los poetas de más nombre en nuestra América. Por colecciones y diccionarios anda su nombre celebrado, aunque menos de lo que merece. Y él es tan noble—lo cual digo a V. porque se lo estimará en su valor—que cuando yo no podía ser a sus ojos más que un niño extranjero, y vivía yo a mi vuelta de Venezuela en la más completa oscuridad, a mí me dedicó, sin haberme visto más que una vez, un canto suyo de mucha fuerza y hermosura,[3] premiado en ocasión famosa. Todo lo merece el amigo del humilde.

Ya sé yo que tendrán placer en conocerse. Él le lleva todo mi cariño.

José Martí

[Ms. en CEM]

A RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ[1]

[Fragmento de borrador]

[Nueva York, posterior al 5 de mayo de 1887].[2]

Si no te has olvidado de mí, desde aquellos días en que me acompañabas aún en el paseo,[3] hasta la puerta del cubil[4] donde hacía de tenedor de libros, no te enojará que te diga con cuánto[5] placer he leído[6] que[7] acabas de obtener sendos premios en un certamen hermoso, y te pida un ejemplar de tu estudio sobre «la redención de la Raza Indígena»,[8] que es cosa que me va al corazón, y sobre la que llevo mucho escrito;—como que aquí soy suscritor de *The Manus*[9] *Star*, que es el periódico que[10] publican los alumnos indios de la escuela de Carlyle,[11] y ahora mismo acabo de recibir los excelentes datos que el Gral.[12] me manda sobre la educación en Hampton,[13] que se dice buen colegio.—Ahí es donde está la salvación de tu tierra, más que en buscarla de gente extranjera, que nunca podrá amar y servir a tu tierra como si fuera la suya propia. Si yo no fuera cubano, quisiera ser mexicano; y siéndolo[14] lo mejor de mi vida, la pondría, aunque los hombres prácticos hicieran burla primero de lo que habían de agradecer después, en enseñar a los indios.—De casa en casa iría pidiendo piedras para levantar una hermosa Escuela Nacional de Indios.—

He[15] pues con qué curiosidad espero tu trabajo.[16] Mándamelo sin falta y por el primer vapor, por ahí se ha de ir la poesía, y en eso hay más de lo que los poetas se figuran.

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO[1]

[Nueva York, 1887].[2]

En castigo hoy no hay carta.

J.M.

[Ms. en CEM]

Apéndice

[CONTRATO PARA UNA EMPRESA EDITORIAL][1]

Este documento tiene por objeto consignar, con toda la eficacia y alcance de un contrato, las bases sobre que ha de establecer y funcionar la Empresa Editorial que funda en New York el firmante José Martí, con la ayuda de los demás firmantes, asociados a él como capitalistas, e iniciadores de la forma en que se lleva a efecto la compañía, en la relación y repartimiento de expensas y provechos que en este documento se detallan, en los artículos siguientes:

1.—La Empresa se considerará como una asociación usual de industria y capital, representando la industria José Martí, y el capital todos los asociados reunidos para este fin. El conjunto se considerará como el capital total de la Empresa, distribuido, para más facilidad en su allegamiento y reparto de provechos, en veintidós acciones, doce de las cuales pertenecerán al fundador industrial, y diez a los fundadores que aportan los fondos necesarios para el establecimiento de la Empresa.

2.—Los fondos necesarios para el establecimiento de la Empresa no exceden por hoy de la suma de cinco mil pesos en oro americano; de modo que cada una de las diez acciones del capital será de quinientos pesos de la misma moneda, y dará a su poseedor derecho a percibir cada año la décima parte del total de entidades correspondiente en la distribución de provechos a las diez acciones del capital.

3.—Se tendrán por provecho de la Empresa las sumas que resulten anualmente libres después de cubrir los gastos de la Empresa, y apartar como base constante el capital íntegro.

4.—La[2] administración y dirección de la Empresa quedan entera y exclusivamente a cargo del fundador industrial José Martí.

5.—El fundador industrial dará cada año, en todo el mes de enero, cuenta a cada uno de sus asociados capitalistas de las operaciones y estado del caudal, y tendrá constantemente a la disposición de sus asociados los libros en que consten.

6.—Cada asociado tendrá el derecho de trasmitir su acción o acciones, por venta u otro concepto legítimo, a quien le parezca bien, con las mismas condiciones y derechos del asociado original, aunque esa trasmisión no podrá hacerse a persona que no parezca al fundador industrial deseable para la sociedad:—a este efecto, el asociado que desee trasmitir su acción o acciones dará cuenta de su deseo, y del nombre de la persona a quien va a hacer la trasmisión con tres meses de anticipación; y si a los tres meses de recibida esta noticia no la respondiera o contradijese el socio industrial, se tendrá su autorización por expresada, y la acción o acciones podrán ser transmitidas a quien se hubiese propuesto a este fin.

7.—Los Sres. Andrés Alfonzo,[3] Antonio Rodil y Paul F. Philippson se obligan desde este momento a aportar a la Empresa como su parte de capital, representada en una acción para cada una, la suma de *quinientos pesos oro americano*, que deberá estar en manos del fundador industrial en todo el mes de marzo de mil ochocientos setenta y siete,[4] esto es, quinientos pesos por Andrés Alfonzo, quinientos pesos por Antonio Rodil, y quinientos pesos por Paul F. Philippson, entendiéndose que la obligación de José Martí de aguardar a Alfonzo, Rodil y Philippson para dar comienzo a su empresa, dura hasta el último día del mes de marzo, con todos los efectos de este documento; y si en el último día de marzo no estuviesen esas sumas en manos de José Martí, o no estuviera alguna de ellas, este, José Martí queda en libertad para obrar por sí, y establecer su Empresa en la nueva forma

que le pareciese conveniente, o de prorrogar los efectos de este documento por un nuevo plazo.

8.—La validez de las acciones será determinada por el recibo de la suma expresado en la copia del contrato dada a cada asociado, con la firma del fundador industrial.

9.—En atención a su derecho natural de iniciadores en cuanto a la forma de establecer esta Empresa, los firmantes convienen por acuerdo mutuo en reservar al S. Andrés Alfonzo el derecho de retener para colocación tres partes del capital representadas en tres acciones, con el mismo espíritu y formalidades del artículo 6 sobre trasmisiones; a Paul F. Philippson, el de colocar dos partes más; y a José Martí el de colocar dos,—incluyendo este derecho el de tomarlas[5] para sí; y en el caso de que Rodil desease para si alguna otra parte, Alfonzo, Philippson o José Martí, por el orden mencionado, le cederán una de las suyas; entendiéndose que este privilegio dura a los asociados privilegiados por seis meses, a contar de la fecha de este contrato, y si al cabo de ellos las acciones no hubieran sido colocadas por los que se las reservan con ese fin, quedará libre José Martí para prorrogar ese plazo, o colocarlas fuera de Alfonzo, Rodil y Philippson, aunque es el deseo de afecto y reconocimiento de José Martí que queden en sus manos, o en las de personas que vengan a la sociedad por medio de ellos.

10.—De este contrato se dará una copia, firmada por el fundador industrial, a cada uno de los asociados; y este original será firmado por todos los interesados en él.

11.—José Martí cuidará de hacer imprimir en New York veintidós acciones, en representación de las veintidós partes en que se considera dividido; para su formación y reparto de provecho, el capital total de la Empresa, y de llevar cuidadosamente los libros de operaciones del caudal.

12.—Los efectos de este contrato durarán en esta forma por cinco años, a partir de la fecha de este documento, al cabo de los cuales se reunirán o comunicarán los asociados en la Empresa[6] para prorrogarla, reformarla, liquidarla si así estuviese en su interés, o corregir las dificultades que se hubieran presentado en sus funciones y manejo; debiendo entenderse que, en caso de muerte o incapacitación por enfermedad o ausencia, de José Martí, la Dirección y Administración de la Empresa pertenecerá a la persona o personas que él designe, o designen por él los que heredaren sus derechos.

13.—En caso de que se considerase útil o necesario aumentar el caudal de la Empresa, el fundador industrial reservará este derecho a prorrata a los asociados originales por las diez acciones; o, si renunciasen a ese derecho, convendrá con ellos la manera justa de realizar el aumento.

14.—La responsabilidad de cada uno de los asociados capitalistas cesa y acaba y está completa con la suma que paguen como su parte en el capital; y no quedan personalmente obligados a responder con parte alguna de sus bienes a los compromisos de la Empresa.

Y en constancia, y para los efectos legales de este documento, lo firman todos los mencionados en él, en New York, a trece de diciembre de mil ochocientos ochenta y seis.

Andrés Alfonzo José Martí

Antonio Rodil Paul Philippson

[Ms. en CEM]

ÍNDICE GENERAL

MUERTE DEL PRESIDENTE ARTHUR. ANÁLISIS DE CARÁCTER. INTERIORIDADES E INTRIGAS DE LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—LOS CARACTERES MENORES EN LA POLÍTICA.—BLAINE, CONKLING Y ARTHUR.—LA PRESIDENCIA Y LA MUERTE DE GARFIELD.—GOBIERNO, AMBICIÓN Y MUERTE DE ARTHUR. New York, diciembre 15 de 1886. *La Nación*. Buenos Aires, 4 y 5 de febrero de 1887

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL.* SUMARIO.—ASUNTOS VARIOS.—LOS INDIOS CIUDADANOS.—INDECISIONES DEL CONGRESO.—LA PLATA.—EL SOBRANTE ANUAL DE CIEN MILLONES.—LIBRECAMBISTAS Y PROTECCIONISTAS.—POLÍTICA DE MUJERES.—LA MUJER EN LAS ELECCIONES DE MASSACHUSSETTS.—LAS MUJERES CONTRA LAS CANTINAS.—LA POLÍTICA DE CANTINAS.—INFLUJO DE LAS CANTINAS EN EL GOBIERNO DE LA CIUDAD.—ESTUDIO DE BAJA POLÍTICA.—«EL GORDITO WALSH». —UN JUGADOR ALCAIDE.—VICIOS DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA. Nueva York, 22 de diciembre de 1886. *El Partido Liberal.* México, 11 de enero de 1887

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL.* SUMARIO.—MUERTE DEL GENERAL LOGAN.—SU CARÁCTER Y SIGNIFICACIÓN EN LA POLÍTICA.—RAZONES DEL INFLUJO QUE LO HACÍA UN CANDIDATO POSIBLE A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA.—LOGAN COMO MILITAR, COMO ORADOR, Y COMO SENADOR.—ERA AMBICIOSO Y HONRADO.—PERSONAS DE ORO Y DE SIMILOR. —LOGAN Y GRANT.—LA FIGURA PINTORESCA DE LOGAN.—LA ESPOSA. Nueva York, 27 [de] diciembre de 1886. *El Partido Liberal*. México, 19 de enero de 1887

MUERTE DEL GENERAL LOGAN. CANDIDATO A LA PRESIDENCIA. SU CARÁCTER, SU VALOR, SU ORATORIA Y SU SIGNIFICACIÓN EN LA POLÍTICA.—SU ESPOSA.—LOS MILITARES EN LAS REPÚBLICAS: GRANT Y LOGAN. Nueva York, 3 de enero de 1887. *La Nación*. Buenos Aires, 24 de febrero de 1887

SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS. CIUDADANOS Y PROPIETARIOS.—ADELANTO DE LOS INDIOS.—LA ESCUELA RAMONA. —CLEVELAND ENFERMO.—INFLUJO CRECIENTE DE LA MUJER NORTEAMERICANA.—MRS. CLEVELAND.—LA RECEPCIÓN DE AÑO NUEVO.—EL HISTORIADOR GEORGE BANCROFT.—BOSQUEJO DE SU CARÁCTER Y DE SU OBRA.—CÓMO TRABAJA EN SU ANCIANIDAD.—UN TIPO DE CARÁCTER NACIONAL. New York, 3 de enero de 1887. *La Nación*. Buenos Aires, 25 de febrero de 1887

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL.* MÉXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.—PRÓRROGA PARA LA RATIFICACIÓN DEL TRATADO.—EL SENADO AUTORIZA AL EJECUTIVO PARA TRATAR CON NICARAGUA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL.—TRES LIBROS SOBRE MÉXICO. *LOS AZTECAS* DE LUCIEN BIART, *THE MEXICO OF TODAY*, *A STUDY OF MEXICO*, DE WELLS.—EL LIBRO DE WELLS.—NECESIDAD DE CONSTANTE VIGILANCIA.—IMPORTANCIA DEL LIBRO EN LA OPINIÓN.—TODO EL LIBRO ES HOSTIL.—LO QUE DICE DE MÉXICO.—LOS CAPITALES NORTEAMERICANOS EN MÉXICO.—LA REPÚBLICA ARGENTINA.—EL HISTORIADOR GEORGE BANCROFT.—SU ASPECTO ACTUAL.—SU ANCIANIDAD.—SUS COSTUMBRES.—SU MÉTODO DE TRABAJO.—SUS AMIGOS EN EUROPA.—GOETHE, BYRON, SHELEIERMACHER.—MACAULAY.—ESPÍRITU DE SU OBRA. Nueva York, 8 de enero de 1887. *El Partido Liberal.* México, 28 de enero de 1887

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL.* SUMARIO.—EL CISMA DE LOS CATÓLICOS EN NEW YORK.—LOS CATÓLICOS PROTESTAN EN REUNIONES PÚBLICAS CONTRA LA INTERVENCIÓN DEL ARZOBISPO EN SUS OPINIONES POLÍTICAS.—COMPATIBILIDAD DEL CATOLICISMO Y EL GOBIERNO REPUBLICANO.—OBEDIENCIA ABSOLUTA EN EL DOGMA, Y LIBERTAD ABSOLUTA EN LA POLÍTICA.—HISTORIA DEL CISMA.—LA IGLESIA CATÓLICA EN NEW YORK, SUS ORÍGENES, Y LAS CAUSAS DE SU CRECIMIENTO.—LOS IRLANDESES: EL CATOLICISMO IRLANDÉS: EL *SOGARTH AROON.* — ELEMENTOS PUROS E IMPUROS DEL CATOLICISMO.—CAUSAS DE LA TOLERANCIA CON QUE SE VE HOY EN LOS ESTADOS UNIDOS EL PODER CATÓLICO.—LA IGLESIA, LA POLÍTICA Y LA PRENSA.—TRATOS ENTRE LA IGLESIA Y LA POLÍTICA.—EL PADRE MCGLYNN.—EL PADRE MCGLYNN AYUDA AL MOVIMIENTO DE REFORMA DE LAS CLASES POBRES.—REVISTA DEL MOVIMIENTO.—CARÁCTER RELIGIOSO DEL MOVIMIENTO OBRERO.—MCGLYNN FAVORECE LAS DOCTRINAS DE GEORGE, QUE SON LAS DE LOS CATÓLICOS DE IRLANDA.—EL ARZOBISPO SUSPENDE AL PADRE MCGLYNN, Y EL PAPA LE ORDENA IR A ROMA.—EL PAPA LO DEGRADA.—SANTIDAD DEL PADRE MCGLYNN.—REBELIÓN DE SU PARROQUIA.—GRAN *MEETING* DE LOS CATÓLICOS EN COOPER UNION CONTRA EL ABUSO DE AUTORIDAD DEL ARZOBISPO.—LOS CATÓLICOS APOYAN A MCGLYNN, Y RECLAMAN EL RESPETO A SU ABSOLUTA LIBERTAD POLÍTICA. Nueva York, 16 de enero de 1887. *El Partido Liberal*. México, 9 de febrero de 1887

CARTAS DE JOSÉ MARTÍ. CISMA CATÓLICO EN NUEVA YORK.—GRAN MOVIMIENTO POPULAR.—COMO NACIÓ Y POR QUÉ PROSPERA.—EL CATOLICISMO EN NUEVA YORK.—EXPULSIÓN DEL PADRE

McGlynn. —La gran reunión de Cooper Union. New York, enero 31 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 14 de abril de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—New York en enero.—Se habla de guerra con el Canadá.—Continúa el cisma católico.—Un sacerdote niega al Papa autoridad para coartarle sus derechos políticos.—Los proteccionistas y librecambistas y el sobrante.—Pensiones a los soldados y viudas de la guerra de México.—El Senado se llena de ricos. Unión definitiva del Sur y el Norte.—Lecciones que se deben aprender de los Estados Unidos.—Causas de la unión real de las dos secciones hostiles.—Cleveland y su influjo en la paz con el Sur.—El Sur nuevo.—El orador Grady.—La huelga del carbón.—Adelanto en la legalidad de los trabajos políticos del partido obrero.—El obrero en los Estados Unidos.—Historia de esta gran huelga.—Los espías matan a un niño obrero.—A sus funerales asisten en paz 10 000 huelguistas. New York, 2 de febrero de 1887. *El Partido Liberal.* México, 17 de febrero de 1887

Cartas de José Martí. Un mes de vida norteamericana. Aspecto airado de los acontecimientos.—El carácter en invierno.—Rumores vanos de guerra con el Canadá.—Crece el cisma católico.—El Senado y los representantes.—La paz definitiva en el Sur.—Causas de la paz.—Cleveland, sus modos y su influjo.—Gran discurso del sudista Grady.—El Sur nuevo.—Lo que hay que aprender de los Estados Unidos.—Las huelgas.—La gran huelga de los carboneros.—Continúa condensándose el partido obrero.—Escenas dolorosas de la huelga. Nueva York, febrero 2 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 15 de abril de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—Novedades de New York. —El nuevo descubrimiento de Edison.—Descubre el modo de elaborar los alimentos con sustancias químicas.—Edison.—Emerson y Edison.—Viaje extraordinario de un velocipedista.—Stevens.—Sus viajes en Asia.—Las huelgas.—Fin de la huelga del carbón.—Significación de la huelga. Continúa el movimiento de transformación nacional.—De la guerra de clases.—Chauncey Depew y Grant.—Los mutualistas buscan jefe.—El aniversario de Abraham Lincoln. Nueva York, 14 de febrero de 1887. *El Partido Liberal.* México, 5 de marzo de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—Historia del último Congreso. El Congreso cierra sus sesiones.—Ojeada general sobre la política.—Fuerzas nuevas en la política norteamericana.—Recomposición social.—Causas palpables del descontento.—Los partidos antiguos y el partido de los trabajadores.—Programa impuesto al Congreso por la opinión.—Lo que ha hecho el Congreso, y por qué lo ha hecho.—Razones de lo que ha dejado de hacer.—Dejó de hacer lo más importante.—Atacó los monopolios, pero no alteró las condiciones económicas.—El sobrante.—La tarifa.—Librecambistas y proteccionistas.—Resumen de las leyes más importantes votadas por el Congreso.—Compromisos y rencores de los Representantes.—Los Representantes contra Cleveland.—Fallo de la opinión sobre la obra débil e incompleta del Congreso. Nueva York, 8 de marzo de 1887. *El Partido Liberal*. Nueva York, 23 de marzo de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—La muerte del gran predicador, Henry Ward Beecher.—El pastor protestante.—Bosquejo de su vida.—Sus mayores.—Influjo de la naturaleza en su caracter.—Su educación; difícil juventud, pastorado en el Oeste, entrada en Brooklyn.—Su ardiente campaña contra la esclavitud.—Su vida épica.—Su triunfo en Inglaterra.—Su proceso escandaloso.—Sus últimos años.—Estudio sobre la formación, elementos y caracteres de su oratoria.—Su generosa Teología.—Su significación en su pueblo y en la Iglesia.—Su mayor grandeza. Nueva York, 13 de marzo de 1887. *El Partido Liberal*. Nueva York, 2 de abril de 1887

Cartas de José Martí. Henry Ward Beecher. Bosquejo de la vida del famoso orador. Su carácter.—Sus ascendientes.—Infancia y juventud.—Vida de un pastor protestante.—Albores de su fama.—Campaña contra la esclavitud.—Su religión peculiar.—Amor a la naturaleza.—Influjo en la patria y en el cristianismo.—Su vida épica.—Viaje a Inglaterra.—Triunfos.—Proceso escandaloso.—Su oratoria. Nueva York, marzo 13 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 26 de mayo de 1887

Cartas de José Martí. Movimiento social y político de los Estados Unidos. Historia del último Congreso.—Ojeada sobre la situación social y política.—Una humanidad nueva.—Significación y alcance del partido nuevo.—El Partido del Trabajo Unido.—Los trabajadores, los políticos y los advenedizos.—La opinión y el Congreso.—

Actos del Senado y de la Casa de Representantes.—El Congreso desatiende la opinión.—Peligros del problema social y modo de evitarlos.—El Congreso ante el partido nuevo.—Resumen de los actos del Congreso.—Medidas que la opinión le ha pedido en vano.—Proteccionistas y librecambistas.—El Congreso, las empresas y el pueblo.—Medidas que interesan a los países hispanoamericanos.—La opinión censura al Congreso.—Cleveland va venciendo a sus partidarios. New York, marzo 15 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 4 de mayo de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—Un remate de cuadros en New York. Venta de la famosa galería de Stewart.—Ha sido una fiesta pública.—Carácter de la galería.—Precios enormes de cuadros célebres.—La escena del remate.—El rematador.—El público.—Los cuadros preferidos.—Los pintores de gracia y los de fuerza.—Daubigny, Jacque.—Zamacois y Madrazo, Michetti, Nittis, Aranda, Boldini.—Rápido esbozo de cuadros de Gérôme, Bouguereau, de Knaus, de Munkácsy, del retrato de Humboldt.—*Les bufones* de Zamacois.—*La Marquesa* de Madrazo.—Los cuadros de animales.—*Los gatos* de Lambert.—*Las Vacas* de Troyon. —La célebre *Feria de Caballos* de Rosa Bonheur se vende en $53 000.—La *Feria de los caballos.*—*Friedland,* el gran cuadro de Meissonier, obtiene $56 000 en el remate.—Descripción del cuadro.—Napoleón en su hora de gloria.—El grupo de los coraceros.—Defectos y excelencia del arte de Meissonier.— Dos cuadros famosos de Fortuny. —*El encantador de serpientes,* en $13 000.—*La playa de Pórtici,* en $10 000.—Descripción de los cuadros.—Gloria de Fortuny.—El secreto de su color. Nueva York, 25 de marzo de 1887. *El Partido Liberal.* México, abril 14 de 1887 / 228

Desde New York. Fermín Valdés-Domínguez. [31 de marzo de 1887]. *La Lucha,* 9 de abril de 1887

En los Estados Unidos. Vida popular.—Las mujeres que votan.—Notable suceso.—Candidatos a la presidencia.—Una ovación frenética.—(De nuestro corresponsal). New York, abril 10 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 21 de mayo de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Sumario.—Revista de los últimos sucesos.—Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas.—Objeto de la ley que concedió el sufragio a la mujer.—Helen Gongar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la honra.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.—Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.—Victorias y semivictorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota a los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.—La «nueva cruzada» del Padre McGlynn.—Ovación a McGlynn en el Teatro de la Ópera.—Espíritu y forma de su cruzada.—«Por la nacionalización de la tierra, y por la conciencia». Nueva York, 10 de abril de 1887. *El Partido Liberal*. México, 30 de abril de 1887

El arte en Nueva York. Venta de la famosa galería Stewart.—Los mejores cuadros.—Precios enormes. —El espectáculo. Nueva York, 15 de abril de 1887. *La Nación*. Buenos Aires, 22 de junio de 1887

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* El poeta Walt Whitman.—Fiesta literaria en New York.—Vejez patriarcal de Whitman.—Su elogio a Lincoln y el canto a su muerte.—Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman.—Novedad absoluta de su obra poética.—Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético.—La poesía en los pueblos libres.—Sentido religioso de la libertad.—Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman. Nueva York, 19 de abril de 1887. *El Partido Liberal.* México, 17 de mayo de 1887

Cartas de Martí. Un poeta. Walt Whitman. Su vida, su obra y su genio.—Una fiesta literaria en Nueva York. Nueva York, abril 23 de 1887. *La Nación.* Buenos Aires, 26 de mayo de 1887 / 290

Correspondencia Particular de *El Partido Liberal.* Acontecimientos interesantes.—México en los Estados Unidos.—Una reina en Washington.—La reina Kapiolani.—El *kaulukan,* y el tierno *aloha oé.*—Honores a la reina.—La hermana del Presidente va a dar clases de historia.—Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va a dirigir una escuela en New York y a redactar una revista.—La mujer americana.—La Feria de Vacas en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios.—Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está limitada a los trabajadores descontentos.—La Sociedad contra la Pobreza.—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.

CARTAS

1886

1887

APÉNDICE

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".